



¿UN FUTURO ATOMICO PARA ELLOS?

bicicleta

EXTRA

REVISTA DE COMUNICACIONES LIBERTARIAS



el campo

**situacion
experiencias**

alternativas

utopia...

NUM. 29-30 EXTRA DOBLE • 200 PTAS

G. LEVAL
J.M. ALIER
S.O.C.
C.N.T.
J.V. MARQUES
J.M. NAREDO
S. ARANCIBIA
M. DELIBES
A.J. BACCIONI
M. GAVIRIA...



¿POR QUÉ EL CAMPO?



■ LA AGRICULTURA EN EL MUNDO

Mensaje de los Binandare de Nueva Guinea	5
Energía y Agricultura (Juan Martínez Alier)	6
«Comida de pobres». Trabajadores rurales en Brasil (Verena Stolcke)	10
El campo y el Este (Meraklia)	14



■ LOS QUE SE VAN AL CAMPO

Reflexiones después de tres años de agricultura orgánica (Robin Jenkins)	16
GALLECS	20
El oro y el moro (Baix Llobregat)	23
Los huertos urbanos de Santa Coloma de Gramanet	24
Experiencias	25
Pastoreros granadinos (entrevista de Fernando Guijarro)	26
Epístola rural a Fabi (Josep Vicent Marqués)	30
Jóvenes de Entreríos (Juan Serna)	32
NATURA	34



■ TEMAS AGRARIOS AQUÍ Y AHORA

Los flujos energéticos en la agricultura española (Naredo y Campos)	41
El campo en Cantabria	47
Canarias: sabotaje a un territorio	49
Retrato de un colonizado (Artemio J. Baigorri)	52
Mitología agraria del comunismo vasco (A. Ortiz Osés)	56
Las estructuras comunales en una sociedad avanzada (M. Lizcano)	60
Pocos, viejos, feos, pobres y a veces... de derechas (M. Gaviria)	62
ANDALUCÍA: entrevistas a S.O.C. y C.N.T.	73
¿Autogestión, colectivización campesina para 1980-90? (Frank Mintz)	76



■ NOSTALGIAS Y UTOPIAS CAMPESINAS

El tiempo rural	78
Tradición y Progreso (Miguel Delibes)	81
La utopía en práctica: entrevista con Rafael Esteban	84
La colectividad de BALLOBAR (Gaston Leval)	86
El viaje de mi hermano Alexei Kremev a la tierra de la utopía campesina	89
La cultura contra el saber popular (Moria)	93



■ SOLIDARIDAD

NERVA: una lucha de 1980	96
MICHELIN	97
Antimilitarismo	98
PIZARRA	99

Han hecho este número:

Colectivos Catalunya, Madrid y Valencia, Juan Martínez Alier, Verena Stolcke, Meraklia, Frank Mintz, Robin Jenkins, Daniel, Jesús, Anselmo, Fernando Guijarro, Juan Serna, Josep-Vicent Marqués, Natura, Manel, J.M. Naredo, Pablo Campos, Salvador M. Arancibia, Mercedes, Artemio J. Baigorri, CNT Cantabria, Canarias, A. Ortiz Osés, M. Lizcano, Moria, M. Gaviria, José Núñez, Miguel Delibes, Rafael Esteban, Enric, Pepe Bartual, Eloi, Gorris, Saco, Víctor Lahuerza, Bolinaga, Clisset, y alguno más que nos dejaremos sin querer. ■ Imprime: Graphic 3, Polígono Industrial «Ciudad Modeco» Valencia. ■ Distribuye: Edipres. S.A. ■ Directora: Pilar García. ■ Edita: Soc. Coop. BICICLETA ■ Redacción y Administración: Nave, 12 - 2ª - Valencia-3 (Tel. 321 29 75). ■ D.L.M. 37701/1977. ■ ISSN: 0210-2757.

PORQUE el gobernador civil de Sevilla ha declarado que «hay miembros del SOC y CNT implicados en los incendios de Andalucía» y que «las asambleas de parados provocan huelgas y a veces incendios» como forma de «impuesto revolucionario» para conseguir que se dé trabajo a los obreros y obreras en paro, y porque en Andalucía, y otros lugares del mundo, hay ricos propietarios que viven como reyes, es decir, sin trabajar, alimentados por los pobres que trabajan en tierra ajena y que a veces ni tan sólo encuentran trabajo.

Porque todos tenemos un amigo o una amiga que se ha ido, o quiere irse, a una comuna rural, y porque, en general, quienes se van aprenden mucho sobre la agricultura y sobre la convivencia humana, aun si fracasan, y no todos fracasan.

Porque todos hemos oído que hay en el mundo cientos de millones de hambrientos mientras otros comen carne todos los días, lo que nos parece irracional, y porque pertenecemos a la vieja escuela de quienes creen que la agricultura ha de servir para producir alimentos suficientes para todos y que comer es la primera necesidad, y no pensamos que la distribución del dinero en el mundo, y dentro de cada país, tenga relación alguna con las necesidades reales de la gente.

Porque ya sospechábamos que nos habían engañado con las maravillas de la petro-agricultura, y porque nos alarma la desaparición de los viejos saberes campesinos, como también nos alarma la desaparición de muchos tipos de plantas, a causa de una agricultura controlada por empresas multinacionales que suministran semillas híbridas de unos pocos tipos.

Porque pensamos que la agricultura en pequeña escala es cada vez más viable, a pesar del falso «crecimiento económico», del falso «progreso técnico» y del falso «desarrollo de las fuerzas productivas».

Porque sabemos que, con lo que cuesta una central nuclear, podría ponerse en riego cientos de miles de hectáreas que producirían, a lo largo del tiempo, más energía en forma más útil (comida en vez de electricidad) y en forma más sana que esas fábricas de muerte.

Porque vemos extenderse a la vera de las grandes ciudades unos pequeños huertos donde, precariamente, los proletarios sin trabajo no sólo entretienen sus ocios mientras meditan en huelgas, incendios e «impuestos revolucionarios», sino que sacan cosechas de patatas para comer.

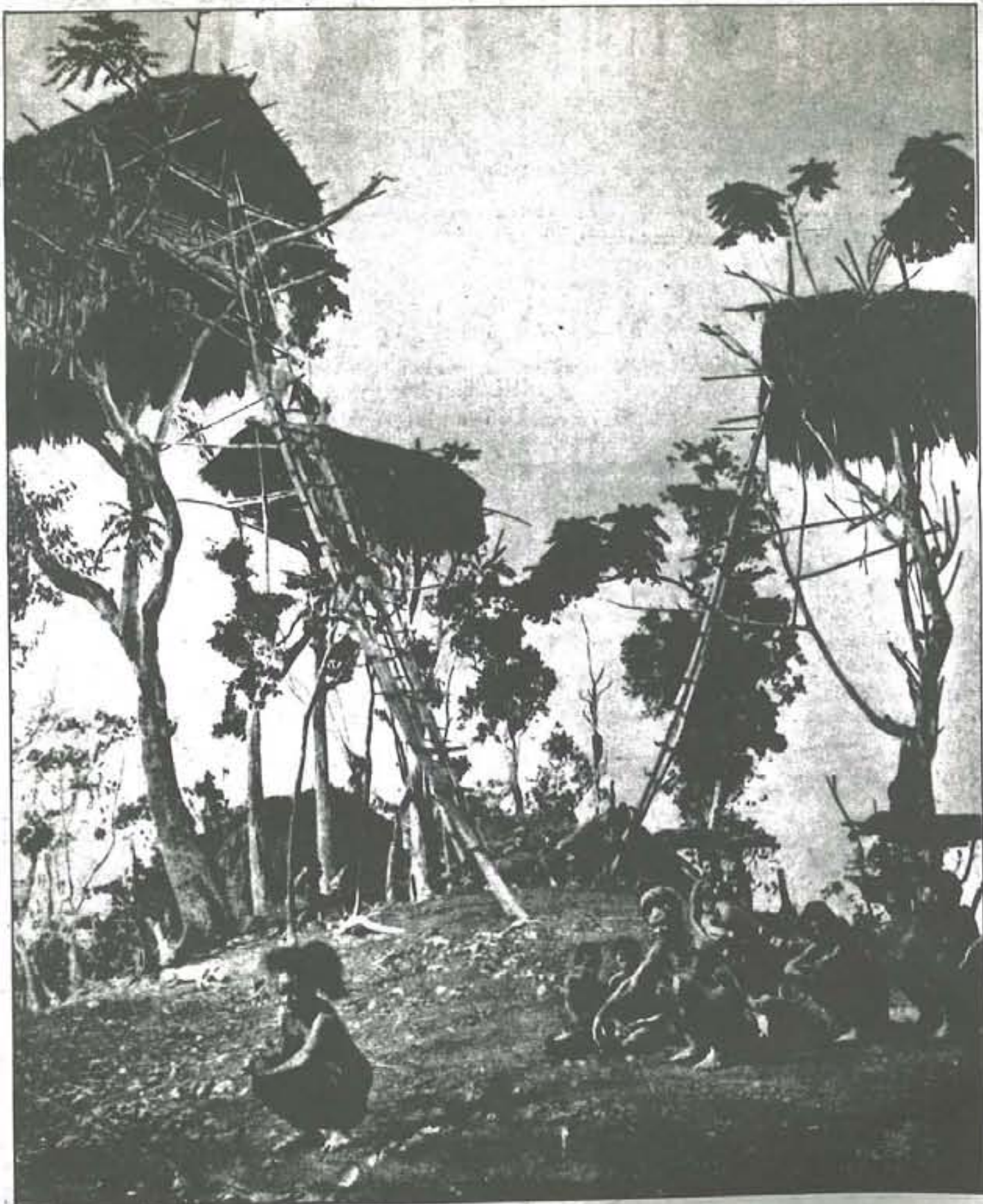
Porque creemos en la vigencia de las colectividades campesinas de 1936.

Por todas estas razones y otras similares, quisimos preparar este número doble, y con este fin solicitamos colaboraciones a un amplio abanico de personas. Han colaborado entendidos en el análisis de flujos energéticos en la agricultura, gentes que se han ido al campo o que nunca lo han dejado, antropólogos tercermundistas y sociólogos agraristas, cooperativistas muy entusiastas y el académico Miguel Delibes y el difunto A.V. Chayanov. Todos ellos tienen o tuvieron, como es natural, opiniones diversas que ofrecemos a nuestros lectores sin poner, quitar ni enmendar la plana a nadie, aunque algunos nos han dejado algo perplejos. ■

B.I.C.I.C.L.E.T.A.

NOTA. — No sabemos si pedir disculpas por la extensión o aridez de alguno de los trabajos, particularmente los económicos. Pero si se quieren tocar ciertos temas con un mínimo de seriedad y rigor, hace falta aportar datos (aunque siempre sean aburridos). Son, a veces los datos que nos oculta el sistema (gobierno, partidos, etc.) y que si no los sacan revistas como BICI, no los saca nadie.

¡SALUD y buen verano!



Lasse Berg presentó a Kipling Jiregari en la 2ª Cadena de la TV sueca con estas palabras: «Encontramos a Kipling Jiregari en el corazón de la selva de Nueva Guinea, después de caminar varias semanas desde la ciudad más cercana.

Las selvas tropicales y ecuatoriales del planeta están amenazadas de desaparición. Las consecuencias de esto, desde el punto de vista del equilibrio climatológico, son imposibles de calcular.

La oposición a su destrucción crece cada día, tanto a nivel internacional como a nivel local. Un ejemplo vivo de esto son los 5.000 componentes de la tribu Binandare que, con sus eficaces e inusuales métodos de lucha, han impedido a la empresa explotadora de bosques Persons and Whitmore que destruya sus bosques.

Las palabras que transcribimos a continuación se dijeron el 5 de octubre de 1979 en el poblado Timouru.

MENSAJE DE LOS BINANDARE

«En primer lugar quiero daros la bienvenida a mi poblado. Mi nombre es Kipling Jiregari y voy a hablar de la tierra y del bosque.

Cuando Dios creó el mundo, y Nueva Guinea, creó también esta tierra, que es nuestra y nadie tiene derecho a hollarla.

Esta es nuestra tierra, aquí mi mujer, nuestro clan y yo —toda la tribu Binandare—, hemos cultivado este suelo que nos da alimento y todo lo que necesitamos hoy y que continuará dándonoslo mañana.

El dinero no vale nada, no alimenta, no cura, se estufa entre las manos. Sólo el hombre y el bosque tienen valor. Sólo la tierra permanecerá cuando todo haya desaparecido. Porque el dinero es bueno para una pequeña minoría, y la tierra y el bosque son buenos para todos, absolutamente necesarios para todos. Por eso no hemos dejado que la empresa que explotaba estos bosques siguiese funcionando.

Jamás consentiremos que ninguna otra empresa venga aquí a destrozar nuestras tierras. Si alguna empresa viene aquí, yo mataré a todos sus hombres. Toda la tribu me ayudará y luego nos comeremos sus cuerpos.

Yo no sé como se ha creado el mundo, pero esta tierra ha pertenecido siempre a nuestros antepasados. Ahora estamos aquí nosotros, y nuestros hijos nos sucederán generación tras generación. Hemos recibido nuestra tierra de Dios y algún día Él nos pedirá que se la devolvamos.

Si llega alguien aquí para destruir nuestra tierra, yo le mataré con esta lanza y esta maza. Decidle a la empresa que Kipling Jiregari ha dicho que cojan su dinero y se lo frotan contra el piño, y que intenten joder con él, en lugar de venir a violar nuestra tierra.

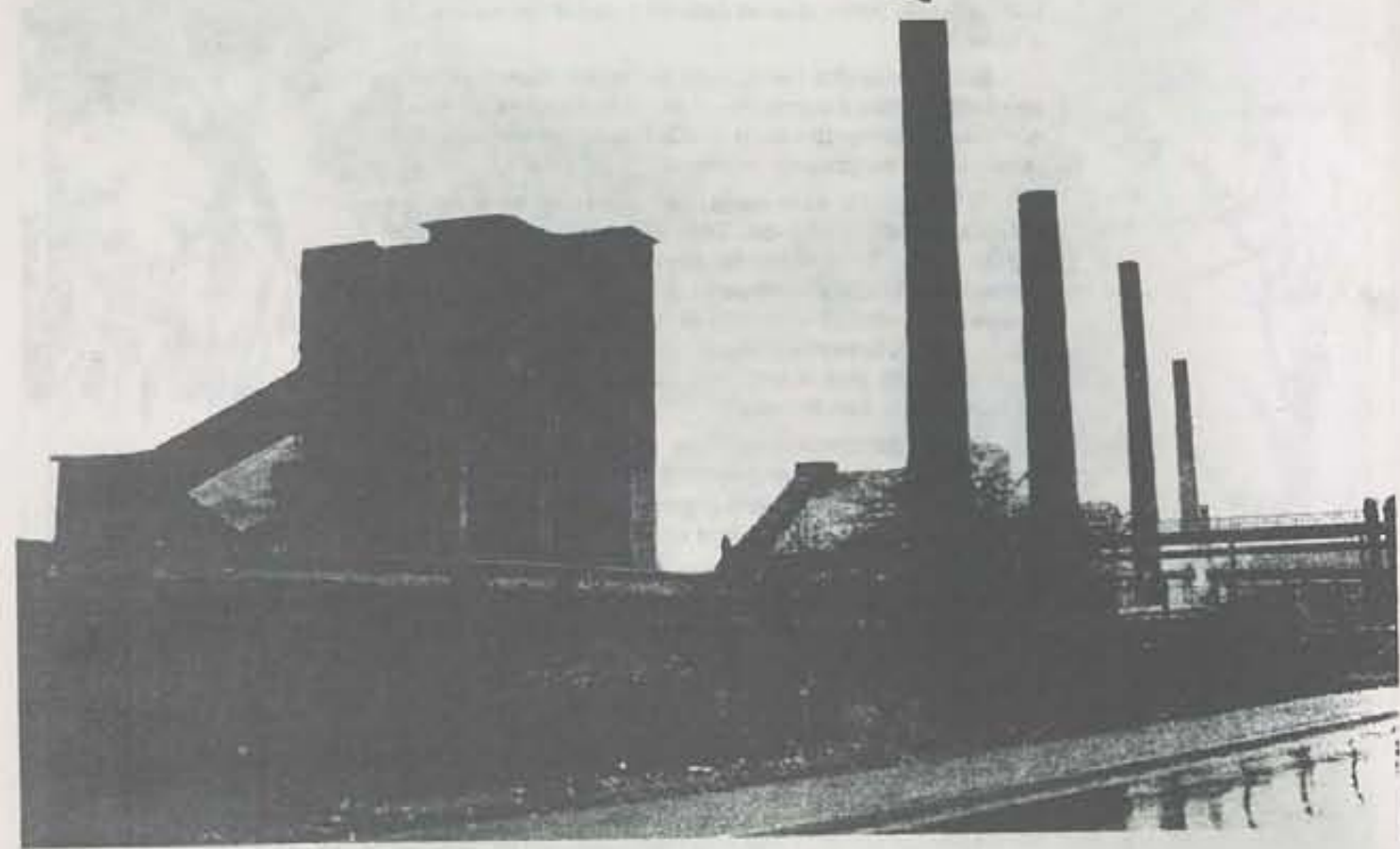
Nuestras tierras están entre el río Mambare y el río Eia. Si llega aquí alguno de los hombres de una empresa, mi lanza le atravesará el cuerpo.

Los barcos de la empresa tampoco pueden venir a nuestros ríos ni a nuestro mar. Decidle que no pueden tocar nuestros bosques. No vamos a permitir que exterminen a los animales y los peces. Los bosques deben continuar existiendo. En el bosque están nuestros alimentos y nuestras medicinas.

• El bosque es nuestra piel. Sin piel, la persona muere. Esta es nuestra última advertencia.»



ENERGIA Y AGRICULTURA



Juan Martínez Aller

Los problemas económicos fundamentales de la humanidad son el de la energía (la destrucción rápida del stock de combustibles fósiles) y el de la alimentación (hay ya unos 400 millones de subalimentados en una población mundial de 4.000 millones que para fin de siglo llegará a 6.000 millones). En realidad, no son dos problemas sino uno solo.

Quien primero empezó a llamar la atención con estudios detallados sobre

las implicaciones que para la situación alimenticia mundial tiene el que la agricultura moderna convierta de manera poco eficiente la energía agotable del petróleo en la energía de los alimentos fue David Pimentel, profesor de la Universidad de Cornell, conocida por su especialización en temas agrarios. En una serie de artículos en *Science* a partir de 1973, él y sus colaboradores han estudiado los flujos energéticos en la agricultura de Estados Unidos, haciendo notar cómo el coste energético por kilocaloría y por gramo de proteína ha venido aumentando. Esos artículos

(1) fueron escritos en los mismos años en que la mayor parte de los economistas agrarios se entusiasman con las promesas de aumento de productividad de la «Revolución Verde». Su conclusión más importante es que es imposible generalizar a nivel mundial las técnicas agrícolas norteamericanas, puesto que esa agricultura es (para usar el título de un artículo de Perelman) «farming with petroleum». La idea ya había sido expuesta por el ecólogo H.T. Odum y posiblemente por otros, pero han sido Pimentel y Leach quienes han investigado los detalles. Así,

aunque la agricultura norteamericana usa solamente el cinco por ciento del input (*) total de energía fósil en la economía norteamericana, y el sistema alimenticio norteamericano (incluido el transporte, el empaquetamiento y refrigeración, la preparación de alimentos, etc.) sólo el quince por ciento, sin embargo, para alimentar a un norteamericano hace falta un input de energía fósil que es dos o tres veces mayor que el input de energía fósil per capita para todas las actividades económicas de los países subdesarrollados (Pimentel, p. 8 y 137). La enorme diferencia de intensidad energética de los sistemas alimenticios «desarrollado» y «subdesarrollado» nace esencialmente de dos causas: en los países «desarrollados», la agricultura y la distribución de alimentos ha prescindido cada vez más de las energías renovables (humana, animal, vegetal) para sustituirlas por energía fósil no renovable; además, el sistema alimenticio de los países «desarrollados» desperdicia grandes cantidades de energía al proporcionar gran parte de las calorías y proteínas en forma de productos animales, introduciendo así un eslabón más en la cadena alimenticia con la consiguiente degradación adicional de energía.

El análisis energético pone de manifiesto de manera clara y convincente cómo el «desarrollo» de las metrópolis no sirve de modelo para el Tercer Mundo, ya con la población actual y aún menos si se tiene en cuenta el aumento previsible en los próximos decenios. Ese sistema alimenticio «desarrollado» se basa en un subsidio energético que en buena parte viene de los países exportadores de petróleo: el Primer Mundo come del Tercer Mundo.

Una agricultura inviable

Las conclusiones a las que llega Pimentel son las mismas a las que han llegado otros investigadores, entre ellos Gerald Leach a quien se debe el primer libro sobre este tema (2). Leach utilizó balances energéticos de la agricultura inglesa elaborados junto con Malcolm Slessor. En España han empezado a aparecer estudios en esta misma línea, realizados por José Manuel Naredo. En uno de ellos ha comparado históricamente el rendimiento energético de la agricultura de las grandes fincas andaluzas (esto es, el cociente entre output e input, medidos ambos en unidades de energía, y prescindiendo de contar la energía solar en el input por ser ésta inagotable a efec-

tos prácticos). Este análisis revela cómo el aumento de producción se ha logrado a costa de incrementar mucho más que proporcionalmente el empleo de energía fósil, de manera que el rendimiento energético es cada vez menor, siendo muy inferior al que se lograba con el cultivo tradicional «al tercio», o con el cultivo tradicional de «año y vez», y siendo también inferior al que se logra en agriculturas muy primitivas, de rozas o «tala y quema», tal como la estudiada por el antropólogo Rappaport en los Tsembaga-Maring de Nueva Guinea, y al que se logra en economías de cazadores y recolectores como los !Kung del desierto de Kalahari estudiados por el antropólogo Richard Lee. El aumento de la «producción» en las agriculturas modernas no es más que la otra cara de la destrucción de petróleo. A más o menos largo plazo, este tipo de agricultura resultará inviable.

De este tipo de análisis deben extraerse consecuencias sobre la situación alimenticia mundial que, si se sigue el camino seguido hasta ahora, será difícil que no empeore en los próximos decenios. La costumbre de medir el «progreso» de una economía según la distribución de la población activa entre sectores, suponiendo habitualmente que una menor proporción en el sector agrario indica un mayor «progreso», revela una incomprensión que ya no es excusable respecto a cuáles han sido las fuentes reales del «crecimiento» económico.

A esto hay que añadir que también la destrucción continua del suelo agrícola, tanto por dedicarlo a otros usos como por la erosión, es una imprudencia injustificable. El suelo agrícola cubierto de plantas sintetiza energía solar y produce un balance energético positivo a menos que la agricultura se haga a base de petróleo. En cambio, las autopistas, los grandes centros comerciales (como el recientemente inaugurado Baricentro, en el Vallés), las grandes fábricas (como la Ford de Valencia, situada sobre una tierra inmejorable) eliminan suelo agrícola y son además parte de una economía basada en un despilfarro rápido de combustibles fósiles. Pimentel da datos, por ejemplo, del coste energético de comprar en tiendas de barrio y de comprar en grandes supermercados a los que se accede en automóvil, siendo la diferencia muy notable. Leach da datos de costes y producción energéticos de los pequeños huertos urbanos que abundan en Inglaterra, mostrando la viabilidad y conveniencia de este tipo de agricultura en pequeña escala.

Y hay también que añadir a estas consideraciones el mal uso que se está dando, desde un punto de vista energético, a los recursos de agua. En

efecto, con climas como el de gran parte de España, el dedicar el agua al regadío hace aumentar mucho la capacidad de fotosíntesis de las plantas y por tanto contribuye a una mayor producción energética (con tal que la agricultura de regadío no suponga un aumento más que proporcional del input de energía fósil). En cambio, dedicar los recursos escasos de agua al sector industrial-urbano es contribuir precisamente al desarrollo del sector que más energía fósil degrada: la industria petroquímica de Tarragona es un ejemplo espectacular de este mal uso.

Así pues, no hay que continuar imitando las técnicas «modernas» en la agricultura por mucho que éstas hagan aumentar la «productividad». Esta productividad está mal medida. En términos energéticos, la productividad de la agricultura europea o norteamericana es muy inferior a la productividad de las agriculturas tradicionales.

La comida es lo primero

Tras muchos años de «progreso técnico» y de «crecimiento económico» hemos llegado en los países «desarrollados» a una situación en la que el suministro de alimentos depende en buena parte del flujo de combustibles fósiles que proviene de un stock limitado, agotable. Parece, pues, que no conviene a los países pobres y de desarrollo intermedio seguir este camino. Y parece también que a los países «desarrollados» les conviene abandonarlo, si sus decisiones las toman desde una perspectiva mundial. Hay que abandonar las ilusiones del aumento de la «productividad» agraria y confiar en que la población mundial emplee a disminuir su ritmo de crecimiento antes de que el hambre se encargue de ello. Hay que hacer una política agraria basada en el empleo de técnicas viables, es decir, que utilicen recursos energéticos renovables. Esta política agraria debe estar dirigida a cubrir permanentemente la primera necesidad humana, que es la nutrición, necesidad que muchas veces no está reflejada en poder de compra debido a la absurda distribución de la propiedad y también en la vinculación a la economía mundial.

Pero son muchos los intereses opuestos a esa política razonable. A los Estados Unidos (o a quienes mandan en ellos) les conviene continuar con sus técnicas agrarias, pues la gran «productividad» (que depende del suministro de petróleo) les permite usar

El arma política de sus excedentes agrícolas exportables, muchas veces exportados precisamente a países exportadores de petróleo. (México, por ejemplo, en vez de tener una política agraria de autoabastecimiento, importa anualmente siete millones de toneladas de cereales, es decir, más o menos lo que consume un tercio de su población, y exporta gas natural, petróleo, y también frutas y hortalizas). El arma de los alimentos de la que tanto se está hablando sería un arma mellada si los países pobres y de desarrollo intermedio tuvieran una política agraria de autoabastecimiento y fomentaran la permanencia en el campo de sus experimentados agricultores. Y se mellaría esta arma con un descenso de las exportaciones de petróleo a Estados Unidos y a Europa occidental, lo que provocaría un retorno a técnicas agrarias más tradicionales (por ejemplo, una parte de los abonos nitrogenados actuales, sumamente intensivos en ener-

gía fósil, podrían ser sustituidos por el nitrógeno fijado por leguminosas), y seguramente provocaría también un cierto descenso de la «producción». (Lo que no implicaría hambre sino simplemente un menor consumo de productos de origen animal).

También se opondrían a esta política las grandes empresas multinacionales que venden y compran inputs y productos agrarios. La prosperidad de estas empresas depende de que exista una agricultura con gran empleo de inputs basados en energía fósil (no sólo máquinas y gasoil, sino también abonos, insecticidas, herbicidas, semillas híbridas) y de que haya una intensa especialización regional de la agricultura (en vez de autoabastecimiento) ya que la especialización fomenta el comercio. Varias de estas grandes empresas tienen intereses ligados al consumo de carne, cuya producción en gran escala (basada en el consumo de

cereales y leguminosas y hasta de harina de pescado, y no de pastos naturales) va directamente en menoscabo de la alimentación de los pobres del mundo.

Asimismo se opondrían los grandes propietarios agrarios. En los cortijos andaluces, por ejemplo, el cultivo de la alternativa trigo/girasol que hoy predomina en las tierras de secano donde no hay olivar, se hace con técnicas cuya intensidad energética es comparable a la norteamericana: unos dos caballos de fuerza instalados por hectárea y un consumo de nitrógeno por hectárea de más de 150 kgs. Utilizar otras técnicas basadas en energías renovables y no en el petróleo exigiría un empleo mayor de mano de obra, lo que haría surgir de nuevo el problema latente de la reforma agraria. Si hoy se emplea en esos cortijos un obrero por cada cuarenta hectáreas, otras técnicas más adecuadas e un mundo en que el petróleo se va a acabar (y en el que, antes de acabarse, va a subir mucho de precio), requerirían más mano de obra. En los últimos años, los conflictos sociales dentro de los cortijos han disminuido, precisamente porque los cortijos están vacíos. Hay conflictos para la recogida de aceituna o de algodón, que se hace a mano, pero ya no hay conflictos en las escardas o en la siega, por ejemplo, que eran momentos conflictivos antes de la guerra civil. En los últimos diez años, la crisis económica en Europa y en las zonas industriales de España (fruto a su vez, en buena parte, del encarecimiento del petróleo) ha hecho aumentar el paro en los pueblos andaluces, al tiempo que para ciertos cultivos se usan técnicas sumamente intensivas en energía fósil. Los grandes propietarios se consideran muy «modernos» y «empresariales», y de hecho lo son, y se niegan a admitir más obreros en sus fincas ya que no los necesitan con las técnicas actuales. Poner en discusión esas técnicas implica discutir al mismo tiempo la estructura de la propiedad y del empleo agrarios.

La guerra del petróleo

Pero a pesar de esa oposición a una política de fomento de una agricultura basada en técnicas menos intensivas en energía fósil, el hecho es que en los próximos decenios quedará de manifiesto que una agricultura petrolífera es inviable a nivel mundial. No sólo va a influir la disminución de las reservas de petróleo, sino también el propio in-

terés de los países exportadores, a quienes obviamente no conviene exportar tanto petróleo como ahora exportan. El caso de la Arabia Saudita, el mayor exportador, es bien claro. Con una población inferior a diez millones de habitantes, está siendo forzada a exportar diez millones de barriles diarios (unas diez veces las importaciones españolas, unas dos veces las importaciones japonesas). A un precio por barril de 30 dólares, cualquiera puede calcular (un sargento de su ejército, por ejemplo) que eso supone un ingreso per cápita y día de más de 30 dólares (esto es, unas dos mil pesetas), sólo del petróleo! En ese país el sistema de gobierno consiste en la explotación de esa riqueza por parte de una familia real corrupta de unos tres mil miembros, y el ingreso per cápita de los pobres está desde luego muy alejado de ese promedio. Algo parecido ocurre en Kuwait, etc. Una política nacionalista razonable sería seguir el ejemplo iraní y reducir las exportacio-

nes para conservar el petróleo más tiempo, subir si acaso algo el precio, y dejar de malgastar como ocurre actualmente, no sólo a causa de las apropiaciones indebidas de bastantes miembros de los grupos gobernantes sino también en proyectos tales como el aeropuerto de Ryad, que va a ser el mayor del mundo.

Una guerra del Occidente cristiano (aliado al Japón) contra el Irán y, si hace falta, contra esos otros hipotéticos regímenes nacionalistas que vayan naciendo no hará aumentar las reservas de petróleo que se formaron lentamente en épocas geológicas remotas, pero sí podría tal vez mantener durante unos cuantos lustros el flujo de energía petrolífera a precios baratos, con el riesgo sin embargo de que la guerra involucrara a la URSS y se convirtiera en guerra atómica o, por lo menos, de que la guerra interrumpiera durante un buen tiempo la exportación de petróleo.

En el caso de un país como el nuestro, la elección está entre situarse entre los partidarios del empleo de técnicas y modos de vida «modernos» que van a ser al mismo tiempo y si hace falta partidarios de la barbarie de la guerra o, por el contrario, darse cuenta de que durante muchos años hemos vivido en la ilusión utópica fomentada por los economistas de que el «modelo» norteamericano era alcanzable a nivel mundial con tal que aumentara la «inversión», el «progreso técnico» y la «productividad». Reconociendo desde luego que no es cuestión de adoptar una teoría del valor-kilocaloría (pues no todos los inputs son reducibles a unidades de energía ni tampoco puede pensarse que el único objetivo de la «producción» sea «producir» kilocalorías), queda sin embargo el hecho cierto de que el «desarrollo» de las economías «desarrolladas» se ha basado en el despilfarro de las energías no renovables. Y eso ha sido así incluso en actividades como la agricultura, tal como exponen con datos detallados Pimentel y Leach. La agricultura, de ser casi la única actividad capaz de hacer aumentar permanentemente el suministro de energía aprovechable al hombre mediante la propiedad de las plantas de realizar la fotosíntesis, ha pasado a ser una actividad donde se mete más energía no renovable que la que se saca en forma de alimentos.

Una última reflexión. La falta de comprensión de la situación alimenticia mundial en que vamos a estar queda patente, a mi juicio, en las propuestas de dedicar una parte sustancial de la producción agrícola a la producción de alcohol, que sirva de sustituto del petróleo para mover automóviles, etc. En efecto, si se tratase de convertir biomasa producida con energías renovables en zonas de la tierra no aptas para un uso agrícola, tal propuesta podría tener algún sentido. Pero si esa biomasa ha de ser producida con técnicas «modernas» y, por tanto, con escasa eficiencia energética y si su producción se hace en suelos agrícolas, y si ha de haber después dos pasos más en la cadena de degradación de energía, con la conversión en alcohol y con la conversión en energía mecánica en los automóviles, da la impresión de que tal propuesta sólo es viable si se sacrifica una vez más la necesidad de alimentos a la «necesidad» de pasearse en coche.

J. M. A.

(1) reunidos en el libro «Food, Energy and Society», E. Arnold, Londres, 1979.
(2) Gerald Leach, «Energy and Food Production», Guildford, Surrey, 1976.

(*) Input: lo que entre en un proceso económico. Output: el producto, «lo que sale» (Nota de Bici.)



«comida de pobres»

TRABAJADORES RURALES EN BRASIL

Verena Stolcke

La ilusión productivista basada en los supuestos milagros de la tecnología para llevar a la mayor felicidad del mayor número, que ha caracterizado el desarrollo económico de los países capitalistas y no-capitalistas, ha creado un mundo en que las fuentes de energía no renovable son cada vez más escasas y en que el hambre aumenta día a día. Estamos ante el absurdo de que el llamado «crecimiento económico» basado en un constante aumento en el consumo de energía, ha producido la carencia para una porción cada vez mayor de la humanidad de la fuente básica de energía para el hombre que es la propia comida. La crisis energética ha mostrado finalmente que el problema no es ya ni de producción ni de redistribución, sino que es inherente al propio sistema de producción.

El desarrollo económico y la política agraria reciente del Brasil es un caso ejemplar de este absurdo. El Brasil, «la potencia emergente», es el quinto país en tamaño del mundo. Es el segundo exportador de productos agrícolas después de los EE.UU. La agricultura brasileña se ha orientado desde sus inicios hacia la producción de cultivos comerciales para la exportación. Aparte de la extracción de oro y piedras preciosas, ha producido en gran escala sucesivamente madera, caña de azúcar, cacao, algodón, café y soja para el mercado internacional, cultivados en grandes latifundios, que han ido expulsando a los pequeños productores, principales proveedores de productos alimenticios. Como consecuencia el Brasil nunca ha llegado a ser auto-suficiente en alimentos. No sólo importa carne y trigo, consumidos principalmente

por las clases acomodadas, sino en ocasiones incluso frijoles que constituyen uno de los alimentos básicos de la dieta popular. Las implicaciones alimenticias de las prioridades de producción de la agricultura brasileña son evidentes. En vez de constituirse en la fuente principal de energía para el consumo humano, se ha convertido en proveedor de productos para los países ricos, que incluso tienen un valor alimenticio y energético en gran parte negligible (como el café).

ARROZ Y FRIJOLES

La política agraria brasileña reciente no hace más que reforzar esta distorsión. Para hacer frente a la creciente deuda externa derivada de la importación de bienes de capital, de petróleo y de alimentos, para la industria en expansión, se ha dado inicio a una campaña de fomento a la exportación de alimentos, haciendo arables nuevas tierras y aumentando la productividad de las ya cultivadas, todo esto mediante fertilizantes, insecticidas, semillas precoces y máquinas en gran parte importadas y de coste energético elevado.

Los planificadores se plantean la producción agraria para el consumo interno sólo en la medida en que puede contribuir a reducir las importaciones y los precios de alimentos que han contribuido a una tasa de inflación, en 1979, del 83%. Como decía recientemente el Ministro de Planificación Delfim Neto: «la auto-suficiencia no es parte de la estrategia, no hace parte de la psicología de las prioridades agrícolas». Estas prevén en primer lugar el fomento a los cultivos de exportación (caña de azúcar, café, soja), en segundo lugar aquellos cultivos utilizables para la producción de alcohol para carburantes y en último lugar los alimentos para el consumo doméstico. El desarrollo agrícola brasileño, desde una perspectiva energética y alimenticia es una historia de regreso más que de progreso. Un país de grandes extensiones de tierra es cada vez menos capaz de alimentar satisfactoriamente a su propia población. En la última década la desigualdad de ingresos ha aumentado, la mortalidad infantil y la incidencia de enfermedades producidas por la mal nutrición o el hambre en algunas regiones se ha mantenido igual, mientras que ha aumentado en los grandes centros urbanos, refugios de una población rural que ha sido expulsada por la llamada «capitalización» de la agricultura.

La dieta básica de los sectores más pobres consiste en arroz y frijoles, correspondiente al cocido de garbanzos tradicional y al pan de los obreros andaluces. Es acompañada de algunas verduras pero rara vez contiene carne. Es deficitaria en grasas y excedentaria en carbohidratos. Carece casi por completo de proteínas de origen animal que están substituidas por proteínas de origen vegetal, principalmente los frijoles. Quienes requieren más energía-calorías para vivir, los trabajadores, sufren su mayor carencia. Con palabras de un trabajador rural de una plantación de café en Sao Paulo, el estado más rico del país y principal productor de café y de caña de azúcar,

«los ricos no trabajan porque tienen de qué vivir y tienen a los pobres para que trabajen para ellos... los ricos no trabajan porque ya tienen para comer y los pobres trabajan y sólo tienen un poquito para comer.»

Otro captó la ironía de una agricultura comercial que es incapaz de alimentar a sus propios trabajadores:

«el café que tanto trabajo necesita es sólo para beber; va para el extranjero; el café da mucho lucro para el patrón.»

pues, como opinó otro,

«la gente pobre es como animal de circo; ¿los artistas no comen a costa de los animales?, pues nosotros somos como animales, tenemos que ganar un poco para nosotros y bastante para ellos.»

INSEGURIDAD PERMANENTE

Estos son trabajadores rurales itinerantes, que trabajan en las grandes plantaciones de café, caña de azúcar, algodón, del Estado de



Sao Paulo. Son los menos pobres de los pobres del país (la mayor pobreza está en el Nordeste), y aún así viven muy precariamente.

Según los últimos datos disponibles, en 1975 había un total de 226.000 trabajadores rurales itinerantes en el Estado de Sao Paulo, 18% de ellos mujeres, porcentaje que, sin embargo, en algunas regiones llega al 27%. Para todo el Brasil se estima un total de 6-7 millones de estos trabajadores de una población activa en la agricultura de unos 18 millones en 1970. La gente los llama de **boias-frias**, «comida fría», porque cuando llegan a comer el almuerzo que han traído de sus casas, ya está frío. Trabajan apenas para tener un techo encima de la cabeza, generalmente meras chabolas y para comer, y por lo tanto la comida constituye una de las preocupaciones centrales de su vida cotidiana. Viven en la periferia de las ciudades del interior del estado y son reclutados temporalmente por intermediarios que los transportan diariamente a las plantaciones en sus camiones. De esta manera los propietarios evaden cualquier obligación laboral y pueden despedirlos en cualquier momento. Como consecuencia los trabajadores viven en una situación de permanente inseguridad.

La mayor parte de ellos son antiguos colonos o aparceros o hijos de éstos. Comenzaron a trabajar alrededor de los diez años. Sin embargo, en tiempos del llamado **colonato**, un tipo de aparcería típica del café, cuando el café era la cultura dominante, residían en las propias plantaciones y tenían derecho a casa y a un pedazo de tierra para producir su subsistencia. Entonces plantaban maíz, frijoles, arroz y podían tener algunos animales. Era la época que aún hoy recuerdan como «el tiempo de la abundancia». Ahora es «el tiempo del dinero». La historia de estos trabajadores es la historia de la «capitalización» de la agricultura y de lo que ésta implica para la economía alimenticia de los propios trabajadores.

La erradicación de una parte importante del café como respuesta a los bajos precios internacionales en los años cuarenta inició un proceso de expulsión de las familias de colonos de las plantaciones. Este fue agravado por la introducción de nuevos cultivos —la expansión de la ganadería que requería poquísima mano de obra por ejemplo— y de

Innovaciones técnicas, que llevó a la prohibición de cultivos de subsistencia. La mayor estacionalidad incluso del café debido al uso de herbicidas y cultivadoras, llevó a los propietarios preferir cultivar sus plantaciones con mano-de-obra asalariada temporal. Incluso en los años cincuenta con el nuevo auge del café, no se volvió al viejo sistema de trabajo, puesto que los precios mejores hicieron que los propietarios no quisieran «desperdiciar» ni tierra ni mano de obra en el cultivo de subsistencia. Este proceso de proletarianización concluyó con la promulgación, en 1963-64 de leyes de protección al trabajador rural, como paliativo ante los crecientes conflictos sociales en el campo y en un momento en que la cuestión de la reforma agraria era cada vez más candente. Una de estas leyes concedía al trabajador indemnización por tiempo de trabajo y estabilidad, aparte de una doble paga, vacaciones pagadas, etc. Después del golpe militar de 1964 fue fácil a los grandes propietarios rurales evadir estas obligaciones fomentando el trabajo eventual. Los sindicatos rurales fueron controlados por el gobierno y la justicia laboral se tornó totalmente inoperante. Cuando residían en las plantaciones, el cultivo de subsistencia les resguardaba de cierta manera de la acción de las fuerzas del mercado. Con su expulsión se inauguró el «tiempo del dinero». Ninguna área de su consumo escapa ya de los mecanismos del mercado, también las mujeres tienen que trabajar por un salario en las cuadrillas de eventuales porque con la congelación salarial, el salario del marido es insuficiente para sustentar a la familia; como dicen las mujeres

«hay que trabajar; no alcanza: porque hay que pagar alquiler... Antes cuando vivíamos con mis padres (en la plantación) era mejor... todo el mundo plantaba; antes había abundancia, se criaba animales, ahora hay que comprar todo; en mi tiempo las plantaciones estaban llenas de gente; ahora están vacías».

NECESITAN DEL POBRE

No sólo hoy todo hay que comprarlo, sino que los precios suben permanentemente mientras que el salario se queda cada vez más atrás. Los que tienen alguna tierra detrás de sus chabolas podrían plantar huertos y algunos de hecho lo hacen. Pero la mayor parte no tienen tiempo. Todos los miembros de la familia tratan de trabajar fuera. Se tienen que levantar a las cinco de la mañana—las mujeres entre tres y cuatro para preparar el almuerzo, que llevarán al campo— a las seis toman el camión, comienzan a trabajar a las siete y están de vuelta en casa alrededor de las seis de la tarde. Mientras que los hombres se cambian de ropa, van al bar o ven televisión si tienen, las mujeres aún tienen que arreglar la casa, lavar ropa, tareas que también ocupan la mayor parte del fin de semana.

No es que el pasado haya sido ideal. El trabajo era duro, de sol a sol, pero, con excepción de aquellas familias que tenían pocos brazos, la dieta era mejor y tenían la comida asegurada. Tener tierra hoy es imposible:

«Los *fazendeiros* (propietarios) no plantan más (alimentos). Una reforma agraria sería un patrón que tiene una plantación grande y reparte un pedazo de tierra para cada uno para cultivar... esto no sucede porque a los *fazendeiros* no les gusta».

Como ellos mismos dicen:

«ellos (los ricos) no necesitan trabajar; no trabajan; no están acostumbrados; por eso necesitan del pobre; y el pobre no tiene tierra».

Los propietarios sólo cultivan café, caña de azúcar, soja para piensos, ponen ganado. Como comentaba un trabajador mientras plantaban pastos para poner ganado.

«aquí la tierra es buena para el maíz, frijoles, no para plantar pastos para que se los coma el buey; hay que plantar para que comamos nosotros».

La comida que llevan al campo en una marmita generalmente consiste en arroz, frijoles y alguna *mistura* que puede ser tomate, batatas fritas, una lonja de tocino o de mortadela, un huevo frito, para darle algún sabor a la comida pues

«arroz puro con frijoles en casa todavía pasa, pero aquí, frío, no; siempre hace falta alguna *mistura*».

Rara vez llevan un poco de carne—que también es considerada

como *mistura*, es decir suplemento;

«la carne es el mejor alimento que hay, abre el apetito; tenemos mucha *mistura*, batatas, etc., pero esto es *mistura* débil; la carne es una *mistura* fuerte».

Generalmente compran algo de carne los domingos, aunque de la peor calidad, y si los precios suben como ahora ni eso. Así, mientras plantan pastos, los limpian para el ganado.

«aparte de ser *bolas-frías* llegaremos a ser conejos»... «llegaremos a comer ensalada de pasto»

pues al precio que está la carne no se puede comprar.

LA COMIDA COMO SIMBOLO

Como trabajadores tienen una noción clara del valor energético de los alimentos. Para vivir hay que trabajar, para poder trabajar hace falta salud y para tener salud y fuerza hace falta comer. Como dicen «la salud es la riqueza del pobre». Ahora,

«lo que permite vivir es la salud; estando con salud se tiene voluntad de trabajar, voluntad de comer».

Pero no cualquier comida da la fuerza necesaria para poder trabajar el día entero con la azada:

«hay que comer comida sino no se aguanta; con pan no se aguanta, el pan no tiene peso, no se aguanta; el macarrón no sustenta, la polenta tampoco; da debilidad a la gente; el arroz y los frijoles y *virado* (con harina de maíz) es reforzado; el arroz sólo no sustenta; el arroz sin frijoles es como macarrón; la carne es mejor que el huevo; el huevo tampoco vale nada».



Antes podían tener algún cerdo, gallinas, cabritos. Los casamientos eran grandes comilonas para todos los vecinos. En cambio hoy si acaso se invita a almorzar a los padrinos de casamiento. Los demás invitados reciben algún refresco y algunos panecillos o batatas en vinagre. Antiguamente no se hacían regalos a los novios. Hoy los invitados dan objetos de cocina y de casa.

De la misma forma, no todos los trabajos requieren la misma fuerza:

«cosechar café no da mucha hambre, escardar café sí que da... es más cansado».

Comer y trabajar están directamente relacionados. Sin trabajar se tiene menos hambre, pero con hambre no se puede trabajar:

«los pobres, cuando no trabajan (los domingos) no les llega el hambre pero cuando trabajan no les llega la hora de comer».

Ahora, cuando se trabaja y se tiene hambre «el trabajo no rinde». Claro que esta relación no se aplica a los ricos. No trabajan y comen mejor, comen carne todos los días, comen comida caliente, variada, hasta se dan el lujo de tirar comida a la basura. Los pobres no, es arroz con frijoles todos los días, con alguna *mistura*, «comida de pobre», fría, comida sentados en el suelo en medio de los árboles de café, cubiertos de tierra y avergonzados aún de su propia pobreza. Es por esto que los ricos son más fuertes:

«se alimentan mejor que los pobres y después no trabajan, pasean; los pobres no, tienen que trabajar».

En cambio, como decía una trabajadora de unos 50 años

«hace algún tiempo siento mis nervios todos débiles; en el campo me dan aquellos temblores; pero también dormimos poco, trabajamos mucho y comemos comida mala; trabajando de azada todo el día seguro que hay que sentirse débil».

mientras que el dueño del camión que les lleva y también les controla en el trabajo y que vive de ellos puede permitirse comer carne todos los días

«vive cerca del carnicero, mientras que ellos viven lejos... y por esta razón es más reforzado».

Para estos trabajadores la comida tiene un significado tanto energético vital como simbólico. Muchos sienten que el desarrollo de la agricultura ha producido un deterioro en su alimentación, tal vez no en cantidad pero sí en calidad y variación. Con palabras de una trabajadora:

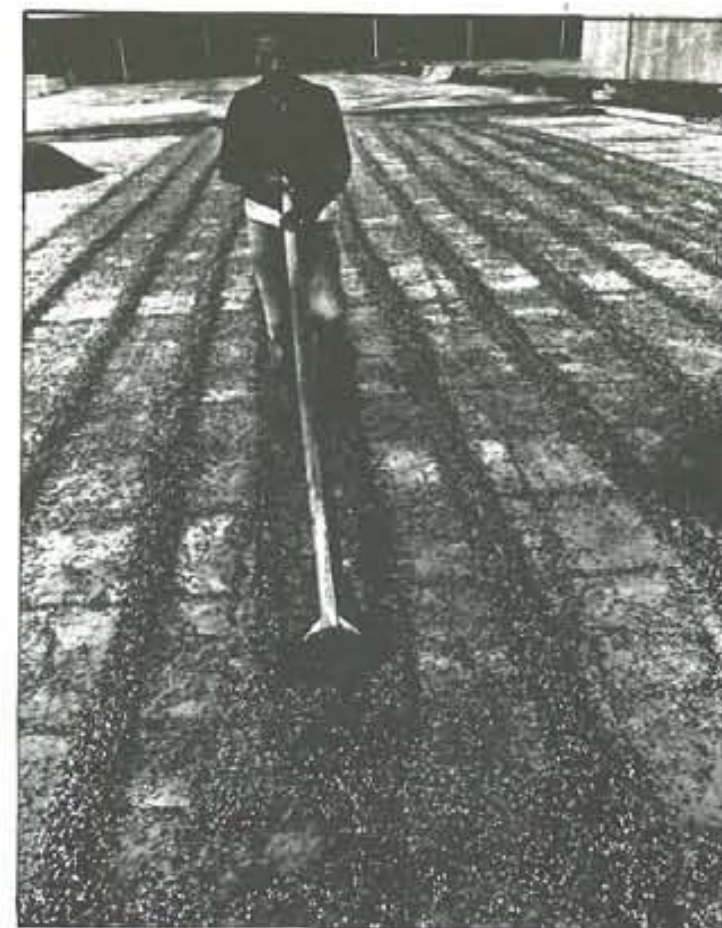
«me gustaría comer cosas buenas todos los días, no arroz y frijoles fríos; me gustaría comer *macarrónada* (macarrón con salsa de tomate y alguna carne) caliente, pero no puedo. Los ricos hasta tiran *macarrónada* a la basura y nosotros no la comemos ni siquiera una vez por semana».

Como dije antes, estos son los menos pobres de los pobres en el Brasil. En otras regiones del país, como en el Nordeste, famoso por las sequías que lo asolan regularmente, y las amplias movilizaciones políticas de los trabajadores rurales antes del golpe militar del 64, ha habido y hay hambre. De la misma manera, para los emigrantes rurales que hoy se aglomeran en las favelas—enormes barrios de chabolas—en los grandes centros urbanos, la malnutrición es una constante.

Pero la comida tiene también un significado simbólico en la medida en que es uno de los símbolos de la desigualdad social. Los pobres sólo pueden comer arroz y frijoles que (combinando un cereal y una leguminosa) es la dieta que da, con mínimo coste, las kilocalorías y gramos de proteínas necesarias. Por lo tanto los que comen sólo arroz y frijoles son pobres, es decir son socialmente inferiores, dominados, despreciados.

Es obvio que éstos trabajadores desearían comer distinto, que desearían comer más carne, en parte por razones de gusto, en parte por razones simbólicas. Pero ¿es posible, considerando el coste energético de las proteínas de origen animal y los recursos energéticos existentes, extender la pauta de alimentación de los países ricos a todo el mundo? ¿Es viable un cambio general de la alimentación del tipo que se ha dado en España en las últimas décadas, donde el consumo per capita anual de carne ha aumentado en la increíble cifra de cuarenta kilos, donde en 1979 el español consumió 68 kilos de carne (poco menos que la media de la CEE), 330 huevos (de las medias más altas del mundo) y unos 33 kilos de pescado, lo que sitúa a la dieta española como una de las más ricas en proteínas del mundo (El País, 3.5.80)?

En Brasil, sólo el 11% de su territorio es cultivado, pero en vista de la baja fertilidad y de la falta de agua en amplias regiones y de la



fragilidad del ecosistema amazónico, en otras, aumentar la tierra cultivable evidentemente no es fácil. Gran parte de la carne es producida o en pastos naturales de enorme extensión—la Volkswagen recientemente adquirió una enorme extensión en la región amazónica para formar pastos para ganado, así contribuyendo a la destrucción de este eco-sistema—o con piensos artificiales de alto coste energético, leguminosas como la soja, cuya transformación en carne implica un despilfarro de tierra y recursos que podrían dedicarse a productos de consumo directo para el hombre. Por lo tanto, la cuestión central no es aumentar el consumo de proteínas de origen animal, sino repensar las necesidades alimenticias, no desde una perspectiva productivista, sino alimenticia, teniendo como meta la igualdad en la satisfacción de ellas.

el campo y el este

MERAKLIA (1)

La mayoría de los países con sistema marxista-leninista tienen las tierras colectivizadas, aunque no todos, como es el caso de Polonia por razones de equilibrio político interior con la desestalinización, y también para poder abastecer los mercados con mayor regularidad. De hecho, no puede hablarse de colectivización total ni siquiera en la Unión Soviética y China. El motivo se adivina solamente leyendo los titulares de la prensa: es insuficiente la producción agrícola, pese a los slogans de «todas las trilladoras en la obra», «cosecha importante» o «Improbable labor del campesinado», que se repiten cada año, desde 1932 en la URSS, y a partir de los años 1948-50 en los países del Este. Las inclemencias del tiempo no son las responsables, no existen iniciativas económicas locales, y la misma prensa soviética menciona ejemplos de camiones que llegan cuando el trigo ya está podrido. La centralización realizada por gentes que desconocen el campo —aunque expertos en citas de Lenin—, no permite la adaptación a las particularidades de las regiones, de los micro-climas, de las plantas.

Por esto, y a pesar del galimatías legal de prohibiciones y autorizaciones, los koljosianos (campesinos miembros de una cooperativa impuesta), están autorizados a cultivar —después de trabajar las ocho horas en el koljós— un pedazo de tierra. Las cifras que dan los estudiosos económicos occidentales señalan que el 1% de las tierras están cultivadas por koljosianos fuera de las horas de trabajo, produciendo más del 50% de legumbres, aves y huevos, del mercado de la URSS.

¿Por qué mantiene el gobierno soviético este sistema, no sólo anti-económico, sino incluso peligroso en lo político? Se sabe que, actualmente, hay escasez de trigo en la URSS (porque la demanda interior va en aumento), y que depende de las exportaciones de EE.UU. y Canadá —provisionalmente cortadas por el problema afgano—, o de Argentina y, en parte, Brasil (lo que explica el apoyo político a estas dictaduras).

Puede encontrarse una explicación en el propio marxismo-leninismo, que

se presenta como un círculo cerrado: la moral soviética y la técnica soviética, cambian el mundo. Aceptar que algo bueno puede tener su origen fuera del marxismo-leninismo, sería reconocer sus límites. La planificación industrial no es una excepción y, como nadie come máquinas, si faltan, no importa. Pero el pan, la leche, la colectivización, los slogans, no alimentan: ya se dieron los motines del hambre en 1962 (Novocherkassk) en la URSS, los de la miseria en 1970-71 en Polonia, repetidos en parte en 1976. Lo mismo que el bajo nivel de los médicos, la burocratización que dificulta los tratamientos hospitalarios reforzando la influencia de los curanderos en casi todos los países del Este. Lo mismo, la colectivización del campo ha dado más vigor al individualismo agrícola.

Sin embargo, hablando con los koljosianos, se observa que son pocos los que desean cambiar el sistema, porque trabajan lo menos posible en sus 8 horas reglamentarias, mientras que luego se afanan en sus tierras para las que utilizan el abono, la trilladora, el tractor, etc., del koljós. En general, la tradición que se mantiene es la del apoyo mutuo entre los campesinos: todos ayudan a uno, y luego a otro. Así, el camión del koljós se utiliza el sábado y el domingo para llevar frutas y verduras que los koljosianos venden directamente en los mercados «libres» de las ciudades (denominación oficial), al doble o al triple del precio fijado para los productos que, por otra parte, no existen en ninguna tienda. Por ello, no puede hablarse de individualismo absoluto, sino de una mezcla de utilización espontánea de los recursos, a nivel local, con iniciativas individuales o de pequeños grupos.

Otra ventaja que los koljosianos quieren mantener es el salario fijo, y el retiro (que ya existían durante la autogestión en la España de 1936-39). Hoy ya no existe la angustia de la miseria y la enfermedad, que fueron sinónimos de hambre. Y esto lo dicen los campesinos que hace más de treinta años se negaron al colectivismo forzado, y añaden que no ven por qué había que matar a algunos, y torturar a los reacios, para obtener su adhesión escrita

al koljós, si al cabo se trabaja menos que antes, no existe la obligación de cultivar lo que falta en el país, y si en cambio el derecho a cultivar productos que se exportan y no se ven nunca en las tiendas y mercados.

Una explicación (otra) de la persistencia del colectivismo, puede ser también la necesidad de «fijar» a la gente, e impedir el éxodo rural hacia las ciudades, donde se cobra más: no habría posibilidad de dar trabajo a todos y aparecería, claramente, el paro. En bastantes koljoses, los trabajadores (hombres y mujeres), cavan en invierno una serie de zanjas que tapan después; otra manera de pagar la mano de obra, justificando el horario de trabajo.

El colectivismo agrario en el Este es, ante todo, político. La debilidad de la producción explica la fragilidad de la agricultura, tan sensible a las variaciones climatológicas, porque faltan reservas: como en el siglo XVIII, pueden preverse disturbios y agitaciones, para el final de ciertos inviernos. Hay que señalar que los koljoses tienen —como ocurre en las fábricas— una serie de parásitos burocráticos y aristócratas que no son el notario, el médico y el cura, sino el agrónomo, el veterinario, el responsable de los tractoristas, de las trilladoras, del plan, de los abonos, etc.

Y, como en cualquier pueblo del «mundo libre», los hijos de campesinos son campesinos, o, como mucho, tractoristas, conductores de trilladoras, mecánicos agrícolas... eso no impide que, en las estadísticas, muchos hijos de koljosianos estén en la Universidad, porque también son koljosianos el veterinario, el agrónomo, el responsable del Partido, etc...

Según los países, el nivel de vida es mediocre o malo (ir a Moscú o a Leningrado —cuando se tiene la suerte de vivir cerca— para poder comprar aceite, carne, etc.).

Como decía Lenin, con el comunismo la vida ha cambiado totalmente. ■

(1) de la revista ITZOK (C/O Amitiés franco-bulgares 23, rue Piat. 75020 Paris)

Los que se van al campo



Reflexiones después de tres años de agricultura orgánica

Robin Jenkins

Somos marxistas libertarios y hasta 1976 vivimos nuestras vidas de adultos en grandes ciudades. Estábamos muy involucrados en la vida política urbana. Nuestra comida venía de las tiendas locales. Nuestro creciente interés por los problemas ecológicos nos llevó a abandonar la ciudad y a buscar una nueva vida trabajando la tierra. No intentábamos con esto gozar de una vida buena al margen de los procesos económicos y sociales que nos rodean sino emprender un proyecto que esperamos tenga relevancia más allá de nuestras actividades inmediatas.



Hasta ahora hemos pasado un año cultivando unas terrazas en las montañas del sur de Portugal y dos años, al otro cabo de la península ibérica, volviendo a poner en cultivo unas terrazas abandonadas en las montañas boscosas del norte del Montseny. (Sobre su experiencia portuguesa, Jenkins ha escrito un librito, *The Road to Alto*, Pluto Press, Londres, N. de R.) El trabajo ha sido duro casi todo el tiempo, pero ha sido saludable, satisfactorio. Hemos aprendido mucho al cultivar nuestra propia comida y, además, al menos de momento, hemos resuelto el eterno problema de conseguir el dinero preciso para comprar las cosas que no podemos o no queremos producir nosotros mismos. Nuestra pequeña masía (por la que pagamos renta) tiene un gran horno de piedra y en él hacemos pan integral para vender.

Hemos tenido muchas otras ideas para ganar un poco de dinero, pero la mayoría fracasaron. Sabemos con certeza que es casi imposible ganarse la vida vendiendo verduras porque los intermediarios se llevan la mayor parte y, en todo caso, no podemos competir económicamente con los agronegocios modernos que producen grandes cantidades de productos de calidad nutritiva dudosa mediante el uso de grandes cantidades de abonos industriales, herbicidas, fungicidas e insecticidas.

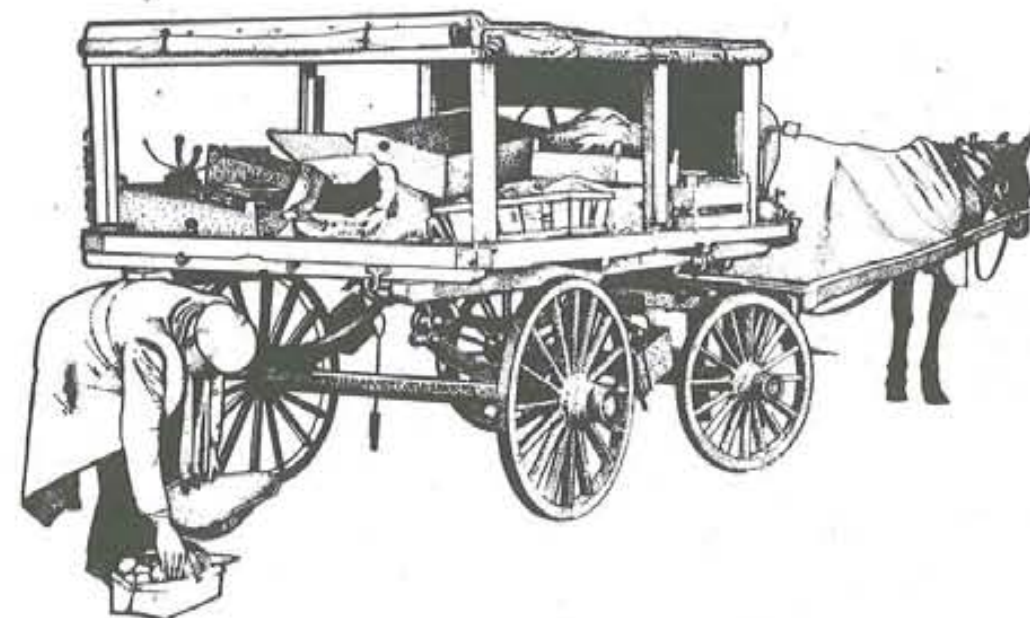
Nos felicitamos de haber persistido en nuestro empeño hasta ahora, especialmente sabiendo que muchos otros se desilusionan después de algunas cosechas fallidas y piensan que nunca podrán mantenerse en el campo, volviendo a la ciudad sin tener ganas de volver y dejando la tierra. Para poner en cultivo tierra que ha sido abandonada hay que tener una perspectiva de unos cuantos años. Si nosotros dejamos un día esta tierra será por razones sociales, pero no por razones económicas, pues nos podemos mantener. Trabajar la tierra es normalmente una experiencia solitaria, y que aísla de los demás, y nos deprime un poco que aunque hayamos intentado encontrar otros que quisieran participar de nuestro proyecto, hasta ahora no lo hemos conseguido.

Hemos sobrevivido, pero eso no es bastante. Es necesario preguntarse si nuestro pequeño proyecto agrícola tiene significación social o política y si algo cambiará... (aparte de nosotros y de nuestro par de hectáreas) como resultado de esta experiencia. ¿Qué influencia puede tener nuestro experimento? En Teoría, pienso que estamos haciendo algo de significación crucial para el futuro; en la práctica, pienso que la mayoría de la gente que nos conoce o que nos ha visitado nos ven como unos lunáticos inofensivos o, peor aún, como unos drop-outs políti-

camente irresponsables que buscan una solución puramente individual a los problemas sociales que nos rodean. Al no usar herbicidas, nuestras cosechas siempre corren el riesgo de ser invadidas por las hierbas, y nuestros campitos no tienen la apariencia limpia y ordenada de un huerto comercial de la costa del Maresme. Al no usar insecticidas, nuestras coles y lechugas tienen muchas veces caracoles y nuestras patateras son en parte comidas por los escarabajos. Al no usar abonos industriales, nuestros tomates, pimientos y berenjenas son más pequeños que los productos comerciales análogos. El aspecto de nuestros campos no produce una gran impresión, pero el aspecto no es todo. Casi todos nuestros productos tienen mejor gusto que los productos comerciales y por lo menos sabemos que nos están polvando con peligrosas sustancias químicas. Nuestros vecinos seguramente piensan que estamos algo locos, pero parece que poco a poco estamos ganando su respeto, no tanto por nuestras prácticas agrícolas sino por el hecho de que nos levantamos temprano y porque todos ven que trabajamos bastante duro.

Agricultura sensata

Tenemos más tierra arable (aunque hemos de pagar renta) que la que tendríamos si cada uno en el mundo tuviere la parte que le toca, y que sería algo así como un cuarto de hectárea. Somos tres (Mary, Robin y un hijito, Tom) y tenemos unas dos hectáreas. Producimos por tanto un excedente agrícola, que en parte regalamos y en parte vendemos. Económicamente, sería conveniente que dejáramos la mitad de la tierra y dedicáramos nuestro esfuerzo a una hectárea solamente, ya que no podemos ganar apenas dinero vendiendo verduras. También sería conveniente ecológicamente porque todo lo que sale de nuestra tierra y es comido en otro lugar acaba inevitablemente yendo a parar a una anónima cloaca que va al río más próximo y de ahí al Mediterráneo. Todo lo que se saca del suelo debe ser reemplazado para mantener su fertilidad. Nuestra solución inmediata a ese problema es coger y transportar el estiércol de las cabras y ovejas de un pastor local. El nos lo agradece, porque su agricultura la hace con abonos químicos y no quiere molestarse en extender estiércol en su tierra. Al igual que casi todos los pastores modernos de Cataluña, compra la mayor parte de sus pienso, que vienen de Andalucía o de más lejos aún. Nuestra tierra





se beneficia de la actividad agropecuaria poco sensata de ese pastor, pero también nuestra agricultura es poco sensata pues usamos estiércol que proviene de piensos comprados lejos. Somos pues parte de un proceso de explotación mediante el cual nuestro suelo se enriquece mientras la tierra de Andalucía se empobrece. Ese proceso de explotación de unas zonas por otras es general a nivel mundial y ha durado siglos.

Nuestra tierra había estado abandonada durante diecisiete años cuando la tomamos. Una vez haya recuperado su «ánimo», nos gustaría aislarla desde el punto de vista energético, y trabajarla de manera que no le hiciera falta una entrada de energía exterior (aparte la del sol). Al hacer abono con todos los «desperdicios» vegetales, animales y humanos, devolviéndolos al suelo en el momento y lugar adecuados de una rotación de cultivos bien calculada, tendríamos que ser capaces de mantener la fertilidad del suelo, en teoría para siempre. Pero, aunque eso sea ecológicamente sensato e incluso estéticamente agradable, no sirve para casi nada en una sociedad en la que una proporción cada vez mayor de la población vive en ciudades.

La agricultura «moderna», el **agrobusiness** funciona sacando de las minas las sales de potasio y fósforo, cuya existencia es limitada, combinándolas con nitrógeno para fijar el cual se usa una gran cantidad de energía del petróleo, que también es limitado, y los aplica al suelo en la forma de abonos industriales. Además del daño que las grandes dosis de esos abonos hacen a la textura y a los micro-organismos del suelo, hay que poner dosis cada vez más grandes de año en año para mantener los mismos rendimientos. Las cosechas producidas son consumidas principalmente en las ciudades y las basuras y excrementos van en buena parte a parar al mar. Lo cual se agrava porque hay una separación cada vez mayor entre agricultura y ganadería, ya que es más rentable tener ganado cerca de los lugares de consumo trayendo los piensos desde lejos. El estiércol del ganado no vuelve al suelo que produjo los piensos, y en muchos casos no va a parar a ningún suelo. La agricultura capitalista ha conseguido ganar dinero a base de romper casi todos los ciclos ecológicos naturales de la agricultura tradicional. No podrá durar muchos más años, pues depende de los combustibles fósiles cuyas existencias son limitadas. Una solución temporal es empezar a transferir de manera sistemática la llamada «mierda» animal y humana de vuelta a la tierra, pero en

una sociedad capitalista eso no va a ocurrir hasta que sea por lo menos tan rentable como la producción y distribución industrial de fertilizantes. E incluso si la «mierda» vuelve a la tierra, de manera que el ciclo que había sido roto se recompone, es necesario calcular los costes energéticos de mandar la comida de los campos a la ciudad y de mandar la «mierda» de la ciudad a los campos. En el largo plazo, será probablemente imposible mantener las ciudades a costa de la energía disponible, cada vez más limitada y más cara a medida que el petróleo accesible (político y físicamente) se vaya agotando hacia final de siglo. Tal vez será entonces necesario que la gente y sus animales vivan más cerca de la tierra que los mantiene.

Si conseguimos el año próximo que nuestra tierra sea energéticamente auto-suficiente, tal vez estemos anticipando algo que será necesario a nivel más amplio en el próximo cuarto de siglo. Son estas ideas lo que mantiene nuestras espaldas dobladas sobre el suelo y lo que nos convence de que no somos meramente lunáticos.

La contradicción

El problema central de cualquiera que quiera practicar una agricultura ecológicamente sensata (aparte del problema inicial de sobrevivir mientras llega la primera cosecha), es la contradicción entre ecología y capitalismo. Casi parece una ley física que bajo el capitalismo las inversiones más rentables son las que gastan más energía. En la agricultura capitalista, los procesos más ineficientes energéticamente son los más rentables mientras que los procesos energéticamente eficientes son económicamente inviables. La agricultura campesina tradicional puede producir 15 calorías de comida por cada caloría de trabajo muscular utilizado, mientras que la agricultura capitalista ahora necesita unas cinco calorías por cada caloría que produce, además de nada menos que unas veinte calorías extra para empaquetar, transportar y cocinar la comida hasta que está lista en el plato de ciudadano medio. Hasta hoy, el tipo de agricultura conocido por la humanidad más eficiente energéticamente y más sensato ecológicamente es la agricultura tradi-

cional campesina. Y es tan desastrosa económicamente, o crematísticamente, que los campesinos están siendo extinguidos como clase social. Cualquiera que trate de cultivar la tierra de manera ecológicamente sensata se enfrenta a esa contradicción, que afecta al mundo en general y que le afectará a él individualmente. En una sociedad capitalista no será económicamente viable realizar una agricultura sensata hasta que los costes energéticos se acerquen a los costes reales de sustitución de esa energía, lo que sucederá a largo plazo puesto que los combustibles fósiles tienen existencias limitadas.

La manera particular que nosotros tenemos de enfrentarnos a esta contradicción es separar nuestras necesidades de comida y de dinero. Nuestra propia comida la cultivamos fuera de la economía monetaria y no intentamos ganar dinero mediante la venta de nuestro excedente agrario. El dinero lo ganamos haciendo y vendiendo pan, lo que en términos energéticos es absurdo pues implica comprar harina en la ciudad, transportarla a nuestra montaña (en jeep), convertirla en pan (ahí por lo menos usamos brazo del bosque y no gas argelino) y transportarlo de nuevo a la ciudad para venderlo. Económicamente es viable; energéticamente es ridículo. Pero por lo me-

nos no interfiere con nuestra agricultura y es una actividad que mantenemos aparte.

Para muchos que viven en las ciudades, la perspectiva de emprender una agricultura auto-suficiente y ecológicamente sensata es muy atractiva. En la práctica, cualquiera que lo pruebe debe enfrentarse a esa contradicción. Si intentan ganar dinero de la agricultura, bien se integran en las prácticas agrícolas capitalistas, bien empobrecen inevitablemente su tierra. Si quieren que su agricultura sea ecológicamente sensata, deben hallar una manera distinta de obtener algún dinero... hasta que la contradicción vaya creciendo y hasta que, por tanto, la agricultura capitalista resulte inviable tanto ecológica como económicamente ■

NOTA FINAL: Nuestro proyecto agrario es común de Mary y mío. Trabajamos juntos, no siempre estamos de acuerdo sobre que cultivos poner, sobre el desyerbe, sobre el abonado, ni tampoco estamos siempre de acuerdo en nuestras teorías. Este artículo trata de nuestro proyecto, pero refleja más bien mis ideas que las suyas, y en algunas cosas ella no está de acuerdo. Al usar el plural, no he querido decir que estemos de acuerdo en todo; la vida sería aburrida si lo estuviéramos.



URBI LIBROS

Santiago 12 - Apartado 7006 MADRID.
Distribuidor de Edit. Mejicanos Unidos

Algunos títulos en existencia

PENSAMIENTO LIBERTARIO

- Dios y el Estado, **Bakunin** - 160 ptas.
- Reivindicación de la Libertad, **Ernestan** - 150 ptas.
- Primero de Mayo, **R. Mella, M. Dommanget** - 160 ptas.
- Hipocresía del puritanismo, **E. Goldman** - 160 ptas.
- Movimiento clandestino en España, **J.M. Molina** - 350 ptas.

Antologías

- Pensamiento de Bakunin (Selección de B. Cano Ruiz) - 225 ptas.
- Pensamiento de Kropotkin (Selección de B. Cano Ruiz) - 225 ptas.
- Pensamiento de Malatesta (Selección de B. Cano Ruiz) - 225 ptas.
- Pensamiento de William Godwin (Selección de B. Cano Ruiz) - 225 ptas.
- Pensamiento de Sebastián Faure (Selección de B. Cano Ruiz) - 250 ptas.

Novedad

- Anarquistas y anarquismo, **Fidel Miró** - 200 ptas.

Otros títulos

- Las nacionalidades españolas, **A. Carretero** - 300 ptas.
- La Personalidad de Castilla, **A. Carretero** - 250 ptas.

Pedagogía antiautoritaria

- Obras de A.S. Neill (fundador de Summerhill) - 260 ptas.

GALLECS

una zona conflictiva a 20km. de Barcelona



Gallecs, desde siglos, es una aldea rural de 250 habitantes formada por una treintena de casas de campo más o menos diseminadas alrededor de una iglesia románica del siglo XII. Administrativamente pertenece en su mayor parte al municipio de Mollet del Vallés, uno de los pueblos del cinturón industrial de Barcelona, que sobrepasa los 40.000 habitantes.

La problemática de Gallecs empezó a finales de los años sesenta, cuando el gobierno planeó la creación de ciudades «artificiales» para «descongestionar» las áreas metropolitanas de Madrid y Barcelona. El proyecto cristalizó en 1970 con un decreto ley por el que se creaban las Actuaciones Urbanísticas Urgentes (ACTUR). Se programaron siete ciudades Actur en las proximidades de Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia y Zaragoza. Una de ellas, tras varias vicisitudes, formada de los municipios de Mollet, Santa Perpetua, Montcada, Polinyà, Palau de Plegamans, Lliçà de Vall y Parets, todas ellas pertenecientes a la comarca del VALLES. La población de esta futura ciudad tenía que ser de 150.000 habitantes.

En 1973 se realizó la expropiación de las fincas afectadas, en un clima de impotencia por parte de los propietarios. Prácticamente todo el mundo aceptó el cobro de las indemnizaciones y el único movimiento reivindicativo fue la constitución de grupos de propietarios que emprendieron acciones jurídico-administrativas, para obtener mejores precios de los que proponía el gobierno.

El pago de las fincas se inició en octubre de 1973. La mayoría de las casas quedaron abandonadas ya que la construcción de la ciudad de Gallecs se preveía como un hecho inminente.

Sin embargo, en diciembre se produjo el atentado de ETA contra Carrero Blanco. Este, juntamente con la crisis

económica, iba a influir decisivamente en la vida política del país. El proyecto del Ministro de la Vivienda, Morteo Alfonso, sufrió un frenazo y la futura ciudad de Gallecs quedó de repente congelada después de tanta precipitación. El crecimiento de la ciudad de Barcelona había dejado de avanzar de la manera espectacular con lo que había hecho hasta entonces y el estancamiento en el desarrollo industrial y la inmigración no hacían necesaria la creación de una ACTUR para descongestionar el área metropolitana. Toda la zona expropiada de Gallecs quedó congelada a la espera de que los señores de Madrid decidieran lo que se debía hacer con estas 1.500 hectáreas. Pero el daño social y ecológico ya se había hecho y Gallecs ya no volvería a ser lo que hasta entonces había sido: muchas familias del lugar habían abandonado ya sus casas y tierras; los campos se cultivaban sin mejorar los suelos debido a la situación de incertidumbre; masías seculares veían caer sus techos de pura ruina.

Los actuales ocupantes de Gallecs

Debido a la extraña situación actual de semi-degradación de la zona y a su carácter rural y relativamente «virgen» tan cerca de las grandes urbes y las grandes fábricas de los alrededores, la gente que actualmente se vincula de alguna manera a Gallecs es de lo más diversa.

Hay que hablar en primer lugar de los payeses que a pesar de la expropiación y la inseguridad permanecen en las masías

y las tierras que les vieron nacer. Están por otra parte, los «domingueros» o gente de las ciudades cercanas (Barcelona, Sabadell, Granollers, etc.) que han ocupado alguna casa abandonada para pasar los fines de semana. También están las gentes que han ocupado pequeños espacios de tierra junto a los torrentes para hacer su huertecillo y que con su trabajo en horas libres crean una especie de paisaje hortícola degradado, compuesto de multitud de vallas y barracas construidos con desechos industriales de todo tipo. Y están, finalmente, los grupos ecologistas que viven de modo permanente en casas que habían quedado abandonadas (y que ellos van reconstruyendo) y que, con su firme voluntad de vivir en el campo y del campo, recuerdan a tirios y a troyanos, dos cosas fundamentales: por una parte, que Gallecs tiene que ser un pulmón verde y agrícola de este Vallés hoy tan destruido y que, por lo tanto, «no pasarán las excavadoras»; por otra parte, nos recuerdan que es posible una vida diferente a la que nos ofrece la sociedad de consumo.

La Comisión de Defensa de Gallecs

Desde hace unos cuatro años existe un colectivo, integrado por ocupantes ecologistas, por payeses antiguos propietarios que se quedaron en Gallecs y por personas independientes de los municipios de la zona, que se ocupa de dar cohesión y fuerza al desconcierto de Gallecs. Se trata de la «Comissió de la Defensa de Gallecs». La comisión ha organizado desde fiestas hasta manifestaciones para dar a conocer la situación de

Gallecs; ha promovido ocupaciones de casas deshabitadas con el objeto de que Gallecs vuelva a tener vida y que esta nueva vida se la dé gente decidida a conservar el patrimonio de la zona y a oponerse a cualquier intento de edificación. La comisión también se ha movido en todos los ambientes legales (ayuntamientos, Generalitat, empresa gestora del Ministerio de la Vivienda, etc.) para hacer oír su voz de manera radical y contundente.

Así pues, mientras las familias de los payeses antiguos propietarios continúan a pesar de todo con su vida rural tradicional, y mientras los ocupantes ecologistas luchan por plantear a partir de ellos mismos las bases de un modelo de vida alternativa que cada día tenga menos que ver con el de la sociedad industrialista y consumista; mientras unos y otros, pues, viven día a día en una tierra que aman y en medio de no pocas incomodidades, inseguridades y conflictos, los altos responsables del Estado y de la Generalitat se disputan los derechos de propiedad de este gran pastel de 1.500 hectáreas situado a 20 km. de Barcelona.

Aunque el fantasma de la ciudad monstruo de 150.000 habitantes parece por el momento alejado, sin embargo la sombra de los edificios de cemento todavía pasa sobre la zona, principalmente cuando algunos de los ayuntamientos circundantes intentan retomar parte de los terrenos expropiados para satisfacer sus aspiraciones desarrollistas.

Aprender a ser agricultor

La etapa en la que nos encontramos la mayoría de los ocupantes de masías en Gallecs es la de aprender a ser agricultores gracias a los pequeños huertos que vamos creando alrededor de las casas ocupadas. Normalmente procuramos seguir los métodos de la agricultura biológica, desechando los insecticidas y abonos químicos. A nivel experimental los resultados son muy interesantes. Para el autoconsumo, la producción

también acostumbra a ser suficiente. Sin embargo, hasta el momento, ninguna casa ha logrado ser totalmente autónoma viviendo exclusivamente del huerto y del corral. Es un hecho que pueda parecer paradójico, precisamente en una zona agrícola rica y en la que abundan los payeses tradicionales que viven únicamente del campo e incluso sólo del huerto.

Nosotros creemos que la razón es sobre todo cultural. Un campesino adopta los pesticidas, abonos y piensos por que ve que es el único método posible de alcanzar el nivel de producción que le permita ser económicamente rentable. Debemos valorar debidamente que, en muchos casos, el hortelano tradicional también cree que la agricultura biológica es la mejor. Si adopta los productos químicos es porque se ve forzado a ello. Sólo se puede vivir de la agricultura biológica a condición que se pueda lograr altos precios de venta fundamentados en la «calidad ecológica» de los productos naturales.

En el contexto cultural actual, el único hortelano biológico que tiene la vida asegurada es aquel que aprovisiona una tienda de productos naturales que dispone de una clientela burguesa. Los demás payeses deben adaptarse los bajos precios de los productos agrícolas, intentando asegurar un máximo de producción que sólo se logra, a corto plazo, con el aporte de productos químicos.

No debemos olvidar que estamos en una sociedad en que todos los precios son políticos y que el interés actual del poder es que la agricultura sea mecanizada y que ocupe el menor número posible de campesinos.

Aprender a ser alternativo

Más importante que vivir del campo, lo que puede ser fundamental para algunos de los que ocupamos casas en Gallecs es el ir aprendiendo un nuevo sistema de vida alternativo al de la socie-

dad industrial.

Para nosotros, Gallecs tiene la ventaja que nos permite experimentar las alternativas a muy bajo coste. Por un lado, hemos podido ocupar masías abandonadas sin gastar mucho dinero y sin posibilidad de transformarlas en propiedad privada. Por otro lado, el estar dentro del área metropolitana de Barcelona permite a algunos de los ocupantes continuar sus anteriores trabajos, lo que facilita una mayor estabilidad económica del grupo en el que viven.

Lo más fundamental para los que ocupamos las casas de Gallecs consiste en aprender a vivir en grupo y con un espíritu auténticamente libertario. Cada masía lo intenta a su manera, con sus más y sus menos. El hecho de tener ocupadas más de 30 casas y la posibilidad de encontrar todavía algunas otras facilita enormemente la tarea, ya que permite una mayor movilidad de las personas hasta que encuentran el grupo que mejor les va. Sin embargo, nos damos cuenta que debemos tomarlo con mucha filosofía porque la convivencia no es nada fácil.

También creemos que Gallecs nos puede ayudar a aprender a desintoxicarnos del consumismo, único modo de poder escapar de la ratonera de la sociedad actual. La vida en el campo, el trabajo manual, el huerto y la granja familiar, el tocar la guitarra debajo de un pino, etc. pueden llegar a ser un estilo habitual de vida que nos aparte alegremente de la sociedad de consumo y de la necesidad de trabajar porque sólo sabemos vivir gastando dinero.

Otra posibilidad que nos brinda Gallecs es la de ir aprendiendo las técnicas que hacen más fácil la vida alternativa. Ya hemos hablado de la agricultura. Otros ocupantes se dedican a la elaboración de pan, queso, mermeladas y otros productos alimenticios caseros. También hay un grupo que se interesa por la tecnología energética, con la construcción de placas solares, molinos de viento y digestores de biogas. También se destilan perfumes, se fabrica artesanía y un largo etcétera según las aficiones y necesidad de subsistir de cada persona.

El arreglo de las casas ocupadas también ha sido una buena ocasión para

hacer prácticas de albañilería, fontanería, carpintería, y electricidad.

El pueblo ecológico, como alternativa global

Gallecs viene a ser un campo de experimentación en el que se están realizando muchos proyectos interesantes pero con muy poca visión de conjunto y trabajo auténticamente comunitario.

A pesar de ello, es una de las pocas experiencias en donde es posible discu-

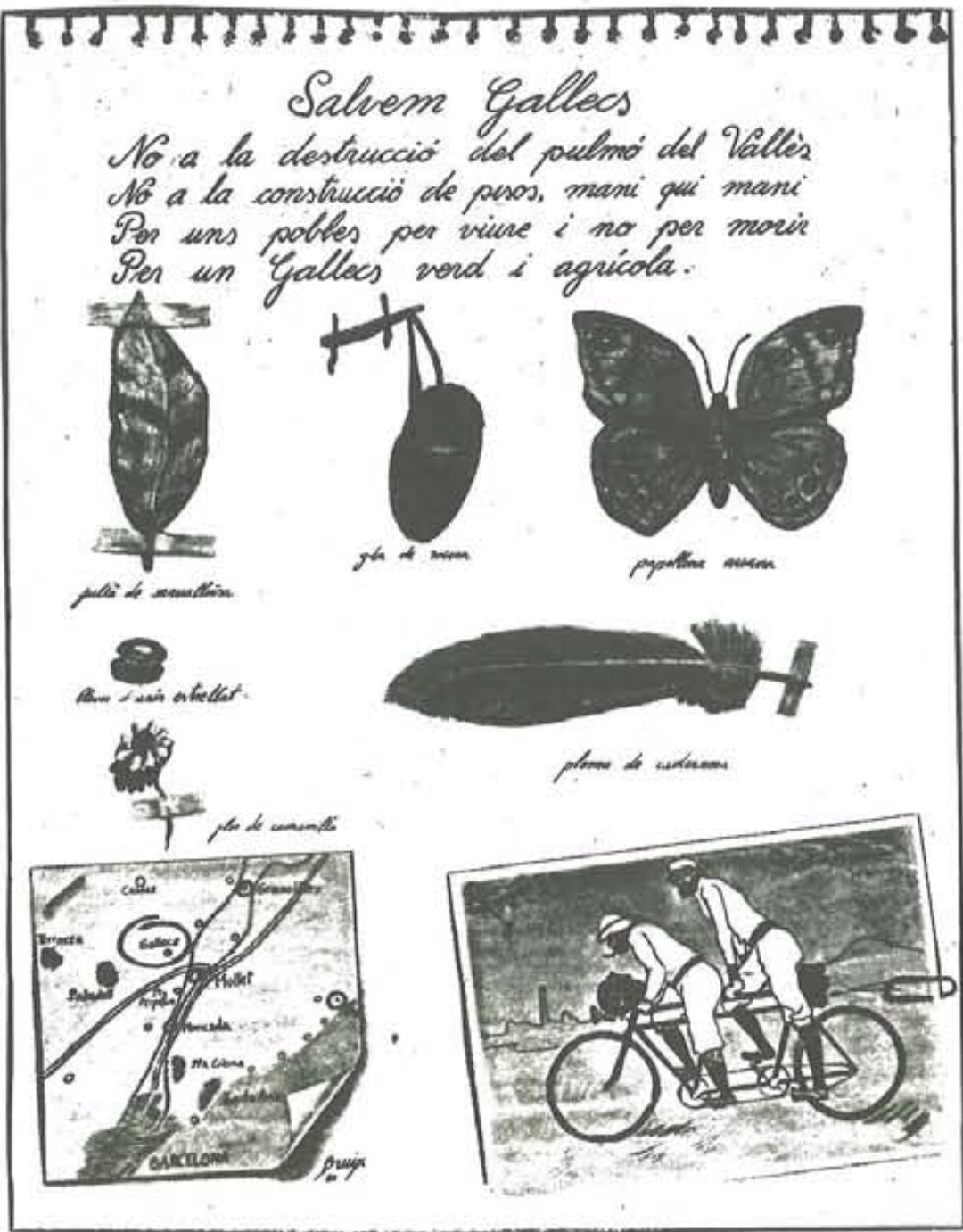


tir la posibilidad de crear un auténtico pueblo ecológico capaz de vivir según un esquema alternativo global, sin que la discusión se quede a un nivel puramente especulativo.

Nosotros confiamos que Gallecs pueda ayudarnos a adquirir la suficiente capacidad técnica y espíritu comunitario

para que este proyecto sea viable. También esperamos que nos permita establecer contacto con todos aquellos grupos que tienen las mismas preocupaciones para que nuestra experiencia se integre dentro de una alternativa global. ■

Desde Gallecs, junio 1980



el Oro y el Moro



En el Maresme y Baix Llobregat, zonas pertenecientes al extrarradio barcelonés, pululan entre industrias contaminantes y contaminados minifundios explotados por la pagesia catalana que orientan su producción fundamentalmente hacia las hortalizas, para el mercado de las grandes concentraciones urbanas de la zona. Dado lo poco rentable que sería la mecanización para su explotación, como así también la falta de mano de obra debido a los salarios de miseria (el convenio agrícola no se negocia desde 1976) o absorbida desde hace tiempo por la industria, se hace uso de una fuerza de trabajo barata, sin casi conflictividad y en una situación ilegal que se encuentra obligada a aceptar casi todo.

Nos referimos a la numerosa «familia» marroquí y norteafricana que en cualquier día en jornada laboral (de 8 horas a 20 horas) pueblan los campos de las mencionadas comarcas trabajando la tierra. Es imposible hacer un cálculo cuantitativo de los componentes de las citadas «familias», pero damos por seguro que se pueden contar por miles teniendo en cuenta la extensión de tierras dedicadas a estos menesteres.

La administración, tan recelosa con la mano de obra extranjera o simplemente extranjeros, hace la vista gorda a semejante explotación e ilegalidad dándole el trato de una situación de hecho. En efecto, los trabajadores carecen de carta de residencia o permanencia, permiso de trabajo y no tienen convenio colectivo que regule sus salarios, con lo cual se consuma una superexplotación encubierta por la ilegalidad que padece esta colonia.

A la pagesia de las zonas les conviene mantener esta situación dado que encuentran una fuerza de trabajo que

reúne las «condiciones objetivas óptimas» para un propietario de medios de producción como son: mano de obra barata y no conflictiva. Y decimos que no es conflictiva, no por sus miembros, sino por la situación en que se encuentran que conlleva que cualquier problema laboral que se presente se solucione en la comisaría de policía actuando éstos como árbitros, y dictando un «laudo de obligado cumplimiento» consistente en la expulsión del país de forma inmediata.

Algunos payeses, tratando de solventar sus problemas de conciencia, intentaron legalizar la situación de estos trabajadores pretendiendo darles de alta en la seguridad social y un contrato de trabajo, pero se encontraron con la negativa de la administración respetuosa de su legislación sobre mano de obra extranjera. Sin embargo, esta legislación tiene como causa fundamental proteger la mano de obra «nacional» ante los puestos de trabajo que éstos puedan ocupar, de ahí que no se concedan permisos de trabajo ni visados de contratos de trabajo, permitiendo de esta forma una situación que ella misma prohíbe.

Por último, aquellos «lanzados» que intentan hacer valer sus derechos a través de la Magistratura de Trabajo, se encuentran con que últimamente el criterio jurisprudencial está cambiando en el sentido que si carecen de residencia y permiso de trabajo, no se les puede reconocer la relación laboral y en consecuencia ningún derecho.

Por lo visto estos trabajadores adolecen de un defecto formal para el estado como es el no haber nacido en esta tierra, pecado original que tendrán que purgar en las comarcas del infierno llamadas Maresme y Baix Llobregat...

Collectiu Barcelona

LAS KIECHOWES DE
La Piqueta

sumario 22/79

HERRERA
DE LA
MANCHA

Una historia ejemplar

Manolo Revuelta

Coedición con
Quelmadá Ediciones

FRANK MINTZ.
La autogestión en la España revolucionaria. 500 pts.

INTERNACIONAL SITUACIONISTA. La creación abierta y sus enemigos. 320 pts.

RICARDO MELLA. Forjando un mundo libre. 300 pts.

RAMON SAFON. La educación en la España revolucionaria (1936-1939). 320 pts.

MIGUEL BAKUNIN. "Obras completas".
Publicados hasta ahora:
Tomos I y II, a 200 pts.
III y IV a 250 pts.

Enviamos catálogo:
Seseña, 59, ba'jo D
Madrid - 24
Tf. 2 22 36 68



los huertos urbanos de Sta. Coloma



Es complejo y difícil, algunas veces, dar solución a problemas que se han venido arrastrando desde hace tiempo.

Para muchas personas habituadas a un medio como el campo y la agricultura, resulta casi imposible integrarse en el industrial.

De este problema, el exilio económico, y de las situaciones que comporta, existe una responsabilidad clara del sistema que ha concentrado y apoyado la actividad industrial en detrimento de otras.

La especulación del suelo, ha tenido todas las facilidades que concedía el Estado y ha sido bien abonada por la emigración masiva de habitantes procedentes del campo a la ciudad para encontrar en la industria la posibilidad de vivir o elevar su nivel de vida.

Sta. Coloma de Gramanet (Barcelona), es un ejemplo eloocuente de este fenómeno. En la actualidad tiene casi 200.000 habitantes. Hace 20 años, no tenía la cuarta parte.

Pueblos enteros de Andalucía, Extremadura y Galicia, principalmente, residen hoy en esa ciudad.

Algunas de estas personas, de difícil adaptación a la vida en las grandes masificaciones y sin posibilidad económica de elegir, vieron durante los años 70, la posible válvula de escape que suponía cavar un huerto en las inmediaciones del río Besòs.

Esto significaba para algunos emplear el tiempo de ocio, para otros una fuente de ingresos con la que reforzar la débil economía familiar e, incluso, una terapia perfecta.

En un principio, no había problemas y poco a poco llegó a ocuparse lo ocupable, una superficie de 120.000 m², aproximadamente, ya en Mayo de 1980.

El Ayuntamiento, que siempre había tolerado, empezó a preocuparse, incluso tuvo que tomar parte, debido a la denuncia efectuada por vecinos de esta ciudad.

La superpoblación de Sta. Coloma, ciudad pequeña en superficie, que tiene todas las carencias posibles en equipamientos, zonas verdes y demás, hacía el problema más visible cada día.

Empezó a privatizarse el suelo comunitario y más tarde llegó la especulación y los huertos se vendían de unos a otros;

se empezó a mecanizar. Quien tuvo posibilidades compró un motor para bombear el agua desde las cloacas hasta los huertos, reportándole los consiguientes beneficios que le suponía vender las aguas residuales que desembocan en el río.

El informe realizado por el Dr. Sebastián Vea Ballester, técnico de la Conselleria de Sanitat y que, en otro tiempo, formó parte de la Dirección de la Salud del cantón de Ginebra, fue definitivo para la resolución del Ayuntamiento de retirar los huertos.

Según el informe y tras un examen de algunas muestras de agua, la contaminación era absoluta; además de la mineral y la metálica, se encontraron, en cifras incontables, microorganismos del tipo Streptococo, faecalis amebidos, hongos, virus, bacilos tíficos y otros que acarrear enfermedades como el cólera, fiebres tifoideas, erisipela, faringitis epidémica y muchas otras. Según el Dr. Vea «Tras la desaparición de los huertos, desapareció la hepatitis en los colegios».

Esto parece justificar la rapidez con que actuó el Ayuntamiento, previendo la repetición de muchos casos de cólera como los que se dieron el verano pasado.

Estas lógicas argumentaciones para la demolición de los huertos, deberían servir, también, para depurar las aguas del río Besòs que cruzan varias poblaciones. No se ha acabado con la rabia, entre otras cosas, porque aún no ha muerto el perro. El riesgo se mantendrá y estas aguas que desembocan en Sant Adrià, tienen muchos clientes que van a bañarse por aquellas playas.

Los huertistas se quedaron sin su huerto, los posibles chabolistas, se quedaron sin chabola. Pero el problema continúa porque en algún caso el huerto suponía mucho económicamente, de allí sacaban comida. Y en Sta. Coloma de Gramanet existen más de 3.000 parados.

Será difícil juzgar este hecho porque ante los problemas de salud pública, quizás haya que actuar quirúrgicamente, tal ha sido la actuación del Ayuntamiento, pero cabe esperar que se corrijan los motivos del origen de los huertos, la emigración forzosa, la inadaptación y quizás cabe esperar también la recuperación de la cultura campesina.

JESUS

De momento somos seis u ocho adultos y dos pequees, todos con alguna experiencia comunitaria a costas, que queremos vivir de otra manera en esta comarca; tenemos un montón de tierras y casas miradas que reúnen nuestras condiciones, a saber: tierra suficiente para autoabastecer nuestro consumo alimenticio, a un precio no abusivo y cerca de la ciudad.

Lo de cerca de la ciudad es un punto al que no estamos dispuestos a renunciar (como los otros), ya que cada uno de nosotros está moviéndose en ambiente contestatario. Desde objetores, pasando por antimilitaristas, libertarios, ecologistas, hasta maestros autogestionarios (o un poco de cada cosa) y lo que queremos no es dejar este ambiente para retirarnos a una sana paz espiritual, que puede ser muy beneficiosa para nosotros pero que tiene muy poco de revolucionario. Intentamos unir lo bueno del mundo revolucionario con lo mejor de la vida en el campo.

Así, por ejemplo, ya hay quien cultiva biológicamente y hace su pan (integral, claro) sin salir, de momento, de la ciudad.

Por otra parte, estamos ayudando a preparar la marcha antinuclear que recorrerá Catalunya este verano, y vamos a intentar imprimir con nuestros propios medios, pegatinas de solidaridad con los objetores vasos recientemente entalegados. Así como también tenemos contacto con un grupo de pasacalles realmente alucinante de nuestra ciudad: EL SE-TRILL.

Bueno, de hecho, la ciudad es pequeña (70.000 habitantes) y nos conocemos todos; es por ello que del funcionamiento interno de la futura (?) comunidad no se ha hecho ningún planteamiento. No vale la pena al conocernos todos desde hace bastante tiempo.

De la vida en el campo, de momento, todo son proyectos. Pero como hay quien tiene muy buenas «manitas», la casa se autoabastecerá energéticamente en poco tiempo gracias al material que puede encontrarse en cualquier chatarrería que se precie (y es que el consumismo obliga a tirar no los objetos inservibles, sino también mayoritariamente los pasados de «moda»). De momento tenemos dos coches recuperados del chatarrero, y funcionan casi siempre de maravillas.

Y, bueno, de proyectos, podría hablar o escribir mucho más, algunos en fase avanzada otros, de momento, en estado de utopía... pero no me alargo más por no caer en el cursilismo de que todo son cosas bonitas y tal... pero por hacer!!!

Nada más que explicaros un tanto lo que estamos gestando por aquí.

SALUD Y ESO!!!

Colectivo

En un pueblo perdido por la parte alta de Huesca, cerca de Barbastro, ciudad del Opus Dei y de los militares por méritos propios; en un viejo molino, vive una familia fuera de lo común: Carles, Carme y sus hijas Agua y Raquel.

Han rechazado la civilización opresora del reloj y las prisas y viven a su aire sin electricidad, ni gas, ni teléfono... al lado de un precioso riachuelo, cultivando su huerto, ayudando a los agricultores vecinos, restaurando muebles para un anticuario, ordeñando cabras y elaborando queso dejándose mecer por el tiempo.

Pero no se han cerrado en un palacio de cristal, y así comparten su felicidad y todo lo que tienen con aquel que les visita o se queda una temporada.

Han pasado, y siguen pasando, una cierta penuria económica, así como un «apartheid» por parte de los caciques de por allí. Pero, como dicen ellos, todo se derrumbará algún día.

A su entorno se ha creado una colonia de gente como ellos (las casas son muy pequeñas por ahí) que se queda a vivir allí.

La fiesta surge, mágica, espontánea, y los anfitriones se la tintinean a luz de una lámpara de petróleo, hablando de cualquier cosa, se acuerdan siempre.



Los Pastoreros granadinos

Fernando GUJARRO

Sera lo primero que Manuel Robles me diga, y con esa misma idea nos despediremos: el éxito de los «pastoreros» nace de su especial creencia, o sistema de creencias. Mejor, de su espíritu comunitario, de base cristiana, especialmente vivenciado. Un espíritu de servicio, o de trabajo en común, o de compartir con el otro, que sonaría «boy-scout», o incluso sonaría beato, si no hablara de ello con tanta naturalidad, con esa serenidad, este andaluz sencillote convencido de lo que vive. A lo largo de la visita que el periodista, necesariamente escéptico y curado de espantos como para creer en milagros, hizo al mítico rincón de Fuente Vaqueros, todo fue un buscarle las vueltas, un intentar pillar en falso, un tratar de ver desde atrás, entre bastidores, la trama de esta cooperativa ejemplar. Y no. Si un secreto hay, el periodista se vino sin descubrirlo. A pesar de que todo el mundo, con ese aire de «entendido» tan común en Andalucía, cree saber ese especial secreto. Como todo el mundo le decía a uno, hace unos años, «la verdad» de lo de García Lorca, nacido allí mismo, en Fuente Vaqueros, en la Vega granadina, por donde Santa Fe. En Andalucía, y es nuestro menor defecto, diríamos, todo el mundo sabe «el secreto», lo que no sabe nadie. De Los Pastoreros, lógicamente, también. Así le dicen a uno que los paga Rusia, que el Partido Comunista se ha infiltrado entre ellos y todo lo ha corrompido, que todo se hunde, que con el éxito económico la cosa se viene abajo, y la concepción espiritual que fue el comienzo de la cosa se está perdiendo, que los socios se están haciendo ricos y claro, ya no quieren trabajar. Dicen de todo. Manuel Robles, actual Presidente de la Cooperativa llamada, para la Administración, «Santiago Apostol» y para los granadinos, mítica-mente, «Los Pastoreros», sonríe sin inmutarse. Ni siquiera se molesta en citar lo del «ladran, luego cabalgamos». A lo mejor ni conoce el refrán siquiera. Simplemente sonríe, y no parece esforzarse demasiado en hacerle creer a uno en el invento. Da la impresión de sentirse seguro de lo que vive, no de «lo que tiene», de lo que es, no de lo que ha acumulado. Si usted se lo cree, vale, y si no, peor para usted. Aquello va a seguir como estaba. E insiste: el secreto es espiritual, una riqueza moral. Un humanismo de uso diario, diríamos. Y sonríe, mira derecho al periodista y a su cámara, y se burla un poquito: «Es lo que dijeron unos sociólogos holandeses hace unos días. Decían, lo suyo no es transplantable, es muy sui generis. Y es que es eso, es que no hay fórmula mágica».

«Es que mire usted, nos estamos dedicando en esta sociedad de hoy a muchas cosas, y lo esencial se nos olvida. Y hay que empezar por lo sencillo, por lo más necesario, por lo que hace falta para vivir, y ya está. Y nosotros hemos empezado por ahí, sin más bus ni más ná. Sin complir-nos la vida. Mire, aquí, ahora que la

cursa nos va bien, vier mucha gente, de todas las edades. Nos dicen que han pensado en irse de la ciudad, porque no la aguantan, y que se van a ir al campo, a vivir todos juntos, en comuna o esas cosas. Y aquí les vemos que vienen con unas ideas muy pensadas, pero muy de encima de una mesa. Nosotros les decimos, ¿conocéis el campo? La mayoría dicen que no, todo lo más hay uno que conoce, los demás no. Entonces les decimos, ¿y vosotros, os conocéis a vosotros mismos? Porque es que es lo más importante. Y no. Todo el mundo se preocupa por las ideas, por las estructuras, que dicen, y por como son ellos mismos no se preocupan. Y aquí desde el principio empezamos por ver a la gente como es por dentro, que es lo esencial. No como uno quiere que los demás le vean, que poner una cara bonita para fuera lo sabemos hacer todos, sino como de verdad es. Mire, un ejemplo: nosotros sabemos que la cosa va bien cuando las mujeres que van a la huerta a recoger tomates o pimientos para hacer ensalada, cogen los tomates peores y dejan los mejores. Corren lo peor de la mata, porque eso es para los demás. Cuando eso pasa, es que las cosas van bien».

Y no hay el menor asomo de lección aprendida en Manuel Robles. Y no le está convenciendo a uno, el que habla como un convencido es él. Y habla tranquilamente, y pone otros ejemplos, igualmente de andar por casa. Y a uno le produce el maravilloso efecto de un invento muy viejo y muy sencillo que funciona perfectamente. «Aquí, va lo habrá visto, las puertas están abiertas, no hay timbres para llamar ni nadie a la entrada para preguntarle. Al que viene, se le dice lo primero si ha comido, o si ha bebido, o si se va a quedar. No se le cierran las puertas a nadie. Estamos convencidos de que si a la gente se le da ejemplo de darse mutuamente, aunque el otro no esté por ahí, al final se avergüenza, y el motor que no le funcionaba a comenzar a andar. Se ve en la obligación de responder. Así es como lo hacemos aquí, por lo menos».

Los primeros decisivos años

Pero bueno, ¿cómo empezó todo? Con la misma naturalidad, con el mismo no darle importancia, con ese aire de no haber descubierto nada nuevo pero al mismo tiempo sentirse feliz de lo que se es. Manuel Robles me habla de los comienzos. Allá por el año 55. El Fundador, un hombre al que se reverencia pero cuyo nombre ni siquiera me menciona, un pastor granadino, reunió a unos cuantos,

pocos. Manuel tiene alguna dificultad en recordar cifras y no le insisto en los detalles concretos. Se reunieron unas cuantas personas, a vivir juntos y a ver si podían salir adelante juntos. De ese Fundador vino la orientación fundamental de hacer una profundización en las relaciones humanas, en el perfeccionamiento a nivel personal, como base de la vida en común. Manuel no me lo dice, pero me parece ver en sus palabras que en el principio sí hubo algo de misticismo, que con los años se ha ido suavizando. Habla de sacrificio, de un apretarse el cinturón en los primeros años, que luego se pudo ir dejando. Desde 1955, fueron diez años hasta conseguir que la idea marchara, hasta que empezara a rodar hacia lo que ahora es. Los diez años básicos. Y conforme cuenta, a uno le parece estar oyendo hablar de Walden Doss, o de Twin Oaks, en lugar de tratar de Fuente Vaqueros, aquí al lado, en Granada.

En fuente Vaqueros se da ese fenómeno que desconocen los que no van más allá de lo mítico en Andalucía, y que permite que esta tierra aguante hasta las épocas peores: que no hay paro total, porque cada familia tiene «una tierrecica», «un terrenillo» que no trae riqueza, pero que da lo suficiente para, mal que bien, «ir tirando». Sin dejar de existir la pobreza, no hay miseria. La tierra, por otra parte, no es una maravilla de fertilidad, pero es suficiente, es la Vega y no falta. Así, cuando «a trancas y barrancas», con mil apuros, se pudo reunir entre todos para arrendar hectárea y media, los primeros «pastoreros» estaban ya acostumbrados al trabajo del campo. Sin especializaciones, pero también sin desconocimientos: todo el mundo sabía lo básico. Gente del campo, sin intelectualidades ni planteamientos ideológicos. Aunque había, me dice Manuel, un sentido difuso de hacer algo distinto para probar si salía mejor que lo de costumbre. Un vago sentimiento de alternativa, diríamos. Y eso sí, decididamente, una intención de experiencia comunitaria, un ensayar a vivir en común, y a poner en común lo más posible.

En ese comienzo, y aún hoy, no se intentó abolir, sin embargo, la propiedad privada. La vivienda era, y sigue siendo, individual. Incluso quien aportó un burro, recibió el importe del arrendamiento del burro, aparte de los rendimientos de lo comunitario. Cuando más tarde nuevos socios aportaron tierra, han recibido su renta anual por esa tierra. Naturalmente, han ido accediendo a la propiedad de las casas en las que se vive. Algunas dentro del recinto de la Cooperativa, otras fuera, en el pueblo, dentro del cual está ese recinto y algunas otras dependencias. Nunca se ha aislado del resto del pueblo, ni se ha hecho mundo aparte.

Los cultivos, los normales de la zona, entre la huerta y el secano. Ajo, cebolla, maíz, tabaco, cebada, trigo; remolachas, hortalizas, ahora incluso alfalfa. Era lo que había por allí, y no se introdujo nada nuevo.

Y en esos primeros diez años, eso fue todo. Trabajo exclusivamente agrícola, y el lento despegue de una explotación de ese tipo en una zona no excepcional. La única constante, el ahorro producido por una vida espartana, sostenida por ese misticismo inicial de que hablábamos, y la reinversión constante de cada mínimo beneficio, para conseguir ese rendimiento comunitario.

Las primeras compras fueron modestas: un burro, un carro, y bicicletas de segunda mano, vehículo usual en el campo granadino de entonces, cuando los ciclomotores aún no habían llegado, o no eran moneda corriente. Todo ello propiedad de la comunidad. Un nivel como el de la media de los campesinos granadinos de esa zona y de esa época.

En esos años, la lucha sorda usual en este tipo de experiencias: el bulo de los cheques desde Rusia. La desconfianza de la Administración (hay que señalar que antes de la Guerra Civil habían existido un par de experiencias colectivas en el cinturón de pueblos agrícolas de la Vega granadina, lo que motivaba el recelo ante lo que se podía considerar como resurgir de ese especial «comunismo»). Manuel no me lo dice tampoco, pertenece a ese núcleo de elementos sobre los que parece tener un cierto pudor al hablar, pero bien puede ser que la coloración cristiana de la experiencia actuase, de forma expresa o tácita, de cobertura. Recuérdese el papel que jugó lo eclesiástico bajo el franquismo como capa protectora de algunas experiencias progresistas.

En 1965, la Administración acoge a la comunidad como Cooperativa oficialmente reconocida. Para entonces, el despegue económico está ya en marcha, aunque necesitará para consolidarse otro par de años. Por esa época, se va accediendo a la propiedad, o al arrendamiento, de nuevas tierras. Y un elemento fundamental: se comprende, en debate comunitario que la ganadería es el apoyo lógico de la agricultura, a pesar de los problemas que puede acarrear la diversificación. Así, se empieza por adquirir vacas, a las que seguirán más tarde algunas ovejas. Con ello el despegue económico se ha consolidado, se pasa a introducir el cuidado de cerdos, y más tarde, aves de corral, en una instalación avícola avanzada. Paradójicamente para la provincia de Granada, la primera en España en este tipo de ganadería, lo último en introducirse son las cabras, que antes no se consideraban rentables, como actividad típica de zonas subdesarrolladas que es.

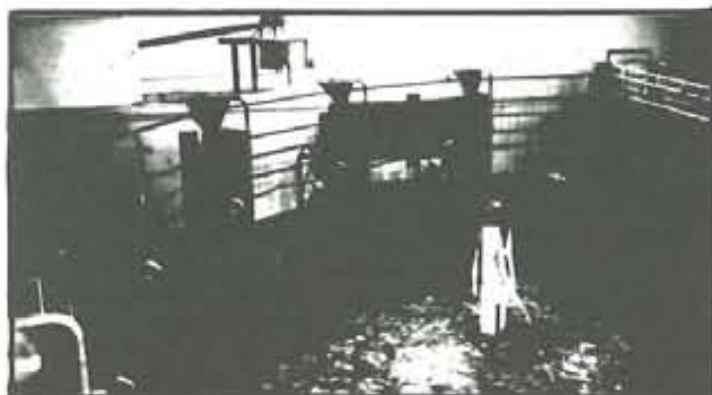
Mercados internacionales

«Claro, la gente «ula diciendo» por «hondicos los precios» que estamos haciendo una competencia que los demás no pueden aguantar. Y más verdad. Lo que pasa es que, si de verdad entramos en el Mercado Común, va a hacer falta que la gente se una en grandes centros, en núcleos agrícolas, o en cooperativas. Lo que no va a poder seguir es una agricultura de burro y serón. Porque claro, cuando vengam a pedir cosas para el Mercado Común, no van a ir a los agricultores sueltos, sino a las organizaciones grandes. Así que el que no se una con los demás lo va a pasar muy mal».

De lo cual saltamos a hablar de la exportación. Y con la misma naturalidad me habla de que, «de momento, solo se exportan ajos y cebollas a Inglaterra, Francia y al Brasil. Pero de vez en cuando se manda también para afuera espárragos, fruta, y algunas otras cosas». Que en el mercado local se ha conseguido comercializar la leche y huevos, y ahora se anda frabagando en comercializar productos del cerdo: embutidos y demás. Pero, dice, el estudio está todavía haciéndose. La siguiente cosa será darle salida a lo obtenido de las ovejas y las cabras, por ejemplo queso y caigada.

En torno a la leche, una historia curiosa. Una gran empresa, de las más potentes de Granada, casi la única de cierto rango, veía con desagrado, la aparición en el mercado de la leche de los «pastoreros». Y sacó la artillería al mercado local. Cada mañana, las camionetas de esa empresa esperaban a las afueras de la ciudad a las de la cooperativa y se dedicaban a seguirlos en su ruta de reparto. Cuando el vendedor de la cooperativa salía de un establecimiento, entraba el representante de la gran empresa local con la amenaza comercial: «Si usted acepta vender la leche de los pastoreros, nos llevamos nuestra leche, y además la mantquilla, el yoghurt, las gaseosas...». «Nosotros nos enteramos», dice Manuel y nos fuimos a los mismos de las tiendas. Mire usted, nosotros no queremos que a usted se le hunda el negocio por nosotros, así que no nos vamos a pelear si no nos pide la leche. Pero usted sabe que nuestra leche es mejor, y es más barata. Si el público se la pide, y usted quiere venderla, pues usted es el que decide. Así estuvimos un par de meses, y con nuestro miedo. Al final, los otros cedieron. Y ahí está la leche nuestra en todas partes. Y es que es lo que pasa: el día que las cooperativas como la nuestra se extiendan, les podemos hasta a las multinacionales».

Y sigue: «Te pongo un ejemplo: cada día, nosotros le podíamos echar a nuestra leche 300 litros de agua, y todavía el porcentaje de grasa sería superior al de la competencia, a pesar de que es leche muy buena, con un tapón de grasa siempre en cada botella, arriba, cosa que no le pasa a casi ninguna leche en España. A 37 pesetas el litro, nos ganábamos al mes más de trescientas mil pesetas. Y al año, pues échale cálculos. ¿Y qué conseguimos con eso? Que la gente tuviera leche menos buena, que los niños se alimentaran peor, y que nuestra leche no tuviera la fama que tiene. ¿Y para qué queremos nosotros ese dinero, si no queremos beneficio para no-



Un cierto estilo de hacer las cosas

Pregunto por los elementos de propiedad individual. Ello da motivo para otro rato de charla.

«Lo que la gente no hace aquí es andar como loca por comprar un aparato nuevo. Porque es que, como lo que no pasa es que esté deseando nadie enseñarle al vecino lo que tiene y él no... No andamos como locos. Los coches, por ejemplo, que ahora todo el mundo se ha vuelto como loco por comprar un coche, que parece que si no tienes coche no eres nadie... Aquí tenemos once coches, para los sesenta y cinco socios que estamos. Cuando hay que comprar otro se dice en reunión, pero ahora mismo la gente piensa que hay bastantes. Los domingos los usamos por turnos, una semana unos y otra otros. Se van a la playa o donde les parece bien. Los que no usan el coche, se van al trabajo, a las fincas que están más lejos, en bicicleta. Claro, cuando es el invierno algunas veces con los coches llevamos a todo el mundo, si está lloviendo o algo... Pero así lo llevamos todo».

Le pregunto por los órganos de poder de la comunidad, convencido de que por el lado del poder puedo encontrar el quid de la cuestión. Aunque para entonces ya nos hablamos de tú, pasado el usted inicial, y la confianza me va ganando. Pero, de alguna manera tendrán que solucionar los problemas...

«Hay una junta rectora, con un presidente, un secretario, un tesoroero y unos consejeros. Son once personas en total. Las cosas que hay problema, se somete a la asamblea y se saca por mayoría. Lo que tenemos es una costumbre, y es que cuando se elige a uno para una cosa es porque se cree que es el mejor, así que no hay ninguno que se meta a decirle esto se hace así mejor que como tú lo haces. Es una cosa así como cuando se va a ir de excursión en un autobús, se busca el mejor chófer y se le dice, tú nos llevas. Lo que no se le puede estar diciendo luego es pon el intermitente o saca la mano. Ahora, si se le ve que va haciendo esos por la carretera, se le dice quítate y se acabó. Pues así lo tenemos por costumbre». (Y claro, uno ve por ahí detrás a Machado y su político-cochero, y se pregunta quién habrá citado a Don Antonio por aquí). «Cada sector tiene un responsable, y lo que no vale, y menos mal que nadie lo hace, es que uno se las dé de saber más que el que se ha encargado de un trabajo. Hay cuatro encargados de agricultura, un ganadero, un mecánico, uno de la serrería... Sí, es que las cajas para enviarlas llenas de fruta se hacen también aquí, y las de los ajos y eso... Y nadie se mete y nadie sabe más que nadie. Es eso, el espíritu de comunidad, que es lo que sirve».

«Mira, por ejemplo, cuando hubo que hacer una máquina para desgranar los ajos y para pelarlos. Nos cobraban una millonada por una máquina de fuera, que además era muy mala porque a nadie por lo visto se le había ocurrido que eso se pudiera hacer con máquina. Le fuimos pidiendo a cada uno su opinión, y muchos se ponían colorados porque se les pidiera y decían que no sabían...

Lex decíamos, que si que sabes, piénsalo y es un servicio que te piden los demás. Y luego venían y decían su idea. Bueno, pues construimos cuatro máquinas, con los planos que hizo cada uno, mal que bien, entre todos hicimos las máquinas. Y se probaron y resultó que las que mejor funcionaban eran esta y esta, una para desgranar los ajos y otra para pelarlos. Así se quedó, y las máquinas que no sirvieron se deshicieron, y se usaron las piezas para otras cosas, y nadie dijo mi máquina era mejor, porque se había probado y se había visto cuál era la mejor, y el beneficio iba a ser para todos. Te quiero decir que así hacemos las cosas, entre todos, se prueba y ya está. Bueno, y luego inventamos otra máquina para picar cebolla, que ahora nos la quieren comprar de fuera...»

«Es lo que decimos que se haga en la familia, en el hogar, al hijo. Que el padre no se crea que sabe más que nadie ni que lo sabe todo. Porque el hijo también tiene su idea, y muchas veces sirve más que la del padre. Pues lo mismo para todos».

Y así seguimos hablando durante horas, porque se me ha ido el santo al cielo y creo que en Utopía, donde contaba Tomás Moro, o en una especie de paraíso donde los hombres ya no trampean. «Aquí no se fijan horarios de trabajo ni se ficha al entrar, trabaja cada uno lo que quiere y cuando quiere, lo que pasa es que cada uno tendría siempre la vergüenza de pensar que los demás están trabajando por mí...», ni existen los tradicionales problemas del campo andaluz («mientras hacen carreteras mejores o no para sacar las cosas más deprisa y mejor para fuera, yo creo que habría que hacer carreteras. Tendríamos una fábrica hecha ya y estaríamos haciendo conservas de lo de la huerta, tomate, todo eso, si no fuera porque hace años, dos o tres años, nos dijeron que iban a poner una muy grande que se comería a la nuestra. Como al final no la pusieron, pues seguimos pensando en hacerla, a ver lo que deciden los socios a primeros de año, que es cuando se hace la planificación»), donde todo es posible y soñar no está vedado. Uno se siente con ganas de pedir plaza aquí ahora mismo, y quedarse («como venía tanta gente para estudiar y conocer esto, pues tenemos once habitaciones para el que venga, todo gratuito, claro. Cuando quieras venirte unos días, ya sabes»). Uno siente que hasta la amenaza de las multinacionales queda superada («Ya les han dicho a las multinacionales que hagan contactos con las cooperativas para aprender, porque saben que a la larga somos más rentables que una fábrica cualquiera, porque la gente al trabajar más a gusto trabaja

más, y que para ellos es lo que cuenta»). Manuel me habla de la residencia de ancianos que ya funciona, pagada por la cooperativa, «porque los que ya han estado luchando la vida entera tienen derecho a que se les cuide al final», y en la que incluso las malas lenguas me han dicho que «cuando uno tiene a algún viejecito que no sabe dónde meterlo, y nadie lo admite, ni las Hermanitas de los Pobres ni nadie, las pastoreiras lo admiten». «Lo único que les decimos, como condición, es que no tengan bienes. Si tienen alguno, que lo den a alguien de fuera, a alguna institución benéfica de fuera. A nosotros no, porque no queremos más que lo de nuestro sudor. Y entonces, cuando no tiene nada, lo admitimos».

Y así, Manuel me acompaña por las instalaciones, que dejan a la altura del betón a todo cuando he visto, incluso en las empresas públicas. La serrería, el taller, las naves con máquinas cultivadoras, las salas de procesamiento de la leche, la granja avícola. El establo, de ganadería diplomada, con un cuidado estricto de cada animal, clasificados según la producción lechera. Las nuevas viviendas en construcción. Los patios de las viviendas ya existentes, rebosantes de reventones claveles, de rosas, de los colores saludables de las ventanas de los pueblos andaluces. Los silos, gigantescos. El salón de actos, 180 plazas, amplio como un salón de cine de barriada, de calidad media. «Por ponerle calefacción nos pedían tres millones de pesetas. Mira la estufa que le pusimos, con una cámara de aire, alimentada con leña. Unos tubos para distribuir el aire, y un ventilador para empujarlo, cincuenta mil pesetas en total, y nuestro». Me dejo conducir, fotografío, observo. Y nos cruzamos, escoltados por un par de perros, con algunos de los socios. Andaluces como hay muchos, campesinos como otros cualquiera, sin pinta de mormones ni intelectuales, tampoco de místicos ni ermitaños. Hombres del campo, andaluces de Granada, ni siquiera aceituneros altivos. Gente que mira de frente y saluda al pasar, como siempre cuando uno anda por esos caminos de la tierra. Los pastoreiros, los míticos pastoreiros, no son ni más ni menos que andaluces, como tantos.

Aunque solo fuera por esa esperanza nueva que comunican, por ese mostrar de manera innegable que las experiencias comunitarias son viables, ya serían valiosos los Pastoreiros.

Como mínimo, el periodista siente, al salir, que ha ganado unos amigos.

F.G.

Menos y mas tarde que nadie... pero en septiembre subirá 5 duros la BICI
Aprovecha para suscribirte antes!!



suscripción

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD

Enviadla a: BICICLETA, Nave, 12 - 2ª. Valencia-3

☐ GIRO POSTAL N°
☐ CHEQUE (SOLO EN ESPAÑA)
☐ TRANSFERENCIA

☐ 6 NUMEROS (1 EXTRA) EN ESPAÑA: 600 PTS.
☐ 12 NUMEROS (2 EXTRAS) EN ESPAÑA: 1.200 PTS.
☐ 12 NUMEROS (2 EXTRAS) EN EL EXTRANJERO:
EUROPA: 1.600 PTS. - RESTO: 2.000 PTS.
☐ SUSCRIPCION DE APOYO POR UN AÑO ESPAÑA: 2.000 PTS.
☐ SUSCRIPCION DE APOYO POR UN AÑO EXTRANJERO: 2.500 PTS.

ENVIO EL IMPORTE DE SUSCRIPCIONES A BICICLETA.
CUENTA CORRIENTE 2090210 - CAJA POSTAL DE AHORROS - VALENCIA.

Enviamos una colección de «BICI» por cada suscripción de apoyo.



EPISTOLA RURAL A FABIO

Josep-Vicent MARQUES

A las temerarias gentes de Caspe y Ladrufán
y a la asamblea ecologista de Logroño Rioja

su caso —el mío, ojo, no digo el tuyo— el campo no sería una evasión pero sí una confesión de impotencia. Creo que amo la ciudad, la ciudad perdida, no esto que tengo ahora a la vista, donde el capitalismo caga hacia arriba, prietas las filas, sus paralelepípedos.

Pues estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora, barrios de soledad, mustio coñazo, fueron en otro tiempo Itálica famosa, tierra libre de amos y señores, aunque no lo estuviese de burgueses, albergue de peregrinos, taller de artesanos, la plaza donde cambiar su vaca por un alegre vestido de primavera y el lugar donde el vicio amable encontraría comprensión o indiferencia, no sólo catálogos y anuncios luminosos.

No se te ocultarán, como clave de mi amor nada monógamo a la ciudad, querido Fabio, las sutilezas del número de pobladores y en particular cómo el anonimato y la omnipresencia de los conocidos son escollos igualmente peligrosos, Scilas y Caribdis, FORPAS e IRYDAS, dimes y diretes, tanto como silencios y llamadas por respuesta. Y así si por una parte son enojosas las grandes poblaciones donde uno se siente aguja en un pajar y no se encuentra, también lo son aquellas en las que uno es encontrado por el vecindario haga lo que haga. Así, en tanto no nos sea concedido, conquistado, el don de la tolerancia, resultan apreciables las ventajas de las poblaciones grandes. Cierta-

mente las ciudades parecen a menudo demasiado grandes como para no perderse y demasiado pequeñas, que tal es la afición al cotilleo entre los mismos ciudadanos, como para que no se enteren los presuntos afectados de cualquier andanza que uno prefiriera mantener en la penumbra, si no necesariamente en secreto.

Toda cuantificación puede ser odiosa, pero me atrevo a sospechar que las ciudades de 50 a 100.000 habitantes son un modo de establecimiento humano francamente estimable, donde uno puede encontrar otra persona aficionada a coleccionar billetes capicúas sin tener que hacérsela ella misma mediante el abusivo procedimiento del amaestramiento de cónyuge. En cualquier caso, pienso que no estaba nada mal la Valencia de la infancia de mi padre, cuando aún se podían capturar libélulas poniendo pajitas entre los adoquines, o incluso la de mi infancia, cuando se podía dormir después de la playa en el tranvía número 2 a lo largo de una Avinguda del Port prácticamente cubierta por los árboles. Decían las gentes medievales que «el aire de la ciudad hace libres». Lo que pasó después es que el aire de la ciudad ya no es lo que era, la feria se convirtió en supermercado y la ciudad en una inmensa periferia sitiada por sí misma.

Pero tú, Fabio, te ibas, te vas al campo y aquí estoy yo enrollándome con la ciudad como si la noticia fuese que yo me quedo. O como si el asunto fuese que yo debo disculparme, aunque, eso sí, con la cara muy alta, no como cuando debe explicar a un viejo naturista por qué a pesar de ser ecologista fumo. Pues si el fumar es un feo vicio el amar-también la ciudad quizá sea sólo una nostalgia, una nostalgia hermosa.

Me dices, pues, oh Fabio, que te vas y no puedo sino darte parabienes, aun cuando iba a escribir ánimos. Mi entusiasmo por la aventura del pionero no consigue ahuyentar los temores ante la suerte del amigo. Déjame que los exorcice mediante algunos fraternales consejos y algunos encargos de interés personal, o sea colectivo.

Déjame felicitarte por irte al campo con personas mayormente individualistas, capaces de largos silencios relajados y amigas del paseo en solitario, de la reposada lectura o de la ensoñación estrictamente privada. Nada tan enojoso como haber de compartir el trabajo y el descanso con personas que no se aguantan a sí mismas. Pues ambos, Fabio, sabemos que no es prudente confundir el saludable deseo de mayor comunicación con el incontinente rechazo de los placeres o autorregulaciones de la soledad. Bien cierto sé que la vida industrial y urbana fomenta opacidades, que la familia acoraza y que el paso por un colegio religioso acarrea inhibiciones complementarias, más también es cierto que la sociedad de consumo, esa especie de orgía y resaca simultánea, ha favorecido toda clase de mentecatas confusiones del placer con la facilidad, la inmediatez y aquello que aquí llamamos «desfici» y que habría que traducir probablemente por «desazón agilipollada». Teme

más tratar a las personas como ovejas que a las ovejas como personas. Si el monólogo interior te espanta, echa tu parrafada con el hermano olmo y la hermana burra. Más vale eso, que pedir peras al hermano y tratar como burra a tu hermana.

Déjame felicitarte por tu decisión de ir haciéndote en la ciudad un pequeño apartamento para los fines de semana. Nada mejor, aunque sea una domingada, que construir lo que hoy pueda ser refugio apacible donde olvidar las plagas del campo y las tensiones de la vida comunitaria y quizá mañana pueda ser el retiro de una digna jubilación. No quemes las naves. Hernán Cortés las quemó porque se mareaba en barco.

¿Osaría alguien de juicio sano negar que hay más mérito en la testarudez intermitente que en la continuada?

Recuerda, oh Fabio, que además de los simpáticos lepidópteros, de los interesantes y saltarines ortópteros y de los útiles himenópteros, hay, al menos, dípteros, afanípteros, coleópteros, arquípteros y apterinógenos, en su mayoría francamente detestables. Las abejas pican, el estiércol, huele fatal, y cavar puede ser tan terrible como la cadena de la Ford o la pila de albaranes de la oficina. No estaría de más que antes de irte practicas con algunas herramientas en la huerta más próxima o al menos acompañases a los jardineros municipales en los ingratos menesteres de la poda o en las inquietudes que la diminuta presencia de la mosca blanca puede despertar, más aún a un ecologista de ciudad que, en principio, desconoce si hay que estar a favor o en contra de esta y otras especies incordiosas.

Cual capitán de barco harás bien en llevar o mejor aún asegurar que entre todos sea llevado el diario de a bordo. Que os vayáis al secano no justifica la ausencia de tan práctico instrumento. Registrad allí tensiones y desmadres, de presiones y desánimos, aparte de una somera contabilidad siempre útil aunque casi nunca grata a pioneros fugitivos y utopistas. En caso de naufragio siempre os será preciado testimonio, pero habrá de sérnoslo más a quienes por alguna razón aquí nos quedamos de momento y a quienes en el futuro hayan de emprender parecidas aventuras.

Idos si es posible de cincuenta en adelante, salvo que quierais —uno lo respeta todo— formar una familia campesina. Si no nunca sabréis si van mal las personas o el invento.

Santa Lucía os conserve la vista, San Odón el olfato, San Isidro, San Abdón y San Senén os liberen del pedrisco y Santa Rita, abogada de los imposibles, os conceda hermosas posibilidades, efímeros esplendores y sanas experiencias.

Llévate la bufanda, Fabio, que en el campo por las noches refresca muchísimo. ■

J.-V. M.



con el agua al cuello!!

JOVENES DE ENTRERRIOS



Va a hacer ahora cinco años que empezamos formalmente esta experiencia, y decimos formalmente porque hubo antes otros pocos de años en los que las ideas asociativas y comunitarias, en su mayor grado de utopía e ingenuidad prendieron en nosotros.

Llegó pues, en 1975, en que un grupo de diez amigos, en el poblado de colonización de Entrerrios (Badajoz), nos decidimos a arrendar una hectárea de tierra y ponerla de sandías. Se da bien la cosecha, se venden a veinte pesetas kilo y crecen nuestros ahorros y nuestra «moral». Nos habíamos organizado como grupo sindical de colonización, especie de cooperativa menor heredada del sindicalismo paternalista.

Desde el principio empezamos a recorrer instituciones agrarias de todo tipo a fin de conseguir algunos medios —tierra, instalaciones, créditos— argumentando siempre el olvido que hicieron los gestores del Plan Badajoz para con los hijos de los colonos, que ni son propietarios de nada, ni encuentran trabajo, ni tienen vivienda. También intentábamos demostrar nuestra seriedad y competencia en aquellos proyectos que proponíamos. En todas partes éramos bien recibidos y se nos escuchaba con atención, luego los logros eran otro cantar. Después de mucho bregar conseguimos del IRYDA unas tierras, pero tan malas que se convirtieron en nuestra pesadilla. También un Cebadero de vacuno que, tal como están los piensos y los precios de las canales, hay que ser más que valientes para cebar (sobre todo porque a los que cebas es a otros).

Extensión Agraria nos concedió un crédito para una granja cunícola y después de un año de rodaje, hemos empezado a cogerle el pulso, ya que el tema del conejo, es delicado y complejo.

Nuestra gran aventura, de todas formas, fué la de lanzarnos a la conquista del «mercado de Madrid», llevando nuestros productos «directamente» y el primer año, ofreciendo incluso algunos productos con menos carga química de la que suelen llevar los que llegan a esos mercados. Las colas en nuestros puestos fueron

enormes y la idea gustó en los dos barrios en que nos establecimos, pero... los problemas seguían axfisiándonos, a pesar de que vendíamos algunos productos hasta treinta ptas. más baratos que los que procedían del mercado central de Legazpi, como era el tomate, las judías verdes, etc. etc. siendo los nuestros mejores.

Enseguida empezamos a comprender muchas cosas. El público madrileño se ha acostumbrado a unos productos homogéneos, de muy buena vista, manipulados, clasificados, con colorido y bien presentados. Otro tema es que sean sosos caros, madurados en cámaras o de invernadero etc, etc, y que lleven química hasta en el envoltorio.

Los encargados de distribuir todo este modelo alimentario, californiano basado en el despilfarro energético que todos sabemos y necesario por lo visto para salvar a la humanidad del hambre, son una mafia llamada «los asentadores» del mercado de Legazpi, que tienen todos los caminos copados. Desde los lugares de producción, hasta las galerías de alimentación. Tienen una experiencia conseguida en el franquismo de todo tipo de corrupciones que les está viniendo muy bien en la democracia. Así pues, con medios financieros, de transportes, cámaras, y enlaces en todas las zonas productoras y mercados sólo les queda tener amigos en los centros de decisión burocráticos y está claro que también los tienen. Y hasta gorilas para dar leña si hace falta.

Nosotros cometimos la osadía de querer abrir un espacio a una forma distinta de producir y vender y enseguida cayó sobre nosotros todo el peso de un sistema que seguramente hasta se divierte con ciertas travesuras.

El primer año fue muy bonito, porque a parte de vender mucho, vimos que la gente añoraba el comerse una fruta cogida la tarde anterior, o un tomate que sin ser el clásico y viejo tomate de olor característico —¿quedarán algunos?— todavía conservaba algo de ese olor y no estaba hueco por dentro, o una patata que no diera sabor a nitratos. Y todo ello aunque tuvieran a veces peor aspecto y no fueran del mismo tamaño etc.

Sin embargo, nuestra oferta era limitada, los productos se acababan y la temporada de trabajo era apenas de tres meses. Luego había que amortizar las inversiones hechas, encontrar los transportes en el momento preciso, calcular las cantidades a vender cada día, tratándose de productos perecederos. En fin todo un drama del que salimos bien librados el primer año porque los altos precios existentes jugaban en nuestro favor, pero vino la siguiente campaña, con abundancia de frutos y precios tirados y nos fuimos al garete.

De todos los recuerdos que hoy nos quedan hay algunas conclusiones y expe-

riencias que os vamos a exponer, por si valen y todavía hay valientes capaces de impulsarlos. Helas aquí:

■ Pensamos que hay un público considerable, preocupado por una mejor alimentación que haría posible el nacimiento de una agricultura y ganadería biológica y que ofrece un mercado potencial nada desdeñable, como sucede en Francia y otros países, aunque predomine en ellos la agricultura dura o californiana. En nuestro país esto es una utopía, por lo visto.

■ Hemos planteado el tema a diversos organismos agrarios, en distintos niveles, por fin decidimos plantearse directamente al Ministro de Agricultura, sin lograr ser recibidos por más esfuerzos que hicimos. No obstante el tema es visto con interés por diversos técnicos agrarios, sólo que no tienen poder suficiente para lograr los medios iniciales que exige el comienzo de esta hoy nueva actividad agraria, a pesar de lo vieja que es.

■ Las condiciones mínimas, para hacer posible tal experiencia, son: disponer de tierra, adecuada y abundante para no tener que intensificar los cultivos y compaginar agricultura y ganadería. A partir de ahí, ir recuperando razas, simientes, etc. saliendo de la órbita del modelo químico y utilizando incentivos orgánicos.

■ Naturalmente un proyecto de esta envergadura exige recursos financieros y cierta atención de la administración, ya que se trataría de ir recuperando poco a poco, un modelo y una práctica agraria cada día más desaparecida irreversiblemente y que habría que conseguir aunque solo fuera como proyecto cultural. Y hay que actuar en tres frentes, como son la producción, la distribución y el consumo, a fin de que no descubran las multinacionales el negocio de los productos «orgánicos» —¿lo habrán hecho ya? y nos lo vendan de nuevo bien envuelto y poco orgánico, como todo lo que se produzca gigantescamente, y evitar el fraude.

■ Hemos comprobado que es muy difícil que la administración se decida a apoyar una iniciativa de estas, por cuanto encierra de contestación a un modelo determinado de tecnología y de sociedad. Por lo poco que saben los tecnócratas del tema y lo identificados que están con «el progreso», sobre todo los altos cargos. Por lo poco que se fían de las personas que pudiéramos llevar adelante experiencias de este tipo. Como ejemplo, el Presidente del IRYDA, que nos recibió en varias ocasiones y al cual le expusimos el tema varias veces, cuando ha visto que hemos colaborado con la obra «Extramadura Saqueada» ya ni nos recibe, se excusa y nos manda al Jefe de sección de turno y se olvida de las promesas que nos hizo.

Después del último año, en que la mayoría de los cultivos estuvieron tirados de precio —sandías a dos ptas., pimientos

que no se vendieron, tomates a 4,50, maíz que no salió adelante por lo malas que eran las tierras etc., terminamos con un balance bastante negativo de casi dos millones de deudas.

Esto nos hizo pasar unos meses muy malos, de gran estrechez —los seis compañeros que trabajaban ya fijos en la explotación no podían cobrar— y tuvimos que pedir aplazamientos a los acreedores, cumpliendo primero nuestros compromisos con los pequeños campesinos que nos arrendaron algunas hectáreas de tierra.

Ha habido una desmoralización general, incluso tensiones entre nosotros, a pesar de que en estos momentos ya nadie pensaba en modelos más o menos orgánicos, sino al menos en sobrevivir, haciendo lo que hace todo el mundo, pero el campo sigue pensado para los grandes y para que siga sobrando cada año población activa agraria, que en esto consiste el desarrollo y cada año los expertos, comparan nuestra población agraria con la de EE.UU. para ver qué tal vamos, y está claro que siguen sobrando los pequeños.

El panorama sindical ya sabemos todos como está, así nos luce el pelo.

El político anda poco más o menos y no hay ningún programa agrario que cuestione en profundidad ciertas ideas de «productividad». Esperamos no obstante que quede algo todavía de ganas de reforma agraria, que algún día se hagan de verdad las listas de las fincas mejorables, que en nuestra tierra hay un buen catálogo, que eso del crédito se revise de verdad, que las facilidades de la compra de tierra para jóvenes agricultores no sea una canción que nos canta la UCD en ciertos momentos, que los arrendamientos rústicos sean posibles y por un tiempo que te permita amortizar la inversión y sobre todo que no haya cuatro o cinco organismos agrarios cuyo doblamiento de funciones te hace volverte loco para cualquier gestión y al final abandonarla porque te llevan el tiempo y el dinero.

Después de nuestra crisis aún nos quedan ganas de hacer algo. Creemos humildemente que no habrá seguramente nadie en toda España con más horas de gestiones en organismos agrarios que nosotros, ni con más esfuerzos prácticos por intentar señalar un modo de trabajar agrícola y ganaderamente, pero está claro que no se puede luchar contra los elementos.

Tal vez lleven razón los que se montan una comuna y se dedican a consumir lo que producen. Tal vez si todos les imitásemos...

Pero en poblaciones rurales donde la gente parece estar muy lejos de seguir esos caminos, tenemos que seguir buscando formas de trabajar y producir asociadamente, sin hacernos vanguardias lejanas de la gente.

J. S.



El buen pastor y su perro policía

Aquella hermosa mañana del 5 de junio, D.Victorio Matamoros, haciéndose eco de la propaganda oficial, se lanzó al campo. Le acompañaba su tierna hijita, a la que pretendía imponer en las creencias ancestrales de la Raza. D.Victorio, perteneciente a una familia de orden, al llegar la ocasión combatió, con espíritu de Cruzado, los estragos que en la Madre Patria causaban las Hordas Marxistas, y al final de la contienda, como recompensa y botín de guerra, le cupo en suerte un puesto, no bien pagado, pero sí descansado, en Regiones Devastadas. De ahí le vino la afición al medio rústico. Observó directamente, colaborando en la empresa, con cuan acierto, y por orden expresa del Generalísimo de los Ejércitos, fue restaurada, o mejor dicho, resplandorizada la sufrida y cívica villa de Brunete. Las experiencias de este hecho fueron varias, unas no está bien recordarlas, porque son muy feas; otras en cambio, le valieron para abrirse un porvenir tecnoburocrático en la España que empezaba a amanecer. De este modo, cuando lo de Regiones Devastadas no daba más de sí, se montó en el transportín de la bicicleta que lució López Rodó en Estocolmo, o lo que es lo mismo, solicitó y obtuvo una jefatura en la versión demócratacristiana de su empleo postbélico; esto es, en la Comisión Interministerial del Medio Ambiente, (CIMA, en términos coloquiales), dignísima heredera de promesas e ineficacias de aquella otra institución, que tantos problemas económicos vino a resolver (a los interesados).

Educado en los principios inmutables de la adhesión inquebrantable al Jefe, no dudó un momento en obedecer ciegamente a sus nuevos amos, por lo que decidió entrar en contacto con la Naturaleza el mencionado día 5 de junio, en compañía de su niña, Saluditas, en respuesta a la convocatoria del Día Mundial del Medio Ambiente.

Tentado estuvo de ponerse el correa y los pantalones cortos, para dirigirse hacia la Sierra y marchar por las Montañas Nevadas con su bandera al viento, pero ante el temor de que le recriminasen la exteriorización de sus sentimientos y símbolos, ahora que no están bien vistos desde la T.V., optó por coger el coche y meterse en la riada de vehículos que por la carretera de Plasencia se dirigía hacia los embalses de abastecimiento a la ciudad. Inconscientemente, al llegar a Brunete se desvió de la ruta principal, dirigiéndose hacia una loma detrás de la cual, en sus tiempos hubo un chiringuito desde donde, como un Felipe II de ahora, el Mando de Regiones seguía las obras de reconstrucción, tonificándose entre tanto, con vino de Cadalso de los Vinos. Al mando le gustaban los esfluvios de Cadalso, por el mosto y por el nombre. Se sorprendió al ver que en el antiguo cuartel general de los esforzados reconstructores, se alzaba una discoteca, de la Joven Guardia Roja, que por la hora (once de la mañana), estaba cerrada y desierto su alrededor.

La niña le pedía agua insistentemente, por lo que D.Victorio determinó avanzar por el territorio en busca de una fuente. Andando, andando, fueron alejándose de los ruidos viarios, perdiendo la vista de los hilos del telégrafo, en fin, de la civilización y progreso.

No hacía mucho que andaban, cuando en un pequeño valle vieron un rebaño de ovejas. La niña, que nunca había estado cerca de estos animales, corrió alborozada hacia ellos, lo que provocó la espantada. Casi inmediatamente, se oyeron los ladridos violentos y amenazantes de un perro que dudaba entre adocenar las ovejas o tirar un viaje a la intrusa. La situación se resolvió con la aparición de un pastor, que malhumorado, tras algún que otro cagamento, apaciguó al perro y apacentó a las ovejas. A todo esto, D.Victorio, que vio la cosa mal, sacó sus más

aduladoras lisonjas para jefes y se las aplicó al pastor, quien no pudiendo resistir tanto respeto y alabanza entró en amigable charla con el funcionario. Poco después daban sendas chupadas a un canuto montaraz, y la niña bebía agua de la nevera del pastor.

En honor de la verdad, no debemos ocultar, que gracias a nuestros anteriores gobernantes, el pastor pudo poseer, bien acomodado en su choza, nevera, televisor y cama turca.

La cosa parecía ir de amigable. No obstante un rencor se leía en los ojos del perro. El animal no había asimilado el allanamiento de su reducto, y pese a ser de la raza denominada Pastor Alemán, Policía u Ovejero, no mostraba el sentido magnánimo que dicen suele adornar a esta especie. El pastor trataba de hacerse con el dándole órdenes para morder a esta o aquella oveja que no seguían miméticamente las evoluciones del rebaño, lo cual, tranquilizaba y ponía en su natural ser, al can.

La mañana fue avanzando y al filo del medio-día dolar, que lógicamente nada tiene que ver con la hora del Angelus oficial, (3) el pastor sin ambages, preguntó a D.Victorio por la merienda, y este, siguiendo en la línea de adulación al pastor que se había propuesto, se apresuró a desandar su camino hasta el coche, para regresar de inmediato con su macuto de jefe de centuria. Mientras, la niña se había dirigido hacia un grupúsculo formado por dos corderos y una ovejita, curiosamente negros. El perro masculló algo así como: «a esta le aplicaba yo la ley de peligrosidad ciudadana», pero tras observar al pastor, permaneció quieto.

... La comida fue despachada debidamente, participando el perro en su condición de igual, prescrita en el art. 14 de la Constitución del 78. La hartura y el Valdepeñas rápidamente dejaron sentir sus efectos. El pastor y el perro se retiraron a la choza, donde tras encender la teleboba se dispusieron a tomar sus cotidianas y respectivas siestas. El padre satisfecho se urgaba las muelas con un tallito de Quercus Totundifoliae, (encina), gesto que aprovechó la niña para en la calma de la tarde, manifestar su sorpresa ante el Medio Ambiente real. Así acercándose suavemente en la duermaveja de la digestión paterna por el ángulo inferior izquierda a la cabeza de D.Victorio, le preguntó:

«¿Por qué hay pastores, papa?»

D.Victorio estuvo a punto de caerse, pues sintió las palabras de su hija, como un taladro de plata penetrarle el tímpano para continuar dolorosamente adentrándose en sus sesos, al final pareció que aquello aumentaba velozmente de tamaño y de calor, hasta que una llama de pesado fuego vivo, se extendió rápidamente por todas sus neuronas, dejándole las sinapsis húmedas de licor prostático y colas de espermios.

Nada más amargo para un padre el que su propia heredera le cortocircuite lo genital con lo cefálico. Así y todo, lanzándole una mirada de perro apaleado, le replicó:

«¡Pequeña flor! Los pastores se necesitan para que el ganado a su cargo, engorde. Para eso lo reúne y lo cuenta, guardándolo en el redil por la noche y sacándolo por la mañana a los lugares del campo, donde el pasto crece jugoso de nutrientes. Asimismo, cuida de la cría, apartando a las hembras de los machos mediante ingeniosos artilugios, como son los delantales de esparto para machos rijosos o las metálicas lazadas de alambre para cerrar las vulvas de las descocadas y lúbricas hembras. Así solo se cruzan los que él quiere y cuando él quiere. Esto reporta un beneficio indudable a los animales en que se practica, pues así adaptan los ciclos reproductivos naturales, inútiles en cautividad doméstica, a los más altos idearios humanos: los de su propio beneficio. Este beneficio se extiende a las criaturas que son domeñadas, salvándolas así de la extinción de las especies.

«¿Y tú me dirás dulce Salud, si no es el mayor beneficio el de la vida? Sin permitirle que abriese la boca, continuó su rollo:

Por si fueran pocas esas razones, aún queda otra por resaltar, ¡todo esto produce riqueza! Las ovejas viven mejor que antes y los pastores y resto de las gentes viven cada vez mejor,

con el auge del nivel de vida y la espiral del desarrollo pecuario. Ya ves a este buen pastor, tumbado en su choza, ante la TV encendida y la nevera abierta.

La niña mientras oía el discurso de su progenitor, pensaba en un simil triste de la realidad ovina con la humana, y de como en ambos casos se procuraba que los productores engordasen y se reprodujesen en sus rediles.

La niña no parecía aceptar estas razones. Respondía a su padre: «¿Pero acaso las ovejas han pedido al pastor que las cuide? ¿Qué necesidad tienen ellas de crear riqueza?»

Perplejo don Victorio, haciendo un descomunal esfuerzo le puso un ejemplo. El pastor es como el Gobierno, eso, como el Gobierno. El las cuida como los gobernantes nos cuidan a nosotros.

La torzada niña seguía sin compartir las enseñanzas paternales. Le replicó que si acaso el pastor estaba en eso para forrarse, como los gobernantes en lo otro. Dos flujos de lágrimas le brotaron de ambos ojos, nublando la visión de Saluditas, mientras que involuntariamente, apretó con ternura su manita sobre la de don Victorio.

Este al sentir la suave pulsión del tacto, se giró estupefacto comprobando que su niña lloraba, creyendo que la había convencido.

Saluditas, al percatarse de la turbación equívoca que padecía su progenitor docente, le gritó furiosa llenándole de espumajos salvajes la cara, mientras se soltaba de su mano:

«¡No entiendo nada!» y prorrumpió en sollozos sentándose en el suelo y abrazándose las piernas con los brazos.

La perplejidad del Sr. Matamoros solo era comparable con la velocidad con que caía la tarde. Pensó entonces que existía realmente un orden ya que siempre tras el día venía la noche y con este pensamiento comenzó con voz meliflua de padre desemmascarado, aunque dominante, otra retahíla de argumentos:

«Hija mía», en el mundo y por tanto en cualquier lugar, existe un orden. Orden éste, basado, en su forma más simple, en una jerarquía. Si tenemos cualquier conjunto de personas o seres, en ellos se desprende una o varias ordenaciones de forma que siempre se puede hablar de un antecedente y de un consecuente. Así tenemos al buen pastor, y su perro policía, las ovejas y el lobo, a Dios y el Papa, los Reyes y Cardenales, los Presidentes y Arzobispos, los Ministros y Obispos, los Funcionarios



Los Sacerdotes, los Artistas y los Deportistas, los Científicos y Eruditos, las mujeres y los niños...

O más fácil, aquí estamos tú y yo y no cabe duda de quien es el que ostenta la tela y quien enarbola la vara. Mientras decía esto último se irguió, ajustándose la corbata y levantando su brazo fálidamente en dirección al sol.

Salud le miraba con cara de estar en presencia del mismísimo Cristo, tenía una expresión inmóvil con la mirada vacía, contemplando la acción en un plano, como en la última cena de Passolini.

Envalentonado por el efecto, vio el momento preciso de colocar la tercera parte de su escala áurea:

Si hijita, del orden se desprende una jerarquía y dentro de ésta se establece la sumisión. Me gusta verte por fin, meditando seriamente y comprendiendo lo que me debes: respeto y sumisión, además de la vida y de tu posición social.

La niña tuvo en aquel momento la certeza de que su padre estaba loco y que por tanto era mejor tener cuidado con él y le respondió para distraerle de la crudeza de sus declaraciones:

¿Papá, por qué no preguntas a las ovejas lo que piensan del pastor?

Don Victorio, ante esta pregunta creyó que su hija había asumido el orden y se dedicaba a sus fantasías infantiles.

Así le dijo:

«Pero rica, si las ovejas están muertas de miedo a que se las coma el lobo, y lo que les gustaría sería tener más pastores y sobre todo más perros policia».

Salud le dijo mientras ensayaba su mirada más negra y criminal: «¿Por qué se las protege del lobo y se las entrega al carnicero?».

Don Victorio se percató (pero hacía que no) de que su hija se había transformado en su peor enemigo y, rosando de odio, le respondió le amonesta con voz aguda pero solemnemente:

«Porque así lo quiere el Amo Don Próspero que es el representante de Dios en esta finca».

A la niña, que ni siquiera era mudo, se le alteraron las patarillas y sintió como su pecho le salía cinco centímetros hacia el interior del abdomen, mientras que sus músculos se endurecían condensándose alrededor de los huesos. Al mismo tiempo se cubrió de rubor, mientras pensaba que su padre era un cecotino, el pastor un cura, el perro un profesional, el lobo un gringo, el amo español y el Dios judío.

Su padre, de alguna forma leyó sus pensamientos y acordándose de lo de la jerarquía y la sumisión, le largo un sopapo que la tumbó de lado.

Ya se hacía de noche definitivamente y la luna en cuarto menguante, parecía una reminiscencia del esplendor árabe en aquellos campos de lomas suaves y onduladas.

La niña tan pronto se repuso de la conmoción cerebral del traumatismo, incorporándose penosamente, echó a correr como poseída de un espíritu desproporcionado para su cuerpecillo.

Don Victorio la gritó, mientras se cruzaba de brazos: «Ven aquí desgraciada, no me hagas ir por ti».

A todo esto, el pastor y el perro se habían repuesto del almuerzo y tras apagar el televisor y cerrar la nevera, hicieron acto de presencia en la entrañable discusión familiar, justo en el momento de sonar el horriblo fragor de la bofetada. Ambos pudieron ver como Salud, desolada, echó a correr en sentido contrario al de las agujas del reloj del heroico campanario de la Iglesia de Brunete.

Fuera por lo tardío de la hora o por la abundancia de las legañas que siguen a la siesta, el caso es que, ni el buen pastor ni su perro policía se percataron, de que amparadas en las sombras, las tres ovejas negras desaparecieron en pos de la afligida criatura.



Reunidos los disidentes de todas las escalas sociológicas del mundo unidas, tras entersonarse con cantos fúnebres, entre otros, QUEREME MUCHO Y RILOJ NO MARQUE LA HORA, en alocada carrera se dirigieron hacia Navalagamella. La oveja vieja, que era muy enca, tomó la precaución de cruzar al través, por dos veces, la carretera comarcal 501, que en aquellos momentos era un río de domingueros que en sus vehículos regresaban a las hermanas majadas, convenientemente adocenadas por beneméritas patrullas, y todo ello con el fin de burlar el olfato del perro. En llegando a un soto, pararon a tomar resaca. En breves instantes la oveja pasó al corriente a nuestra hermosa de la cotidianidad vital de la especie lanar, al tiempo que la proponía que se uniese a ellas para formar una comuna mixta, que no grupo de afinidad. Ella hata de pastora simulada, con lo que todo el mundo estaría contento, el orden respondería a los esquemas, las ovejas tendrían pastor, Saluditas obedi y las fieras del orden, no encontrarían actitudes anticomunitarias. Comportamiento delictivo tan singular como común a las oves.

¿Que pasaba mientras tanto con Don Victorio, el buen pastor, su perro policía y el resto del rebaño? ¿Se amaron, cerrando filas frente a la escisión disidente fraccionalista insubmisiva injerquizable? ¿Permanecerían impasibles ante tal subversión del Orden y la Autoridad? ¿Asumiría Don Victorio la incompatibilidad entre el Medio Ambiente Natural y los valores esenciales de la tradicional familia católica?

¿Le gustaría conocer la versión triunfalista de los jefes de Don Victorio Matamoros, sobre este acontecimiento, que a primera vista pudiera parecer una disfunción ambiental de un ecosistema sectorial simple, como es Padre - Hija - Buen Pastor - Perro Policía - Ovejas blancas y ovejas negras; en la matriz geobioestratégica del Reino de las Españas?

¿Responderían las ovejas blancas con la huelga general revolucionaria ante el éxito de sus compañeras marginadas?

¿Los enlaces sindicales de las Centrales con representación

antitratado, ¿serían capaces de desvirtuar también en esta ocasión, las habituales tendencias del movimiento ovejero? ¿O por el contrario, estas circunstancias repercutirían desfavorablemente en el valor de cambio y/o de uso, del bien de consumo LANA?

¿Que calificación moral mereciera la actitud de los protagonistas de esta verídica historia, a la luz de los evangelios, el resplandor de las tradiciones cristianas, a la penumbra de la doctrina de los santos padres, a la oscuridad del Vaticano II y a las tenebras del confesionario?

¿Tene Vd. inquietud por conocer cual fue la penitencia impuesta, por su director espiritual, al perro policía por no haber mordido de primeras a nuestra Saluditas?

¿Acaso será la comuna mixta la fórmula que, de una vez por todas, permita perdurar en el tiempo razonablemente una comuna vital? ¿Conseguirían superar el nivel de subsistencia en la vida comunitaria? ¿Sería antitratado la convivencia con respecto al factor afectivo - genito - urinario? ¿En las horas bajas sintieron la nostalgia del anciano régimen canino?

¿Estaría en condiciones de evaluar, sin leer un próximo ejemplar de «BICICLETA», el número de perros policía que hubiera debido adquirir Don Próspero, para estabilizar el orden preexistente? ¿Estaría la solución en cambiar de collar a los perros con que ya contaba en su finca, excluidos los chiguaguas, caniches y pequinenses? ¿Sería alternativa válida, como solución de recambio, el camuflaje de las jaurías con tintes cosméticos de importación?

No deje Vd. de adquirir los próximos extras de Bicicleta, para enterarse promenorizadamente de las enojosas cuestiones que acaecen en esta verídica escena de la vida cotidiana, fácilmente reproducible, incluso en sus propias estructuras familiares de Vd. Ilústrese en el deleite, siga el método de los Hermanos de las Escuelas Pías Cristianas. Para mayor información al respecto dirijase, en tanto aparece el próximo número de Bici, a las «Hermanas Ovejeras y Doctrineras», cuyo convento se encuentra en la calle del SEAYO FERNANDEZ VALBUENA, 17 de Madrid (Castilla la Nueva), PALABRA DE DIOS, ¿VALE QUE SI?

autogestions

nº 2-3, mai 1989
número doble

**movimientos
alternativos
y cogestiones
en alemania
federal**

Nacido en los años 60, el movimiento estudiantil ha estado en el origen de una gran cantidad de experiencias de amplitud desconocida, situándose a menudo al margen de la sociedad establecida, contra ella. Estos intentos extremadamente diversificados conciernen a la vez, la vida cotidiana y comunitaria, el resurgir de nuevos modos de expresión y de comunicación cultural, la difusión de formas de intervención política diferentes, y la búsqueda de una coordinación de experiencias alternativas...

En el sumario de este número:

- **alternativas:** la experiencia berlinesa; el movimiento comunitario; el habitat autogestionado; los colectivos de jóvenes parados; las redes y la coordinación de alternativas; los movimientos feministas.
- **contra-información y creación colectiva:** prensa, media, teatro, escritura.
- **política:** las iniciativas cívicas; las listas verdes y multicolores; una nueva cultura política; debate sobre R. Barho.
- **cogestiones:** principios, prácticas y perspectivas.

pedidos y suscripciones:
éditions Privat
14, rue des Arts
3100 - Toulouse

*¡ Que se
acaba !*

Si os interesa adquirir el
poster que viene en la con-
traportada de este numero
de Bicicleta.....

Podeis hacer los pedidos

y demás información a:

JAVIER LERMA.

C/ Virgen de los Desam-
parados Nº33, 5º

MISLATA- VALENCIA

Contra reembolso más gas-

tos de envío

PRECIO: 50 Pesetas

PEDIDO MINIMO: 10 ejm



transi- cion

economía
trabajo
sociedad

ATENCION

al inminente número especial,
extra y doble de TRANSICION
dedicado a:

**ALTERNATIVAS
(posibles)**

SUEÑOS (reales)

**UTOPIAS (necesarias,
ya)**

Con colaboraciones de:

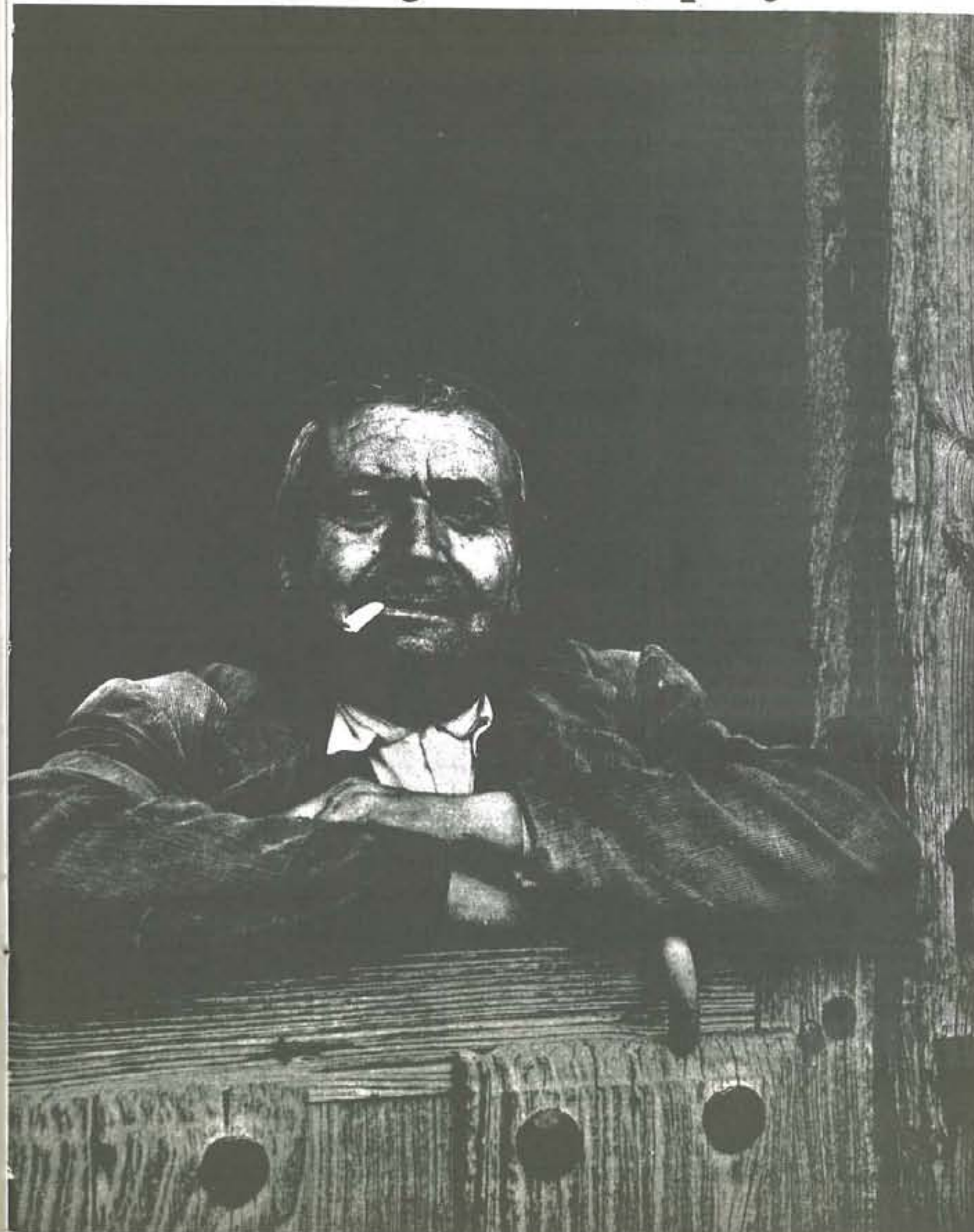
R. Barho, M. Bosquet / André Gorz,
Comité de delegados de Lucas, M. Gaviria,
A. Baigorri, M. Gooley, M. George, M. Pé-
rez Ledesma, I. Fdez. de Castro, y muchos
otros que molan menos pero igual de bue-
nos...

Sobre temas como:

Ecología y alternativas socialistas ☐ Por
una sociedad dualista ☐ Ambiente de trabajo
y calidad de vida ☐ Autoconstrucción ☐
Vida en el campo • Basuras, recursos del
futuro ☐ Ciencia de, por, para el pueblo ☐
Energía y tecnologías alternativas ☐ Otra
forma de vivir la ciudad, etc.

Reserve su ejemplar antes de que se agote!

Temas agrarios aquí y ahora



los flujos energeticos en la economia española

Agradecemos a José Manuel Naredo y a Pablo Campos su colaboración para este número, en el que presentamos por primera vez los cuadros de los flujos energéticos de la agricultura española. Estos cuadros forman parte de un trabajo más amplio que próximamente será publicado en una revista especializada.

El primer cuadro resume el flujo anual de energía (excluida la solar), que entra en la agricultura y ganadería españolas, en millones de kilocalorías, comparando la situación de 1950-51 con la de 1977-78. El total de energía usada ha aumentado más de quince veces. La energía procedente del trabajo humano ha disminuido, la correspondiente a abonos, máquinas y combustible para las máquinas ha aumentado mucho, y la correspondiente a los piensos importados tiene ahora un peso enorme.

El segundo cuadro resume el flujo anual de energía que sale de la agricultura y ganadería españolas medido también en millones de kilocalorías. (Ayudará a entender estos números el recordar que 10^6 kcal., es decir, un millón de kilocalorías, es más o menos igual a la energía consumida por persona y año en alimentos). Vemos en este cuadro que la producción agrícola-ganadera se ha duplicado desde 1950-51 a 1977-78. Esta «producción» se consigue a base de la destrucción de petróleo y de la esquilmación del suelo.

Así pues, mientras la energía que entra en el sistema se ha multiplicado por más de quince, la producción se ha multiplicado sólo por dos. La eficiencia energética de la agricultura y ganadería españolas ha disminuido pues considerablemente: desde 6 kcal. de salida por cada kcal. de entrada en 1950-51 ha bajado a 0,75 kcal. de salida por cada kcal. de entrada. Y a eso se acostumbra a llamar en economía jaumento de la productividad!

BICICLETA

MEDIOS DE PRODUCCION DE FUERA DEL SECTOR AGRARIO

	Medias 1.950-1.951		Medias 1.977-1.978	
	10^6 Kcal.	%	10^6 Kcal.	%
TRABAJO	566.330	10,8	230.856	0,3
FERTILIZANTES	2.456.147	49,5	17.843.174	21,6
MAQUINARIA	111.246	2,3	2.904.572	3,5
CARBURANTES	900.153	18,1	26.416.810	32,0
ELECTRICIDAD	524.905	10,6	2.438.207	3,0
TRATAMIENTOS	433.167	8,7	1.904.465	2,3
PIENSOS*	-	-	30.811.020	37,3
TOTAL INPUTS FUERA	4.961.948	100	82.549.104	100

* Energía contenida en la materia prima importada más energía gastada en la fabricación

PRODUCCION FINAL AGRICOLA Y GANADERA

	Medias 1.950-1.951		Medias 1.977-1.978	
	10^6 Kcal.	%	10^6 Kcal.	%
CEREALES	11.169.919	36,9	23.459.380	37,9
LEGUMINOSAS	1.005.511	3,3	662.072	1,1
TUBERCULOS CONSUMO HUMANO	2.879.661	9,5	3.790.265	6,1
HORTALIZAS	1.127.979	3,7	2.655.169	4,3
CITRICOS	460.128	1,5	1.246.094	2,0
FRUTALES NO CITRICOS	2.313.807	7,6	3.700.570	6,0
VIÑO	993.882	3,3	1.505.113	2,4
OLIVAR	3.273.531	10,8	4.065.818	6,6
PRODUCCION FINAL AGRICOLA	26.872.141	88,7	49.217.892	79,6
CARNE	1.610.861	5,3	7.380.934	12,0
LECHE	1.411.654	4,7	3.797.311	6,1
HUEVOS	280.254	0,9	1.106.339	1,8
LANA Y PIELES	104.125	0,3	264.599	0,4
MIEL Y CERA	29.402	0,1	44.098	0,1
PRODUCCION FINAL GANADERA	3.436.298	11,3	12.593.282	20,4
PRODUCCION FINAL AGRICOLA Y GANADERA	30.308.439	100	61.811.174	100



EL REPARTO DE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA

Salvador MARTIN ARANCIBIA

Antes de continuar por el camino del examen de las distintas posiciones ante el problema agrario conviene estudiar un poco cuál es el actual reparto de la tierra. Se ha dicho siempre que los dos problemas básicos de la agricultura española han sido el latifundio y el minifundio que han impedido una «racionalización» capitalista de la actividad agraria. Y ello ha sido considerado así a la luz de los datos obtenidos en el Primer Censo Agrario (1), según los cuales menos del dos por ciento de los propietarios controlaban el 53 por ciento de la superficie cultivable mientras que el resto de la superficie agrícola útil se repartía entre un número excesivamente grande de propietarios. Por otra parte en las zonas de minifundio, en las provincias gallegas y en Asturias principalmente, se producía, al tiempo, una gran fragmentación de las propiedades que dificultaba enormemente la obtención de unas producciones suficientes.

Se vino identificando finca grande con finca de propiedad privada y por ello, contra toda lógica procedente de quien hubiera viajado mínimamente por las tierras de España, se dijo que el latifundismo era un mal extendido, con diferente intensidad pero extendido al fin y al cabo, por toda la geografía (2). Esta identificación se debía a mantener una idea equívoca, cuando no falsa, en el sentido de que las desamortizaciones civiles y eclesiásticas de la segunda mitad del siglo XIX habían acabado con las tierras propiedad de Ayuntamientos, bienes comunales... (3) Las afirmaciones de este tipo tenían un fundamento ideológico muy claro: ya en 1931, al poco tiempo de proclamada la República, se había dado a conocer una lista en las que cuantificaban las propiedades rústicas de la Grandeza española; poco más de medio millón de hectáreas estaban repartidas entre menos de cien aristócratas. Con ello, y a pesar de lo que indicaban las propias cifras se venía a decir que la mayor parte de la gran propiedad estaba en manos de un puñado de personas que, además, eran aristócratas. Medio millón de hectáreas sobre cuarenta y dos millones catastradas en aquel entonces, eran insuficientes a todas luces para llevar a cabo una Reforma Agraria que diera la tierra suficiente a los jornaleros existentes. Pero el carácter burgués que se quería imponer impuso que esto fuera así, que no hubiera posibilidad alguna de contestar estas formaciones. Solamente la propia dinámica de las cosas, y estudios muy posteriores, permitieron cifrar más exactamente cuál era el efectivo reparto de la propiedad de las fincas. Aún hoy, a muchos años de distancia de aquella situación y con análisis que permiten aproximaciones más efectivas, se siguen manteniendo ideas viejas.

A pesar de la obra de Malefakis (4), en la que queda claro, aún con las limitaciones que este análisis tiene, que la aristocracia controlaba no mucho más del ocho por ciento del total de tierras sujetas a expropiación en las zonas de latifundismo privado (5). El resto, pues, pertenecía a lo que se ha dado en llamar burguesía agraria y por ello es fácil entender por qué una gran parte de la población agrícola se opuso con todos los elementos de que dispuso a cualquier intento de Reforma Agraria. Apoyarla suponía, de hecho enfrentarse a su propia realidad.

Pero posiblemente donde más olvidadiza ha sido la investigación es en el papel que las fincas públicas, las pertenecientes a Ayuntamientos, comunales, tienen y han tenido en la distribución de la tierra por intervalos de extensión y, ahondando un poco más, en la distribución general de la tierra.

Incluso el Primer Censo Agrario caía en el error de no hacer una distinción clara entre los propietarios de las fincas y de ahí que los resultados obtenidos hablaran de que un dos por ciento, menos en realidad de este porcentaje, de las explotaciones controlaran el 52 por ciento de la superficie censada. Tanto este análisis como el correspondiente a los últimos datos conocidos

CUADRO I
DISTRIBUCION POR TIPOS DE PROPIETARIOS DE
LOS 100 MAS IMPORTANTES

TIPOS DE PROPIETARIOS	HECTAREAS Cantidad %	LIQ. IMPONIBLE Cantidad %
AYUNTAMIENTOS	649.309 52	62.199.348 ... 49
I.N.C.	83.380 7	19.005.697 ... 15
ESTADO	35.003 3	4.909.102 ... 4
ARISTOCRACIA ...	198.947 16	24.331.024 ... 19
SOCIEDADES	203.668 16	13.203.002 ... 10
BURGUESIA	71.493 6	2.327.797 2
TOTAL	1.211.800 100	128.975.970 ... 100

CUADRO II
DISTRIBUCION POR TIPOS DE PROPIETARIOS DE
LOS 100 PRIMEROS PROPIETARIOS PRIVADOS

TIPOS DE PROPIETARIOS	HECTAREAS Cantidad %	LIQ. IMPONIBLE Cantidad %
ARISTOCRACIA ...	272.537 38	36.554.018 52
SOCIEDADES	237.942 33	16.670.042 24
BURGUESIA	183.904 26	14.435.869 20
COOPERATIVAS ..	3.867 1	328.541 0.5
IGLESIA	17.643 2	2.519.287 4
TOTAL	715.913 100	70.507.757 100

AYUNTAMIENTOS

facilitados por el Catastro no consideraban esta distinción básica. Hubo que esperar al Segundo Censo Agrario (6), y a otro estudio del Instituto Nacional de Estadística (7) para que tomara carta de identidad la idea de que, lo que llamaremos propiedades públicas en adelante, suponía una parte crecientemente importante en el conjunto de las explotaciones agrarias. A medida que el tamaño de las fincas es más elevado el peso de las

propiedades públicas crece.

Este olvido de las propiedades no privadas obedecía a la creencia de que las desamortizaciones habían deshecho completamente el patrimonio agrícola de los Ayuntamientos y de los comunales, como hemos recogido antes en una cita de uno de los libros de Tamames. Se pensaba que el Estado central había vendido no sólo los bienes de la Iglesia sino también los públicos. Apenas si había estudios que confirmaran esto pero algunos otros, de manera muy indirecta, lo permitían aceptar (8). Y resultó que no, que en absoluto las propiedades públicas se habían vendido a terceros. Algunos sí, indudablemente, pero no la mayor parte como se venía diciendo.

Según el Censo Agrario de 1972, el 25 por ciento de las explotaciones consideradas, independientemente de su tamaño, pertenecían a este grupo. Si la comparación se establece con las explotaciones de más de 500 hectáreas, por ejemplo, la proporción crece más como ya veremos más adelante.

Indudablemente, algunos datos objetivos avalaban esta falsa tesis o al menos le proporcionaban algunos puntos de apoyo básicos. De una parte la ideología dominante en la II República a la hora de formular la Reforma Agraria y a la hora de instrumentar los mecanismos para objetivar el proyecto de Reforma. El inventario de fincas afectas a la Reforma Agraria no recogía en absoluto ninguna finca de propiedad pública. Estaban, por la propia ley, fuera del proyecto más «progresista» que se presentó; no podía ser menos. El famoso libro de Carrión (9), cuyos datos básicos se referían exclusivamente a superficie catastrada de las fincas olvidaba expresamente hacer mención específica a cuáles eran públicas y cuáles no —y eso que lo sabía perfectamente—. Los datos de Malefakis, obtenidos a partir del inventario no podían recoger esta división naturalmente mientras que Carrión sí podría haberlo hecho como lo demuestra en alguna ocasión.

Por último cabe destacar que las zonas donde preferentemente se quería llevar a cabo la Reforma Agraria eran unas



regiones en las que el latifundismo privado predominaba sobre todo lo demás. Andalucía, sobre todo su parte occidental, Extremadura, especialmente Badajoz, La Mancha —Toledo y Albacete principalmente—, y Salamanca son zonas en las que la propiedad pública o nunca tuvo una gran importancia o la perdió en el transcurso del tiempo. A ello no es ajena la historia de la llamada Reconquista, a los ocho siglos que separan el asentamiento musulmán, y por tanto el fin del dominio visigodo sobre la Península, y la toma de Granada por los ejércitos de los Reyes Católicos. Mucho se ha escrito sobre estos ochocientos años de historia, pero posiblemente el estudio de Luis Ruiz-Maya (10) sobre la distribución de la propiedad de la tierra en la actualidad, a la luz del último Censo Agrario, y en virtud de los antecedentes históricos de la Reconquista y de las desamortizaciones, sea lo más ajustado a la realidad y el que ofrezca explicaciones más completas. La consideración de zonas de batalla para muchas zonas de Extremadura y La Mancha, la falta de población con la que colonizar gran parte de las tierras conquistadas, las líneas fronterizas que separaban al mundo cristiano del musulmán, el diferente papel jugado por los distintos reinos cristianos y, por último, el pago de la ayuda prestada a los reyes por parte de los nobles y de las órdenes religiosas militares, fueron sin duda alguna cuestiones que influyeron en que las grandes propiedades de la zona norte pertenecieran a las ciudades, pueblos y comunidades en general mientras que las de la zona sur pasaron a manos de los nobles y de las órdenes militares y religiosas. La diferenciación de las dos Españas viene, pues, de lejos.

Hechas estas puntualizaciones previas que pretenden ofrecer algunos puntos de reflexión que expliquen la situación actual de la distribución de la gran propiedad es el momento de hablar del reparto de las grandes fincas. Para ello, no nos valen ni los resultados ofrecidos por los dos Centros Agrarios realizados hasta ahora, por los problemas de no identificación de los estratos sociales que se encuentran detrás de las estadísticas, ni los manuales al uso que tradicionalmente han venido siendo



utilizados por la mayor parte de las organizaciones políticas para tratar de sustentar económicamente sus planteamientos ideológicos. Ni la famosa obra de Carrión, ni la de Malefakis, ni las obras de Xavier Flores o de Ramón Tamames sirven para algo más que para intentar dar una idea de cómo de grandes son las fincas que existen en España. Puede parecer en cierto modo presuntuoso pero, en la actualidad, solamente hay dos estudios sobre la distribución social de la propiedad agraria en los años sesenta-setenta (11). El primero trata de ofrecer el mapa de los propietarios de las fincas más ricas del país mientras que el segundo se refiere exclusivamente a una de las regiones más caracterizadas por el latifundismo privado. Los resultados obtenidos en ambos pueden servir de base para dar una idea de hasta dónde se puede llegar en el conocimiento de quienes son realmente los propietarios de las grandes fincas. Son de alguna forma dos estudios complementarios aunque las bases sobre las que se han elaborado sean distintas. No obstante los resultados se superponen siendo Extremadura un caso intermedio entre los datos finales, a nivel nacional y los que se van conociendo a nivel regional, sobre todo para la zona latifundista del suroeste español.

La propiedad pública

Se estudie como se estudie el fenómeno de la gran propiedad agraria en España, las fincas pertenecientes a Ayuntamientos o a Comunidades con un carácter más bien público, juegan un papel importante no siempre tenido en cuenta por los estudiosos del tema. Así de las mil cuatrocientas fincas más ricas del país, menos de doscientas cincuenta, el 17,7 por ciento del total considerado, tienen esta consideración jurídica a la hora de

fijar el propietario. Pero el porcentaje de hectáreas que abarcan es mucho mayor que el de fincas. Mientras que en éste no llegan a representar el 18 por ciento en extensión suman más de un millón de hectáreas de los dos millones setecientas mil hectáreas que reúnen las fincas más ricas del país. Casi el cuarenta por ciento pertenecen a fincas de Ayuntamientos, propios o comunales. Son los «vestigios» que aún perduran de la distribución de la propiedad en el Antiguo Régimen. Vestigios que siguen siendo importantes como se acaba de demostrar y que se concentran sobre todo en las regiones más al norte del Estado. Las dos Castillas, Murcia y Albacete, Aragón y, a bastante distancia, aunque con importancia, Andalucía Oriental, son las regiones en las que las propiedades públicas ocupan el primero o el segundo lugar en importancia. Hay regiones en las que el 80 por ciento, o más, de la superficie de las grandes fincas, de las más ricas de la región, pertenecen a este tipo de propietario más o menos público.

Por el contrario en Andalucía occidental, Extremadura y la provincia de Salamanca son las grandes fincas privadas las que prevalecen principalmente. El mapa de distribución de la gran propiedad tiene, pues, una clara línea divisoria que parte en dos a España dejando a un lado a la parte occidental, desde Salamanca para abajo y entrando un poco en algunas provincias castellanas —donde predomina la propiedad privada—, y el resto en el que las públicas forman la parte principal de las grandes fincas.

El otro vestigio de propiedad agraria procedente del Antiguo Régimen es el conjunto de fincas pertenecientes a personas individuales con título nobiliario. Si bien hay que intentar hacer una distinción clara entre las propiedades pertenecientes a personas cuyo título nobiliario. Si bien hay que intentar hacer una distinción clara entre las propiedades pertenecientes a personas cuyo título se remonta a varios siglos atrás de aquellos otros que gozan de un condado o marquesado de fecha de otorgamiento mucho más reciente, lo cierto es que esta distinción no puede hacerse totalmente. En numerosos casos se



confunden ambas situaciones. La justificación de intentar hacer esta distinción se debe a que un título nobiliario del Antiguo Régimen tenía aparejada la dominación jurídica y de impuestos y recaudaciones de algunas tierras que, con el tiempo, se transformaron en posesiones personales de las gentes que heredaban el título, mientras que los procesos de ennoblecimiento más recientes se han convertido en algo honorífico exclusivamente. No obstante nobles de título reciente —a partir de la segunda mitad del siglo XIX— adquirieron tierras para intentar dar más raigambre y abolengo a su titulación. Por ello tienen tierras a su nombre. Además las uniones matrimoniales que en los últimos tiempos han tenido lugar entre uno y otro tipo de aristócratas ha servido para ampliar un poco más el reducido grupo social de la nobleza con lo que las interconexiones se han acentuado.

No obstante el peso de la aristocracia es relativamente importante y no tanto por el número de hectáreas que controla, bastante menos de cuatrocientas cincuenta mil hectáreas del total considerado como por el reducido número de personas que componen este colectivo. Mientras que 247 personas con título controlan 437.000 hectáreas aproximadamente, 632 personas individuales no nobles tienen en sus manos poco más de setecientas cincuenta mil hectáreas. Las dimensiones medias de posesiones agrarias son mucho más altas para el primer grupo que para el segundo.

Esta concentración en manos privadas de las grandes fincas del país tiene ciertas matizaciones muy importantes que deben tenerse en cuenta. El elemento mínimo que se tomó para fijar la riqueza de las fincas que podían considerarse, en este caso una riqueza imponible muy elevada, es algo aleatorio y lo mismo se podía haber elegido una superior o una más reducida. Si se eligió ésta fue porque, entre otras cosas, la superficie total considerada era suficiente como para que el estudio fuera significativo a nivel nacional. De los cuarenta y cinco millones de hectáreas censados, dos millones setecientos mil entran dentro del estudio, es decir el cinco por ciento del total de tierras

agrícolas. Y encima son las fincas mejores de todo el territorio.

Pero si en lugar de esta medida se hubiera elegido cualquier otra más elevada las tendencias apuntadas hasta aquí se habrían exagerado un poco más. Si, por ejemplo, se hace una selección de los 100 primeros propietarios, en función del número de hectáreas, la situación sería la reflejada en el cuadro I. En primer lugar el número de hectáreas considerado se reduce a la mitad, lo que explica un poco más la concentración de la propiedad rústica en España. Un número ínfimo de propietarios sobre el total controlan el 2,5 por ciento de las tierras. Las propiedades públicas de Ayuntamientos, comunales... representan casi el 52% de estas tierras. Las sociedades anónimas, principalmente las forestales, mineras e inmobiliarias, siguen detrás a mucha distancia: poco más de doscientas mil hectáreas. Casi la misma cantidad que llegan a reunir los nobles dentro de este reducidísimo grupo de escogidos. Curiosamente lo que se ha denominado burguesía rural, los propietarios individuales no nobles, retroceden en el «Ranking» de forma importante. De ser los segundos, detrás de las propiedades públicas, pasan a ser los quintos sin apenas importancia.

Si se hiciera la comparación entre los 100 primeros propietarios privados en lugar de hacerlo sobre los 100 primeros, independientemente de su condición jurídica, las sorpresas serían aún mayores (cuadro II). Las propiedades pertenecientes a los aristócratas forman el grupo más numeroso, el 38 por ciento del total considerado mientras que el número de hectáreas pertenecientes a las fincas de las sociedades anónimas supone un 33 por ciento y la burguesía apenas supera el 26 por ciento.

Parece, pues, claro que a medida que se concentra el número de propietarios los representantes del Antiguo Régimen adquieren mayor peso específico lo que denota una cierta inmovilidad en el mercado y reparto de las tierras y una cierta verosimilitud en alguno de los argumentos esgrimidos por algunos críticos del sistema. Pero este tipo de concentración de

La propiedad de las grandes fincas no implica necesaria y obligadamente un proyecto de Reforma Agraria. Los objetivos básicos que normalmente han tenido este tipo de actuaciones han sido intentar una capitalización creciente de la actividad agrícola. La desaparición de modos de producción previos al capitalismo, la integración con el mundo industrial que rodea al sector agrícola, en definitiva la «modernización» del campo ha sido el objetivo que se venía buscando con las Reformas burguesas que han tenido lugar y es el que se persigue en la II República. El fracaso de esta experiencia política y el desarrollo posterior de la economía española han invalidado este tipo de Reforma Agraria.

No obstante las nubes que cubren el cielo del continuismo del modo de desarrollo capitalista, la crisis energética como indicador privilegiado de lo que va a acabar ocurriendo si se sigue manteniendo este tipo de sociedad está sirviendo para revivir la necesidad de una Reforma Agraria de nuevo tipo que surja como consecuencia de la crisis de civilización que está teniendo lugar. Hay que tener en cuenta que hace medio siglo la teoría del reparto de las grandes fincas venía explicada por la «necesidad» de desarrollar las fuerzas productivas por la llamada «vía campesina». Pero el desarrollo de la «revolución verde», el uso cada vez más importante de medios químicos, de medios de fuera del propio sector agrario, ha invalidado esta teoría aunque las consecuencias hayan sido peores a largo plazo.

La capitalización de la actividad agraria ha implicado exclusivamente una utilización creciente de medios químicos (abonos, pesticidas, plaguicidas...), un consumo excesivamente alto de energía de origen fósil no renovable (petróleo...) cuyos resultados, a simple vista, pueden ofrecer aspectos positivos en cuanto que se aumentan algunas producciones, pero claramente negativos en lo que se refiere a eficiencia del sistema y a mantenimiento del medio ambiente. Ahondando por esta vía, y uniéndolo a la penosa situación de dependencia energética y a la escasez de recursos energéticos existente, vuelve a tener vigor y cierta coherencia la revitalización de una Reforma Agraria, con presupuestos ideológicos y políticos diferenciados de los que anteriormente tuvieron consistencia y que tendrían que estar en línea con un aprovechamiento más racional del campo, con un mantenimiento más estricto de los ecosistemas y con una utilización mayor de energía renovable permita un mejor equilibrio entre la energía necesaria para lograr producciones agrarias y la obtenida por éstas. Todo ello conjugando de verdad el uso y disfrute colectivo de un bien escaso como es en estos momentos la tierra.

S. M. A



- (1) *Primer Censo Agrario de España, año 1962. INE, Madrid 1963.*
- (2) «Es curioso comprobar además que en Galicia, por ejemplo, que se suponía dominada exclusivamente por el minifundio, existe también un número respetable de parcelas de grandes dimensiones...». *Estructura socioeconómica de la agricultura española. Xavier Flores. Ediciones Península, 1969, p. 102.*
- (3) «Tras el paréntesis moderado de 1843 a 1854, la Ley de Desamortización General de 1 de mayo de 1855, promovida por Pascual Madoz, permitió la enajenación de la mayor parte de los bienes nacionales que restaban por realizar. En 1876 la desamortización había alcanzado ya prácticamente sus metas. Sólo unos pocos bienes comunales y del Estado, y algunos de la Iglesia, pudieron escapar al largo, complejo y desordenado proceso desamortizador». Ramón Tamames *Introducción a la economía española*, página 39. Alianza Editorial. Cuarta edición 1969.
- (4) *Edward Malefakis, Reforma Agraria y Revolución Campesina en la España del siglo XX. Ediciones Ariel, 1971.*
- (5) *En estos momentos un proyecto de investigación ya en marcha bajo el título «Los cambios en la estructura de la propiedad de la tierra en España (1932-1970): análisis e implicaciones económicas y políticas», en el que participan Santiago Roldán, José Manuel Naredo, Juan Muñoz, Angel Serrano y el autor de este artículo entre otros ofrece nuevos datos acerca de las posesiones reales, tanto para la época de la II República como para la actual y parece que el porcentaje para 1931 podría ser mayor aludido en la investigación del profesor norteamericano aunque no significativamente más elevado. Hay que tener en cuenta que todas las fincas de la nobleza debían ser expropiadas como así se establecía en las bases de la Reforma Agraria. Con ello se quería dejar claro el carácter «antifeudal» de ésta.*
- (6) *Segundo Censo Agrario de España 1972. INE.*
- (7) *Encuesta de fincas agrarias privadas de 500 y más hectáreas. INE 1969.*
- (8) *Miguel Artola, Antonio Miguel Bernal, Jaime Contreras y otros. El latifundio. Propiedad y explotación siglos XVIII-XX. Servicio de Publicaciones del Ministerio de Agricultura, 1978. En cualquier caso este no era el objetivo del libro pero la evolución de la propiedad en determinados latifundios de los estudiados podía hacer pensar en una situación como esa. Incluso es posible pensar como hipótesis que en determinadas regiones españolas esta desamortización sí afectó de forma importante a los bienes públicos.*
- (9) *Pascual Carrión, Los latifundios en España. Gráficas Reunidas 1932.*
- (10) *Sobre el origen histórico de la concentración de la tierra: una aproximación estadística. Agricultura y Sociedad nº 10. Ministerio de Agricultura.*
- (11) *Salvador Martín Arancibia y Manuela Leal Maldonado. «Quiénes son los propietarios de la tierra». Ed. La Gota Ciencia, 1977. Salvador Martín Arancibia y Rosa de la Parra, Panorama actual de la propiedad de la tierra, dentro de la obra colectiva «Extremadura Saqueada». Ruedo Ibérico 1978.*

el campo



en cantabria

Históricamente Cantabria ha sido una región eminentemente ganadera hoy también puede afirmarse lo mismo. Del 34 al 35% de la población activa de la región está dedicada a la ganadería, lo que pone de relieve la importancia e incidencia de la misma en la economía de Cantabria.

Nos encontramos con un campo que tiene todavía una estructura económica arcaica, salvo tres o cuatro industriales el resto de los ganaderos, en mayor o menor medida, tienen los problemas típicos de una falta de planificación y organización comunitaria o industrial; nos encontramos con que poseen poca tierra cultivable para el número de cabezas de ganado que tienen, pero además las tienen separadas y diseminadas con el consiguiente aumento de trabajo, y además tienen un porcentaje, que fluctúa, del orden del 50% de tierras arrendadas, con lo que se cuestionan las mejoras técnicas; nos encontramos con una media muy baja, ya que no llegan ni con mucho a los 10 animales por ganadero, lo que incide naturalmente en su rendimiento económico. Además el nivel de calidad del ganado es mediocre

debido entre otros detalles a que Cantabria exporta aproximadamente 13 del ganado lechero en producción cada año siendo los animales jóvenes los exportados; esto hace, junto a la falta de higiene y conocimientos científico-técnicos de los ganaderos, que sea muy difícil el conseguir una ganadería rentable (como ejemplo se puede citar que en Holanda una vaca frisona da una media de 4.000 a 4.500 litros de leche por parto, mientras que aquí la misma raza da de 2.000 a 2.500 litros).

Problemas técnicos y económicos

A lo anterior, y en el terreno técnico, hay que añadir una aparente paradoja, y es que por un lado la carencia de maquinaria que facilite el trabajo y por otro el excesivo número de tractores y segadoras es abundantisimo, dándose, naturalmente, una infratilización de los mismos, dado

el sistema individualista de trabajo; esta aparente paradoja ha sido favorecida por los empresarios del sector tanto más que por los técnicos del Ministerio de Agricultura, en su política de industrialización a cualquier precio.

Esta estructura económica tiene en Cantabria dos variantes, una geográfica y otra social, aunque se entremezclan. Por un lado la zona norte, o de la costa, y la del sur o montaña, y por otro la de los ganaderos y ganaderos mixtos. Las diferencias geográficas tienen importancia desde el punto de vista técnico, ya que la zona norte es mucho más abierta a los avances técnicos, podríamos decir que son más «modernos», entre otras razones por la influencia que las ciudades y centros industriales ejercen en el campo. Otro problema es el de los llamados ganaderos mixtos, ya que no es sólo un problema técnico económico, sino social. El ganadero mixto, que abunda sobre todo en la zona norte, presenta la característica de que al no depender de la ganadería como único medio de vida, al simultanearla con la fábrica, al tenerla más bien como un segundo empleo, no necesita obtener los máximos beneficios de la misma, con lo que por un lado le posibilita pagar enormes rentas y por otro no se sensibiliza ante los problemas ganaderos (esto, hablando en términos generales).

Otro de los factores que inciden fuertemente en la economía ganadera son los intermediarios en el proceso de comercialización; es frecuente ver tres o cuatro camiones de recogida de leche en un mismo pueblo, con el encarecimiento que esto supone, aunque a las fábricas no les importe ya que se llevan el 40% del precio de la leche, sin contar los subproductos. Lo mismo se podría decir del monopolio de hecho que ejerce Camfrisa en el mercado de la carne, o el Ferial de Torrelavega que, si para su Ayuntamiento ha supuesto una saneada fuente de ingresos, para los ganaderos ha supuesto una serie interminable de perjuicios económicos y sanitarios.

Pero no solamente hay un problema técnico o económico en el campo de Cantabria, existe un grave problema, que depende en gran medida de los anteriores, y es el del trabajo humano, realizado muchas veces de una forma primitiva, con largas jornadas, sin descansos, sin tiempo para el ocio, con un desgaste físico que hace envejecer prematuramente, etc. Esto no f-y que olvi-

darlo, no es privativo del hombre, por lo menos en Cantabria se reparte, más o menos equitativamente, entre todos los miembros de la familia y en especial en la mujer.

A concentrar se ha dicho

La política agraria del Estado en estos momentos de pleno desarrollo capitalista se está dirigiendo a adecuar el campo español a los márgenes de competitividad de la agricultura industrial, por lo que, entre otras cosas, ha de eliminar de este sector una enorme cantidad de población, ya que mientras se sobrepase el 12% el desarrollo no es posible. Comparando esta cifra con el 35% de la población del sector en Cantabria se aprecia inmediatamente una gran diferencia. La política de Concentraciones y Créditos Oficiales no es más que la fórmula legal para forzar la emigración y la puesta en práctica de las directrices del neocapitalismo agrario. El proyecto de Estatuto de la leche no es más que la demostración de lo anterior.

Si pasamos revista a la situación social nos encontramos con un panorama desolador. La política educativa dictada desde Madrid ha supuesto la eliminación de la mayoría de las escuelas de los pueblos, por las Concentraciones Escolares siempre situadas en los centros urbanos más importantes, que si bien presentan algunas ventajas tienen muchos inconvenientes, sobre todo el ser impuestas por la fuerza. De la F.P. y del B.U.P. poco se puede decir, ya que salvo Reinosa, Torrelavega, Potes, Laredo, etc., o sea los núcleos urbanos de mayor población, no existe ningún tipo de centro para estos niveles. Esto a nivel de edificios, ya que a nivel de contenidos educativos los alumnos de Cantabria tienen que estudiar lo mismo que se estudia en ciudades como Madrid o Barcelona, y como si vivieran en barrios céntricos.

En el terreno cultural, el proceso de urbanización de la sociedad rural ha destruido prácticamente todos los elementos autóctonos de cultura, trajes, canciones, deportes, arquitectura, introduciendo la imagen televisiva que iguala, en anormalidad, a todos. En estos momentos es raro encontrar en un pueblo algo más que un campo de fútbol, y desde

luego ningún complejo deportivo. Las Casas de la Juventud, Centros Recreativos, Bibliotecas, etc. brillan por su ausencia. Lo mismo podríamos decir de los medios de comunicación: TVE no ha dedicado ningún programa de su producción regional a los temas verdaderamente rurales; RNE, de 168 horas semanales de programación, estaba hasta ahora dando 1/2 hora de folklore cántabro. El hablar de librerías o kioscos de prensa es referirnos a otro planeta.

Refiriéndonos a la sanidad nos encontramos con que en toda la Región no existe ni un sólo hospital de la S.S., mas que en la ciudad; pero no sólo de la S.S., ni siquiera privados salvo en Torrelavega, con lo que es fácil adivinar la asistencia hospitalaria que tienen las poblaciones de Potes, Valderredible, La Vega, etc., con 50 ó más de 100 Km. de camino, y nunca mejor dicho lo de caminos. En ninguna zona rural hay un sólo Dispensario o Ambulatorio, con lo que los médicos siguen teniendo las famosas iguales, y además cobran de la S.S., y el despotismo sigue imperando. Lo anterior se puede aplicar a las Farmacias, ya que hay zonas, sobre todo en el sur, con muchos kilómetros sin una, mientras se apiñan en las ciudades. Esta situación favorece claramente el caciquismo.

Panorama político-sindical

Si Cantabria, en general, es una región bastante conservadora, tanto en el terreno socio-cultural como en el político, en el campo esta situación se agrava por la propia formación y la forma de trabajo individualista de los ganaderos, por vivir muchas veces en valles cerrados, por el caciquismo existente aún. Así, en el terreno político predominan preferentemente los elementos fascistas -FN, FE, AP y UCD-, con pequeños núcleos muy localizados de socialistas y comunistas.

En el terreno sindical, el sindicato con mayor número de afiliados es AIGAS, sindicato de UCD que controló, a través de la COSA y hoy de las Cámaras Agrarias, todos los resortes financieros que podrían ayudar a los ganaderos, en beneficio de los grandes propietarios y clientes políticos. El Sindicato Democrático

es una organización a extinguir por problemáticas políticas. La FT de la Tierra tiene realmente una implantación pequeña hoy. Y UGAN, que pudo jugar un gran papel dado su teórico funcionamiento y la base que lo constituyó, ha caído por el juego de los partidos políticos que lo integran.

Este panorama político y sindical se ha reflejado con bastante fidelidad en las últimas elecciones municipales en las que, salvo escasos ayuntamientos, han triunfado los mismos fascistas y caciques de siempre, aunque hoy se encuentren en UCD por arribismo o se autotitulen independientes.

El Colectivo Ganadero, dada la nula influencia de la CNT en el sector, cree que en estos momentos debemos buscar entre todos los medios para ir introduciendo en el campo las ideas y prácticas que nos son propias: acción directa, autogestión, federalismo, etc., no olvidando que el campo en Cantabria supone la base económica y humana más importante.

Desde CNT debemos apoyar las prácticas de autogestión ganadera, como exponente de nuestra práctica. Debemos estudiar los resquicios, y aprovechar los de la Ley de Cooperativas, y potenciar comunas de convivencia, producción y distribución.

Con esta práctica podremos hacernos oír entre la población ganadera de Cantabria y así poder luchar contra la sociedad industrial que ha destruido las bases de nuestra sociedad rural. Como paso previo y necesario, desde CNT, se potenciará la constitución de Colectivos Ganaderos y Campesinos en toda Cantabria, colectivos no cerrados a los ganaderos únicamente, sino abiertos a todos los que tengan conciencia de estos problemas y les den una alternativa libertaria.

Dadas las peculiares características de Cantabria, en que prácticamente no existen trabajadores asalariados en el campo, pero existen ganaderos -campesinos que están explotados económica y socialmente, aunque sean propietarios de sus medios de producción, se acuerda proponer el que estos pequeños ganaderos -campesinos, que viven de su trabajo sin tener asalariados a su cargo, puedan afiliarse a la Federación de Campesinos de CNT. ■

Ponencia aprobada en el I. Congreso Regional de Cantabria. CNT (18-19-20 abril 1980)



CANARIAS: sabotaje a un territorio

Las Canarias no son esas islas paradisíacas que hipócritamente nos presentan las compañías turísticas. No es el edén artificial construido por alemanes o Río Tinto, S.A., con el fin de hacer creer al españolito medio que la patria también tiene su Hawaii.

Canarias es un país saboteado, colonizado y esquilmo por unos intereses completamente ajenos a la mayoría de sus habitantes.

La historia de Canarias es la historia de la rapiña, es el drama del Tercer Mundo, de la típica reserva territorial destinada a los antojos y caprichos del capital.

El país canario se encuentra a 2.000

kilómetros de Madrid y a sólo 100 kilómetros de África, con una superficie total de 7.545 kilómetros cuadrados, dividida arbitrariamente en dos provincias, con una población de hecho en 1975 de 1.392.541 habitantes, y una población activa del 34,5 por ciento, inferior a la media nacional, en continuo proceso de salarización. Detenta el índice más elevado de analfabetismo de todo el Estado y un crecimiento constante del índice del coste de la vida superior a la Península.

Estos factores intervienen en la creación del ejemplo más perfecto de total irracionalidad productiva y ecológica. Podemos afirmar tajantemente que es un país que no consume lo que produce y no produce lo que debería consumir.

La estrategia productivista que los intereses internacionales han asignado a Canarias constituye un sabotaje deliberado al territorio y sus gentes.

Historia de una dependencia

Tras la llegada de los conquistadores, la historia de las Islas se reduce a una sucesión ininterrumpida de monocultivos y actividades importadas, que definirán los distintos niveles de dependencia y centros

de decisión.

La caña de azúcar fue el primer monocultivo producido en las Islas para la exportación. Posteriormente la vid y la cochinilla sustituyen al azúcar hasta comienzos del siglo XIX. Con la competencia exterior portuguesa para el primero y el descubrimiento de los colorantes sintéticos para el segundo, se acaba hundiendo el comercio de dichos productos, llevando a la población canaria al hambre y la miseria. La emigración a Sudamérica daría salida a esta crisis producida por la caprichosa oscilación de los mercados extranjeros.

Son precisamente los ingleses quienes introducen a finales del siglo XIX, el plátano y posteriormente el tomate para abastecer el consumo en la Gran Bretaña.

Hay que destacar que si bien las Canarias no han dejado de cumplir el papel de almacén agrícola destinado a satisfacer los caprichos de las naciones europeas ricas, tampoco la estructura de propiedad latifundista ha variado en lo más mínimo. El 3% de las explotaciones agrícolas, en manos de unas veinte familias, cubren aproximadamente el 75 por 100 de las tierras cultivables. Los cultivadores de tomates del Sur de Gran Canaria son un ejemplo vivo de esta situación. El «aparcerero» cultiva la tierra del señor a cambio de un tercio de la producción, la cual es comercializada por otro «señor» arrendatario de dicha tierra.

Por último, una nueva forma de mercantilización de los recursos naturales de las Islas se ha impuesto de la mano de los grandes tours - operators: el turismo. Cientos de hectáreas de suelo productivo han quedado sepultadas bajo los cimientos de apartamentos de lujo y centros de recreo, con el fin de crear la ilusión de un exótico viaje a unas desconocidas islas tropicales.

Por lo tanto, la actividad en las islas ha estado invariablemente sujeta a directrices exteriores, estableciéndose un modelo de dependencia a inseguridad sobre la población, que la marcará como tercermundista en el seno de un estado desarrollista como el español. Inseguridad y dependencia que posiblemente puedan explicar uno de los mayores problemas del Archipiélago a la hora de encontrar una alternativa autosuficiente: la explosión demográfica, con la tasa de natalidad más alta de todo el Estado.

EL AGUA: la gestión de la escasez

El gran problema de Canarias es el agua. La agricultura se encuentra atena-

zada por la escasez de agua dulce. Las conclusiones del estudio SPA 15, ponen de relieve que el 85% del agua en las islas procede de acuíferos fósiles, cuyo recargado llevaría centenares de años de lluvias y que el nivel de los pozos está descendiendo actualmente a un ritmo de 15 metros por año. Esto implica que en una treintena de años, de continuar las actuales tendencias en su uso, el agua fósil se acabará, con lo que el canario se verá abocado a la catastrófica situación de sobrevivir con la lluvia anual y el desalinizado del agua del mar.

Sin embargo, la agricultura impuesta a las Islas se orienta hacia cultivos como el plátano y el tomate que requieren gran consumo de agua. El plátano, por ejemplo, necesita grandes cantidades de agua, y se impone a pesar de tratarse de un recurso escaso, con técnicas de riego absolutamente despilfarradoras. Si se tiene en cuenta que un kilo de plátanos cuesta aproximadamente 400 litros de agua, lo que se está haciendo es exportar agua en forma de plátanos, agotando de esta manera, la riqueza más imprescindible para el futuro de Canarias. Si consideramos, además, que el agua que se extrae en algunos lugares como en Tenerife, por medio de importantes galerías que llegan a alcanzar hasta 5 km de longitud, excavadas en la roca con métodos rudimentarios, y que su transporte se efectúa a través de una cuidadosa red de tajeas que bordean acantilados y baranqueras, llega-

remos a la conclusión de que no sólo se exporta, el agua, sino también el trabajo acumulado durante decenios por el campesino canario.

Tratándose de un recurso no renovable y en vías de agotarse, lo que resulta inadmisiblemente es que el agua esté sometida a un régimen de propiedad privada. Con la especulación del agua extraída de pozos y galerías, los caciques locales han llegado a montarse verdaderas fortunas. De esta forma se completa el ciclo de una auténtica agresión económica industrial sobre el territorio canario: las grandes empresas importadoras deciden los monocultivos y la comercialización agrícola del Archipiélago, mientras que la burguesía local se encarga de agravar aún más la situación esquilmando al pequeño agricultor.

La dependencia que implica la puesta en funcionamiento de estos monocultivos es aplastante. Se deben efectuar impresionantes trasvases de tierra e, incluso, se ha llegado a importar estiércol de la Península. Se realizan, por lo tanto, auténticas obras de ingeniería agronómica claramente deficitarias.

La agricultura actual canaria se configura como la más artificial del mundo, incluso superior a los casos de Israel e Holanda. Además de los monocultivos tradicionales se trata actualmente de orientar la producción hacia una agricultura de lujo, como pueden ser los productos fuera de temporada (pepino, tomate) y



plantas ornamentales. Explotaciones agrícolas que están en su mayoría en manos de capital extranjero (como el belga o el alemán). Como dato anecdótico del carácter colonizador de estos señores, bastará saber que las propias compañías turísticas aconsejan no comprar directamente al agricultor canario, sino a través de las concesionarias belgas o alemanas situadas estratégicamente cerca de los aeropuertos y con todo tipo de facilidades.

De esta forma el canario exporta sus recursos y su trabajo para la satisfacción de consumistas europeos ricos, mientras se ve obligado a alimentarse con la importación de latas de conserva procedente de los lugares más inverosímiles del planeta (sardinas del Perú, bacalao noruego) o con las verduras traídas desde Alicante y los cereales de Turquía controlados por los yankees, por sólo citar algunos ejemplos. Y de esta forma tan cosmopolita se ha logrado obtener la dieta alimenticia más baja de todo el Estado español.

En contra de lo comúnmente aceptado, no es esta concepción desarrollista de la producción agrícola la que crea mayor número de puestos de trabajo. El campesino, atenuado por estas tensiones, se ve obligado a emigrar hacia los centros urbanos. El abandono forzoso del campo ha supuesto la urbanización del campesino canario, la sustitución de una mínima cultura autóctona y un conocimiento agrícola propios, por la plasticificación estandarizada de un código de vida suburbano basado en el paro, la miseria, el televisor y las migajas que ofrece el turismo y el comercio colonial.

Toda esta demencial actividad, sumada a las características de la especulación del suelo, al turismo y al absurdo desarrollo industrial implantado, hacen que el canario haya perdido todo poder de controlar directamente su territorio y recursos, debiéndose enfrentar en lo sucesivo a efectos tan graves como la sistemática desertización de las islas menores y la pérdida de todo un conocimiento

agrícola, base de su futura supervivencia.

Industria y ganadería: fantasmas importados

Al igual que la agricultura, la industria y la ganadería existentes son de una artificialidad e inadecuación pasmosas.

La impresionante caradura de caciquillos e importadores ha logrado año tras año, lo increíble, destrozando todo intento de crear una cabaña ganadera en las Islas. Hoy resulta casi imposible hablar de ganadería en Canarias, excepto reducidas explotaciones o el pequeño corral que el «mago» aún mantiene a duras penas en el campo. Pero en las escasas ocasiones en que el ganadero ha intentado hacer frente a esta política de dependencia, se le ha boicoteado por métodos absolutamente terroristas. Baste resaltar dos casos en los cuales, y con el ahorro rural, se importaron deliberadamente, en una ocasión becerros capados de Irlanda, y en otra, vacas con aborto congénito procedentes del Canadá, por valor de millones y con la colaboración de estos gobiernos que impiden este tipo de prácticas en el interior de sus fronteras.

Estas prácticas no son en absoluto extrañas, ya que el control alimentario exterior es otra de las características tercermundistas del Archipiélago. No existe ganadería porque sencillamente no interesa, al ser la importación de productos de primera necesidad, uno de los Grandes negocios locales: leche en polvo (Holanda), carne congelada (Polonia, Argentina)....

Para lograr esta dependencia alimentaria las compañías holandesas y americanas han contado con la espléndida colaboración de los importadores locales y la corrupción de la administración española actual. Por lo tanto, manufacturas

útiles y susceptibles de ser colectivizadas empleando bastante mano de obra, tales como los derivados lácteos, cárnicos, cuero y calzado, no existen en absoluto.

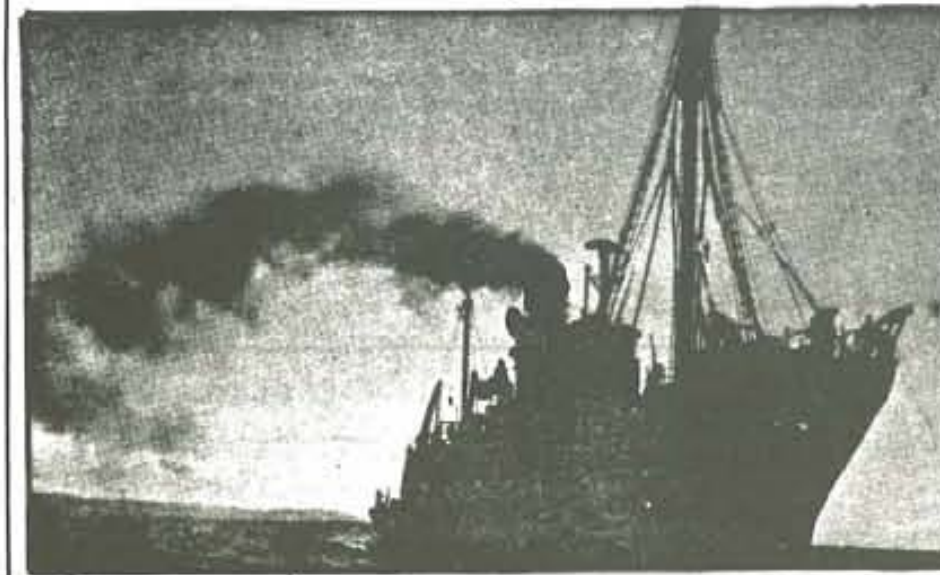
La actividad industrial, sin embargo, siendo muy reducida, está orientada hacia sectores que no tienen nada en común con las posibilidades del Archipiélago. Un buen ejemplo de ello es la refinería de CEPSA en Sta. Cruz de Tenerife, creada con el exclusivo fin de mantenerse fuera del área del monopolio de CAMPSA y exportar de forma ilegal derivados de petróleo a países europeos. Exportación que los canarios pagan con un impresionante consumo de agua y una creciente contaminación.

Las posibilidades de una manufactura pesquera alternativa, también se han ido esfumando, excepto en contados lugares. Pero, sin embargo, los puertos canarios dan cobijo a las esquiladoras flotas pesqueras rusas, coreanas y japonesas. Si actualmente las capturas están orientadas hacia el banco saharahui, la ampliación de las 200 millas marroquíes hecha a la sombra de consorcios como Pescanova, ha significado una nueva crisis para el pescador canario. Aunque hay que reconocer que han sido las prácticas esquiladoras del pequeño pescador sin ningún cuidado hacia el mantenimiento de la riqueza litoral canaria, llegándose a emplear frecuentemente la dinamita, quienes han contribuido directamente a la esquilación pesquera de las islas. De todas maneras se desestiman recursos importantes como los túnidos, cuyas corrientes migratorias pasan por las islas occidentales.

Si la inadapta industrialización actual era ya de por sí desastrosa, los planes-futuros asignados al territorio canario pasan por decisiones tan esquizofrénicas como permitir la instalación de industrias como Mercedes Benz, Hitachi, Ford, o inmensos fondeaderos y reparadores de supertanques como el que se pretende instalar en el Sur de Tenerife.

La venta del Archipiélago y sus recursos es pues un hecho real, incluso diríamos que literal, ya que existen islas que son casi íntegramente propiedad extranjera. Este caso es especialmente bochornoso; el capital belga o alemán llega a poseer más del 50% de la superficie de algunas islas como Fuerteventura. Esto transgrede, incluso, la propia legislación española, que se escamotea mediante trucos como el efectuar la compra a través de testaferros. Pero lo realmente curioso, el colmo de la ironía imperialista es que la salida del capital necesario para efectuar estas compras haya sido declarado en un país como Alemania, bajo el concepto de «ayudas al Tercer Mundo».

(de «EN MARCHA»
revista libertaria canaria)





RETRATO DE UN COLONIZADO

(donde se habla de la decadencia y muerte del saber campesino)

Artemio J. BAIGORRI

al «pesca», campesino extremeño que nunca leerá este artículo, y madita la falta que le hace.

Hasta hace sólo veinte años, y en algunas zonas hasta hace incluso menos tiempo, un campesino, ayudado por su familia, o a «tornapeón» con los amigos, era capaz de construirse su propia casa, desde los cimientos hasta el tejado. Y aún le quedaba tiempo para construirse refugios en las parcelas de secano más alejadas de la población aprovechando así las propias piedras que durante años había estado quitando de la parcela; en esos refugios pasaba con las caballerías varios días, mientras duraba la época de las labores del secano. En las huertas, donde a veces tenían que pasar toda la noche regando, cuidando el agua, construían pequeñas casetas de quince o veinte metros cuadrados con un hogar para las noches traidoras de la primavera. Con cuatro tablas sabían hacer una mesa, una puerta, una ventana. Sólo los muebles se compraban fuera, para la boda, y tenían que durar toda la vida; ellos mismos hacían primorosamente las reparaciones necesarias. En el corral, junto a la casa, los desechos de la familia y los del ganado y los animales de carne se sumaban y almacenaban hasta la época de la siembra, en que eran esparcidos por los campos, devueltos como abono a la tierra de la que un día salieron en forma de alimentos.

La escuela de la vida era la vida misma. Después de aprender las primeras letras, los hijos de los campesinos iban, en

plena pubertad, ya al campo. De un lado estaba la necesidad económica de una familia en la que menos el padre (y en muchos casos el abuelo) todos son peones. Pero de otra parte estaba la necesidad de que el futuro campesino aprendiera del campo trabajándolo, viviéndolo. Y aprendiera la vida, la puede que reducida vida que espacialmente le esperaba, viviéndola, oyéndola vivir a los mayores, sentado en el ribazo, en el almuerzo. Y al alcanzar la madurez, el tiempo de tomar su propia esposa, su propia vida, aunque siguiera estrechamente relacionado con la familia, a veces en una completa comunión económica, era capaz de plantear por sí mismo llevar sus propios campos, y lo que le quedara por saber lo aprendería de sí mismo, de sus propios errores, o hablando con los viejos en el bar o en los carasoles del invierno.

Mientras la ciudad estaba lejos

Hasta ahora hemos hablado de aspectos casi puramente económicos, porque es la economía la que condiciona toda cultura, y

así la cultura campesina. Una cultura hecha de magia y de sueños. Construida con las estaciones solares, con las heladas o las lluvias, con el granizo, con la siembra, con la cosecha. Los dos aspectos de la cultura, la técnica y el espíritu, estaban representados en la sociedad campesina: de un lado el saber técnico que, transmitido y mejorado de generación en generación, permitiría la producción de riqueza, de bienes. El saber cultivar y cuidar la tierra, el saber construir sus viviendas, sus ropas, sus utensilios de trabajo. Y del otro lado la relación con las fuerzas exteriores, con las fuerzas desconocidas, temidas y adoradas que podían hacer que un año fuese rico y el siguiente de hambre; esa relación ha generado toda la cultura espiritual campesina. Sus diversiones, celebración casi siempre de una buena cosecha, o descanso en plenas labores, sus ritos y rogativas al más allá, que un buen día serían atrapadas y manipuladas por el cristianismo, convertidas en ceremonial soso, timorato y atemorizador de los campesinos.

Todo esto fue así mientras la ciudad estuvo lejos. Mientras con ella—con los ciudadanos, con los urbanistas, en fin con los burgueses—no hubo otra relación que el intercambio de igual a igual: los instrumentos de los artesanos por alimentos de los campesinos. Y a su vez fue así también mientras la propia ciudad estuvo lejos, en el tiempo, de la ciudad burguesa.

Mas los comerciantes y artesanos ricos prosperaron, acumularon, se hicieron con las ciudades, inventaron frutos de la acumulación... Y de ahí vino todo. Pronto la ciudad fue controlada, absorbida por el beneficio. Y el beneficio, como los animales—masa de Moebius, se extendió por los cuatro rincones, arropado con el aparato ideológico del protestantismo y los elementos que de tal moral adquirió la Iglesia romana. Y la agricultura, de ser un modo de vida, casi un instinto social conformado por la comunión con la tierra y la solidaridad frente a los elementos, pasó a ser considerada como un modo de producción, en fin, como un negocio cualquiera.

Producir y rentabilizar

Con la penetración del capitalismo en la agricultura no sólo se introducen los cambios consecuentes en la estructura económica o en los usos culturales, sino también, y fundamentalmente, los cambios tecnológicos.

El abonado de las tierras no es, efectivamente, nada nuevo. En las economías agrarias precapitalistas la tierra se abonaba con desechos orgánicos procedentes del ganado y de la propia población humana, con lo que los rendimientos de los distintos productos crecían en función de las crecientes necesidades alimenticias. Pero al entrar en el mercado, el agricultor, para poder atender a las compras, se ve obligado a forzar, artificialmente, ese crecimiento de la producción. Surge el concepto de «productividad». El propio capital monopolista le brinda la posibilidad de hacerlo mediante los abonos inorgánicos, aparentemente más productivos que los orgánicos (curiosamente, los mismos monopolios que controlan la producción y distribución de abonos controlan asimismo la producción y distribución y el tratamiento genético de las semillas, así como la producción de cuantos productos químicos se hacen así necesarios). En ese desmedido afán de productividades y rentabilidades, los agricultores tardarán en darse cuenta de que la utilización sistemática de abonos inorgánicos va haciendo al suelo cada vez más deficitario en otras materias muy necesarias. Tal proceso es aumentado y acelerado con la producción de semillas, y su tratamiento genético, encaminado a conseguir una mayor productividad por unidad de tierra. Sin embargo, puede comprobarse cómo los modernos maíces híbridos, por ejemplo, precisan seis veces más energía que los de hace 20 años; es decir, una cantidad de abonos complejos seis veces mayor.

En este mismo sentido debe «leerse» la introducción de maqui-

naria en el campo (por otro lado objetivamente imprescindible). Con ella disminuye la demanda de mano de obra, que es atraída para su proletarianización y urbanización por los espacios industriales. Esta disminución de la demanda conlleva, pues, una vez abiertos de forma masiva los circuitos de emigración, una disminución en la propia oferta de trabajo.

Un campo como una fábrica

A pesar de la mecanización persisten sin embargo una serie de labores, sobre todo en las zonas que mantienen los cultivos intensivos, para los que sólo el trabajo humano sigue siendo válido. Por otra parte, aumentan las enfermedades y plagas, como consecuencia de los continuos desequilibrios ecológicos que se provocan. Los grandes monopolios ofrecen entonces herbicidas, fungicidas, plaguicidas, etc. Teóricamente, todo este proceso debe conducir a la plena integración de la economía agrícola dentro de la economía capitalista.

En el centro de esta «modernización» está el concepto de explotación mínima viable, tan del gusto de los economistas de la izquierda clásica, y que va parejo a los de máxima productividad y rentabilidad. Todos esos conceptos, eminentemente burgueses, surgen con el desarrollo del capitalismo urbano y su agresión a los espacios agrarios. Esta agresión implica la colonización de estos espacios, que anteriormente habían permanecido un poco al margen del desarrollo capitalista (el campesino no es reaccionario respecto a la izquierda, sino respecto al propio pensamiento genuinamente burgués). Esta colonización sigue dos procesos diacrónicos. La primera fase se lleva a cabo mediante la mercantilización de su economía, es presentado como un avance por los economistas burgueses el que los campesinos entrasen en el mercado para su abastecimiento y para dar salida a sus sobreproducciones. En segunda lugar, como ha apuntado Mario C. Lora, se reduce el contenido de sus actividades: se vuelve al campesino cada vez más incapaz de resolver sus cultivos por medios propios, con independencia del mercado y de los intermediarios que van surgiendo.

A través de estos dos mecanismos el capitalismo se entromete en los espacios agrarios, explotando a los campesinos mediante el intercambio desigual. Se extrae de los agricultores no sólo su trabajo excedente sino también parte de su trabajo necesario (para los profanos, esa es la explicación del descenso de la tasa de inflación lograda por el nefasto Abril Martorell en 1979), con lo que estos deben volcarse a conseguir una mayor productividad. La productividad priva hoy en la agricultura, junto con la rentabilidad, sobre cualquier otro concepto.

La TV, la moda, el consumo

Los espacios rurales, colonizados pues por los espacios urbano capitalistas, han terminado estructurados en función de las necesidades de los centros, de las metrópolis. Y como en toda relación imperialista, la explotación se centra en tres frentes: el simple expolio de los recursos, la extracción del excedente de trabajo de unos agricultores y la proletarianización de otros, a los que previamente o bien trasladan al espacio urbano industrial, o bien transforman en proletariado industrial dentro del mismo espacio agrario, con fábricas instaladas allí donde hay suficientes recursos y suficiente fuerza de trabajo excedentaria.

Al fin, las previsiones y deseos de los redentores y mesías del campesinado, de Jovellanos a Kaustky, de Costa a José Antonio, se

han cumplido. No tuvieron otra obsesión que conseguir que los campesinos vivieran como los obreros de las ciudades, y a fe que lo han conseguido, y en algunos lugares se han pasado. Sobre todos ellos planeaba la nebulosa idea de que el fin más alto a que podía aspirar el campo era a parecerse a una inmensa fábrica, como las que funcionan en las ciudades.

Y así el campo, o mejor los espacios rurales, no se han modernizado, sino que han sido modernizados por fuerzas extrañas. Han sido colonizados por una forma de modernidad, la urbana-capitalista.

Y reflejo de las nuevas formas que la producción ha adquirido debe ser la cultura, en su más amplio sentido. El agricultor se ha especializado en la producción de alimentos y ya no sabe hacer nada más. Incluso para producirlos depende del exterior. Fuera debe de comprar todos los utensilios, desde la tajadera de hierro hasta el tractor, y la energía para hacerlos funcionar, porque ni la energía metabólica ni los propios alimentos sirven ya. Ni siquiera sabe repararlos cuando se le estropean. Para eso están los talleres.

Y frente a esa casa de adobe que el propio campesino se hacía en los ratos libres, ahora encarga a un constructor profesional que le haga una, o incluso en muchos casos la compra hecha en serie, en un bloque típicamente urbano. Si antes una casa le costaba el tiempo libre de dos o tres inviernos, ahora un agricultor, pongamos por caso con 30 Has. de secano, necesita para comprarse la casa haber acumulado el equivalente a los beneficios que la explotación pueda darle durante 10 años, o bien endeudarse por otros tantos. Además, la casa necesitará mayores gastos de mantenimiento, sobre todo de calefacción, y durará mucho menos tiempo. Ni siquiera van a saber luego hacer las reparaciones o mejoras necesarias, y para ello tendrán que pagar a un albañil, un fontanero, un vendedor de calefacciones, un electricista, un carpintero, un... Los inviernos siguen sin nada que hacer; pero si no tiene que dedicarlos a irse de peón de albañil para sacar unas perras de más, los pasará leyendo el periódico y viendo la televisión.

Frente al corral y el huerto, la tienda, y aún en muchos casos el supermercado. Ya sólo los viejos y algún sentimental saben, pueden, tienen tiempo o quieren cuidar un huerto (los hortelanos de los alrededores de las grandes ciudades no son una excepción, porque sus huertos no son tales, sino fábricas de alimentos en fresco). Y pocos tienen ya animales en el corral. Las modernas mujeres de los agricultores (a las que en gran parte de los casos suena a cursi seguir llamándolas «campesinas», y que es a través de quienes principalmente han penetrado en el campo las más desastrosas modernizaciones en los modos de vida) no quieren tener olores en sus casas, y expulsan a los animales domésticos de sus corrales, que pasarán a ser ocupados exclusivamente por las grandes cantidades de maquinaria que hoy se precisan, por los tractores y los coches. Los animales de carne han emigrado a las gigantescas granjas industriales desde donde luego serán reenviados, embalados y sin sustancia, a los comercios de los pueblos.

En gran número de casos, en el campo se están comiendo hoy los peores alimentos, porque los comerciantes de los pueblos, que cada día van a la gran ciudad a comprar al mercado, compran lo más barato, lo peor, el «rebús». Y ese «rebús» es pagado luego en los pueblos, por los agricultores, al mismo precio que pueda pagarlo un habitante de Puerta de Hierro.

Nadie sabe hacer chorizos

Y el supermercado frente a las conservas, salazones y embutidos que en cada casa campesina se hacían. Aunque de nuevo, lentamente y sólo en ciertos lugares (y desgraciadamente de nuevo por efecto de la influencia urbana, no de motu propio) se están reaprendiendo esos conocimientos, en los últimos 20 años en la



mayoría de las casas campesinas se han olvidado de cómo salar un jamón, de cómo hacer morcillas, chorizos o salchichones, o poner lomo en adobe. La propia matanza, en aquellos pocos lugares que se conserva, y salvo aún menos numerosas excepciones, no es sino un acto fabril y aséptico, en el que la leña que calentaba y hacía hervir el caldero ha sido reemplazada por un horrible quemador de butano.

Y se han olvidado de cómo hacer conservas. Compran las que venden en la tienda, fabricadas por la industria conservera del pueblo de al lado, o del propio pueblo. Los frutales, cuando no es en explotación especializada, han sido arrancados de los ribazos para que no molesten a las cosechadoras y la fruta comprada fuera. La pequeña viña en el monte no existe. Se ha pasado de hacer el propio vino a comprar el mismo horrible vino embotellado que se puede beber en el más barato de los bares de la ciudad. Es más: salvo en las zonas especializadas en la fabricación de uva, si en un sitio será difícil beber buen vino será en el campo.

Y frente a la vida, el consumo. El uso de las distintas hierbas y plantas medicinales, cuyas cualidades eran transmitidas de padres a hijos, para las diversas dolencias, la fabricación casera de tisanas, cataplasmas o emplastos, han dejado paso al consumo de la medicina. Ancianos aburridos, parados, solteronas y presurosas y casadas coquetas hacen cola diariamente, fascinadas por el aparato del rayos X, la barba, apostura y educación del joven médico, en el consultorio, donde si están enfermos quizás los curen o quizás los maten, y si están sanos seguramente los enfermarán.

El calor del hogar, que calentaba la cocina, que es donde se vive en la casa campesina, ha dejado paso a la calefacción central, que calienta habitaciones jamás habitadas, y que frente a la leña, acumulada a lo largo de todo el año, utiliza gasoil, aumentando la dependencia exterior del agricultor. Y el hogar como centro de la casa ha sido sustituido por el televisor. En torno al hogar se hacía la historia de los pueblos y se hacía la planificación económica de la hacienda. Padres e hijos (a pesar de la división y el respeto impuesto entre ambos por la iglesia, transformando el respeto al mayor por el miedo al Padre) charlaban largamente sobre la marcha de los tiempos, de las estaciones, sobre el qué hacer mañana y el cómo ha ido hoy. Y se hablaba también del mira lo que dicen. Y si puede que no sirviera demasiado para conocerse entre sí, por el carácter cerrado del campesino hacia el más próximo, servía esa larga charla para conocer mejor al resto del pueblo; para que los pequeños fuesen, poco a poco, sabían quién era quién, quién podría ayudarles y quién no. Y con la noche entrada, la cama era abrazada con amor.

La televisión ha apagado las conversaciones, los planes, las críticas («calla, que está el parte»), generando incluso hábitos negativos para la salud campesina. Si ayer la comida era silenciosa, permitiendo así masticar, salivar y tragar adecuadamente los alimentos, dejando la cháchara para luego, al sentarse en el hogar, hoy hay que comer corriendo, por la tarde «porque a las tres abren el taller y quiero estar el primero con el tractor», por la noche porque



empieza Poldark. Y hay que aprovechar la comida para hablar, con lo que los alimentos son tragados en malas condiciones de masticación y salivación, generando diversos problemas. Y la cama sólo viene después del último telediario, mientras que la hora a la que es preciso levantarse por la mañana—hacia las 4 en verano y hacia las 6 el resto del año, salvo cuando nieva o llueve—no se retrasa. La consecuencia obligada es una generalizada falta de horas de sueño, y como consecuencia un aumento también generalizado del mal humor, entre otras. ¡Ah!, la televisión, los periódicos... víboras que lo han empozoñado todo con el veneno consumista que ya ha devorado las ciudades.

De la calabaza más grande al tractor más grande. Un salto cualitativo, que ha ido de la emulación sana y tradicional en nuestros pueblos para lograr mejores producciones, productos más cuidados, grandes y hermosos, a la pura envidia consumista, llegada cómo no de las ciudades, donde todos los objetos de uso, desde el coche hasta la televisión, han pasado a ser símbolos del status. Como en la ciudad ocurre con el coche, en los campos ha comenzado a pasar con el tractor. En innumerables casos el campesino usa el tractor para poco más que ir a regar; el resto de las labores podría hacerlas perfectamente con un motocultor. Pero tiene que tener tractor, para no parecer un pobretón, aunque realmente lo sea. Y tiene que tenerlo además más grande que el de su vecino, si tiene capacidad de endeudamiento para ello. Un tractor antes duraba «toda la vida», al menos toda la vida del tractor, que sobrepasaba con creces los 10 y los 15 años. Ahora en 15 años un agricultor ha podido perfectamente cambiar de tractor en al menos tres ocasiones. Los fabricantes, que lo han captado y lo ha fomentado, han sabido acentuarlo. Tras el mejor tractor va la cabina mejor equipada (las hay con radiocassette estéreo, aire acondicionado y envoltura insonorizada), la cosechadora más grande, el motocultor más grande... y de ahí se ha pasado imperceptiblemente al coche más grande, el televisor más caro... la deuda mayor.

El campo es un mercado más para la industria o las industrias. Es lógico pues que también la industria cultural, la industria del ocio, haya llegado a las zonas rurales, como un bulldozer que lo arrasara todo... excepto aquello que también puede ser industrializable, vendible al por mayor. Salvo en aquellos pueblos cuyas fiestas tradicionales son tan exóticas que atraen el turismo, o aquellos otros con celebraciones religiosas crueles que atraen el morbo urbano, en los cuales se han conservado tales tradiciones pero envasadas, artificiales, en el resto de los pueblos la mayor parte de los usos festivos propios ha desaparecido o está en trance de desaparecer. De las rondallas de jóvenes que existían en cada pueblo, que hacían y tocaban su propia música y que por una merienda hacían bailar a todo el pueblo en fiestas, se ha pasado a la orquesta especializada, intérpretes de las canciones del momento—urbano—; a la sinfonía que exige cinco duros para hacer ruido reproduciendo discos.

No es cosa ya de los estudiantes, que son precisamente los que, un poco por snobismo y un poco por nostalgia comienzan a recuperar ciertas tradiciones. Son los propios jóvenes que siguen viviendo en el pueblo los que no saben las canciones locales, las jotas, lo que sea... En un pueblo de regadío de una comarca dinámica (como pueda ser la Ribera del Ebro, Lérida, la huerta valenciana...) un joven necesita hoy como mínimo, para «divertirse» mínimamente en las fiestas, para no quedar mal frente a los amigos, en torno a las 10 ó 15.000 pesetas para la semana que duran las fiestas. Además habrá pagado 1.000 ó 2.000 pesetas de abono en el casino, y se habrá gastado 10.000 pesetas más en ropa nueva, moderna, como la de la ciudad.

La fiesta, en las zonas rurales desarrolladas, no es fiesta sino consumo.

La cultura rural no existe pues ya. O al menos no es reconocible en las zonas rurales de mayor concentración demográfica. Quedan manchas, cierto, en amplias zonas de Extremadura, Castilla la pobre, en muchos pueblos de Andalucía y Galicia, siempre los más marginales, los más despoblados. Pero las áreas rurales ricas, dinámicas y densamente pobladas son ya apéndices de la ciudad. Para terminirlas de urbanizar, ahora se les hacen delimitaciones de casco, Normas Subsidiarias de Planeamiento y Planes Generales. Y luego les llevan chalets.

Y si la cultura rural no existe, ¿para qué una educación que prepare a los hijos del campo para enfrentarse a él? A pesar de que la mayor parte de los maestros del Estado son de pueblo, a sus alumnos les dan una educación para la ciudad, totalmente de acuerdo con la que dicta el Sistema. Hoy día un hijo de agricultor puede perfectamente llegar a la Universidad. Pero, en la mayoría de los casos, lo habrá hecho para huir, y su mala conciencia le acabará llevando a odiar el campo y a contribuir a su expolio. A los hijos de los agricultores se les prepara en las escuelas, en los institutos, en las universidades, para ser obreros, torneros, administrativos, funcionarios, ingenieros nefastos, arquitectos, médicos... pero nunca para ser agricultores.

Y aún es peor en las escuelas de formación profesional. Tanto en las estatales, como en las del Opus (las de las Cajas de Ahorros), como incluso en los populistas y democráticos Colegios Familiares Rurales (creados por el movimiento cristiano progresista, cristianos para el socialismo y otros grupos afines), cuando se les prepara para ser agricultores no se les enseña a autoabastecerse, a depender en lo mínimo del exterior, sino que se les habla de la agricultura y la ganadería moderna; se les introduce de lleno en el mundo de la agroindustria, de los pollos de agua y las lechugas de plástico.

Cuando no se les enseña a huir del campo (ahora está de moda en los diversos organismos recomendarles que se queden, por la simple razón de que en las ciudades no saben qué hacer con tanto parado) se les enseña a ser agricultores «modernos», se les lleva de la mano, con becas y créditos para jóvenes agricultores, a la tela de araña del consumo en el que quedarán atrapados de por vida. ■

A. J. B.

comunalismo y populismo vasco: su mitología agraria

ORTIZ-OSÉS

«Vizcaya era al principio, y en su mayor parte todavía es hoy, una verdadera república de terratenientes. Así como en Alemania y Francia hubo una organización caballeresca feudal, así se mantuvo aquí una **organización labriega libre**; todo padre de familia era ciudadano y libre, pues todos ellos tomaban parte (como también hoy día), en la elección de los diputados, que se ocupaban en los asuntos generales del país. Sólo el vecino de ciudad o villa y artesano tenía en todas partes el sino de ser excluido de la parte dominante de la nación, y como entre nosotros el belicoso caballero, así le desbancaba aquí el campesino orgulloso de su solitaria e independiente vivienda montañosa.» Con estas palabras sitúa el gran W. V. Humboldt, el fundador de la antropología del lenguaje, el trasfondo **Agrario-rural vasco** que él mismo contrasta con el ideal «caballeresco» y feudal indoeuropeos. En efecto, el caso vasco no solamente resulta especial dentro del Estado español romanizado, sino asimismo en el contexto indoeuropeo general, pues debería saberse a estas alturas que tanto su etnia —al parecer una evolución autóctona pirenaica de Cromagnon— como su lengua —el euskera— son preindoeuropeas. Pero también su cultura, entendida como forma de vida. En efecto, mientras que la **civilización indoeuropea se funda en el neolítico por la invasión guerrera de este pueblo nómada y patriarcal**, la cultura vasca se sitúa en correlación con la cultura aborígen mediterránea sedentaria, agrícola y **matriarcal** que devastarán precisamente los belicosos indoeuropeos procedentes del Norte. Pero he aquí que mientras las culturas aborígenes mediterráneas fueron prácticamente aniquiladas por los caballeros indoeuropeos, la cultura vasca —sin duda por su situación pirenaica— ha subsistido hasta hoy con ciertos rasgos claramente pre-patriarcales, o sea, **agrícola-matriarcales**. Pasemos a relatar brevemente estos rasgos que explican muchos problemas actuales.



El matriarcalismo vasco

En primer lugar, tenemos en la Mitología vasca, recopilada por J.M. Barandiarán una concepción del mundo en la que la Madre Tierra - Naturaleza (**Ama Lur**) está divinizada, obteniendo su representación en la Gran Diosa Madre **MARI**, la cual se metamorfosea en minerales (rocas), vegetales (árboles) y animales. Mari encuentra a su vez su representante en la «dueña de la casa» (**Etxekoandre**), la cual es sabido que entre los vascos dirigía la casa. Este cuadro se completa con una serie de nùmenes, genios y dioscellos en su gran mayoría femeninos, entre los que destacan las **Lamias**, cuya proyección se realiza sobre las «sorguñitas» o brujas. Lamias y brujas vascas nos ponen sobre la pista del universo del discurso vasco plagado de nùmenes femeninos que ejercen una auténtica «presión» sobre la psique vasca. Más en concreto, aparece claramente en la concepción de las lamias el miedo del hombre (vasco) frente a la mujer —la cual, como es sabido, fungía inmemorialmente entre los pueblos primitivos como «animal sagrado» por excelencia y depositaria de las fuerzas de la Naturaleza como procreadora exclusiva. El miedo cuasi religioso a la Mujer aparece no solamente en el caso de las lamias devorantes, sino también en el temor vasco ancestral a la luna del viernes, estando la luna y el viernes en relación directa con la magia matriarcal —femenina de la fertilidad— fecundidad que, sin duda, Mari personifica en última instancia. El temor y veneración cuasi religiosa (brujeril) ante la Mujer aparece asimismo en múltiples relatos, como el de «las tres olas», en el que es ahora el mar la representación del arquetipo de la Gran Madre. En todo caso esta claro que en la Mitología vasca se puede encontrar plasmado lo que, a partir de Unamuno, podríamos llamar el sentimiento «protoplasmático» de la existencia típicamente vasco, de acuerdo con el cual se experimenta al mundo como invadido de sentido numinoso semi - pantelístico bajo la figura de la Gran Madre Mari, la cual es una divinidad «otónica» o terrácea que, frente al propio Barandiarán, hay que considerar como preindoeuropea. A nuestro entender, la presencia de la religión matriarcal vasca en el neolítico repite, como en otras latitudes, ciertos símbolos del paleolítico: la diosa Mari se retrotraería al propio Paleolítico vasco, explicando así su figura metamorfoseada en el arte rupestre vasco en sus animales favoritos.



Estas consideraciones mitológicas, tenidas normalmente por algo baladí, nos abren la puerta, sin embargo, para entender la estructura psíquica vasca, así como una serie de rasgos típicos. En efecto, el matriarcalismo vasco no es meramente mitológico sino psicossocial. Como mostrara Caro Baroja en su incisivo libro juvenil «Los pueblos del Norte de la Península», puede hablarse con fundamento de la cultura vasco - cántabra de tipo agrícola - matriarcal, en la Edad del Bronce. Caro Baroja sitúa a la cultura vasco - cántabra del neolítico en un ciclo de pastores y labradores, en el que estos últimos obtienen la primacía. Teniendo en cuenta la función agrícola fundamental de la mujer, y el hecho de que el parentesco y la herencia se transmitan por línea matriarcal - femenina, hablar de **matriarcalismo agrícola** no es ya ningún «mito», sino una experiencia que se ha transmitido largamente. Este trasfondo matriarcal enmarcaría precisamente un cierto colectivismo agrario (mancomunidad de tierras) descubierto ya posteriormente en el propio País Vasco. En el Baztán (Navarra), por ejemplo, «la colectividad de las tierras llega hasta el extremo de que ni la fracción de tierra sobre la cual ha sido edificada una borda y casa vecinal puede ser conceptualizada como propiedad particular» (J. Thalarnas, *Las antiguas comunidades pirenaicas*, en «Homenaje a E. Escarza», Vitoria 1935). Pero, a su vez,

esta «indivisión de tierras de acuerdo a un espíritu matriarcal - agrícola encuentra en el voto «indiviso» de las Juntas su precipitado político - democrático. Al comienzo se juntan en concejo abierto (democracia directa), todos los caseros (vecinos), posteriormente sus representantes directos, de modo que cada familia o valle era representada «comunalmente» en las Juntas. En estas Juntas las leyes (Fueros) eran «buenos usos y costumbres», o sea, un **derecho social** al que se sometía el posterior **derecho político** (de aquí que el Estado, el Rey, hubiera de jurar los fueros vascos). Como afirma Humboldt «no hay que pensar aquí en un sistema propiamente representativo: es una pura y completa democracia. Ni en las juntas particulares ni en la junta general vale ninguna diferencia de rango». (Los Vascos).

El patriarcalismo indoeuropeo

Podría decirse, ciertamente de un modo general pero no obtuso, que, mientras la religión matriarcal-agrícola se correlacionaría con el comunismo libertario, la religión patriarcal se corre-

laica de hecho con el Estado indoeuropeo, el cual sitúa al frente de su panteón político - religioso, junto a un dios Padre (Zeus), el garante de su Ley - ley patriarcal que, como ha dicho García Calvo, emerge del sometimiento de la experiencia matriarcal - femenina de la vida (en *Qué es el Estado*, La Gaya Ciencia).

Frente a la madre-mujer como eje de consaguinidad y heredad, la cultura indoeuropea establece al padre (palabra, por lo demás, indoeuropea) como eje de la vida familiar y político - social. En lugar de las diosas de la fertilidad y fecundidad (ritos agrarios y de sexualidad), el dios patriarcal - racionalista. Finalmente, en lugar del cultivo femenino del agro, el cultivo masculino del campo con tecnología fálico-

agresiva, superproduccionismo y ganadería (que viene de «ganancia», y que se remite al vocablo indoeuropeo «pecu»). Como afirma Rodríguez Adrados, el heroísmo caballeresco (no en vano el caballo es típicamente indoeuropeo) suplanta al naturalismo, del mismo modo que la divinización del cielo y del sol suplantaron a la vieja divinización de la tierra y la luna. Una sociedad guerrera belicosamente jerarquizada se enfrenta, pues, a lo que Humboldt consideraba como la médula de la nación vasca: los labriegos (o.c.). Thomson ha estudiado para Grecia el paso del primitivo concepto de «destino terráqueo» (suerte / sorteo de campos) al de ley política (abstracta).

Creo que podríamos establecer una diferencia entre matriarcalismo

agrario y patriarcalismo «ganadero» del siguiente modo: mientras que la primera mentalidad es arcaica - circular o cíclica (los ciclos de la naturaleza), la segunda es histórico-lineal o progresionista. ¿No encontramos ya aquí una diferencia fundamental entre el «regresionismo» vasco (mal visto, pero no por mí, desde luego), y el progresionismo oficial estatal? Que en la actualidad vuelven a emerger los viejos modelos (carlismo versus liberalismo) es obvio. Pero antes de descalificar al carlismo por su (por lo demás obvio) retrogradismo, habría que hacer algunas salvedades y distinguos: ya Unamuno vio un claro carácter socializante en el carlismo, lo que es posible entrever incluso en su aspecto católico-clerical (y no se olvide que, si el protestantismo

representa el espíritu del capitalismo, el catolicismo representa en su concepto de Iglesia y otros un cierto carácter corporacionista o comunal). En todo caso el enraizamiento del catolicismo en el País Vasco es también obvio: se trata de la religión más matriarcal (la Virgen María, los rituales comunales) o, si se prefiere y sin que sirva de propaganda a sus macabreses, la menos patriarcal - racionalista, lo que la sitúa en buena vecindad psíquica con la estructura tradicional vasca.

La fratria vasca

He intentado definir la estructura psicosocial vasca como una estructura matriarcal - naturalista y comunalista, avalada por una experiencia antropológica subyacente y que enhebra niveles diversos: psíquicos, sociales, económicos, políticos, mítico - religiosos. La estructura matriarcal vasca explica también, a mi entender, una serie de datos en cadena; así, ciertas actitudes del vasco ante la vida de signo cuasi-religioso (y al irreligioso habría que recordarle la definición de Proudhon de la religión como reunión totémica en torno al alimento comunitario y como celebración originaria de las fuerzas genesiaco - naturales de la vida en el amor). Junto al carácter religioso y totalizador de la existencia, convive en el vasco un vitalismo telúrico o «amalúrico» de la vida (naturalismo), así como una ética naturalista, a la que ha hecho referencia en ocasiones Mitxelena. Finalmente, el comunalismo vasco, condicionado psicosocialmente, encuentra su precipitado en reuniones sean gastronómicas (txokos), sean deportivas, folklóricas, musicales, políticas o religiosas. Humboldt hablaba ya del sentimiento comunitario eúskaro, pero complicando en él la capacidad de soledad y lo que yo denominaría «autoasunción» (condicionada por la vida en el caserío). Frente a la inseguridad e incomplección del latino, Oteiza ha puesto de relieve al respecto el carácter de «complección» del arte vasco y de su tipología, de acuerdo con la cual se realizaría una especie de totalización del individuo como persona o, si se quiere, como persona comunal. Diríase, pues, que la tan traída y llevada libertad vasca es una libertad compartida o comunal: no en vano la sonora palabra eúskara que la designa - Askatasuna - se pronuncia acentuando todos sus extremos, sílabas y componentes reunidos.

La rebelión de las fratrias vascas dentro del actual patriarcalismo be-

nigno aun vigente no es inteligible sin el trasfondo antropológico vasco aquí someramente pergeñado. Por poner un caso: lo que desde una política demoliberal aparece como «tribalismo vasco» político, ha de entenderse sobre la falsilla ancestral de las Juntas como una «Cofradía» (Con-fratría) de fratrias o hermandades que basaban sus fueros no en un consenso abstracto, sino en un consentimiento concreto. La emergencia en el País Vasco de fratrias o hermandades autóctonas hay que entenderla antropológicamente como un intento de superar el patriarcalismo vigente, tratando de regalar y relanzar la experiencia matriarcal tradicional. Como sabemos por Goux, Kâes y Anzieu, «matriarcado» y «fratriarcado» están emparentados: el grupo fratriarcal o fratria no es sino una comunidad en la que el poder a ella inmanente no se le enajena fuera de ella.

Finalmente, nuestro propio esquematismo antropológico explicaría, siempre a nuestro entender, peculiaridades tan notables como la **erótica vasca**, considerada desde el patriarcalismo edípico como una sexualidad mal resuelta. Ahora bien, se trata de dos modelos diferentes: mientras que el erotismo patriarcal prohíbe duramente la «inmediatez» sexual, prohibiendo el incesto, el onanismo y la homosexualidad en nombre del nombre del padre (Lacan), o sea, en nombre de una mediación e instancia racionalizadora, el «erotismo matriarcal» se caracteriza por asumir una relación cuasi-incestuosa entre el hombre y su madre-mujer con todo lo que ésta simboliza: la tribu o propio clan, la consaguinidad, la fratria, el propio suelo - tierra, el sentido numinoso de la existencia. Al realizar un juicio de valor, encima negativo, sobre la sexualidad vasca tildada de incestuosa, no se debería desconocer el propio prejuicio patriarcal de semejante juicio de valor. Pues está claro que el ideal «caballerescos» y de «conquista» de la mujer típicamente indoeuropeo o el donjuanismo español no funciona en el caso vasco: ni falta que hace, añadiría yo, pues que el psicoanálisis más crítico está realizando ya una cruel corrosión de nuestra civilización edípica patriarcal en nombre, precisamente, de lo que yo he denominado el arquetipo oprimido - reprimido de la Gran Madre.

Conclusión

Según la leyenda de San Martín Txiki, éste habría aprendido a sembrar

y recolectar de los viejos «Basajaunak» o «señores del bosque». Pero he aquí que el héroe cristiano logra su objetivo a base de tretas, ardid y engaños - un símbolo de la «apropiación» indogermánica de lo agrícola por parte del «ardid de la razón» (Hegel) y al servicio del nuevo ideal «ganadero» (ver al respecto *La mujer*, en Anagrama). Pero en el propio mito se nos dice simbólicamente algo más: que nuestra civilización patriarcal tiene como trasfondo el matriarcalismo agrícola referido, comnente aún hoy en la psique vasca. Volvamos al genial W. V. Humboldt: «Más que en ninguna parte se ha sabido en Vizcaya preservarse todavía hasta el día de hoy contra la preponderancia de las ciudades; pero, lo que es aún más notable con mucho, fuera de sus muros, no se halla el derecho del verdadero poder supremo en las manos de una sola clase separada, sino que descansa en la nación misma y, en su mayor parte, en la parte **labradora** de ésta. Ninguna manera de feudalismo se ha colado en este dichoso ángulo de Europa. Con estas ideas se ha de entrar en los **Caseríos**, si se quiere comprender por completo toda su hermosa peculiaridad, la vida y el carácter de sus habitantes.» (o.c.).

Ciertamente que la industria y tecnologías han cambiado la faz de esa Vizcaya humboldtiana, pero acaso no tanto sus entretelas. En todo caso es curioso el observar cómo en el propio Bilbao, como afirmaba el sociólogo A. Orensanz, su superindustrialización se amigra con un carácter casi rural, agrario - naturalista. Lo que Humboldt denominaba la complicidad de «humanidad» y «naturalidad» en el vasco, puede aún entreverse. El naturalismo vasco actual, su amor a la naturaleza y, en primer lugar, a la propia naturaleza tan materno - envolvente, no es sino el reflejo de una cierta «fijación matriarcal», pues que, como afirma Jung, el arquetipo Materno se experimenta en sentido estricto «como sitio de nacimiento o de engendramiento: el campo, el peñasco, la cueva, el árbol, el manantial...» ■

A. O-O.

- La revelación de los valores, en «Negaciones», n.º 7.
- La nueva erótica / herética cultural hispana, en «El Viejo Topo», n.º 19.
- La identidad cultural vasca y su simbología, en «Estudios de Deusto», enero - junio 1979.
- Comunicación y experiencia interhumana, Ed. Desclée, Bilbao, 1977.
- Contracultura y revolución, Ed. Castellet, Madrid, 1976.
- Mitología vasca y arquetipos, en «Mundak», S. Sebastián, junio 1980.
- Hermenéutica vasca, en Ed. La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1980.



LAS ESTRUCTURAS COMUNALES EN UNA SOCIEDAD AVANZADA

Manuel LIZCANO

TODO lo que sea la conquista de la libertad interior y de la libre comunidad humanas carga entre nosotros con la sospecha, cuando menos, de lo absurdo y disparatado. Y lo que sí es cierto es que nadie alcanza esos niveles de la propia realidad si no es al precio de pasar a través de la pradoja, de la desmesura. Ya en el concepto de «estructuras comunales» hay una contradicción. En todo lo «comunal» leemos siempre una referencia directa—que en cambio en la noción de lo «social» se opaca— a los proyectos con que esa libertad profunda, o sea el espíritu libre del hombre, quiere y en cierta medida puede vencer la resistencia de la realidad de su entorno, hasta hacer de ella, transformándola, la realidad más plenamente humanizada que estaba por ser. Al paso que en ese duro juego el hombre mismo va logrando hacer, de sí el libre que en su propia intimidad está por ser.

Pero por otro lado, la noción de «estructura» está expresando las cristalizaciones en que los proyectos del espíritu libre del hombre se concretan, de la única manera posible: «materializándose». Es decir: sufriendo la refracción o el riesgo consiguientes a haber pasado del «medio» espiritual en que tales proyectos fueron concebidos al «medio» material en el que tienen que realizarse. Proceso al final del cual apenas nos encontramos ya con otra cosa que con estructura muerta. Dualidad crítica del existir, e incluso del ser mismo del hombre, a partir de cuya paradoja se han originado todos los conflictos y hundimientos de la historia, mas todas las tempestades, fracasos y resurrecciones interiores de cada libre; y en la que las ciencias sociales y humanas siguen necesitando y no han podido hasta ahora afinar su hermenéutica interpretativa y su lógica sistemática propias.

Sin embargo, la contradicción señalada sube de punto si además añadimos la pretensión de que esas «estructuras» que ya no serían mero archivo arqueológico de sus respectivos «proyectos» fósiles o momificados, sino canal y herramienta adecuados para la realización del proyecto comunal que declaran, están en condiciones de «vehicular» una «sociedad comunal avanzada». Nada menos que la realización del proyecto humano esencial: el proyecto mancomunador inherente a nuestro específico sistema libre; el paradigma perenne—aunque lo hayamos perdido en nuestro tiempo, como estremecedoramente ha intuido Edgar Morin— del «libre en común de libres».

Una sociedad de civilización comunal es posible

Porque esa cascada de contradicciones adonde conduce es a la capacidad de afirmar, desde el «poder de la esperanza» que ha dinamizado toda la historia, que la única alternativa de sociedad optimizadora del hombre que estas vísperas universales de la «Tercera Guerra Mundial» permiten concebir todavía, es realizable: está al alcance del hombre. Que la sociedad de «comunidad indivisa» detectada por Pierre Clastres (1) en todo el espléndido comienzo de la evolución del hombre, puede ser recuperada ahora, en forma de

sociedad de «civilización comunal», después de este breve y escarmentado período histórico en que el hombre se ha obsesionado nada más que en estructurar sistemas de dominación con su sociedad de «civilización dualizada», oriental y occidental, de los últimos milenios.

Bien visto, solo «al diablo se le ocurre» inventar la sociedad de dominación. Porque era bien lógico que lo peor no iban a ser, en medio de todo, los sistemas de dominación del refinado del guerrero o del sacerdote—recordemos la fascinación que sobre Landauer ejerció la «sociedad de cristiandad» medieval—; sino que tendríamos que terminar por dar de bruces, como nos ha ocurrido, en las más abyecta de sus formas posibles: nuestra actual sociedad del comerciante y su tecnoburocrata, hecha estrictamente a la medida de los mercaderes. Lo que quiere decir, por supuesto, de los mercaderes de hombres, incluidos los soviéticos. Era difícil, en efecto, dar hoy con un título más sugestivo que los «Deux siècles avec Lucifer» de Clavel.

Nuestra reflexión tendría así que centrarse ante todo en—ver—de una vez que las «estructuras comunales» pertenecen al mundo de los hechos (2) y no al de las entelequias de gabinete. Porque gentes alienadas nos han contagiado de su «realismo»: el hombre alienado—por la nutrición, por la reproducción o por el poder—es todo el hombre y el libre no existe; las «estructuras» sobre todo sus sistemas de dominación—son toda la sociedad y la historia, pues el «grupo libre de hombres libres» no ha existido nunca, ni puede existir. Escapar a esta especie de «hechizo de todos» y volver a la realidad es el trance quijotesco—la decisión de descabalar el tigre en que nos encontramos enloquecidamente al despertar de este mal sueño—al que está abocado el «destino» del hombre en este momento.

Los cuatro grandes ciclos comunales hispanos

A este fin, me limitaré a señalar que en otra parte (3) tengo sistematizados los cuatro grandes ciclos doctrinarios y experimentales que cabe distinguir en el desarrollo histórico del utopismo o comunismo hispano: los que he llamado ciclos «revolucionario comunal», «misionero indiano», «místico castellano», y «comunero originario». Para poder leer este vasto registro de los antecedentes vivos y no meramente estructurales acumulados durante diez siglos por el «proyecto» o «identidad cultural» del hombre español, hispánico, en la evolución humana, hay que hacer ante todo una distinción drástica entre lo que en nosotros han sido y siguen siendo, por una parte, «pueblo comunal» más «inteligencia comunal»; y de otro lado, las «oligarquías» anticomunales, dominante y subsidiaria—señoriales, burguesas, marxistas, tecnoburocráticas—. Y luego, aprender a hacer esa lectura, no según ningún código arqueológico, sino mediante una hermenéutica comprensiva, capaz de permitirnos descifrar perspicivamente el «rastreo» que las generaciones populares y creadoras que nos precedieron

han dejado de su paso, tanto en España y Portugal como en el resto de la comunidad humana de pueblos hispanizados de todos los continentes: principalmente Iberoamérica y minorías hispanas en USA, Filipinas y África Ibérica.

Con nuestro ciclo «revolucionario comunal» esto aludiendo al período que transcurre—en España e Iberoamérica sobre todo—desde nuestra desamortización anticomunal de 1855 hasta hoy. Sus manifestaciones álgidas están en las colectivizaciones libertarias de la guerra civil española—prefiguradas ya en el patriotismo rebelde e «internacionalista» de 1873—(4) y en el período iberoamericano que abre el agrarismo de Zapata, desencadenante de la Revolución mexicana de 1910 (5), y se cierra con la experiencia «velasquista» (6) de la Revolución peruana (1968-1975). El ciclo «misionero indiano» configura lo más permanente de la acción cultural y humana española en América, junto con la institucionalización de los Cabildos municipales y las grandes urbes y Universidades criollas (7). Todo el comunismo indiano, opuesto a la creciente implantación marginal de unas oligarquías peninsulares y criollas que, extranjerizadas definitivamente iban a bloquear nuestros siglos XIX y XX, tuvo en suma sus núcleos promotores en los misioneros comunales, sobre todo jesuitas y franciscanos (8).

En el ciclo «místico castellano» se cifra un acontecimiento paralelo a la gran explosión misionera comunal indiana, si bien la Inquisición tuvo oportunidad de reducir su alcance precipitadamente. En una civilización como la española en la que—para bien y para mal, y en contraste con Europa—no ha sido el Estado sino la Iglesia, hasta hace muy pocos años, la cima de nuestra constitución histórica, toda esa experiencia de libertad absoluta y de comunismo cristiano vivida desde nuestras órdenes monásticas, máxime en torno a las figuras de Fray Juan de la Cruz y Teresa de Ávila, constituye uno de los focos-clave de la presencia activa del espíritu libre en la evolución humana (9).

Por último, el ciclo «comunero originario» abarca los ocho siglos de la «reconquista» o democracia comunera hispana sólidamente asentada en sus Cartas pueblas o forales, de los siglos XI al XV; y cuya liquidación, al aplastar Carlos V la Revolución de las veteranas Comunidades de Castilla (1521-1521), arruina el colectivismo libre y casi-soberano de nuestras ciudades y tierras comunales (10). Aunque no tanto que no se sientan aquéllas todavía las depositarias plenas de la soberanía, en España y en América, ante la invasión napoleónica, o que las desamortizaciones anticampesinas de 1855 no tengan ocasión de arrancar aún a los municipios comuneros más del 20% de la tierra cultivada del país (11). Catástrofe que se extiende por igual hacia esas fechas en toda la América española.

El modelo comunal de sociedad avanzada

Con lo que estamos ya en el segundo momento de esta reflexión. Lo que necesitamos es saber leer el «rastreo» que han dejado estos hechos, repetimos, no como quien hace arqueología, sino comprendiendo hasta qué punto están manifestando uno de los fundamentos más aprovechables de toda la herencia universal actual, para sistematizar «el» modelo mejorativo u optimizador por excelencia del hombre que la humanidad—la «nueva humanidad»—tiene franqueable por fin ante sí, a título de «modelo comunal de sociedad avanzada», «socialismo comunal», «democracia comunal», «Mancomún» o «Ciudad de los libres».

Claro que este modelo hispano de sociedad avanzada ya no puede ser predominantemente agrario, como lo fueron nuestros comunismos clásicos—aunque nunca faltaran en ellos fuertes particularidades urbanas y fabriles, pre-industriales e industriales—. Más bien tiene que ser planteado desde los supuestos, ya discernibles en buena parte, de una civilización post-industrial. Por otr

lado, es necesariamente alternativo al modelo capitalista de Estado. Hace un año que he dedicado las casi cuatrocientas páginas de un libro de exploración de nuestro futuro (12) a estudiar la «revolución comunal» cuyas fases preparatorias ha cumplido ya España, así como el sistema global de la sociedad hispana o ibérico-americana de naciones.

Cumplidos ya los tiempos de las Revoluciones burguesas de ingleses, franceses y norteamericanos, y de las marxistas soviética y subsiguientes, alguna tendencia dotada de esperanza y perspicacia todavía desusadas entre nosotros tendría que estar reconduciendo aprisa nuestra nueva situación democrática hacia la gran realización alternativa—obra de una vanguardia nueva, humanista, creadora y comunal; y fecunda en experiencias mancomunadoras sociales de todo tipo—que la esperanza de los pueblos vislumbraba hace cinco años en los españoles recuperados de la dictadura de postguerra. En vez de ello seguimos perdiendo un tiempo precioso, metidos dentro de un traje de democracia capitalista y consumista a la moda europea, que no nos va, con sus toques socialdemócratas incluidos; y que nada más ponérselo se nos veía ridículamente corto y mal hecho por todas partes.

La cuestión no sería mayormente grave si todo se redujera a la consabida disputa entre clanes o partidos por situarse en el poder. El problema es que, por primera vez desde hace cuatrocientos años, tenemos un pueblo «en forma» para hacer de nuevo, más allá de las estructuras cristalizadas de siempre, nuestro proyecto liberador y mancomunador del hombre; que lograr esto, como sociedad histórica, nos ha costado demasiado; y por si fuera poco, que los contados pueblos que tienen ahora algo decisivo que decir disponen de un tiempo muy corto para dar forma a su proyecto y empezar a construirlo sobre piedra, antes de que se nos venga encima la riada que está a punto de abatirse sobre los hombres. ■

M.L.

- (1) Pierre Clastres, «La Société contre l'Etat», Minuit, París, 1974; 187 págs.
- (2) Antonio García, «Cooperación agraria y estrategias de desarrollo», Siglo XXI, México, 1976; 291 págs.
- (3) Manuel Lizcano, «El nuevo proyecto español», Dosbé, Madrid, 1977; 124 págs.
- (4) Gerald Brennan, «El laberinto español Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil», Rueda Ibérica, París, 1962; 301 págs.
- (5) Burnett Bolloten, «La Revolución española. Las izquierdas y la lucha por el poder», Jus, México, 1962; 334 págs.
- (6) Octavio Paz, «El ogro filantrópico», Joaquín Mortiz, México, 1979; 348 págs.
- (7) Carlos Delgado, «Revolución peruana, Autonomía y deslindes», Contratiempo, Lima, 1975; 289 págs.
- (8) Indalecio Lievano, «Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia», Tercer Mundo, Bogotá, 1962; 2 vols.
- (9) Guillermo Furlong, «Misiones y sus pueblos de Guaraníes», Universidad de El Salvador, Buenos Aires, 1962; 788 págs.
- (10) Oreste Popescu, «Sistema económico en las Misiones jesuitas», Ariel, Barcelona, 1967; 198 págs.
- (11) Claude Tresmontant, «La mística cristiana y el porvenir del hombre», Herder, Barcelona, 1980; 201 págs.
- (12) Gerald Brennan, «San Juan de la Cruz», Laia, Barcelona, 1974; 207 págs.
- (13) Joseph Pérez, «La Revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521), Siglo XXI, Madrid, 1977; 719 págs.
- (14) Joaquín Costa, «Colectivismo agrario en España», Americalee, Buenos Aires, 1944; 437 págs.
- (15) Francisco Simón Segura, «La desamortización española del siglo XIX», Instituto de Estudios Fiscales (Ministerio de Hacienda), Madrid, 1973; 328 págs.
- (16) Manuel Lizcano, «La Revolución comunal, Hacia una nueva comunidad ibérico-americana», Dosbé, Madrid 1979; 384 págs.

Pocos, viejos, feos, pobres y a veces ... de derechas

MARIO GAVIRIA

"Como esto siga así en el campo no quedarán más que los viejos, los tontos y los peritos agrícolas del Estado" (esto lo dijo el amigo Quintín en un debate campesino en Villafranca (Navarra) en 1975).

Esta es la lamentable situación a la que ha llevado el capitalismo franquista a unos campesinos derrotados en la Guerra Civil y hoy, avergonzados de serlo y, esperando la solución de sus problemas del Estado salvador.

Los campesinos son un problema secundario de la estrategia del capitalismo tecnocrático de Abril y las multinacionales: al fin y al cabo se trata, para el poder, de un sector residual, arcaico, que afecta aproximadamente a un millón setecientos mil trabajadores del total de casi treinta y siete millones de españoles.

Si además de ser pocos no se quejan mucho ni son peligrosos, habrá que reconocer que para el capitalismo el tradicional

problema del campo español ha dejado de ser problema.

La rápida industrialización de España ha acabado con los herederos del anarquismo andaluz, de las colectividades de la CNT y la UGT en el Bajo Aragón. Por acabar, acabó hasta con los pequeños campesinos carlistas de la tierra de Estella, en Navarra o con los seguidores de Onésimo Redondo, aquellos pequeños campesinos de derechos de la tierra de campos castellanos.

Los que viven mejor que nunca son los grandes latifundistas y medianos propietarios así como los casi cincuenta mil funcionarios y contratados del Ministerio de Agricultura. El resto, aquellos a los que nos referiremos aquí, los ochocientos mil jornaleros y unos seiscientos mil pequeños agricultores las pasan más putas que Kunta Kinte.

Parece que perdieron no sólo la ilusión sino la aspiración a una sociedad sin clases y sin estado, han sido buenos chicos y obedecido al gobierno y al capital, unos modernizándose y otros emigrando ellos o haciendo emigrar a sus hijos por aquello de que «sobraba gente en el campo». A pesar de todo, su situación socioeconómica relativa a la del resto de clases sociales del Estado no ha mejorado, pero tampoco esto les ha llevado a ser revoltosos, discolos, rebeldes, revolucionarios o radicales, al final votan a UCD o al PSOE, votan al aparato de Estado del que esperan su solución, viven en parte asistidos por el dinero del hambre del empleo comunitario y las pensiones de vejez, viudedad e invalidez.

No se cuelgan de un olivo como el Manuel de Serrat, pero tampoco son viento y fermento de liberación, a veces les engañan diciendo que la entrada en Europa les resolverá el problema pero eso es un cuento.

No es que los de los pueblos, el paleta o cazurro clásico de Pajares o la Banda del tío Honorio tengan complejo de inferioridad ante los obreros urbanos, sino que realmente son lo más infimo de la escala, son inferiores, han acabado de asalariados a domicilio sin organizar. Triste vida la de los jornaleros que, producen algo que no consumen y con lo que envenenan a los consumidores de las ciudades y que consumen algo que no han producido. Viven humillados y olvidados ¿quién quiere ser de campo?

Los pequeños agricultores se han llenado de maquinarias y de semillas y emplean fertilizantes herbicidas y insecticidas, a nivel europeo. Han proporcionado la mano de obra de la construcción y las fábricas de las grandes áreas metropolitanas, han aumentado su productividad en la producción de alimentos y sin embargo la cesta de la compra es cada vez más cara y los alimentos cada vez menos sanos. Los jornaleros de Durruti, los yunteros extremeños que ocuparon las fincas en la República para poder comer, han acabado siendo tercermundistas, produciendo materias primas para que las multinacionales de la alimentación se forren.

No hay una agricultura española sino tantas agriculturas como bioregiones y nacionalidades.

Hablar del campo, en general, es una tentación que se vuelve imposible cuando se analizan las diversas problemáticas. El Ministerio de Agricultura divide el Estado Español en diez o doce regiones agronómicas tecnocráticas, pero desde el punto de vista social, económico y político, existen profundas diferencias entre ellas. Desaparición de los agricultores en Euzkadi, (solo quedan unos 40.000 trabajadores agrarios para una población de más de 2.000.000 de vascos) excepto en la

CUADRO I
MENOS AGRICULTORES Y MAS PENSIONISTAS

Año	Jornaleros trabajo cuenta ajena	Pequeños agricultores trab. cuenta propia	Total	Pensionistas
1962			3.103.737	
1965			2.665.859	
1970			2.250.169	
1971	1.110.000	1.068.000	2.178.000	999.000
1972	1.079.000	1.021.000	2.100.000	1.048.000
1973	1.029.000	964.000	1.993.000	1.091.000
1974	963.000	904.000	1.867.000	1.131.000
1975	922.000	885.000	1.777.000	1.165.000
1976	880.000	879.000	1.759.000	1.218.000
1977	864.000	872.000	1.736.000	1.278.000
1980(1)	839.000	876.000	1.715.000	1.370.000

Fuente: I.N.P. Memoria Estadística 1977 redondeada en miles.
(1) Datos a 30 Mayo de 1980.

ribera Tudelana del Ebro. Desertización de Aragón con supervivencia de pocos pequeños agricultores y jornaleros (que cuando pueden, trabajan en otra cosa) y aparición de medianos agricultores por acumulación de tierras de los que se fueron. Agricultura europea en Cataluña y Agricultura norteamericana en Extremadura y Andalucía. Desierto y soledad en Castilla y León. Marginalidad ecológica de la explotación en Galicia en manos de las mujeres con el hombre ausente, pescando lejos, en las fábricas congeladoras, trabajando en las plataformas submarinas o navegando por los siete mares. Productores de primores en Canarias que destruyen una agua que vale más que los productos que producen, agua que un día necesitarán para beber, especulación de los aguatenientes.

Desde el punto de vista de la lucha política habría tres grandes tipos, groseramente formulados, de zonas agrícolas en España:

● 1. Las zonas muy despobladas, montañas y tierras altas, en las que casi desaparecieron los jornaleros y los pequeños agricultores, los viejos malviven en las pensiones y el territorio es controlado por los funcionarios del IRIDA, ICONA, Extensión Agraria, las compañías hidroeléctricas, la Guardia Civil, etc. El modo de producción tecno-burocrático estatal se ha adueñado de los territorios aliados con los escasos agricultores y ganaderos que optaron por quedarse y que son hoy «viabiles» en el sentido que lo entiende el Ministerio de Agricultura.

● 2. Las zonas de agricultura extensiva del latifundio, las mesetas (ambas) de Castilla, el secano de Aragón, parte de Extremadura, la Mancha y parte de Andalucía, tendrían estas características: muchos tractores, cosechadoras y producciones mecanizables.

Dentro de estas zonas extensivas, de agricultura, pueden aparecer pueblos grandes con paro inmenso, los grandes pueblos andaluces y extremeños donde no todos se fueron y donde está hoy el mayor y más dramático paro de todo el territorio sometido a la opresión del Estado Español; los eucaliptos, los olivos, el ganado y la caza tienen prioridad sobre los hombres. Aquí no se ha hecho la reforma agraria.

● 3. Las zonas y regiones agro-industriales y urbanas, con industria y agricultura potentes, especialmente Cataluña, litoral de Valencia, los alrededores de Zaragoza, el eje regado del Ebro (que incluye la Rioja). En este caso los jornaleros y pequeños agricultores, en muchos casos trabajan a tiempo parcial y parte de la familia está en la industria o los servicios.

Pocos agricultores y viejos.

En trabajos anteriores hemos demostrado hace unos años, y cada vez queda más patente, que no llega al 12% la población activa agraria REAL española con respecto al total de la población activa.

Si la crisis industrial y urbana comienza un día como algo real, (a pesar de que desde el año 1973 se le echa a la crisis del petróleo la culpa de la crisis económica), entonces parecerá claramente que fue un error el haber despoblado tanto el campo.

A pesar de la llamada crisis económica ha seguido aumentando el consumo de energía y de los demás parámetros económicos, a pesar de la llamada crisis no se puede decir que se haya producido la vuelta masiva de las ciudades al campo, simplemente se ha detenido la emigración masiva hacia las urbes pero la verdadera dimensión del campo como refugio contra el hambre y el paro, como espacio para vivir más barato, como mundo de la supervivencia todavía no ha aparecido con toda claridad.

Los franquistas desarrollistas decían que había que despoblar el campo. Lo hicieron hasta tal punto que la población activa real, la que de verdad trabaja y produce los alimentos es de aproximadamente de 1.300.000 personas según demostramos en nuestro trabajo «La población activa agraria real en España» (Revista agricultura y Sociedad, Octubre de 1976).

En el cuadro nº 1 puede observarse la evolución descendente seguida por el número de jornaleros y pequeños agricultores afiliados a la seguridad social agraria.

Se han reducido casi a la mitad en 18 años en número de agricultores y han aumentado en más de un tercio el número de pensionistas.

Es muy significativo señalar que desde el año 77 se amplió el derecho de inscribirse en la seguridad social agraria a los pequeños agricultores con más de 25.000 ptas. de líquido imponible pero menos de 50.000, se ha producido una estabilización del número de pequeños agricultores lo cual no quiere decir que no hayan desaparecido muchos sino que han sido sustituidos por los nuevos agricultores dados de alta al tener derecho por ser explotaciones agrarias entre 25.000 ptas. de liquidez imponible.

Los jornaleros se han ido reduciendo en sus números totales pasando de 864.000 a 839.000 en dos años y medio en el conjunto del estado español pero en Andalucía y Extremadura si comparamos un análisis provincial las sorpresas aparecen rápidamente.



En los cuadros n° 2, 3 y 4 hemos hecho un desglose de los jornaleros y pequeños agricultores por provincias comparándolas en el año 77 con el año 80, que igualmente hemos incluido en la última columna del cuadro n° 2 en el total de pensionistas por provincia.

Las observaciones principales que se deducen de estos cuadros son las siguientes:

- más del 50% de todos los jornaleros existentes en el estado español se concentran en Extremadura, en Andalucía. A pesar que el número de jornaleros está disminuyendo en casi todas

las provincias, en estas provincias andaluzas está estabilizado o aumentando de manera que en solo dos años y medio a pesar de la crisis económica el n° de jornaleros ha aumentado un 2% en relación con el resto de estado español.

Así pues, el problema de proletarianización rural en tierras andaluzas y extremeñas, tierras de gentes sin tierras, se está agravando. En cuanto a la situación de las provincias inversas, aquellas que tienen decenas de miles de pequeños agricultores en malas condiciones de vida (Galicia, León y Oviedo en el conjunto), si sumamos las pequeñas explotaciones agro-gana-



CUADRO II MUTUALISTAS ACTIVOS SEGURIDAD SOCIAL AGRARIA - MAYO 1980

Provincia	Jornaleros cuant. ajena	Peq. agr. cuant. propia	Mayo 1980 Total	Año 1977 Total	Pensionistas Total 1977
1. Álava	888	6.144	6.824	7.331	- 5.977
2. Albacete	19.423	6.346	25.762	27.187	-15.496
3. Alicante	30.119	11.384	41.501	41.084	+36.155
4. Almería	18.929	19.140	38.069	35.644	+26.461
5. Avila	7.657	11.644	19.301	20.163	-13.621
6. Badajoz	47.705	17.824	65.529	65.288	+29.219
7. Baleares	9.883	13.035	22.918	23.246	-30.971
8. Barcelona	8.754	18.401	27.155	28.395	-47.618
9. Burgos	2.976	21.112	24.088	26.396	-21.833
10. Cáceres	26.492	17.951	44.443	44.660	-27.343
11. Cádiz	38.062	4.381	42.443	40.103	+17.532
12. Castellón	14.932	14.221	29.153	30.389	-32.975
13. Ciudad Real	25.345	9.996	35.341	36.948	-18.145
14. Córdoba	65.825	5.303	71.128	70.175	+38.108
15. Coruña (la)	2.804	68.123	70.727	65.924	+58.483
16. Cuenca	11.278	13.644	24.922	25.808	-18.688
17. Gerona	3.580	14.113	17.693	18.733	-17.630
18. Granada	49.473	13.331	62.804	61.656	+35.984
19. Guadalajara	1.935	5.779	7.714	8.284	- 9.862
20. Guipúzcoa	569	5.586	6.155	6.202	- 8.187
21. Huelva	22.630	2.795	25.425	25.602	-14.269
22. Huesca	3.730	12.337	16.067	16.316	- 9.943
23. Jaén	51.859	4.623	56.318	60.196	-37.714
24. León	1.541	51.584	53.098	55.026	-36.812
25. Lérida	5.554	25.547	31.101	30.934	+20.983
26. Logroño	2.262	11.131	13.393	14.164	- 9.744
27. Lugo	1.731	73.377	75.108	77.872	-67.779
28. Madrid	8.478	5.130	13.608	13.899	-31.440
29. Málaga	41.149	3.749	44.898	47.056	-30.726
30. Murcia	44.831	12.282	57.113	56.985	+31.285
31. Navarra	8.439	14.981	23.420	24.149	-13.949
32. Orense	1.420	53.762	55.182	58.958	-54.084
33. Oviedo	3.054	58.596	61.650	68.667	-45.943
34. Palencia	2.325	7.952	10.277	10.606	- 7.403
35. Palmas (Las)	14.149	4.734	18.883	19.466	-12.907
36. Pontevedra	2.688	41.480	44.168	41.233	+45.634
37. Salamanca	6.507	17.080	23.587	23.978	-18.068
38. Sta. C. Tenerife	15.607	12.008	27.615	26.609	+15.814
39. Santander	2.180	25.519	27.699	27.349	+20.381
40. Segovia	1.752	8.911	10.663	11.641	- 9.117
41. Sevilla	80.904	6.932	87.836	82.142	+32.058
42. Soria	1.582	8.251	9.833	10.627	- 8.924
43. Tarragona	15.780	17.320	33.100	32.111	+24.624
44. Teruel	1.318	17.853	19.171	20.519	-14.880
45. Toledo	25.444	12.913	42.357	39.841	+26.097
46. Valencia	64.093	11.605	75.698	76.427	-53.151
47. Valladolid	6.716	7.606	14.322	14.488	-10.430
48. Vizcaya	1.259	6.469	7.729	8.063	-13.604
49. Zamora	2.743	22.422	25.165	25.767	-23.066
50. Zaragoza	11.540	18.895	30.435	31.798	-27.068
51. Ceuta	66	38	104	102	+ 79
52. Melilla	5	46	51	59	- 82
TOTALES	839.357	875.386	1.715.743	1.736.246	-1.278.355

FUENTE: I.N.P. y Elaboración propia.

CUADRO III ANDALUCIA Y EXTREMADURA

Regiones con más N° jornaleros de alta en la S.S. Agraria

	Dic. 1977	Mayo 1980
Almería	18.336	18.929
Cádiz	36.124	38.062
Córdoba	65.042	65.828
Granada	49.661	49.473
Huelva	22.743	22.630
Jaén	54.998	51.859
Málaga	43.074	41.149
Sevilla	75.548	80.904
TOTAL Andalucía ..	365.526	368.634
Cáceres	26.790	26.492
Badajoz	46.905	47.705
T. Extremadura ...	73.695	74.197
T. And. y Extre. ...	439.221	442.831
%sobre el total España ...	50,8%	52,7%

deras nos aparecen que concentran entre seis provincias el 40% para las pequeñas explotaciones.

Más adelante veremos como el empleo comunitario y el envío de fondos de las mutualidades agrarias contra el paro agrario se concentran en Andalucía y Extremadura sin tener en cuenta la especificidad del pequeño agricultor de Galicia y de la Cornisa Cantábrica, campesino gallego que se desentiende de la política agraria y no vota, o vota a UCD.

Hay un hecho muy significativo que señalar y es la correlación entre pensionistas y afiliados a la seguridad social agraria en el año 1977, último en el que existen datos oficiales. Lo primero que llama la atención es que las provincias más ricas, Vizcaya, Guipúzcoa, Barcelona y Madrid, tienen hasta 2 y 3 veces el n° de pensionistas con respecto al n° de inscritos activos en la seguridad social agraria.

Por otro lado se observa que las provincias con más jornaleros, Andalucía y Extremadura, tienen casi 3 jornaleros en paro o trabajando inscritos en la seg. social agraria por solo 1 pensionista. Esto quiere decir que además de que es una población más joven y muy hipertrofiada en el n° de trabajadores, se ha cometido con estas tierras la injusticia de que no se les dió de alta en la Seg. Social Agraria y por eso hay ahora muchos viejos que ni siquiera tienen el derecho a la pensión.

Así pues Andalucía y Extremadura están doblemente sacrificadas, por un lado por el paro y por otro por el bajo n° de pensionistas.

CUADRO N° IV

PROVINCIAS CON MAS PEQUEÑOS AGRICULTORES POR CUENTA PROPIA

	1977	1980
LA CORUÑA	63.036	68.123
LUGO	76.006	73.377
ORENSE	57.432	53.762
PONTEVEDRA	37.329	41.480
LEON	53.128	51.584
OVIEDO	64.932	58.596
TOTAL	351.863	346.922
% sobre total España	40,3%	39,6%

Los «Pensionistas Felices»

Si observamos los cuadros n° 5 y 6 tendremos un diagnóstico general de cómo funciona la Seg. Social Agraria de los pensionistas a niveles generales del estado español.

Pensiones ínfimas y a pesar de todo cifras importantes que entran al agro español.

Cuando se habla inconscientemente de que se van a equiparar las rentas y la seg. social agraria del campo con la industrial, están engañando a los campesinos ¿quién imagina que se puede dar al jornalero agrícola el derecho al paro asistido igual que los trabajadores de las industrias?

En las tierras, a las que no llegó la reforma agraria y de las que se fueron los más desesperados o los más espabilados, al no haber cambiado la estructura de la propiedad, no ha podido cambiar la estructura social y en consecuencia los males de la época de la República perduran aunque menos dramáticos. No hay hambre tan grave y la gran diferencia con respecto a entonces es que, mejor o peor, los agricultores cotizaron a la Seguridad Social Agraria durante el franquismo y hoy el Estado no tiene más remedio que devolvérselo 'devaluado' en las pensiones de jubilación.

Ya no hay hambre ni en las Hurdes ni en la Siberia ni en la Serena extremeña y, fenómeno aparentemente inexplicable, los bancos y cajas de ahorro abren sucursales en los pueblos perdidos. Son sucursales que van a captar pasivo, los pequeños

ahorros de los pobres pensionistas que se irán a financiar centrales nucleares, autopistas, petroquímicas o plantas de aluminio. Esta situación absurda procede del hecho de que cada jubilado agrario puede llegar, al año como media, a recibir unas 185.000 mil pesetas, y en algunos casos en los que todavía viven el marido y la mujer, superan ampliamente esa cifra. Con ese dinero, como están acostumbrados a vivir de «no gastar» y suelen tener en la vivienda animales de corral y, a veces, algo de hortaliza, llegan de viejos a una situación económica relativa mejor de la que nunca tuvieron, unos ingresos fijos, aunque sean pensiones bajas, y milagrosamente, ahorran. Estos jubilados acaban funcionando como malla o colchón del paro de los hijos y nietos que emigraron a las ciudades y que, ahora, en paro, vuelven a vivir de los abuelos. Son viejos que nunca tuvieron una disponibilidad monetaria continua y que ahora la tienen.

Esta situación de los pensionistas RURALES ha pasado desapercibida a la gran mayoría de economistas de izquierdas pero es perfectamente conocida del Estado, sus funcionarios y el gobierno en el poder, que saben que mucha de esta gente les vota y no se rebela, en cierto modo son «viejos felices», comparando las amarguras y sudores, las incertidumbres y el jornal inseguro de toda su vida anterior.

El empleo comunitario chantaje al jornalero agrícola andaluz y extremeño.

Está claro que en el estado español hay trabajadores de dos categorías: los urbanos industriales y de servicios que tienen seguridad social, rama general, y derecho al paro asistido (cuando lo consiguen) y por otro lado los trabajadores del campo que al no tener derecho al paro asistido se les da la limosna mafiosa, la limosna electoralista del empleo comunitario.

Hasta la muerte de Franco el empleo comunitario se repartía entre todas las provincias con los mismos criterios proporcionales al nº de jornaleros agrarios y salían de las arcas de la mutualidad agraria, es decir, del dinero que los propios jornaleros cotizaban.

Así se siguió del año 1.975 al 77 en el que el gobierno asustado por el incremento del paro y el voto a la izquierda del campo andaluz, decidió cambiar los criterios y suspender el empleo comunitario para todas las provincias, excepto para Andalucía y Extremadura, y una escasa cantidad para el año 1978 a Canarias. Veamos las grandes líneas de la evolución de lo asignado por el estado al empleo comunitario.

CUADRO Nº. V

LOS PENSIONISTAS AGRARIOS EN 1980

Hay 1.370.000 pensionistas.

- Que cobran al año unas 185.000 pesetas de media aproximada.
- Lo que supone unos «250.000 millones de pesetas que entran en los hogares rurales de los pensionistas jornaleros y pequeños agricultores. Esta cifra equivale aproximadamente al valor de toda la exportación agraria de 1979. Equivalente al costo de construcción de dos centrales nucleares.
- Por cada pensionista hay 1,3 trabajadores agrícolas de edad media tan avanzada que para el año 1985 es probable se llegue a la situación de que por cada trabajador agrario que cotice a la Seguridad Social agraria habrá un pensionista.

Puede observarse un cambio de distribución del dinero. En los últimos años se están centrando todos los envíos a Andalucía la autonomista y muy poco a Extremadura la humillada, centrando todos los esfuerzos en combatir la audiencia que todavía los partidos convencionales de izquierdas allí tienen. Combatiendo también la audiencia del SOC y de los grupos autónomos en Andalucía (ver cuadro nº 9).

El gobierno Suárez decidió que no eran las mutualidades agrarias las que distribuirían el dinero, sino que sería el consejo de ministros, apagando fuegos autonomistas o pequeños sabotajes campesinos el que decidiría enviar al gobernador civil la cantidad de empleo comunitario, nunca dicha de antemano sino en virtud de las circunstancias. El gobernador de la provincia va enviando a los ayuntamientos como le parece según la actitud de los sindicatos, según van los atentados de incendios de cosechas de señoritos según la mayoría electoral de UCD o del PSOE, en general favoreciendo como hemos dicho anteriormente a los ayuntamientos de derechas, de manera que en las próximas elecciones los andaluces y extremeños hagan cuentas y prefieran votar a la derecha ya que con los ayuntamientos de Ucd les llega más dinero del empleo comunitario. A pesar de todo la limosna es infamante, no resuelve nada. El año 1.979 fueron 10.748 millones de pesetas, cifra ridícula si se compara con lo que se le ha dado a la General Motors, para que venga a producir coches a Zaragoza o a la Seat para que deje de producir coches durante un mes (se le han dado a cada una 10.000 millones de pesetas). Si dividimos, haciendo una cuenta de la vieja muy simple, el número de jornaleros que existen en Andalucía y Extremadura, es decir unos 440.000 por los 10.000 millones de pesetas, resulta que por jornalero, el envío al año no llega a 25.000 pesetas. Es evidente que con eso no puede comer la familia del jornalero. La excusa del gobierno es que durante el año los jornaleros pueden llegar a tener hasta unos 150 jornales y el empleo comunitario viene a compensar las épocas en que no hay jornales, pero esto no es así. Si asumieramos que solamente una pequeña parte de los jornaleros (y pequeños agricultores que desde el gobierno de Ucd tienen también derecho a percibir el empleo comunitario puesto que parte de los pequeños propietarios campesinos votan a Ucd.), y si asumieramos que una cuarta parte de éstos están en paro, es decir aprox. unos 220.000 andaluces y extremeños, resultaría que lo que recibiría cada jornalero andaluz parado sería de 50.000 pesetas por año, es decir, el jornal de 50 días.

El gobierno como se estaba sacando de la manga estas limosnas políticas decidió establecer en el año 1978 con el real decreto nº 448 una estrategia de hacer pasar el dinero directamente del Consejo de Ministros al Gobernador civil diciendo que era una legislación experimental y provisional. La verdad es que en el 80 se sigue aplicando y que los jornaleros van a dar las gracias con el sobre y el sombrero en la mano al gobernador cada vez que les envía dinero del empleo comunitario.

Pero el estado que quede bien claro no regala nunca nada a los jornaleros, más bien es lo contrario, el estado vive de los jornaleros y de los trabajadores, ya que cada jornalero cotiza mensualmente 1.800 pesetas a la S.S. Agraria. Cada pequeño campesino cotiza al mes 2.500 ptas.

El Empleo Comunitario, institución típicamente franquista, ejemplo puro del paternalismo, consiste en que los parados rurales que aunque cotizan a la Seguridad Social agraria sin embargo, no tienen derecho a cobrar el paro sin justificar que hacen algo, pero además cuando cobran el paro es cuando quiere el gobernador civil de la provincia que distribuya los fondos a los ayuntamientos según del color que sea y en proporción a las expectativas electorales o las amenazas al orden público.

Los ayuntamientos en que domina la derecha llegan a repartir en empleo comunitario hasta cinco veces más por parado agrario que a aquellos en que domina el PSOE y el PCE.



Esto basta con comparar el padrón del empleo comunitario que existe en cada ayuntamiento con las cantidades que se envían anualmente, como hemos hecho en nuestro libro de próxima aparición «El modelo extremeño» (2), quiere esto decir que, cuando los andaluces o los extremeños se dirigen al Estado pidiendo más empleo comunitario lo que sucede es que ya no están pidiendo ni el reparto de tierras ni la reforma agraria, están pidiendo que el Estado les proteja paternalmente.

Lo más extraordinario de todo esto es que los grandes propietarios andaluces han llegado a la desfachatez de unirse a la protesta obrera echando el muerto al Estado, dicen «que el Estado envíe más dinero al empleo comunitario que esto va a explotar». En el fondo los latifundistas y la estructura de la propiedad que son los causantes de que no haya habido un desarrollo económico en Extremadura y en Andalucía, acaban quitándose la responsabilidad y cargándole el muerto al Estado, los jornaleros y los pequeños agricultores esperan que el Estado les resolverá todo.

Los jornaleros y los pequeños agricultores se conforman con muy poco.

Si aumenta la presión y el malestar en los pueblos, no con manifestaciones públicas sino simplemente porque los tenderos se quejan de que les piden muchos alimentos de «fiao», se

CUADRO Nº. VI

LO QUE COBRA AL MES UN PENSIONISTA AGRARIO (Mes de mayo 1980 caso de jornaleros)

Si la pensión es por...

Vezes Jubilación	15.838 ptas
Incapacidad perm. total	11.425
Incap. permanent. absoluta	17.437
Gran invalidez	25.585
Viudedad derivada	11.389
Viudedad directa	10.746
Orfandad simple	8.658
Orfandad absoluta	15.808
Orfandad doble	14.600
Familiares simple	10.149
Familiares absoluta	11.177

NOTA (1): hay unas muy ligeras diferencias en el caso de los pequeños agricultores o trabajadores por cuenta propia.

NOTA (2) hay 155.000 pensionistas del antiguo Censo Laboral Agrario cuyas pensiones son entre un 15 y un 25% más bajas que los de la mutualidad agraria que cubre a la gran mayoría de pensionistas, el 89%.

NOTA (3) la pensión media mensual es de unas 14.700 ptas.

vuelve a enviar más dinero para plantar pinos, abrir zanjas que se cierran pocos meses después, pavimentar alguna calle o arreglar algún camino.

El dinero estatal «clandestino» del empleo comunitario o del paro rural no proporciona sino votos a largo plazo

Un jornalero pobre, ignorante y austero de Andalucía o Extremadura se conforma con poco.

Si la situación social se pone grave y aparecen casos desesperados de viudas, jornaleros con hijos, viejos sin pensión, (hay en España 500.000 ancianos sin pensión) etc, que no tienen solución alguna, aparece el padrón Municipal de Beneficencia, Cáritas, o finalmente la solidaridad entre vecinos que les da ropa vieja a los niños del jornalero o alimentos a los abuelos.

Todo esto es muy distinto que la situación de la época de la República y el Estado lo sabe.

Cuando el Partido Socialista Andaluz dice que el campo andaluz va a explotar próximamente, o el Sindicato de Obreros del Campo ocupa fincas, se encuentra con muy pocos luchadores, menos de los que cabría esperar.

La propia ocupación de fincas es trucada, se hace sólo alguna finca mal cultivada del IRIDA, y pidiendo «la reforma agraria», o si no, la aplicación de la Ley de Fincas Mejorables, ley franquista que en diez años de vida nunca se puso en práctica y que, por ahora toda la actividad que ha generado ha sido la de hacer una lista más (una más!) de fincas mejorables. ¡En mayo de 1980 han sacado la primera lista ridícula de 60 Fincas!!!

Todo esto va a quedar en nada y los latifundistas no tienen ninguna preocupación, los fractores, las cosechadoras, la caza, los eucaliptos y la sumisión del jornalero resolverán el problema.

Cada vez más los jornaleros se dan cuenta de que los que mejor viven son los empleados del Estado y que lo que querían sería tener el Paro igual que sus compañeros de la industria. Si la gente se queja de que no se pueden vender bien los productos y de que no se vive bien con las pequeñas explotaciones agrícolas será por algo, luego los jornaleros cada vez exigen con menos insistencia la reforma agraria o «la tierra para el que la trabaja».



¡Qué lejos queda el anarquismo de otras épocas! Ya no se pide «tierra, pan, trabajo y libertad», sino un subsidio del paro como los urbanos.

Pero como el seguro del paro no les va a dar en muchos años, para los jornaleros del campo, y a los pequeños agricultores, se les ofrece la limosna del empleo comunitario o entrar al servicio del Estado en forma de fuerzas de orden público para las grandes ciudades, donde reprimirán a los hijos de los jornaleros que se fueron antes.

Los pequeños agricultores gente dócil y conservadora

Los últimos veinte años han supuesto una radical «modernización», en el sentido de la tecnología dura, del campo. La agricultura del Estado Español, es competitiva con la del resto del mundo; es la bestia negra de los agricultores europeos, la explicación es muy clara: los ingresos en relación a la productividad del trabajo de los campesinos españoles son menores. Los jornaleros y pequeños agricultores viven los que peor de Europa. Las grandes empresas industriales, todos los tecnoburócratas al servicio del Estado y de las multinacionales tienen menor productividad que cualquier agricultor o jornalero, pero ganan más. El sector más fuerte frente a la entrada al Mercado Común es el sector agrario.

Por un lado el campo ha comprado maquinaria y utilizado abonos y herbicidas y, por otro lado, ha expulsado a cuatro

millones de personas.

Lo que hay distinto en España con respecto a Europa es la estructura de la propiedad de la tierra que sigue siendo latifundista, así como:

- el precio más alto de las tierras con respecto a Europa.
- La ausencia de estrategia del sector agrícola y agroalimentario, lo que significa que el Estado ha puesto la alimentación de los españoles a merced de las multinacionales que controlan la cesta de la compra.

Igualmente una diferencia profunda es que el régimen de lluvias y de insolación del territorio sometido al Estado Español, requiere para sustituir las importaciones de soja y maíz la puesta en riego de dos millones de hectáreas, que el modo de producción estatal podría llevar a cabo y no lleva. Se pone en riego lo que cada agricultor puede poner por sí mismo, pero las

CUADRO N.º VIII SALARIOS PAGADOS POR EMPLEO COMUNITARIO RURAL

1974	1.000 mill. de ptas.
1975	1.357 mill. de ptas.
1976	1.850 mill. de ptas.
1977	1.969 mill. de ptas.
1978	7.824 mill. de ptas.
1979	10.747 mill. de ptas.
1980	20.000 (previsión mínima)

Estos datos son secretos y tras largos cálculos los sacamos a la luz por primera vez. Elaboración propia y Fuentes confidenciales.

CUADRO N.º IX

DINERO ASIGNADO AL EMPLEO COMUNITARIO

	1975	1976	1977	1978	1979 (H. 2-8-79)
1. Alava	340.000	330.000	6.100.000		
2. Albacete	25.000.000	41.600.000			
3. Alicante	27.809.026	43.700.000	36.000.000	379.427.235	275.000.000
4. Almería	30.050.000	43.600.000	40.000.000		
5. Avila	18.200.000	11.750.000	14.000.000		
6. Badajoz	95.434.275	160.200.000	160.000.000	734.254.170	380.000.000
7. Baleares	—	1.000.000	4.000.000		
8. Barcelona	1.100.000	1.100.000	3.000.000		
9. Burgos	1.100.000	7.100.000	12.000.000		
10. Cáceres	54.353.110	91.300.000	72.000.000	235.634.655	435.000.000
11. Cádiz	121.246.691	108.600.000	88.000.000	634.461.740	100.000.000
12. Castellón	12.400.000	8.300.000	28.000.000		
13. Ciudad Real	27.612.000	55.450.000	50.000.000		
14. Córdoba	134.802.020	160.500.000	151.000.000	780.306.160	880.000.000
15. Coruña (La)	10.371.518	9.100.000	19.000.000		
16. Cuenca	7.100.000	21.400.000	27.000.000		
17. Girona	1.100.000	550.000	2.000.000		
18. Granada	96.088.080	126.500.000	116.000.000	524.953.890	335.000.000
19. Guadalajara	7.200.000	5.100.000	8.000.000		
20. Guipúzcoa	—	—	2.000.000		
21. Huelva	44.508.505	72.100.000	77.000.000	336.644.435	402.000.000
22. Huesca	10.300.000	5.200.000	9.000.000		
23. Jaén	120.830.296	160.500.000	148.000.000	718.675.130	590.000.000
24. León	4.200.000	4.100.000	16.000.000		
25. Lérida	12.200.000	1.100.000	8.000.000		
26. Logroño	15.837.775	1.100.000	10.000.000		
27. Lugo	3.300.000	9.200.000	23.000.000		
28. Madrid	6.800.000	3.200.000	6.000.000		
29. Málaga	100.961.602	120.800.000	118.000.000	503.395.085	825.000.000
30. Murcia	39.689.574	67.400.000	59.000.000		
31. Navarra	4.400.000	2.200.000	9.000.000		
32. Orense	2.200.000	9.200.000	19.000.000		
33. Oviedo	1.100.000	2.100.000	14.000.000		
34. Palencia	2.255.000	11.200.000	11.000.000		
35. Palmas (Las)	5.300.000	8.200.000	13.000.000	29.106.750	
36. Pontevedra	2.200.000	11.200.000	17.000.000		
37. Salamanca	11.500.000	28.600.000	22.000.000		
38. Sta. C. Tenerife	3.300.000	8.200.000	13.000.000	29.106.750	
39. Santander	—	—	9.000.000		
40. Segovia	4.512.550	13.620.000	15.000.000		
41. Sevilla	133.902.208	195.500.000	227.000.000	1.418.337.500	1.245.000.000
42. Soria	8.300.000	8.200.000	18.000.000		
43. Tarragona	9.888.172	25.400.000	29.000.000		
44. Teruel	9.400.000	5.650.000	11.000.000		
45. Toledo	24.600.000	45.250.000	35.000.000		
46. Valencia	64.300.000	85.400.000	96.000.000		
47. Valladolid	5.150.000	14.300.000	16.000.000		
48. Vizcaya	—	—	2.000.000		
49. Zamora	9.900.000	18.300.000	19.000.000		
50. Zaragoza	25.212.099	15.600.000	24.000.000		
51. Ceuta	—	—	—		
52. Melilla	—	—	—		
TOTALES	1.357.354.501	1.850.000.000	1.969.100.000	7.824.348.500	6.667.000.000

Hasta final
Total 1979

10.747.000.000

obras hidráulicas las infraestructuras básicas ni las hace el Estado ni permite que las haga el pueblo al que se controla por medio de la Ley de Aguas, de las confederaciones hidrográficas y del Ministerio de Obras públicas, cuyos burócratas viven de los regantes.

Pero, que los agricultores no se hagan ilusiones, la entrada en el Mercado Común no les salvará. El objetivo del campo español debería ser autoalimentar a los treinta y siete millones de habitantes más que pensar en exportaciones sofisticadas.



El objetivo: conseguir antes de diez años autoalimentar a todos los habitantes de la piel de toro

El problema en el futuro no será tanto el hambre rural como el hambre urbana, el objetivo inmediato será entre otros, el sustituir la importación desde Estados Unidos de cuatro millones de toneladas de maíz, y de dos millones de toneladas de soja. Este es parte del saldo agrícola negativo.

Con estas importaciones se genera el soma del pobre o la proteína popular española, carne de cerdo, pollos, huevos, carne para pobres, que viven de los piensos compuestos de soja y maíz con formulaciones multinacionales.

Pero estas importaciones, lo saben muy bien los estrategas del nuevo petróleo que son los alimentos, no se pueden sustituir en España con el clima que tenemos sino, o bien dejando de cultivar otras, cultivos de regadío, con lo que el déficit de otras cosas aparecería, o bien transformando el clima, es decir, poniendo dos millones de hectáreas en riego.

Todavía la energía es barata para realizar obras hidráulicas básicas, las grandes constructoras si tuvieran iniciativa empresarial, (ahora que se van a quedar sin autopistas, superpuertos, aparcamientos subterráneos, y redes arteriales que construir), deberían dirigirse a los trabajos hidráulicos, presas, canales, nivelaciones de tierras puestas en cultivo. Este es todavía uno de los últimos momentos históricos en los que la energía es barata y, además, hay abundancia de maquinaria de Obras Públicas que va a quedar inempleada, y además exceso de cemento, España es primer país exportador de cemento del mundo y tiene exceso de hierro.

Si sumamos a ello el hecho de que hay paro, veremos que tendríamos todos los elementos para llegar en diez o quince años a poner dos millones de hectáreas en riego: Tenemos mano de obra parada, energía barata, maquinaria abundante, ingenieros agrónomos y de caminos que sabían transformar un regadío, exceso de cemento y exceso de hierro. Esta política de sustitución de la importación de soja y maíz para la creación de otro tipo de alimentos que suplieran a los pollos de plástico sería el objetivo prioritario de la agricultura española, de ella se derivaría la creación de puestos de trabajo para los jornaleros extremeños y andaluces que es donde está el más grave problema del campo español. Pero eso supone oponerse al imperialismo americano y el Estado Español está a su servicio, de allí que hay una contradicción de fondo que no se puede resolver.

Pudríamos ver aquí en esta década un caos como consecuencia de la falta de energía y de la falta de alimentos, los dos sectores en los que habría que centrarse olvidándose de una vez de las nucleares.

Si observamos el cuadro número 10 se puede comprobar que la densidad de población con respecto a la superficie agrícola útil, presenta en España unas características extremadamente favorables para llegar al autoabastecimiento, si a eso añadimos el hecho de que todavía queda población activa agraria residiendo en el campo, podemos concluir que España es, con Francia, uno de los países mejor situados en el continente europeo para llegar al autoabastecimiento, para disminuir su vulnerabilidad alimenticia al máximo en las crisis que han de venir.

El error del desarrollismo ha sido estar al servicio y en función de las multinacionales, lo que ha llevado un exceso de desarrollo industrial en sectores altamente consumidores de energía o contaminantes (aluminio, cemento, acero, automóviles, petroquímica, etc) y por otro lado en el abandono en manos de las multinacionales alimenticias del abastecimiento de la cesta de la compra. Eso ha llevado como consecuencia un



CUADRO Nº. X

DENSIDAD DE POBLACION EN RELACION A LA SUPERFICIE AGRICOLA UTIL EN ALGUNOS PAISES DE EUROPA

Habitantes por Km² de S.A.U.

HOLANDA	638
BELGICA	622
R.F. ALEMANIA	402
ITALIA	316
REINO UNIDO	300
DINAMARCA	169
FRANCIA	161
ESPAÑA	180

CUADRO Nº XI

LOS DIEZ PRIMEROS PAISES EXPORTADORES DEL MUNDO
(En miles de millones de dólares USA (FOB)
Año 1976. Estados capitalistas)

EXPORTACION TOTAL	EXPORTACION DE PRODUCTOS AGRICOLAS
1. USA	113
2. RFA	102
3. JAPON	67
4. FRANCIA	55
5. REINO UNIDO	46
6. HOLANDA	40
7. CANADA	38
8. ITALIA	37
9. BENELUX	33
10. SUECIA	18
1. USA	21,8
2. HOLANDA	8,6
3. FRANCIA	8,5
4. BRASIL	6,1
5. CANADA	4,7
6. RFA	4,5
7. AUSTRALIA	4,2
8. DINAMARCA	3
9. ITALIA	2,8
10. IRLANDA	1,4

FUENTE: OCDE y estadísticas nacionales 1976. La DOC française. Net. Ed., nº. 4487

bloqueo del desarrollo agrícola, totalmente coherente con los intereses norteamericanos en España que prefieren cerrar fábricas en Estados Unidos, abrir la General Motors aquí hundiendo a la Seat y bloquear los programas de regadío del valle del Ebro.

En el cuadro número 11 puede observarse, perfectamente, como va paralela, en los países industrializados avanzados la exportación global y la alta proporción de exportación de productos agrícolas.

Ahora bien, esta paradoja de que los grandes países industriales sean a la vez los principales países exportadores de productos agrícolas, se terminará el día en el que el precio del petróleo suba de verdad, ya que en estos países industriales la agricultura es una industria más que transforma petróleo en alimentos y los exporta a los países vecinos o a las clases dominantes de países hambrientos del Tercer Mundo.

El modelo agroalimentario español no tendría que pensar tanto en la exportación como en el autoabastecimiento, en la búsqueda de una política de independencia con respecto a la soja y el maíz de EE.UU.

Los problemas técnicos de la agricultura española se presentarán el día que haya que pasar de una agroquímica basada en el petróleo a una agricultura biológica basada en el empleo óptimo de la energía solar con menores rendimientos y productos de mayor calidad. Paradójicamente la agricultura supone un

proceso de acumulación de capital, de creación de infraestructuras rurales y de equipamientos sociales así como de desarrollo agroindustrial que tendrá que ser, algún día el auténtico motor de la transformación del modelo industrial desarrollista y urbano en una sociedad más ecológica, relajada, pegada al territorio y que consiga por lo menos que los pueblos sometidos a la soberanía del estado español estén alojados, comidos y vestidos sin la espada de Damocles de la crisis encima.

Lo curioso de esta situación es que los problemas de los jornaleros y pequeños agricultores no podrán ser resueltos si no se cambia el modelo agroalimentario español, trabajos hidráulicos y de regadío (que conllevan también la duplicación en diez años de la producción hidroeléctrica), la búsqueda de productos alimenticios sanos, una política de tierras altas o de montaña que permita recuperar diez millones de hectáreas hoy desertizadas, la lucha contra la erosión, la gestión del agua, etc. son la solución inevitable, la única al problema «del campo» del Estado Español.

Pero mientras dure el capitalismo tecnoburocrático dependiente del imperialismo americano y europeo, jornaleros y pequeños agricultores no encontrarán solución a sus problemas. Los próximos años si la situación no cambia radicalmente están muy claros: los jornaleros y pequeños agricultores mal vivirán de la miseria del empleo comunitario y de las pensiones de jubilación de los abuelos mientras los hijos de los jornaleros irán amontonándose en el paro urbano.

Debemos pues destacar y concluir que el estado capitalista no podrá en ningún caso incorporar a la seguridad social de rama general al 1.500.000 de jornaleros y pequeños campesinos ya que eso supondría que a los parados les tendría que dar el subsidio de paro como a los obreros industriales y les sale mucho más barato el enviar la limosna del empleo comunitario.

Por otro lado tampoco va a avanzar la edad de jubilación de los jornaleros que ahora es a los 65 años, ya que si los jubilaba anteriormente les tendría que dar de pensión al mes unas

15.000 pesetas y eso les saldría más caro que darles alguna limosna de vez en cuando, lo que, como hemos visto, no llega a 50.000 pesetas al año de media y únicamente en Andalucía. ¿Pero qué señorito andaluz contrata a un jornalero agotado de 55 o más años? Los viejos jornaleros sin pensión de 55 a 65 años son los más abandonados por los políticos profesionales.

En cuanto a los barrios urbanos, los ghettos de Estados Unidos donde se reparten vales para el gas, la electricidad y alimentos en especies para que no se los beban o se los pinchen, son el modelo previsible para los suburbios obreros con paro masivo se llamen Vallecas, Rekaldeberri, Santa Coloma de Gramanet, polígono San Pablo o la Chanca.

Finalmente, hay que señalar que, la llamada vuelta a la tierra de ecologistas urbanos no debería ser planteada mientras los jornaleros y pequeños agricultores las están pasando muy crudas, no hubieran mostrado su incapacidad o insuficiencia de fuerzas para llegar a alimentar a los treinta y siete millones de ciudadanos o no les dieran la bienvenida.

En resumen, no caben esperar ni revueltas campesinas ni la instalación masiva de radicales ecologistas urbanos en el campo, aliados con los explotados. El campo de los pobres, el del tardo franquismo, no tiene por ahora solución. El de los agricultores medianos, fuertes y señores caciques no tiene problema alguno, es una agricultura europea y viven como Dios, sobre todo ahora que han conseguido echar el muerto de los parados y de los braceros agrícolas al Estado y que los viejos tal vez más felices que nunca, esos viejos rurales que nunca tuvieron ingresos fijos, cobran la pensión de jubilación, misera pero que les devuelve devaluado lo que en su día pagaron en la cotización obligatoria al seguro.

Queda muy lejos el día en que los explotados, los pobres del campo lleguen a estar orgullosos de ser de pueblo.

M.G.



ANDALUCIA arde



De cada 3 parados en el Estado español uno es andaluz. Entre las 11 primeras provincias en número de parados 7 son andaluzas. Un veinte por ciento de la población «activa» de Andalucía está forzada a la inactividad.

Son datos fríos que están en la raíz de situaciones (no tan frías) con las que se está alarmando la prensa estos días. Aplacemos, para hablar de Andalucía, nuestros discursos sobre la necesidad del fin del trabajo, porque allí es ahora la única solución para que la gente tenga algo para comer. Para comer, no para «consumir», seguir a la publicidad o a las trampas del productivismo.

Por eso los jornaleros andaluces recuperan la vieja arma anarcosindicalista de la «imposición», y se enfrentan a los patronos (cada vez más multinacionales en sus medios y en sus fines), para que la gente pueda trabajar y no se vea arrojada a las ciudades para seguir igual o peor.

En los dos últimos meses se han producido más de 68 incendios de cosechas. Un arma desesperada utilizada históricamente por los jornaleros cuando no quedaba ya otro lenguaje, y tras la que se han sentado rápidamente a negociar, los agrícolas inflexibles. Cierto es que en algunos casos los incendios parecen haber sido provocados para cobrar seguros y hasta para dar pretexto a la represión. Haciendo ver que el problema de Andalucía es el de cuatro agitadores terroristas, etc. «Las asambleas de parados son las que producen las huelgas y los incendios», dice el fascista que ejerce de Gobernador Civil de Cádiz. Resulta que los parados son los culpables de todo. No los que provocan el paro, o los que han conducido a la situación angustiosa que viven los jornaleros andaluces.

Por lo visto las asambleas, donde todo el pueblo se reúne y discute, las acciones decididas masivamente en Los Corrales, Martín de la Jara, Pedrera, Gilena, La Roda, Badalatos, Aguadulce, Osuna, Marinelada, Cantejuela, Marchena, Paradas, Puebla de Cazalla, El Arahá, Morón, El Coronil, Lebrija, El Cuervo, Las Cabezas, Los Palacios... son obra de provocadores anónimos...

Para saber directamente de la situación, hemos hablado en Osuna con JOSE NUÑEZ, conocido militante del Sindicato de Obreros del Campo, y con RAMON, del Sindicato de jornaleros de la CNT de Pedrera.

j. nuñez (s.o.c.)

■ El asunto está bastante mal, por una parte hay muy malas condiciones, mucho paro, la emigración está terminando y se manda muy poco dinero para el empleo comunitario, por otra, la patronal y el gobierno están utilizando lo de las quemadas de cosechas como un montaje para cargarse al SOC... cargarse todo un movimiento de lucha...

■ **Háblanos de las últimas acciones y lo que habéis conseguido.**

■ Bueno, después de un mes de luchas y una huelga general del campo en todo el término de Osuna, hemos conseguido que se dé trabajo a 250 jornaleros. Nosotros dirigimos la lucha al reparto de los trabajadores en los cortijos... calculamos a cuántos pueden dar trabajo y lo exigimos a los patronos... También, después de 80 días de encierros y huelgas, se ha conseguido que 200 jornaleros puedan trabajar en Marchena, y que el resto trabajen en la pavimentación de las calles por cuenta del ayuntamiento. 70 jornaleros más en Aguasduces, otros 70 en Gileña. También en Lebrija, en pueblos de Cádiz...

■ **¿En una lucha que llevan a cabo los parados, qué significado tiene una huelga?**

■ Es que si por ejemplo en Osuna hay 500 parados, hay otros 600 que trabajan. Entonces la huelga es que todos paren en solidaridad, como se hizo en Parada, que después de una asamblea de más de mil vecinos se acordó proseguir la huelga, comercios y todo...

■ **Hay un tema confuso que es el de la mecanización. Las máquinas costosas que aún provocan más paro. Hace algún tiempo ya habló alguien del SOC en el sentido de que «si era preciso quemarlas, se quemarían». No os acusarán los «progresistas» de que queréis una vuelta al pasado?**

■ No queremos volver 150 años atrás, sino que nos oponemos a una mecanización irracional que manda al paro a cientos de personas. En los cultivos que pueden dar trabajo dos meses al año, se meten máquinas que lo eliminan y eso no lo vamos a consentir. Es un punto fundamental de todos los años, ASAGA (la patronal) es inflexible, quieren seguir sacrificando personal. Está empezando a llegar capital extranjero, los americanos están comprando grandes fincas...

■ **De todas las fuerzas políticas y sindicales andaluzas, sólo la CNT, (sector renovado) está apoyando incondicionalmente la lucha de los parados, por los medios de acción directa y resistencia que está llevando el SOC (un representante de la CNT de Pedrera se unió a la huelga de hambre de cinco días que llevaron los jornaleros del SOC en Sevilla) ¿Cómo valoráis la actitud de los partidos políticos y de las centrales reformistas?**

■ Los partidos políticos, con todo nuestro follón lo único que han hecho son declaraciones. Es para lo único que sirven. Comisiones convocó una «semana de lucha» y no hizo nada. Saben perfectamente que, o utilizan nuestros medios

o no tienen nada que hacer. Y así se les van a escapar sus bases... no han abierto la boca en todo este proceso, ni a favor ni en contra, y esto es bastante perjudicial, en medio de todas las campañas de prensa contra nosotros. Quieren cortar el enfoque de la lucha que llevamos...

■ **Mientras las asambleas deciden huelgas generales o imposiciones, Comisiones Obreras califica a las acciones del SOC como «testimoniales y fuera de toda lógica», dedicándose a reuniones con el gobierno sin ningún resultado.**

■ **Cambiando de tema, ¿cómo se ha empleado la represión contra vosotros?**

■ Hace unos meses a Paco Ortiz de Baena le pedían seis años de cárcel. Ahora mismo hay seis millones de multas y muchos problemas. Se dan momentos muy tensos y muy difíciles... en Morón la Guardia Civil detuvo a 20 el mismo día por la ocupación de la finca de un marqués... los incidentes de este tipo han sido continuos. Han empezado a enviar policías y guardias civiles a todas partes.

■ **Parece que se está haciendo ver por los partidos que la autonomía va a resolver todos los problemas. Y, por otra parte, hay una movilización real con el tema, aunque al parecer lo que la gente quiere no es lo mismo que lo que buscan los partidos...**

■ Nosotros hemos dicho sí a la autonomía, siempre y cuando recoja el plan de reivindicaciones que decimos, y que apoye nuestras luchas...

■ **En cuanto al poder central, parece que empieza a despertarse, asustado por el humo...**

■ No se lo toman ya a guasa. Es revelador que en el Ayuntamiento de Osuna, se haya recibido, ahora que esto está caliente, una carta urgente de la Diputación para que se rellenen los datos para pedir que se declare al Sur zona catastrófica. Algo que hemos reivindicado, y que ahora se insta de forma urgente.

■ **Aunque la única solución, estamos de acuerdo, sólo es un cambio social total, ¿cuáles son las reivindicaciones que exigís de forma inmediata, para solucionar lo más angustiante de la situación?**

■ Tenemos un punto fundamental en la cabeza y es la repoblación forestal. Hay dos millones de hectáreas de monte que están como cotos, por eso hacemos concentraciones, tomas de montes, etc.

Luego está la ordenación de cultivos. Que no se siembre solo cereal. Que se hagan «cultivos sociales» como la remolacha, el algodón y otros que dan mano de obra, y no se metan máquinas en esos cultivos sociales. Que no se si-



gan arrancando olivares enteros que están en plena producción. Por otra parte hay tierras de regadío (como las comprendidas entre Ecija y Morón, con más de 23.000 hectáreas) y que se dedican a cultivos de secano que no dan trabajo. La expropiación de verdad de las fincas que no producen nada, y que son muchas más de las que se está diciendo. Es una vergüenza que haya tierras sin cultivar mientras se pasa hambre... luego vamos a llevar una lucha contra la nueva Ley que quiere sacar el Instituto Nacional de Empleo: se quieren imponer nuevos requisitos para poder tener la cartilla agrícola (que da derecho al paro), se quiere quitar el derecho a los jóvenes entre 16 y 18 años para mandarlos a «escuelas de formación profesional» cuando lo cierto es que muchos de ellos se dejaron la escuela a los 12 años para ayudar a sus familias...

■ **Has hablado antes de los «fondos de empleo comunitario». ¿No se ha dicho muchas veces que este tipo de parches del Estado son «pan para hoy y hambre para mañana»?**

■ Muchas veces son también «hambre para hoy». Date cuenta que, en los cinco primeros meses del año, cada jornalero andaluz en paro ha recibido una media de 27.000 pesetas del «empleo comunitario»: ¿quién vive con 6.000 pesetas al mes? No queremos esto como solución, pero si exigimos que se acaben los favoritismos con este dinero. Lo que la gente quiere son realidades de puestos de trabajo, y el empleo comunitario, se utiliza para alejar al jornalero del tajo y llevarlo a las plazas y a los ayuntamientos...

¿Perspectivas?, la lucha continuada, marchas, encierros, acciones directas... siempre estamos dispuestos a negociar con los empresarios, porque no se trata de una lucha cerrada y sin horizontes. Pero la negociación la entendemos unida a la lucha, no como un convenio domesticado. Y ellos dicen: «de huelgas nada, de revueltas nada...» Pero seguiremos luchando contra la situación en media Andalucía. Y no es demagogia, es la puñetera realidad.

R.F.

habla c.n.t.

■ **Pedimos a RAMON, del sindicato de jornaleros de la CNT de Pedrera, que enjuicie y describa la situación actual.**

■ En la comarca está todo bastante mal. Empezaron en Osuna, convocando a la patronal que empleara a «un trabajador por casa» durante tres meses. Se consiguieron dos, aunque costó una huelga y hubieron varios incendios. Hay que tener en cuenta que las huelgas no son al mismo tiempo, porque varía el tiempo de la cosecha. En Pedrera se tarda más la cebada que en Osuna. Aquí ahora mismo estamos gestionando con la patronal que se ha negado a sentarse a negociar. Pensamos que no se podía ir de momento a la huelga porque había fondos del empleo comunitario y la gente estaba trabajando en eso. Aunque alguno ha pasado ya a la acción y ha habido 7 quemas. A partir de esto la patronal dijo que estaba dispuesto a negociar. Mañana (hablamos el 18 de junio. N. de la R.) habrá una asamblea en el mismo tajo para ver que se hace. Y cuando empiecen a llegar las máquinas para segar el trigo iremos a parar...

■ **Cómo veis el problema de la mecanización...**

■ Está claro que para el trigo no podemos negarnos, porque segar a mano ya está muy anticuado. Pero es un problema grande por ejemplo en la aceituna... Por eso no podemos reivindicar ya los rega-



díos como antes. Antes hablábamos del polígono Ecija, Morón... pero lo hemos estudiado bien y tampoco sirve de nada, porque lo ponen en regadío y te meten máquinas y no dan trabajo a nadie...

■ **Así, ¿cuáles son vuestras reivindicaciones inmediatas?**

■ Que se lleven a un trabajador por casa. Unos 80 aquí en Pedrera entre los parados. En jornal, lo mismo que para la aceituna: 1.200 pesetas la jornada, seis horas y media, y el transporte del pueblo al campo que lo pongan ellos...

■ **Pero, aparte de solventar la situación de urgencia que se vive... pensáis que estas reivindicaciones resuelven realmente los problemas?**

■ Bueno, ya lo dejamos claro en todas las asambleas y en la propaganda libertaria que estamos haciendo por toda la comarca. Nosotros vamos a la confiscación de tierras y a la autogestión por los que las trabajan... porque es que no tiene solución. A ver si me entiendes. El SOC no va por eso y te reivindica los regadíos y así, pero la cosa no tiene solución hasta que consigamos la autogestión de las tierras... El comunismo libertario...

■ **Has citado al SOC. Aunque, como señalas, os diferencian las finalidades, parece que estáis trabajando juntos, contra la situación actual, y que incluso, dentro de ellos, por lo que conocemos y hemos hablado, hay muchas cosas libertarias y hasta anarcosindicalistas...**

■ Todas las cosas que hemos hecho de aquí para atrás... y también para adelante, ahora que nos han dejado ya tranquilos, las estamos haciendo juntos. Trabajamos muy bien con ellos, aunque la política de Casero y muchos de sus dirigen-

tes no nos van, pero sus bases sí que nos van, y nosotros a ellos. Tenemos en el SOC muy buenos compañeros y estamos haciendo muchas cosas juntos contra el paro, en Marchena, en Parada y en muchas partes... a alguno de esos dirigentes les gusta más figurar... pero hemos hecho muchas cosas juntos... La huelga la planteamos con total unidad, y va rotativamente por toda la provincia de Sevilla.

■ **¿En que zonas tenéis la implantación, además de Pedrera (donde prácticamente todo el pueblo es de la CNT)?**

■ Gente habla en muchas partes: en Osuna, en El Rubio... en todos los pueblos hay alguien, pero después de lo que ha pasado, ha habido una desbandada...

■ **Sin embargo, el haber roto con el grupo que sigue al exilio-FAI, habrá supuesto poder volver a trabajar...**

■ Ha supuesto bastante. Por eso ahora estamos actuando bien y movilizándonos otra vez por nuestras ideas libertarias... si del próximo Congreso sale una CNT... no fuerte, porque no puede ser... pero sí organizada, tenemos un futuro muy esperanzador.

■ **Una última cuestión. Aunque está claro que la CNT, como organización, no asume las quemas de cosechas, como tampoco lo hace el SOC, creéis que pueden ser obra de la propia patronal para cobrar los seguros?**

■ Pudiera ser que en algún pueblo... en Cádiz nada más, ha habido 300 y pico de incendios y puede que alguno haya aprovechado para meterle fuego a lo que no valía nada, para que el seguro luego se lo cotizase más alto... pero será una minoría, porque la sementera era muy buena este año...

¿Autogestión, colectivización campesina para 1980-90!?

FRANK MINTZ

Del pasado socio-económico que sirvió de base al heroico período de 1936-1939, aún queda bastante en el plano de la jurisdicción (minifundio, latifundio), así como del desequilibrio regional. Ahora bien, de una sociedad con un 50% de campesinos se ha pasado al 25%. Y, sobre todo, la crisis hoy es diferente, lo mismo que las organizaciones de trabajadores. ¿Habrá, pues, que considerar lo del 36-39 algo tan caduco como la Guerra de Comunidades o la rebelión de Espartaco?

Ya mostró Martínez Alier en «La estabilidad del latifundismo» que incluso en zonas que no estuvieron en el sector republicano, el concepto de colectivismo estaba unido a las reivindicaciones inmediatas. Y el impacto del SOC en Andalucía demuestra que la fuerza permanece.

Pero actualmente la agricultura no se preocupa sólo por la propiedad del suelo y de los medios de producción. De un mercado interno seguro, con algunas exportaciones con pocos competidores (agrios) de los años 30/40, se ha pasado a una exportación global de los productos agrícolas en una situación de durísima competencia internacional, y con el rasero del FORPA. La profundidad y la seriedad de las reivindicaciones campesinas (bloqueo con tractores, de carreteras, etc.) así como el malestar en la industria pesquera, alcanzan directamente a la planificación gubernamental y los acuerdos económicos internacionales. Discreta y silenciosamente, el sector cooperativo ha crecido.

La situación presente no es sólo la acostumbrada corriente internacional de la vuelta al campo como símbolo de rechazo del consumo y el trabajo a destajo. La economía española se está orientando sobre un eje falso.

El objetivo del sector político «moncloista» es instaurar una agricultura técnica, que pueda ajustarse al consumo permanente de los países del Mercado Común, siendo el ideal el suministro de lechugas, uva, etc., sin cesar a lo largo de todo el año. Ello impone privilegiar determinadas zonas y abandonar las demás. Por eso, el regreso de los emigrantes, el fomento de la irrigación (para no hablar de la reforma agraria), sólo «perjudicarían» la escala de precios vigente y la distribución de las exportaciones.

Este objetivo puede verse amenazado por el regionalismo que, por muy recuperado y manipulado que esté, impone rápidas medidas adecuadas, en su mayoría agrícolas (por lo menos para Andalucía, Aragón, Canarias, etc.), bien para calmar a la población local, bien para satisfacer la aspiración al retorno de los emigrantes.

El reformismo moncloista no puede responder a fondo, a la vez, al reclamo de la concentración empresarial a todos los niveles (el 99% de las empresas son de talla insuficiente) que precisa la entrada de España en la CEE, y a las legítimas reivindicaciones económicas regionales.

En esta situación, que solamente con la presión y la agresión de la base se puede resolver en favor del campo, el

pasado autogestionario puede servir de mensaje. Y en la práctica de tipo cooperativo se podrían adoptar, o tratar de respetar —a causa de la competencia—, algunas pautas:

■ ■ ■ Un colectivo puede formarse con las tierras personales de los socios, y otras compradas o arrendadas (y no necesariamente requisadas como en 1936-1939).

■ ■ ■ Un colectivo no vive replegado en sí mismo, sino que se extiende, popularizando el ejemplo, y teniendo intercambios económicos con otros colectivos.

■ ■ ■ Dentro del colectivo, los grupos de trabajo se forman por afinidades, y los sueldos son iguales para todos (hay que superar el machismo que impidió la igualdad de salarios, en casi toda la zona republicana).

■ ■ ■ La emulación socialista, el sistema de primas, son la negación del espíritu colectivo. El trabajo tiene que hacerse con afán y con amor a la tierra.

■ ■ ■ Consejo del colectivo, con el mínimo poder decisorio y la rotación cargos y revocación ante la asamblea general. Se convertirá, automáticamente en un grupo autoritario si no se aplican los puntos precedentes.

La moda actual de la alimentación biológica sana —que será una necesidad dentro de pocos años— debe ser aprovechada por los colectivos, con una distribución directa, para atacar a los pulpos industriales. La aplicación de criterios sanitarios estrictos, con una garantía doble, de un grupo de usuarios y de una central sindical libertaria, podría suministrar productos agrícolas, lácteos y cárnicos, de perfecta calidad (en comparación con las actuales normas del mercado). Sólo colectivos con un respaldo ideológico y ético pueden llevar a cabo esta tarea.

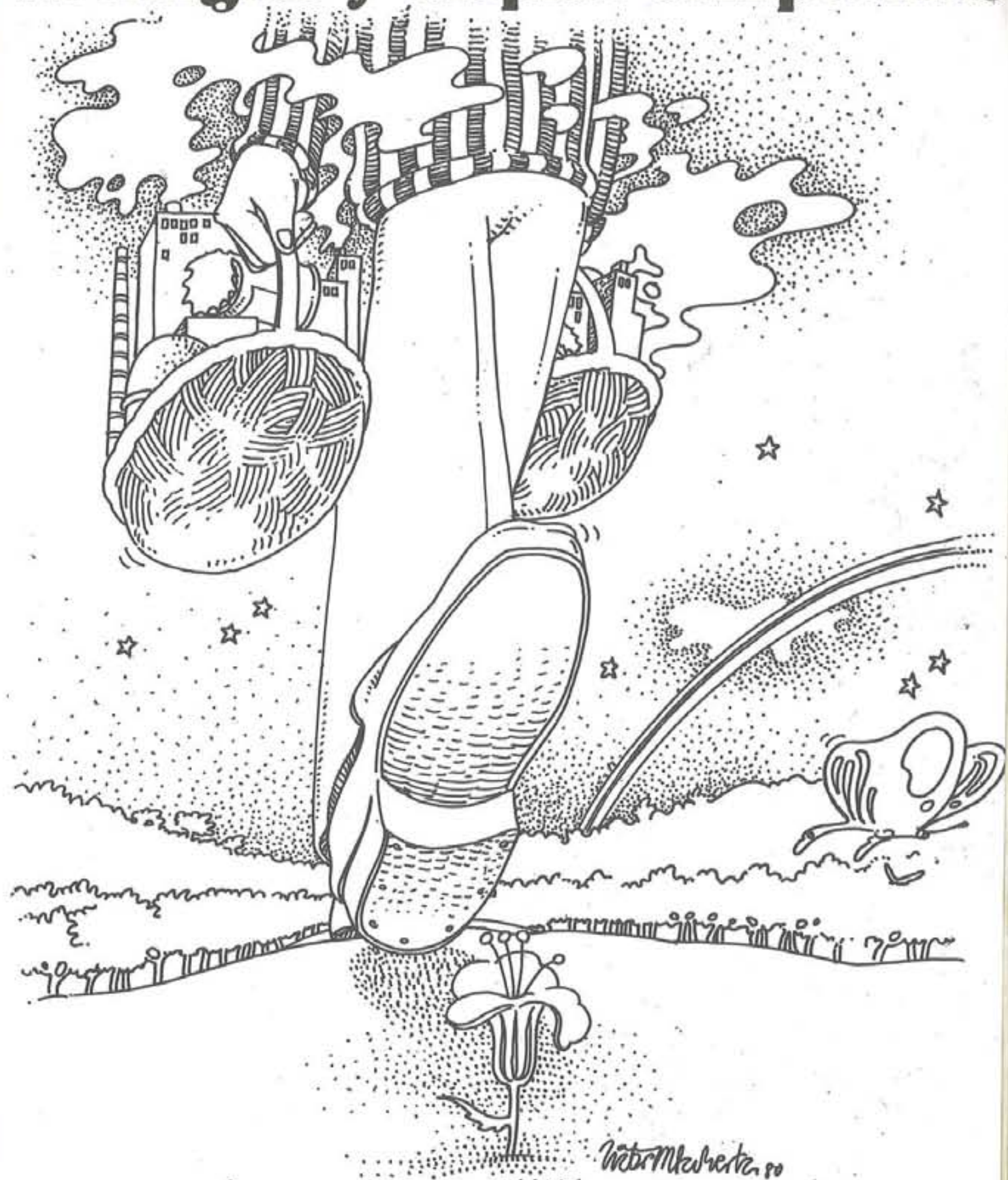
Ya existen la contra-cultura y la contra-medicina, que son dominios de alta formación, por principio; la contra-alimentación —y no ya el vegetarianismo libertario de antes de la guerra—, tiene que ser un campo de impacto y ejemplo para colectivos agrícolas.

Se aducirá que todo esto sólo puede conducir al fracaso. Que la competencia capitalista dará al traste con el intento, o que marchará demasiado bien y caerá en el reformismo. Pero en la sociedad de consumo y ocio actual, los colectivos agrícolas tienen su papel y si fallan, se formarán otros. Si algunos se transforman en una sociedad de accionistas, otros se escindirán para continuar la vía antiautoritaria.

En el campo francés, casi virgen de tradición libertaria, se vió como los huelguistas de París recibieron pollos gratuitos en junio de 1968; se ve cómo los campesinos de Larzac siguen su lucha contra la extensión de un terreno militar, con el apoyo de otros campesinos, desde 1972; y cómo el cooperativismo, con animadores de origen católico, se está desarrollando. En España me parece que se irá hacia lo mismo, por la presión del medio. ¿Por qué no adelantarse a dicha presión?

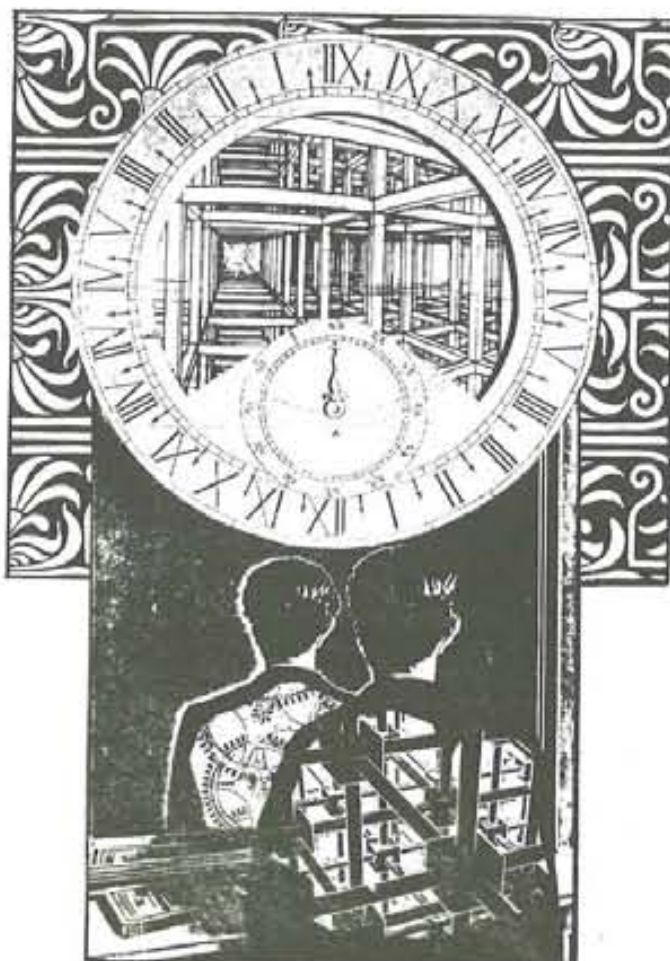
F. M.

Nostalgias y Utopías campesinas





Otra idea del Tiempo



Entre las enseñanzas que podemos extraer de la cultura secular campesina, la distinta concepción del tiempo y su «utilidad» es tal vez la más interesante.

Parece que todo el mundo haya nacido con un aparato diabólico pegado al bracito. Que lo de controlar el tiempo a base del tic-tac, y la campana clerical que nos avisa de que la vida es breve y tenemos que ganarnos el cielo, es cosa de «toda la vida».

Edward Thompson, de cuyo trabajo «Tiempo, trabajo y capitalismo industrial» (publicado en «LIBRE» n° 5), hemos extractado los textos que siguen, nos muestra el cuándo y el para qué del invento del reloj. Y nos descubre también la posibilidad de un tiempo diferente, el que se rige por las estaciones, por el ritmo natural de la vida, por el trabajo sin segundos/movimiento cronometrados.

No le fué fácil al industrialismo capitalista imponer el ritmo artificial del ingenio relojero, generalizado a partir del XVII. Aún durante más de dos siglos las industrias de los imperios con carne de trabajo indígena, en América o en la India, debían amoldarse muchas veces al variable tiempo campesino. No podían establecer un sistema eficaz de transporte, por ejemplo, porque a la hora «señalada» el campesino estaba haciendo cosas más importantes y había que esperarle hasta que acabara. En otras partes, donde el industrialismo arrojó a la gente del campo a la ciudad, tampoco se acostumbraba el personal, dando constantes malos ejemplos y saboteando el invento cuando podía.

Aunque los curas y sus escuelas ya iban haciendo su labor de doma, enseñando a los pequeñuelos las virtudes de ocupación febril y fabril, la ociosidad como madre de todos los vicios, etc.

Pero aún podemos detectar en la gente de los pueblos, a pesar de todo, una cierta ausencia de prisas, una distinta concepción del tiempo, aunque para todos rija el reloj de la iglesia.

Y, en fin, en algunas zonas «subdesarrolladas» aún se sigue amoldando el tiempo a la vida, sin tener para nada en cuenta aquel útil invento de los pendolistas de Maguncia.

Pierre Bourdieu efectuó hace algunos años un estudio preciso acerca de las actitudes de los campesinos kabyla (en Argelia) de cara al tiempo: «una actitud de sumisión y de negligente indiferencia frente al paso del tiempo que nadie puede poseer, utilizar o economizar... la prisa se interpreta como un faltar a las buenas maneras, o la manifestación de una diabólica ambición». A veces se denomina al reloj como «el molino del diablo»; no hay horas fijas para las comidas; «se desconoce la noción de una cita exacta, se queda simplemente en volverse a encontrar en el próximo mercado». Una canción popular dice: «es inútil perseguir al mundo, nadie le alcanzará jamás».

Una comunidad en la que predomina la orientación por el trabajo (en la medida del tiempo de las sociedades campesinas), tiene una menor separación entre «el trabajo y la vida». Están mezclados el trabajo y las relaciones sociales: la jornada de trabajo se alarga o se acorta según las tareas y no existe el sentimiento de un conflicto agudo entre el hecho de trabajar y el de «pasar la jornada». A los ojos de los hombres habituados al tiempo del reloj, esta actitud cara al trabajo parece caracterizarse por el despilfarro y la indiferencia con respecto al tiempo.

A medida que se avanza en el siglo XVII, se extiende la imagen del movimiento de relojería, hasta que con Newton invade el universo entero. A mediados del siglo XVIII, si creemos a Sterne, el péndulo se ha introducido ya en los lugares más íntimos. Por eso el padre Tristán Shandy —el hombre más metódico en todo lo que hacía que haya existido— «se había hecho después de años, la obligación de dar cuerda al reloj que se encontraba en el rellano, el primer domingo de cada mes». «Poco a poco se había obligado también a cumplir con ciertos deberes familiares el mismo día, lo que permitía a Tristán determinar con extrema exactitud el momento preciso en que fué concebido».

Lo que determina el tiempo es el reloj-ganado; el paso de las tareas pastoriles y el momento de la jornada, igual que la duración del paso de la jornada son, para los Nuer, la sucesión de estas faenas y la relación que guardan entre ellas.

Richard Palmer de Workingham, en Berkshire, donó en 1864 unas tierras cuya renta servía para pagar al sacristán para que sonara la campana mayor durante media hora cada tarde a las ocho y cada mañana a las cuatro (...) «no solo para que la mayor parte de quienes viven cerca de ellas se sientan invitados a retirarse pronto por la noche, y a levantarse pronto por las mañanas para cumplir sus tareas y los deberes de sus respectivas ocupaciones (cosas estas que acompañan y recompensan, ordinariamente, una sana economía doméstica y una buena competencia profesional)... Estos fines, estimaba, «no pueden mas que contar con la aprobación de las personas de buen sentido y buenas costumbres, algo parecido se hacía en la mayor parte de las ciudades y burgos del reino...». La campana recordaría también a los hombres que son mortales, y la resurrección y el juicio final.

El pequeño instrumento que regulaba los nuevos ritmos de la vida industrial era, al mismo tiempo, una de las necesidades más fuertes con que contaba el capitalismo industrial para estimular su progreso. Un reloj no era solamente útil, también confería prestigio a su propietario y se puede imaginar que hubiera gente dispuesta a efectuar sacrificios para adquirirlo (...). Además, el reloj era el banco del pobre, una forma de invertir sus economías. Se podía, en tiempos de vacas flacas, vender o empeñar.

«Si una máquina de vapor se pusiera en marcha cada mañana a las seis, los obreros habrían tenido que plegarse a la costumbre de un trabajo continuo y regular... yo he notado que la mecanización parece conducir a la costumbre de la organización. Los obreros de las alfarerías estaban tristemente desprovistos de una cualidad; vivían como niños, sin calcular antes su trabajo o su producción».

(reflexiones de un predicador laico metodista)

«...callejeando detrás de su caballo adopta actitudes de indolencia, insensiblemente, los cuartos de la jornada, las medias horas, y a veces las horas enteras se dejan perder. El trabajo jornalero se hace desesperante...»

(Informe de Somerset, 1795).



Además, las fases preliminares a la revolución industrial fueron tan largas que a comienzos del siglo XVIII se había desarrollado, en los distritos manufactureros, una cultura popular rigurosa y reconocible, sobre la que los prosélitos de la disciplina no podían hacer otra cosa que mirarla llenos de desesperación.

A fin de que la indolencia y la inmoralidad queden al descubierto, y el justo y el diligente sean recompensados, he juzgado útil instituir un relevo del tiempo que será hecho por un vigilante, y ordeno, y por la presente declaro, que de 5 a 8 y de 7 a 10, hay 15 horas de las cuales habrá una hora y media para la comida, la cena etc... quedando por lo tanto el tiempo de trabajo efectivo, establecido en 13 horas y media... Estas horas de servicio (según las ordenanzas de Crwley para sus fundiciones) debía calcularse «después de haber deducido el tiempo pasado en las tabernas, los cabarets, los cafés, en desayunar, comer, dormir, cantar, fumar, leer la gaceta, querrellarse, discutir las órdenes, o cualquier otra cosa extraña a mi servicio, es decir cualquier despilfarro de tiempo».

«Como he sido informado de que algunos empleados han sido tan deshonestos como para establecer la hora en la cual debe sonar la campana anunciando el final del trabajo, con ayuda de péndulos de adelantamiento, y la hora en que suena la campana anunciando la vuelta al trabajo mediante péndulos de retraso, y que Fowelle y Skerlerne, conociéndolo, han dejado que se hiciera, se ordena que nadie, por la razón que sea, debe tener en cuenta ningún otro reloj que el del supervisor, que estará regulado por el de su guarda habitual...»

«Cuando me paseo con Michael, es frecuente que me vengan a preguntar la hora. Y sin embargo, muy pocas personas están familiarizadas con la idea moderna del tiempo, mas que para comprender de forma vaga el convencionalismo de las horas. Y cuando les digo la hora que señala mi reloj, no se quedan satisfechos y me preguntan cuanto tiempo les queda todavía para el crepúsculo».

(observaciones de Synge en las islas Aran)

«...llegar el primero a los talleres por la mañana y colocar a los obreros en la faena a medida que iban llegando, animar a los que llegaban regularmente a su hora, haciéndoles saber que su puntualidad sería recompensada como merecía, y distinguiéndoles de sus colegas menos disciplinados con señales de aprobación, regalos o cualquier otra muestra de satisfacción adaptada a su edad etc.»

(deberes del administrador de una fábrica de alfarería, según Josiah Wedgwood)

El reverendo Clayton lamenta que «las iglesias y las calles estén llenas de locos y bandidos» que miran las bodas y los funerales y que «a pesar de su miseria y su absoluta desnudez no sienten ningún escrúpulo en perder las mejores horas de la jornada con el único objetivo de mirar al vacío...» La definición que da es «este vergonzoso devorar el tiempo y el dinero». «Si estuviera obligado a levantarse temprano, el pobre se vería obligado a acostarse a una hora de-

cente; y esto, descartaría el riesgo de escándalos nocturnos». La costumbre de levantarse pronto «introduciría igualmente una vida familiar más regular, y un maravilloso orden en su economía».

Había otra institución no industrial que podía utilizarse para inculcar «la economía del tiempo»: la escuela. Clayton se lamentaba de que las calles de Manchester estuvieran llenas de «niños ociosos con andrajos, que no solo pierden el tiempo sino que tienen la manía de jugar».

William Temple, defensor en 1770 de un proyecto que proponía que los niños fueran enviados a los 4 años a las *workhouses* (casas de trabajo), donde serían empleados en las manufacturas y recibirían seis horas diarias de instrucción, era muy explícito en cuanto a la forma de socialización que permitiría el sistema: «es deseable que estén de una forma u otra ocupados al menos durante 12 horas al día, se ganen la vida o no, porque así esperamos que la joven generación se acostumbre a una actividad constante, y que esta actividad le parecerá, con el tiempo, agradable y distraída...».

Entre los Nandi se ha desarrollado una definición del tiempo, por el trabajo, que cubre no solamente las horas sino también las medias horas que componen la jornada. A las 5,30 h. de la mañana, los bueyes parten hacia los pastos, a las 6 sueltan los corderos, a las 6,30 el sol aparece en el cielo, a las 7 comienza a hacer calor, a las 7,30 salen las cabras hacia sus pastos... etc. Una economía que se basa en un grado poco común de organización. Se encuentran, igualmente, términos que sirven para medir los intervalos. En Madagascar se llega a medir el tiempo en «cocción de arroz» (alrededor de media hora) o en «fritura de saltamontes» (un instante). Se cuenta que los indígenas de la Riviere Cross decían: «el hombre se murió en menos tiempo del que se necesita para que el maíz esté asado» (menos de 15 minutos)

Este asalto, dirigido desde diversas direcciones, contra las antiguas costumbres de trabajo del pueblo, no se hacía sin oposición naturalmente. En una primera fase encontramos solamente resistencia. Pero, en la etapa siguiente, a medida que se impone la disciplina del tiempo, los trabajadores comienzan a luchar no contra el tiempo, sino sobre el tiempo.

Así, Baxter en su *Diccionario cristiano*, nos da múltiples variaciones sobre el tema del rescate del tiempo: «haced uso de cada minuto como de la cosa más preciosa que existe, y gastadlo enteramente según los dictados del deber». La imagen del tiempo como moneda está claramente enunciada, pero es a un público de mercaderes y comerciantes al que parece dirigirse Baxter: «recuerda como es beneficioso recuperar el tiempo perdido: ya sea en términos de mercancía o de otro tipo de comercio. En agricultura, y en cualquier otra actividad, se tiene la costumbre de decir del hombre que se ha enriquecido, que ha empleado bien su tiempo».

Por todos estos medios —por la división del trabajo, la supervisión, los castigos, las campanas y los relojes, los

estímulos materiales, el púlpito y la escuela, la supresión de fiestas y juegos— se formaron nuevas costumbres de trabajo y se impuso una nueva disciplina del tiempo. Son necesarias a veces, para conseguirlo, varias generaciones (como en las alfarerías), y es lícito preguntarse si alguna vez se conseguirá completamente.

Un moralista inquieto descubrió que después de su jornada de trabajo, muchos trabajadores manuales se reunían... «las máximas horas que podían disponer prácticamente a su aire. Y ¿de qué manera emplean el tiempo? Simplemente se dedican a matar el tiempo. Durante una hora o varias seguidas... se quedan sentados en un banco, o tumados en un montículo... enteramente abandonados al vacío completo del espíritu y a la más completa torpeza... o reunidos en grupo al lado de la carretera dispuestos a encontrar en todo el que pasa motivo para chachotas groseras, ejerciendo su insolencia, o su espíritu vil a costa de los que pasaban... a costa de los que pasaban».

Evidentemente lo peor de aquello era la no-productividad aliada a la impertinencia. En una sociedad capitalista llegada a su madurez, la totalidad del tiempo debe ser consumida, centralizada, puesta a rendir. El que la mano de obra sea capaz de satisfacerse solamente «pasando el tiempo» aparece como una provocación.

El problema parece residir en la necesidad de adaptar los ritmos de las estaciones en el campo, con sus ferias y fiestas religiosas, a las exigencias de la producción industrial.

Tradición y Progreso

Miguel Delibes*

Desde que tuve la mala ocurrencia de ponerme a escribir, me ha movido una obsesión antiprogreso, no porque la máquina me parezca mala en sí, sino por el lugar en que la hemos colocado con respecto al hombre.

Por eso, mis palabras no son sino la coronación de un largo proceso que viene clamando contra la deshumanización progresiva de la Sociedad y la agresión a la Naturaleza, resultados, ambos, de una misma actitud: la entronización de las cosas. Pero el hombre, nos guste o no, tiene sus raíces en la Naturaleza y al desarraigarlo con el señuelo de la técnica, lo hemos despojado de su esencia.

Esto es lo que se trasluce, imagino, de mis literaturas y lo que quizás indujo a Torrente Ballester a afirmar que para mí «el pecado estaba en la ciudad y la virtud en el campo». En rigor, antes que me-

nosprecio de corte y alabanza de aldea, en mis libros hay un rechazo de un progreso que envenena la corte e incita a abandonar la aldea. Desde mi atalaya castellana, o sea, desde mi personal experiencia, es esta problemática la que he tratado de reflejar en mis libros. Hemos matado la cultura campesina pero no la hemos sustituido por nada, al menos, por nada noble.

Y la destrucción de la Naturaleza no es solamente física, sino una destrucción de su significado para el hombre, una verdadera amputación espiritual y vital de éste. Al hombre, ciertamente, se le arrebató la pureza del aire y del agua, pero también se le amputó el lenguaje, y el paisaje en que transcurre su vida, lleno de referencias personales y de su comunidad, es convertido en un paisaje impersonalizado e insignificante.

En los primeros años en las hilaturas de Bombay, fué necesario dejar que se perpetuaran métodos de producción ineficaces —horas elásticas, pausas, paradas para las comidas irregulares, etc.—, a menudo en los países en que las relaciones entre los nuevos proletarios industriales y sus familias es muy estrecha (y quizá también con el disfrute de las tierras)... el problema puede aparecer el de disciplinar una mano de obra que no se siente mas que parcial y episódicamente «comprometida» en la forma de vida industrial.

Las sociedades industriales acabadas, de cualquier tipo, están caracterizadas por la economía del tiempo y la división neta entre el «trabajo» y la «vida».

«...los Nuer no tienen ninguna expresión equivalente a la palabra «tiempo» en nuestra lengua, no pueden por tanto hablar del tiempo como hacemos nosotros, como si fuera una cosa real, que pasa, que se puede perder, ganar, etc. Yo no creo que ellos tengan el sentimiento de luchar contra el tiempo, o de tener que coordinar actividades en función de un abstracto correr del tiempo, pues sus términos de referencia son, sobre todo, las propias actividades, que se realizan generalmente sin descanso. Los acontecimientos siguen un orden lógico, pero no están ordenados por un sistema abstracto, ya que no hay puntos de referencia autónomos a los cuales deberían conformarse con precisión estas actividades. Los Nuer tienen suerte».

(Evans-Pritchard)

En el primero de estos aspectos, ¿cuántos son los vocablos relacionados con la Naturaleza, que, ahora mismo, ya han caído en desuso y que, dentro de muy pocos años, no significarán nada para nadie y se transformarán en puras palabras enterradas en los diccionarios e ininteligibles para el *Homo tecnologicus*? Me temo que muchas de mis propias palabras, de las palabras que yo utilizo en mis novelas de ambiente rural, como ejemplo aricar, agostero, escardar, clemín, soldada, helada negra, alcor, por no citar más que unas cuantas, van a necesitar muy pronto de notas aclaratorias como si estuviesen escritas en un idioma arcaico o esotérico, cuando simplemente han tratado de traslucir la vida de la naturaleza y de los hombres que en ella viven y designar al paisaje, a los animales y a las plantas por sus nombres auténticos. Creo que el mero hecho de



que nuestro diccionario omita muchos nombres de pájaros y plantas de uso común entre el pueblo es suficientemente expresivo en este aspecto.

Un paisaje vacío

Y, por otro lado, ¿qué será de un paisaje sin hombres que en él habiten de continuo y que son los que le confieren realidad y sentido? A este respecto, Frederic Uihman, refiriéndose a la creación de la reserva de Cévennes, escribe en *Le Nouvel Observateur*: «¿Qué interés tiene preservar la Naturaleza en un parque nacional si luego no se puede encontrar allí a los que, desde siempre, han vivido la intimidad de su país; si no se encuentra allí a los que saben dar su nombre a la montaña y que, al hacerlo, la dan vida?»

«Cada vez que muere una palabra de 'patois', que desaparece un caserío solitario en pleno campo o que no hay nadie para repetir el gesto de los humildes, su vida, sus historias de caza y el mito viviente, entonces es la Humanidad entera la que pierde un poco de su savia y un poco más de su sabor.»

«El chopo del Elicio», «El Pozal de la Culebra» o «Los almendros del Ponciano», a que me refiero en mi relato *Viejas historias de Castilla la Vieja*, son en efecto un trozo de paisaje y de vida, imbricados el uno en la otra, como los trigales de Van Gogh o nuestra propia casa animada por la personalidad de cada uno de nosotros y enteramente distinta a todas las demás incluso en el más pequeño de los desconchones. Cada una de esas parcelas del paisaje alberga historias o

mitos que son vida, han sido vivificados por el Elicio o el Ponciano y, a la vez, hablan a los demás; el día que pierdan su nombre, si es que subsisten todavía físicamente, no serán ya más que un chopo, unos almendros o un pozal reducidos al silencio, objetivados, muertos, no más insignificantes que cualquier otro árbol o rincón municipalmente establecido.

Y este destino, como añade Uihman, nos advierte inequívocamente que nos estamos aproximando a uno más, y no el menos pavoroso, de los resultados de nuestra incontrolada tecnología: la pasión y muerte de la Naturaleza.

El éxodo rural, por lo demás, es un fenómeno universal e irremediable. Hoy nadie quiere parar en los pueblos porque los pueblos son el símbolo de la estrechez, el abandono y la miseria. Julio Senador advertía que el hombre puede perderse lo mismo por necesidad que por saturación. Lo que no imaginaba Senador es que nuestros reiterados errores pudieran llevarle a perderse por ambas cosas a la vez, al hacer tan invivible la aldea como la megápolis.

Los hombres de la segunda era industrial no hemos acertado a establecer la relación Técnica-Naturaleza en términos de concordia y a la atracción inicial de aquella concentrada en las grandes urbes, sucederá un movimiento de repliegue en el que el hombre buscará de nuevo su propia personalidad, cuando ya tal vez sea tarde porque la Naturaleza como tal habrá dejado de existir.

En esta tesitura, mis personajes se resisten, rechazan la masificación. Al presentarseles la dualidad Técnica-Naturaleza como dilema, optan resuel-

tamente por ésta que es, quizá, la última oportunidad de optar por el humanismo. Se trata de seres primarios, elementales, pero que no abdicar de su humanidad; se niegan a cortar las raíces. A la sociedad gregaría que les incita, ellos oponen un terco individualismo. En eso, tal vez, resida la última diferencia entre mi novela y la novela objetiva o behaviorista.

Allá, en mi pueblo...

Ramón Buckley ha interpretado bien mi obstinada oposición al gregarismo cuando afirma que en mis novelas yo me ocupo «del hombre como individuo y busco aquellos rasgos que hacen de cada persona un ser único, irrepetible». Es ésta, quizá, la última razón que me ha empujado a los medios rurales para escoger los protagonistas de mis libros. La ciudad uniforme cuanto toca; el hombre enajena en ella sus perfiles característicos. La gran ciudad es la excrecencia y, a la vez, el símbolo del actual progreso.

De aquí que el Isidoro, protagonista de mi libro *Viejas historias de Castilla la Vieja*, la rechace y exalte la aldea como último reducto del individualismo: «Pero lo curioso —dice— es que allá, en América, no me mortificaba tener un pueblo y hasta deseaba que cualquiera me preguntase algo para decirle: «Allá en mi pueblo, al cerdo lo matan así o asao.» O bien: «Allá en mi pueblo, la tierra y el agua son tan calcáreas que los pollos se asfixian dentro del huevo sin llegar a romper el cascarón»... Y empecé a darme cuenta entonces de que ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco

como ser inclusero, y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y el riachuelo y el soto eran siempre los mismos, mientras las pilas de ladrillos y bloques de cemento y las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día y, con los años, no quedaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro.»

Esto ya expresa en mis personajes una actitud ante la vida y un desdén explícito por un desarrollo desintegrador y deshumanizador, el mismo que induce a Nini, el niño sabio de *Las ratas*, a decir a Rosalino el *Encargado* que le presenta el carburador de un tractor averiado, «de eso no sé, señor Rosalino, eso es inventado».

Esta respuesta displicente no envuelve un rechazo de la máquina, sino un rechazo de la máquina en cuanto a obstáculo que se interpone entre los corazones de los hombres y entre el hombre y la naturaleza. Mis personajes son conscientes, como lo soy yo, su creador, de que la máquina, por un error de medida, ha venido a calentar el estómago del hombre pero ha enfriado su corazón.

Así, cuando Juan Gualberto el *Barbas*, protagonista de *La caza de la perdiz roja*, se dirige a su interlocutor, el cazador, y le dice: «Desengáñese, Jefe, los hombres de hoy no tienen paciencia. Si quieren ir a América, agarran el avión y se plantan en América en menos tiempo del que yo tardé en aparejar el macho para ir a Villagña. Y yo digo, si van con estas prisas, ¿cómo c... van a tener paciencia para buscar la perdiz, levantarla, cazarla y matarla luego, después de comerse un taco tranquilamente a la abrigada charlando de esto y de lo otro?». Cuando el *Barbas* dice esto, repito, con su filosofía directa y socarrona, está exaltando lo natural frente al artificio avasallador de la técnica, está condenando los apremios contemporáneos, el automatismo y la falta de comunicación. En una palabra, está rechazando una torpe idea de progreso que, para empezar, ha dejado su pueblo deshabitado.

El *Barbas*, como el resto de mis personajes, buscan asideros estables y creen encontrarlos en la Naturaleza. El viejo Isidoro regresa de América con la ilusión obsesiva de encontrar su pueblo como lo dejó. A su modo, intuye que el verdadero progresismo ante la Naturaleza, como dice Aquilino Duque, es el conservadurismo. En rigor, una constante de mis personajes urbanos es el retorno al origen, a las raíces, particularmente en momentos de crisis: Pedro, protagonista de *La sombra del ciprés*, refugia en el mar su misoginia; Sebastián, de *Aún es de día*, escapa al campo para ordenar sus reflexiones; Sisi, el hijo de

Cecilio Rubes, descubre en la Naturaleza el sentido de la vida; a la Desi, la criada analfabeta de *La hoja roja*, la persigue su infancia rural como la propia sombra...

Esta actitud se hace pasión en Lorenzo, cazador y emigrante, quien en un raptó de exaltación, ante el anuncio de una nueva primavera, escribe en su «Diario»: «El campo estaba hermoso con los trigos apuntados. En la coquina de la ribera había ya chiribitas y maticandiles tempranos. Una ganga vino a tirarse a la salina y viró al guiparnos. Volaba tan reposada que la ví a la perfección el collarón rojo y las timoneras picudas... Era un espectáculo. Así, como nosotros, debió de sentirse Dios al terminar de crear el mundo.»

Solitarios a su pesar

Mis personajes hablan poco, es cierto, son más contemplativos que locuaces, pero antes que como recurso para conservar su individualismo, como dice Buckley, es por escepticismo, porque han comprendido que a fuerza de degradar el lenguaje lo hemos inutilizado para entendernos. De ahí que el *Ratero* se expresa por monosílabos; Menchu en un monólogo interminable, absolutamente vacío; y Jacinto San José trata de inventar un idioma que lo eleve sobre la mediocridad circundante y evite su aislamiento.

Mis personajes no son, pues asociables, insociables ni insolidarios, sino solitarios a su pesar. Ellos declinan un progreso mecanizado y frío, es cierto, pero, simultáneamente, este progreso los rechaza a ellos, porque un progreso competitivo, donde impera la ley del más fuerte, dejará ineludiblemente en la cuneta a los viejos, los analfabetos, los tardados y los débiles.

Y aunque un día llegue a ofrecerles un poco de piedad organizada, una ayuda —no ya en cuanto semejantes sino en cuanto perturbadores de su plácida digestión— siempre estará ausente de ella en el calor.

«El hombre es un ser vivo en equilibrio con los demás seres vivos», ha dicho Faustino Cerdón. Y así debiera ser, pero nosotros, nuestro progreso despiadado, ha roto este equilibrio con otros seres y de unos hombres con otros hombres. De esta manera son muchas las criaturas y pueblos que, por expresa renuncia o porque no pudieron, han dejado pasar el tren de la abundancia y han quedado marginados. Son seres humillados y ofendidos —la Desi, el viejo Eloy, el Tío *Ratero*, el *Barbas*, Pacífico, Sebastián...— que inútilmente esperan, aquí en la Tierra, algo de un Dios eternamente mudo y de un prójimo cada día más remoto.

Estas víctimas de un desarrollo tecnológico implacable, buscan en vano un hombro donde apoyarse, un corazón amigo, un calor, para constatar, a la postre, como el viejo Eloy de *La Hoja Roja*, que «el hombre al meter el calor en un tubo creyó haber resuelto el problema, pero en realidad; no hizo sino crearlo porque era inconcebible un fuego sin humo y de esta manera la comunidad se había roto».

Ética y estética

Seguramente esta estimación de la sociedad en que vivimos es lo que ha movido a Francisco Umbral y Eugenio de Nora a atribuir a mis escritos un sentido moral. Y, en verdad, es este sentido moral lo único que se me ocurre oponer, como medida de urgencia, a un progreso cifrado en el constante aumento del nivel de vida.

A mi juicio, el primer paso para cambiar la actual tendencia al desarrollo, y, en consecuencia, de preservar la integridad del Hombre y de la Naturaleza, radica en ensanchar la conciencia moral universal. Esta conciencia moral universal, fue, por encima del dinero y de los intereses políticos, la que detuvo la intervención americana en el Vietnam y la que viene exigiendo juego limpio en no pocos lugares de la Tierra. Esta conciencia, que encarno preferentemente en un amplio sector de la juventud, que ha heredado un mundo sucio en no pocos aspectos, justifica mi esperanza.

Muchos jóvenes del Este y del Oeste reclaman hoy un mundo más puro, seguramente, como dice Burnet, por ser ellos la primera generación con DDT en la sangre y estroncio 90 en sus huesos.

Porque si la aventura del progreso, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente, en un aumento de la violencia y la incomunicación; de la autocracia y la desconfianza; de la injusticia y la prostitución de la Naturaleza; del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura; de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, yo, gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana: «¡Que paren la Tierra, quiero aparmel!»

M.D.

* Este texto forma parte del discurso que su autor leyó cuando su ingreso en la Real Academia de la lengua. Al cabo de cinco años no ha perdido, por desgracia, la menor actualidad. BICICLETA, lo reproduce con la expresa conformidad del autor.

LA UTOPIA EN PRACTICA

entrevista con RAFAEL ESTEBAN



Como es bien conocido, Aragón y la zona del País Valenciano, Murcia y Albacete (lo que se denominaba «Levante»), fueron las de mayor implantación y mejor funcionamiento de las colectividades campesinas, durante el período 1936-1939. BICICLETA ha buscado al que fuera secretario de la «Federación de Campesinos de Levante», hoy residente en un pueblo de Castellón, tras un prolongado exilio en Francia. Antiguo jornalero, RAFAEL ESTEBAN, conserva aún bastante del vigor y entusiasmo del viejo activista sin excluir el escepticismo y la ironía netamente campesinas.

■ Procedo de un pueblo de Aragón. No tenía muchas letras, pero desde joven tuve inclinaciones libertarias. Trabajé siempre en casa: no había riqueza pero tampoco miseria. En 1927, con 20 años, fui al «servicio» y aprendí muchas cosas de otros soldados, casi todos catalanes. Yo no tenía más que mi rebeldía. Al volver, iba con frecuencia con el carro al pueblo y compraba libros. Cansado de vivir allí lo dejé todo y me vine a Valencia. Era el año 1930 y esto estaba en plena abullición. Hicimos un Ateneo en Moncada... en el pueblo éramos cada vez más anarquistas...

■ ¿Cuál era la diferencia más notable entre el campesinado valenciano y el aragonés?

■ La diferencia que existía entonces entre Aragón y Levante en la agricultura la he definido así: el sentido organizativo de Aragón con más sentimiento (Valencia), el de Valencia con más sentido organizativo (Aragón).

■ Podías hablarnos del grado de organización y conciencia del campesinado en los meses anteriores a la guerra civil.

■ Había una gran preparación y por eso fuimos inmediatamente a por el todo. Teníamos un sentido muy claro de lo que queríamos. En nuestras reuniones nos hinchábamos la cabeza de anarquismo. Sin duda era mayor la preparación en el campo que en la ciudad, por eso la iniciativa de la revolución partió del campo. Muchas veces los compañeros de Valencia nos boicoteaban, o nos despreciaban a los campesinos. Por eso en uno de los primeros Congresos, uno que se celebró al mes de la revolución en un teatro de la calle Caballeros, lancé una amenaza que tuvo una cierta resonancia: si los compañeros de la capital seguían así, sitiáramos Valencia por el camino de Tránsito y dejaríamos de suministrarles alimentos... se iban a morir de hambre sin nosotros...

■ ¿Cómo fueron los primeros momentos, tras el levantamiento fascista, en el campo?

■ Sin duda éramos la única fuerza que tenía un proyecto claro de transformación social. Nuestro éxito fue inmediato porque arrastramos a todos. En principio

se trataba de quitar las tierras a los fascistas, pero también las quitamos a los que no lo eran y tenían una extensión que no podían cultivar ellos mismos. Inmediatamente nos planteamos, (y esto se acordó también en una de nuestras primeras reuniones) conseguir que el nivel de vida se nivelara en toda la región, ir llegando paulatinamente a la máxima igualdad entre quienes vivían en las tierras más pobres del secano en el interior y los que vivían en las zonas más ricas del regadío...

■ Y en un plano inmediato ¿qué problemas organizativos y económicos se os planteaban?

■ El primer problema fue el de las cebollas. El 18 de Julio estaban ya recogidas y se habían dejado almacenadas. Eran cientos de millones que que se iban a perder si no se actuaba. Hicimos un comité de la CNT y la UGT para exportarlas, principalmente a Inglaterra. Para ello se montó una asamblea de campesinos, en un cine en la que participaron también gente de tierras donde no había cebollas, para decidir qué se hacía. El ministro de agricultura mandó un abogado para que

presidiera el acto. Fue tal el lío que se iba organizando, que tuve que salir al escenario a decirle que le agradecíamos sus servicios pero que nos dejara el puesto. Se fue aclarando la cosa. Finalmente se eligieron dos delegados de CNT y UGT por cada distrito y le pedí al delegado del ministro que nos facilitara otro local para continuar, nos reunimos y llegamos finalmente a un acuerdo que funcionó. Al despedirnos le pedí las llaves al abogado: «dígale al ministro que se las hemos quitado los campesinos», fue el local donde se organizaron en lo sucesivo todas las exportaciones.

■ ¿Y en el aspecto organizativo?

■ Quedamos en que se nombrarían tres delegados de cada provincia para componer el Consejo Regional. Para ello se hicieron plenos provinciales (en el de Valencia —que se celebró en Sueca— salimos Almela, Gadea y yo). Aquello funcionaba relativamente al principio, porque la gente, que tenía un gran sentido práctico y organizativo en su comarca, quedaban anulados en la capital. Muchos de ellos volvieron a sus pueblos.

Luego nos faltaban técnicos. Los exportadores estaban organizados en una organización que se llamaba Sindicato Unico de Exportadores de Frutas. Se llamaban también de la CNT, para evitarse problemas en un primer momento. Acordamos una especie de alianza, y nos ayudaron a organizar la región en el orden comercial exterior e interior. Pero a la hora del primer balance ellos, que eran unas decenas querían la mitad, lo mismo que nosotros que representábamos a 300.000 campesinos. Hubo que romper, y quedaron algunos técnicos con nosotros.

■ Se ha destacado la perfección con que funcionó la exportación tras la colectivización (única fuente de divisas para la República). Pero tendríais, al principio problemas financieros, ¿no?

■ En toda la región hubo más de ciento cincuenta almacenes de naranjas trabajando al mismo tiempo. Los de UGT también nos entregaban los productos para comercializarlos. Al principio teníamos graves problemas económicos. Al cabo de medio año hubo un Congreso en Alicante de toda la Regional, y se acordó darnos a los campesinos como ayuda siete millones de pesetas (cinco eran del sindicato de tranvías de Valencia, que era todo de CNT). Teníamos necesidad de medios para poner un buen número de fincas abandonadas en cultivo. Me fui a pedirle 20 millones al subsecretario de Agricultura. El secretario de Economía de la CNT, Cardona Rosell no quería ni intentarlo, así que me fui yo a verle, con una credencial de los campesinos. A la segunda entrevista salió el primer che-

que con diez millones, y el segundo con otros diez, me lo dió unos días más tarde. Todo lo pagamos antes de acabar la guerra. Luego nos reíamos al ver la facilidad con que habíamos conseguido el crédito. Pero la verdad es que estaban sugestionados con nuestra fuerza.

■ ¿Cuándo empezó a estabilizarse la situación?

■ En cuanto cogimos la primera cosecha, y empezó a llegarnos el dinero de exportaciones desde el extranjero... a la segunda cosecha ya sacamos cientos de millones. Montamos una especie de Banco del pueblo, una «Caja de Compensación Agrícola», mediante la cual los pueblos ricos ayudaban a salir a flote a los más pobres, y con cuyos fondos montamos algunas fábricas (de chocolate por ejemplo) y financiamos todo el proceso de selección de semillas y nuevos cultivos, del que se beneficiaban por igual todas las zonas de la región. Todo con aquel objetivo inicial de igualar a todos los campesinos en cuanto a nivel de vida, que ya empezaba a cumplirse. Venían de las distintas colectividades y tomaban «prestado» lo que necesitaban, del fondo que habían dejado las que tenían excedentes, teóricamente tenía que ser devuelto en el futuro, pero todos sabíamos que era solidaridad «a fondo perdido».

■ ¿Tuvisteis problemas con los ministros económicos del PC, como Uribe, al que has citado antes?

■ Tuvimos bastantes encontronazos con él pero no se atrevieron con nosotros. En Cataluña y Aragón fué de otra forma. Aquí tuvimos provocaciones, vinieron alguna vez de Madrid y mataron a algunos compañeros, pero hubo bastantes de aquellos chulos que tampoco volvieron. Desde luego no se nos ayudó desde el Estado. Además los comunistas no tenían otra cosa mejor que oponer a nuestros proyectos, y a lo que íbamos haciendo en el terreno social. Y desde aquí salía todo el abastecimiento de Madrid, que lo hacíamos nosotros...

■ ¿Cuál era tu colectividad?

■ Alfara, muy cerca de Valencia. Se hizo una Federación Local con los 4 ó 5 sindicatos que había, se llevaba en conjunto toda la administración del pueblo, al que se reunía normalmente una vez por semana en asamblea, porque allí no había ayuntamiento. Al principio querían quemar la Iglesia, pero les dije que era el mejor local de que disponíamos, y lo convertimos en el mercado. Los que no quisieron pasarse a la colectividad podían trabajar por su cuenta. Pero para comercializar sus productos tenían que venir a nosotros. La riqueza que había allí había que transformarla, pero al mismo tiempo todo el mundo tenía que comer,

ese humanismo nunca lo perdimos. No mirábamos las luchas internas. En la mayoría de los pueblos se juntaron las tierras de la CNT y la UGT. Teníamos unas 900 colectividades, y a los Plenos y Congresos, al que venía representando una colectividad no se le preguntaba nunca de qué organización procedía...

En algunos pueblos donde eran más fuertes los socialistas, como en Alcira (donde la CNT tenía un 20%) se partieron las tierras, menos los de la CNT que las juntaron. Pasado un año las tierras de los socialistas estaban abandonadas porque los jóvenes se habían ido al frente, y las únicas que seguían cultivándose eran las de la colectividad...

■ ¿Podrías citarnos alguna colectividad que consideres como modelo?

■ Por ejemplo la de Churra, un pueblo de la provincia de Murcia. Era una colectividad pequeña que acabó la guerra sin tener que imponer ningún tipo de racionamiento: la gente iba al almacén a buscar lo que necesitaba, sin que nadie lo contabilizara y funcionó perfectamente. Las de Poliña del Júcar, Sollana, Cullera y Silla también funcionaron muy bien.

■ ¿Se llegó globalmente a un buen grado de organización?

■ Además de la exportación, de la que ya hemos hablado, y que nunca había funcionado tan bien, llegamos a tener una estadística completa de la producción, por comarcas, calidades, cantidades etc... con 24 horas, teníamos todos los datos que necesitáramos, y eso que cada colectividad funcionaba a su manera... cada vez que había problemas, escribíamos una circular convocando a un pleno y explicando bien la situación de que se tratase, y venían las comarcas trayendo siempre los millones que nos hacían falta. Nos dábamos un abrazo y hasta la próxima.

Y Rafael Esteban se extiende elogiando el alto grado de solidaridad conseguida...

■ Es que no se trataba de autogestionar la miseria, ni de trabajar cada uno egoístamente. El objetivo que nos marcamos al principio de que todos los que pudieran trabajasen y de que trabajáramos para que hubiera una compensación igual para todos, era lo más importante... así montamos por ejemplo, con los fondos que aportaban las colectividades, servicios sanitarios, con ambulancias que acudían al pueblo más perdido donde se les necesitase, y eso no había existido nunca...

R. Ferri y A. Martín

la colec- tividad de BALLOBAR

GASTON LEVAL

Las luchas sociales y las inquietudes revolucionarias de Ballobar vienen de antiguo. Bajo la monarquía, la tendencia liberal triunfaba siempre. El republicanismo comenzó hacia 1907. Aquel año, el pueblo empezó a construir un Centro Republicano, que se inauguró cuatro años más tarde, y que hoy es la sede del Centro Libertario. Pero, durante estos cuatro años, se fué produciendo un cierto cambio entre los trabajadores. La Semana Trágica de Barcelona, que terminó con el asesinato de Francisco Ferrer, demostró que las tendencias revolucionarias de los republicanos eran mucho menos enérgicas en la calle que en la tribuna. Un grupo se separó hacia la izquierda, y llegó al anarquismo. Comenzó la propaganda de nuestras ideas que tuvo, como resultado, en 1917, la fundación de un sindicato que se adhirió a la Confederación Nacional del Trabajo.

La represión que bajo el general Martínez Anido imperaba en Barcelona, invadió toda España hasta Ballobar, cerrando su sindicato que contaba cuatro años de existencia. Muchos militantes tuvieron que huir y vivir en Francia, o en otros lugares, durante varios años. Hasta 1931 los trabajadores no pudieron reagruparse. Acababa de proclamarse la Segunda República, y había alguna esperanza en las libertades prometidas. Se vieron cruelmente decepcionados. El mismo año, el sindicato era nuevamente cerrado. No pudieron volverlo a abrir hasta julio de 1936 cuando el fascismo de un lado y la revolución de otro, apagaron, virtualmente, el régimen republicano.

GASTON LEVAL fué el primer relator, de la revolución de las colectividades campesinas e industriales durante la guerra civil. Su obra, sobre un aspecto desdeñado por la historiografía oficial «progresista» o reaccionaria, permaneció desconocida entre cientos de libros sobre aspectos militares, heroicas acciones etc. que ignoraban uno de los fenómenos más importantes de toda la historia del movimiento obrero.

Después de Mayo del 68, con la inquietud que despertó el tema de la autogestión revolucionaria, la obra de Gaston Leval fué «descubierta». El mismo nos contaba unos meses después, cómo los estudiantes le invitaban una y otra vez a hablar en la Sorbona ocupada, para que explicara las formas de vida y organización en la España revolucionaria del 36, en la que veían en cierto modo plasmados los anhelos libertarios de aquellas jornadas.

Además del tema de las colectividades, de las que recogió directamente los materiales, mediante entrevistas, acopio de documentación etc., Gaston Leval era un profundo conocedor del pensamiento de Bakunin, al que dedicó algunos ensayos, además de numerosos textos, artículos cortos sobre diversos temas del anarquismo, de los que conservamos algunos escritos a mano, al dorso de papeles de encuadernación.

En el espacio estrecho y modestísimo de su estudio de Edgard Quinet, nos aproximamos de su mano a los primeros textos de Mella, que admiraba profundamente, a artículos de Bakunin que tardarían aún en ser editados aquí, y sobre todo, fuimos conociendo la rica experiencia vital de uno de los pocos supervivientes de aquella escuela anarquista, desgraciadamente desaparecida, que enlaza con los primeros internacionalistas y que bebió directamente en las fuentes de los protagonistas de la Comuna. (Gastón inició su militancia en España, cuando cruzó clandestinamente la frontera tras haberse convertido en objetor a la participación en la primera guerra mundial).

El reportaje que reproducimos, con la frescura de ser inmediato a los hechos que describe (y que aún no son «historia»), es un texto inédito sobre un pueblo aragonés, no incluido en su obra sobre las colectividades.

Anselmo/Mercedes

Durante este tiempo, los libertarios que quedaban continuaron más o menos clandestinamente, su propaganda. Como en otros pueblos de los alrededores que se encontraban en la misma situación, se formó un centro cultural, donde se leían sobre todo, libros revolucionarios. Se le transformó en un organismo de combate, en un sindicato disfrazado, que llevaba sus ficheros y tenía trescientos adherentes, todos cotizantes.

El espíritu anticonformista de Ballobar no se paró allí. La miseria reinaba sobre el conjunto de la población. La mayor parte de la tierra pertenecía al conde Plácido de la Cierva y Nuevo, que se la había quitado al municipio. De acuerdo con sus privilegios históricos, el conde tenía derecho a los pastos de esta tierra, pero falsificando documentos y sobornando, se convirtió en el amo absoluto. Alrededor de cuarenta propietarios poseían la cuarta parte de la superficie: entre 15 y 20 hectáreas cada uno. Las tres cuartas partes del pueblo solamente era dueña de un octavo. Había que trabajar en beneficio de los ricos o como colono en pequeñas parcelas alquiladas por el conde. Esto no podía durar eternamente... En 1922, la población pobre de

Ballobar se apropió de las tierras del conde de la Cierva que, en conjunto no había servido más que de pasto a los rebaños, y se pusieron a trabajarlas. La guardia civil se colocó, como siempre, del lado del más fuerte, pero el pueblo apeló a los tribunales de Zaragoza, acusando legalmente a La Cierva de ser un falso propietario. Los jueces dieron razón al pueblo; pero el Tribunal Supremo de Madrid se la dió al Conde, que conservó sus tierras.

De todas maneras, no pudo disfrutarlas demasiado. El pueblo continuaba trabajándolas. Cuidaban rebaños que pastaban en común. Recolectaban. Todo esto a base de luchas terribles. La guardia civil reunía a los rebaños y los conducía hacia el pueblo, arrestando en masa a los hombres y las mujeres obstinados en seguir viviendo; hubo familias enteras que fueron encerradas, hasta cincuenta a la vez en las prisiones de Huesca y Fraga. Los campesinos no cedieron y en 1927, el conde, vencido, vendió sus tierras al Estado, quien las revendió a los campesinos con facilidades de pago. Pero nunca pagaron y la revolución les sorprendió en pleno conflicto con la autoridad.

Se cortó el proceso. Se comenzó a

reunir, bajo la responsabilidad del Comité antifascista, las cosechas de los grandes propietarios, primer paso en la vía del socialismo en casi todos los pueblos. Luego se abrió una inscripción voluntaria para constituir la Colectividad. De 435 familias, el grupo inicial se formó rápidamente con 180. En mayo de 1.937 no quedaban más que cincuenta «individualistas», y casi todos querían entrar en la Colectividad de la que habían sido expulsados. Pero se decidió no volverles a admitir antes de un año... Esto es lo que ahora les mantiene alejados.

Estos individualistas arrepentidos no están en desacuerdo con la obra de nuestros compañeros. Aportan su ayuda voluntaria a los trabajos comunes y llevan a los almacenes municipales el producto de sus tierras, sin pretender negociarlo por su cuenta.

La Colectividad de Ballobar no tiene ni estatutos ni reglamento: Todo el mundo está de acuerdo sobre lo fundamental: trabajar en común, disfrutar en común del producto del trabajo, ayudarse tanto como sea necesario para la felicidad de todos y cada uno. En las asambleas se toman todas las resoluciones relativas a la vida social; se celebran semanalmente, bien en la plaza pública o

en el centro cultural libertario. Los individualistas tienen el mismo derecho a participar que los colectivistas. El pueblo entero decide el camino a seguir ya que la Colectividad se ocupe, por bien de todos, de muchos problemas que sobrepasan su marco.

Durante los primeros meses el Comité revolucionario se encargó de la administración general. Pero en diciembre llegó del gobierno la orden de constituir el Consejo Municipal. Obedecieron. El Comité revolucionario, al no tener razón de ser, fué disuelto. Se nombró entonces una comisión administrativa de la Colectividad, ahora ya separada de la municipalidad. Actualmente esta comisión se compone de once compañeros: uno para los sastres, uno por los carpinteros, uno por los obreros metalúrgicos, uno por ganaderos, dos para el control de las máquinas y los instrumentos de trabajo, dos para la distribución de las tierras irrigadas y de las que no lo están, dos para la distribución y un secretario. Menos este último, todos trabajan manualmente. Han sido nombrados en una asamblea general que puede destituirlos cuando quiera.

El número de grupos que cultivan la «huerta» se eleva a siete; cada uno

tiene su delegado. El número de grupos de cultivadores de tierras no irrigadas es numéricamente inestable, en función del propio trabajo. Se elevaba a catorce cuando les visité (mayo de 1937). En aquel momento preparaba futuros sembradíos de tierras que hasta entonces se habían dedicado a la ganadería, y cuidaba los campos de olivos y viñas. Hay además otros grupos encargados de irrigar, de cortar la alfalfa y el heno: trabajos menos pesados reservados a las personas más débiles.

Todas las tardes, después del trabajo, se reúnen los miembros de la comisión administrativa, para examinar y ordenar la marcha del trabajo y los problemas, pequeños y grandes, de la vida colectiva. En estas reuniones, los delegados de los grupos piden más hombres si los precisan. La comisión decide entonces el desplazamiento de un grupo a otro según las necesidades generales de la economía, conducida según un plan de conjunto.

Las mujeres no van al campo salvo en los momentos imprescindibles. Se les reservan las labores menos fatigantes. La superficie cultivada no ha variado, Ballobar, como el resto de los pueblos, paga su tributo humano a la guerra: muchas



personas, las más fuertes, están en el frente. Pero no deduzcamos de esto que no existen mejoras a reseñar. Si la lluvia no falta se obtendrán muchos más productos en las tierras no irrigadas, y habrá mejoras en las que lo son. Se han perfeccionado los métodos de trabajo. Antes, la tierra se cultivaba mal; algunos propietarios no querían más que no les faltara lo necesario y no podían trabajarlas, obteniendo un rendimiento inferior al posible. En cambio, otros no tenían bastante y perdían una parte de su tiempo en sufrir en silencio y envidiar al vecino. Todo esto ha cambiado. La energía humana, animal y mecánica ahora se utiliza de forma racional. Todo se cultiva con la misma atención; la tierra dará, sin excepción, el máximo. Si la superficie cultivada es la misma, el rendimiento por hectárea será muy superior.

Se cuidan sobre todo carneros; los grandes propietarios llegaban a tener hasta mil. Cuando se apropiaron de las tierras del Conde la Cierva, los pequeños campesinos poseían cuatro o seis bestias. Su situación había mejorado, y espanta pensar en lo monstruoso de que un solo hombre pueda disponer, durante generaciones, de los medios de existencia que podían proporcionar lo que necesitaban, a cientos de familias, aunque solo fuera para no ver a sus niños morir de raquíticos y mal vestidos, sin defensas orgánicas ante el ataque de las enfermedades.

Los siete mil quinientos animales de la Colectividad están repartidos en rebaños de tres o cuatro cientos, cada uno bajo la custodia de dos pastores y metódicamente distribuidos por la montaña. Se utilizan los pastos tan racionalmente como las tierras de cultivo. He aquí un hecho que también tiene su importancia.

El comercio se socializó a los tres meses de la revolución. La fuerza de los acontecimientos obligaba. Se reunieron todas las mercancías y se pusieron en una cooperativa municipal dividida en tres secciones: comestibles, tejidos, aceite y vino. El aceite, el vino, el azúcar y la carne están racionados. El resto se consume libremente, dejándolo a la conciencia de cada uno. El examen de las cartillas de consumo, en las que figuran los vestidos, demuestra que hasta la fecha la conciencia no es una palabra vana. Las mercancías tomadas por una familia, entre el 14 y el 28 de abril, valen exactamente 11 pesetas y 75 céntimos, comprendido el azúcar. Digamos que cada familia obtiene sus legumbres de un pedazo de tierra que trabaja los domingos, sembrando, plantando lo que prefiere y en las proporciones que desea.

Se registran los gastos de cada uno y el valor de lo que aporta. Como no existían graneros suficientes para toda la cosecha, cada familia guarda su trigo; y lo va dando a medida que hay necesidad

para el consumo local o la venta al exterior. Esta práctica no implica un equilibrio forzoso entre la producción de ayer y el consumo de hoy. Todos tienen el mismo acceso a los víveres, y los mismos límites. Las familias que no tenían tierras y no han aportado nada, tienen exactamente el mismo derecho que las otras a pedir y recibir, de acuerdo con las reservas comunes.

Todos los esfuerzos están concentrados sobre la agricultura. La construcción de viviendas se ha dejado para más tarde. Pero hay cinco albañiles ocupados en hacer reparaciones. Antes era necesario para reparar cada una, construir una pared o una habitación, pasar por todo un aparato burocrático, hacer gastos en papel timbrado y esperar durante semanas y meses la autorización oficial. La Colectividad actúa con más rapidez. Simplemente envía los albañiles donde es necesario su trabajo. Han desaparecido los obstáculos del Estado. Y no tienen, ni necesitan, justificación teórica. Nadie tiene interés en construir con materiales malos. Nadie es indiferente a la estética del pueblo. No hay división entre población y autoridad. Es la población quien hace las cosas ella misma, y para ella misma.

El médico y el farmacéutico no han querido entrar en la Colectividad. Están adheridos a la UGT y, contrariamente al médico de Alcolea que sí forma parte, obedecen las consignas que les da su organización. A pesar de ello reciben lo que necesitan para vivir y obtendrán, si son solidarios con el pueblo, todos los elementos del cultivo y el trabajo. Su actitud perjudica su propia actividad. El médico no puede comprar con sus propios medios los instrumentos, los aparatos y las publicaciones que necesita para trabajar cara al progreso de la ciencia médica. Y como está al margen de la Colectividad ésta no se molesta en procurárselos. Nadie gana con esta situación, pero en cambio pierden los enfermos y la salud pública. Incluso la higiene se resiente ya que se trata de una función social que debe dirigirse dentro de un plan general y no desde la consulta de un doctor que cura cuando puede y cuando le pagan, pero que no prevé absolutamente nada.

Los campesinos libertarios de Ballobar saben, lo mismo que el resto de Aragón, el valor de la cultura intelectual. Han instalado bibliotecas públicas. Pero también les preocupa la escuela. De un maestro y tres maestras solamente queda una maestra. Los otros estaban, y se encuentran, en territorio ocupado por los fascistas. Han hecho venir dos maestros de Barcelona y les han dado toda clase de facilidades para conseguir lo necesario para cumplir con su cometido. Les ayuda un auxiliar elegido entre los jóvenes más instruidos del pueblo, y todos los niños, sin excepción, van a la



escuela donde reciben sin excepción la instrucción, hasta los catorce años. Es enorme: en España no se había visto nunca.

En una situación tan compleja como la que atravesamos —guerra y revolución—, algunos factores juegan a favor, y otros en contra, de los objetivos perseguidos. Uno de los factores adversos es la construcción de fortificaciones, en diferentes zonas. El Estado paga diez pesetas diarias, en moneda nacional. Los más egoístas se han dejado tentar pues yo no afirmaría nunca, y sería ridículo hacerlo, que ha desaparecido completamente el interés personal. Pero sí que a menudo, aún habiendo necesidad de dinero para comprar en las ciudades productos que no tienen, las Colectividades han rehusado enviar hombres a las fortificaciones, o han proporcionado tan solo el número indispensable. Quieren, ante todo, asegurar las cosechas y los productos de la tierra, para alimentar a España. Saben que la moneda de papel que se les da no será de ninguna utilidad si no sirve para conseguir pan, legumbres, leche o carne. Su simple sentido común vale tanto como la ciencia de los economistas.

Pero cuando hay que ceder para no ser acusados por la propia conciencia de no haber ayudado a levantar medios de defensa contra una amenaza permanente de invasión, deciden generalmente que el dinero recibido irá a parar a la caja común. Veinticinco hombres de Ballobar fueron designados, como el máximo disponible, para ir a trabajar a las fortificaciones. Estuvieron cuatro meses y luego volvieron. El dinero que recibieron ha ido, íntegramente, a parar a la caja común.

G. L.



EL VIAJE DE MI HERMANO ALEXEI KREMNEV A LA TIERRA DE LA UTOPIA CAMPESINA

En 1920 el famoso agrarista ruso A.V. Chayanov (su libro fundamental, *La organización económica campesina*, está publicado en castellano por Nueva Visión, Buenos Aires) consiguió publicar en Moscú un texto utópico, a la manera de William Morris, *Noticias de ninguna parte*, aún teniendo que soportar que fuera precedido de un prefacio donde se reafirmaba la ortodoxia marxista respecto a la obsolescencia económica y política del campesinado. La trama de «El viaje de mi hermano Alexei a la tierra de la utopía campesina», publicado con el pseudónimo de Ivan Kremnev, presunto hermano de Alexei Kremnev protagonista (y traducido al inglés en el *Journal of Peasant Studies*, octubre de 1976) es como sigue.

Alexei Kremnev, alto funcionario soviético en Moscú, jefe de una sección del Gran Consejo Económico de un mundo íntegramente socialista, tras un ajetreado día del año 1921 en el que ha participado en una reunión para discutir la ofensiva final contra la familia campesina, se retira de madrugada a su estudio, donde tropieza con unos viejos volúmenes de Chernichevski y Herzen, los populistas rusos del siglo XIX. Su lectura le produce una gran agitación, hasta tal punto que pierde el conocimiento. Despierta en una soleada mañana del mes de septiembre de 1984, en una casa desconocida de un Moscú desconocido: los viejos edificios —el Kremlin, las iglesias— están allí, pero rodeados de una masa de verdor. La ciudad, que tenía cuatro millones de habitantes en 1921 tiene ahora apenas cien mil habitantes estables, y sus alrededores, en cientos y cientos de leguas, están ocupados por

pequeñas casas y parcelas campesinas, muy intensamente cultivadas. Alexei será pronto informado de que el rendimiento de cereales por hectárea (dato esencial de cualquier Utopía campesina) ha pasado de menos de mil kilos a ocho mil kilos. Aunque la Utopía no explicita los detalles técnicos de este cambio increíble espectacular y excesivo si queda claro, sin embargo, que el nuevo régimen ha conseguido controlar el tiempo atmosférico, haciendo alternar a voluntad el sol y la lluvia, y también los altos rendimientos responden a una intensidad del cultivo muy grande: el tamaño de cada parcela familiar es sólo de unas tres o cuatro hectáreas.

El nuevo régimen nació cuando en 1934 hubo una revolución campesina. Ante la amenaza de colectivización nacida de una alianza temporal entre la enorme burocracia estatal y los aún escasos obreros industriales, los campesinos se rebelaron, con ayuda de intelectuales que pertenecían a la vieja tradición populista, y tomaron el poder. De hecho, casi lo destruyeron.

Al despertar en el Moscú de 1984, Alexei Kremnev, miembro en 1921 de la todopoderosa burocracia, es tomado por sus anfitriones por un ingeniero norteamericano cuya visita esperaban, y cuyo objetivo era estudiar directamente la estructura de la agricultura rusa. En Norteamérica, que también había sido socialista en 1921, ha sido restaurado desde hace tiempo el capitalismo industrial, aunque la agricultura, que usa técnicas sumamente mecanizadas, permanece nacionalizada precisamente para aprovechar las ventajas de la gran dimensión. (El prefacio hace notar con seriedad que la Utopía debe

¿necesariamente ocurrir en una Rusia aislada de la economía mundial, puesto que una economía agraria campesina produce productos con un contenido de trabajo muy superior al de una agricultura mecanizada y, siendo los precios proporcionales a los valores-trabajo, no podría de ninguna manera hacer frente a la competencia extranjera. No es pues extraño que Alexei (bajo el nombre de Ing. Charlie Mann) se muestre muy ignorante de la realidad rusa de 1984 y pueda permitirse plantear preguntas muy elementales que sus anfitriones contestan amablemente, dispuestos a enseñarle los rudimentos de una socioeconomía campesina, no sin sorprenderse sin embargo, de vez en cuando, de su gran dominio del ruso e incluso de su acento moscovita.

Entre las preguntas que Alexei Kremnev (en la guisa de Charlie Mann) hace a su anfitrión Alexei Minin que es un miembro de la secta benévola de sabios que —de modo algo inquietante pues no están muy claros los límites de su poder— supervisa el buen funcionamiento de esa utópica sociedad campesina, está la siguiente: «Me gustaría saber cuáles son los **nuevos** principios sociales sobre los que se edificó la nueva vida rusa tras la revolución campesina de los años 1930». A Minin le sorprende un tanto la pregunta, nunca le había pensado él mismo, pero responde finalmente: «No tuvimos necesidad de ningunos principios nuevos; nuestra tarea consistió en consolidar los **viejos** principios, principios que tenían siglos de duración, sobre los que se había basado desde tiempo inmemorial de economía campesina. Nuestro sistema económico, como el de la primitiva Rusia, se asienta sobre el campesinado. Consideramos la pequeña finca campesina como el modelo ideal de actividad económica. En ella, el hombre está en contacto directo con la naturaleza, y el trabajo tiene un contacto creativo con todas las fuerzas del cosmos para producir nuevas formas de existencia. Cada trabajador es un creador... Esa es la condición natural del hombre, de la que fue extrañado por el demonio del capitalismo».

Continúa Minin: «Tuvimos que resolver dos problemas básicos de organización. El problema **económico** consistía en crear un sistema económico que estuviera basado en la economía campesina y que la conservara, pero creando al mismo tiempo unas instituciones económicas cooperativas cuyo funcionamiento no fuera inferior al de cualquier otro mecanismo económico posible, y que al mismo tiempo se sostuvieran automáticamente sin necesidad de una coacción estatal, política. El problema **social** o, si prefiere, el problema cultural, era cómo organizar la existencia social de las masas de manera que se conservaran las formas más elevadas de cultura en ese mar de fincas campesinas, sin núcleos de población importantes, cuando la cultura había sido siempre un monopolio de la civilización urbana. Debíamos asegurar también el progreso cultural en todos los aspectos de la vida espiritual y mental, y que ese progreso no fuera inferior al que pudiera haber bajo otros sistemas. Y no sólo debíamos resolver estos problemas, sino que debíamos hacerlo sin aplastar otras iniciativas, otros esfuerzos creadores: lo que queríamos lograr era importante, pero también lo era **cómo** íbamos a alcanzarlo».

Alexei Kremnev, que se siente feliz en esta nueva Arcadia y flirtea con éxito con dos hijas de su

anfitrión, intrigadas ambas por ese visitante norteamericano. «pregunta mientras viaja en coche a lo largo de la Calzada de la Nueva Jerusalén, bordeada de miles de campesinos que trabajan apresuradamente recogiendo haces de cereales (¿segados a mano?) antes de que caiga la lluvia anunciada por el periódico para las nueve en punto de la noche: «¿Por qué demonios gastáis tanto trabajo humano en los campos? Vuestra tecnología, que es capaz de controlar el tiempo, seguro que sería capaz de mecanizar el trabajo agrícola, liberando así trabajadores para emplearlos en ocupaciones más especializadas». A lo que Minin responde: «Ahí va! Eso es un americano hablando! No, querido mister Charlie, no es posible vencer la ley de los rendimientos decrecientes. Nuestras cosechas las conseguimos precisamente cuidando prácticamente de cada espiga individualmente. La agricultura rusa nunca ha sido tan manual como ahora. Y con nuestra densidad de población, eso no es un capricho sino una necesidad. ¡Esa es la razón!»

El prefacio ortodoxamente marxista recoge este diálogo, para comentar naturalmente, que «los ideólogos del pequeño campesinado propietario quieren preservar esa estructura cueste lo que cueste», y que por tanto «necesitan» creer que es imposible vencer la «supuesta» ley de los rendimientos decrecientes. El progreso técnico, que puede llevar a sustituir trabajo por medios mecánicos aumentando al mismo tiempo la producción agrícola que servirá para mantener a los obreros industriales y a los trabajadores de los servicios, y para permitir que todos accedan al tiempo libre y a la cultura, ha de ser negado por los ideólogos del campesinado, pues ese progreso técnico implica la desaparición de esa pequeña burguesía rural. Los ideólogos del campesinado necesitan afirmar —como afirmaba Chayanov— que las fincas campesinas son capaces de intensificar el cultivo más que un sistema capitalista (donde la necesidad de pagar un salario hará reducir el trabajo que se emplee) o que un sistema socialista, donde faltarán incentivos para trabajar. La intensificación del cultivo se hará a lo largo de lo que los economistas llamarían la misma función de producción: es decir, se incorporará trabajo hasta que la productividad marginal sea cero o cercana a cero, o mejor dicho, hasta que los incrementos de producción se equilibren con la fatiga adicional del trabajo. Esta intensificación es el secreto de los altos rendimientos por hectárea que la Utopía presenta, y que son más que suficientes para proporcionar el modesto excedente que una economía basada en el campesinado, sin ciudades grandes, necesita. El aumento de producción no se logra mediante lo que los economistas dirían un desplazamiento hacia arriba de la función de producción: ese intento es inútil pues no es posible vencer realmente la ley de los rendimientos decrecientes.

Así pues, la economía campesina no sería sólo una adaptación a una situación de gran densidad de población (que se da por supuesta, pues las familias son numerosas, aunque la Utopía parece también suponer que hay ya control de natalidad y que la población no continúa aumentando). La economía campesina sería una solución lógica vista la imposibilidad de aumentar de modo sustancial los rendimientos agrícolas mediante la sustitución de trabajo por medios mecánicos y químicos: no es de



«sorprender que tanto al autor del prefacio, como al funcionario soviético Alexei Kremnev, como al ingeniero norteamericano Charlie Mann, eso les parezca pura ideología campesina, pues tanto los marxistas como los economistas capitalistas han creído que el progreso señalaba la ruta de las «fábricas agrícolas».

Alexei Minin, el interlocutor de Alexei Kremnev, lo explica así: «Ya sabe, por supuesto, que en el período socialista de la historia (el iniciado en 1917, que la Utopía supone triunfó durante unos años a nivel mundial) la agricultura campesina era considerada una forma inferior, una proto-materia de la que surgirían las «formas más avanzadas de la economía colectivizada en gran escala». De ahí la vieja idea de las «fábricas» de cereales y carne. Para nosotros, está claro que este punto de vista tiene un origen histórico, y no un origen lógico. El socialismo aparecía como la antítesis del capitalismo. El socialismo había nacido en las mazmorras de las fábricas capitalistas alemanas, alimentado por el trabajo forzado de las fábricas en las mentes del proletariado urbano en unas generaciones que habían perdido el hábito de cualquier trabajo o pensamiento individual creativo. Pero para nosotros estaba muy claro que el capitalismo industrial era una situación monstruosa y patológica que afectaba a la industria manufacturera, debido a sus peculiaridades técnicas, y no era en modo alguno una etapa del desarrollo de la economía en general... la agricultura se había ahorrado el cáliz amargo del capitalismo y no teníamos ninguna necesidad de dirigir nuestro proceso de desarrollo por ese camino. El ideal colectivista de los socialistas alemanes, en el cual las masas trabajadoras eran meramente ejecutoras del trabajo agrícola según las directivas del Estado, nos parecía socialmente muy imperfecto en comparación con un sistema en el cual el trabajo no está separado de la administración creadora, en el cual la libertad de la iniciativa individual permite a cada ser humano el desarrollo de todo su potencial espiritual, aunque sin negarle, cuando es necesario, la gran fuerza de la gran economía colectiva y de las organizaciones públicas y estatales».

En el sector industrial, «hubiera sido una tontería, por supuesto, restaurar la producción familiar»: la mayor parte de la producción industrial, con técnicas modernas, es realizada por cooperativas de campesinos. Pero queda también un sector de capitalistas privados, con obreros asalariados muy protegidos por la legislación laboral, sector que está sometido a una fiscalidad «draconiana». Ese sector es preservado pues sirve para que haya competencia y para que surjan innovaciones técnicas, de modo que las cooperativas industriales formadas por campesinos no se duerman. El Estado no interviene en la industria: únicamente se reserva el monopolio de los combustibles (la leña, el carbón y el

petróleo) y de esta manera el Estado «controla de hecho toda la industria manufacturera», pero no controla en absoluto la agricultura, pues ésta no hace uso de energía ajena al propio sector agrario. Aunque Chayanov no discute los flujos energéticos, la no utilización de energía de fuera del sector agrícola es coherente con su visión de una agricultura muy intensiva en el uso de trabajo humano y bastante productiva, pero sometida a la ley de los rendimientos decrecientes.

El Estado y otros entes públicos se financian con impuestos indirectos, pero la fiscalidad es progresiva pues se pone impuestos mucho mayores en los bienes de lujo. Además, no hay grandes diferencias de ingresos, aunque sí hay alguna diferencia entre «estratos sociales». El ortodoxo prefacio por supuesto se indigna ante la pervivencia de la industria privada y de las diferencias sociales, aunque su autor no se enfrenta directamente con el argumento agrarista de que con el viejo sistema de socialismo estatista una enorme parte de la producción iba destinada a mantener el aparato del Estado y a sus burócratas.

La Utopía no es, hay que admitirlo, igualitaria: hace hincapié en la necesidad de dar estímulos materiales, en la necesidad de pagar a destajo a los obreros industriales (que no son muy numerosos), en la existencia de beneficios empresariales y de las cooperativas y en la existencia de rentas de la tierra nacidas de una mayor fertilidad o de una mejor localización de la agricultura de algunas zonas. Y, aparte de la fiscalidad indirecta, supone la existencia de una fiscalidad directa que corrija también estas desigualdades.

La Utopía menciona asimismo la necesidad de destinar parte de la producción no al consumo sino a la inversión, y la tarea que el Estado (o lo que queda de él) desarrolla con este fin, tarea cuyos mecanismos no están claros: tal vez Chayanov no se atrevió a mencionar explícitamente el pago de un interés por los ahorros. La Utopía, de otro lado, advierte de los posibles efectos negativos sobre la cultura y el arte de la «democratización del ingreso nacional», pues se pierde el patronazgo de los perceptores de grandes ingresos no ganados con el trabajo manual, y no se quiere sustituirlo por el patrocinio controlador del Estado. La solución está en que los grupos de campesinos desarrollen ellos mismos arte y cultura en su tiempo libre, en que patrocinen a artistas y filósofos proveyendo su sustento durante largos períodos, en la existencia de unas cofradías laicas de artistas, científicos y pensadores que producen arte y dan enseñanza, y en el mantenimiento de museos, locales de conciertos musicales, etc., en los nudos de comunicaciones donde antes se asentaban las grandes ciudades, hoy despobladas pero dotados de buenos transportes con los territorios vecinos y de hoteles para



albergar a la población que viene del campo durante unos días para participar en las actividades musicales, teatrales, etc.

El carácter de los transportes es decididamente utópico, pues abundan los automóviles (silenciosos) y los pequeños aviones, sin que Chayanov ni quienes hablan en la Utopía en su nombre expliquen la base tecnológica y energética que permitiría el desarrollo de ese perfecto sistema de transporte que hace posible a la vez la dispersión de la población y sus visitas frecuentes a los centros culturales.

Para evitar el aislamiento rural existe además una ley de viajes obligatorios para los jóvenes, junto con un servicio militar y laboral también obligatorio que los jóvenes de ambos sexos deben desarrollar durante dos años fuera de su propia región. Desde luego, el servicio militar no sirve para ningún fin militar pues la defensa está garantizada mediante la tecnología del control del tiempo atmosférico.

Existe todavía en esta tierra de la Utopía campesina un Estado, con su congreso de los soviets locales y con un comité ejecutivo supremo (al que pertenece Minin, el interlocutor de Alexei Kremnev). A la pregunta de éste, de dónde reside realmente el poder, de si los soviets y el comité ejecutivo no son meramente órganos que legitiman un poder de origen distinto, Minin contesta que sus compatriotas no ven así las cosas, que el Estado ha sido desprovisto de casi todas sus funciones económicas y sociales, y que el ciudadano corriente apenas tiene contacto alguno con el Estado sino que se preocupa de los asuntos locales. La Utopía quiere dar la impresión de que el Estado debe velar únicamente por corregir la distribución del ingreso, por asegurar los fondos para la inversión en la medida que los campesinos agrupados en cooperativas no lo logren, y, además, debe cuidar de la defensa, pues Rusia está (¿cómo no?) amenazada por Alemania, donde rige un sistema de socialismo industrial estatista dictatorial que «necesita» alimentos y materias primas de otros países.

Precisamente la Utopía acaba cuando Alexei Kremnev es detenido por las fuerzas de seguridad, pues su perfecta pronunciación rusa y sus inocultables tendencias pro-socialismo estatista han despertado sospechas de que no se trata de un ingeniero norteamericano sino, tal vez, de un miembro de una secta de espías alemanes. Ante la amenaza inminente de invasión alemana (que a ser derrotada fácilmente, pues cuando el ejército alemán penetra en territorio ruso es eliminado por unos huracanes controlados en cuestión de horas), Alexei Kremnev y algunos otros centenares de presuntos espías son recluidos no en un campo de concentración, sino en un excelente hotel de Moscú. Las fuerzas de seguridad son grupos ad-hoc, a lo que parece, más que un cuerpo estable de funcionarios, y su comportamiento es muy civilizado, hasta cariñoso. Alexei Kremnev es interrogado, y decide explicar la «verdadera» historia de su identidad, asegurando que él es el Alexei Kremnev jerarca del estado soviético de 1921, autor de las medidas que iban a colectivizar definitivamente al campesinado. Sus interrogadores evidentemente no pueden creerse en 1984 esta historia, y le hacen varias preguntas sobre su pasado de esa época pretérita, anterior a la revolución campesina de los años 1930. Aunque Alexei Kremnev muestra un conocimiento muy notable de aquellos episodios y aquellas per-

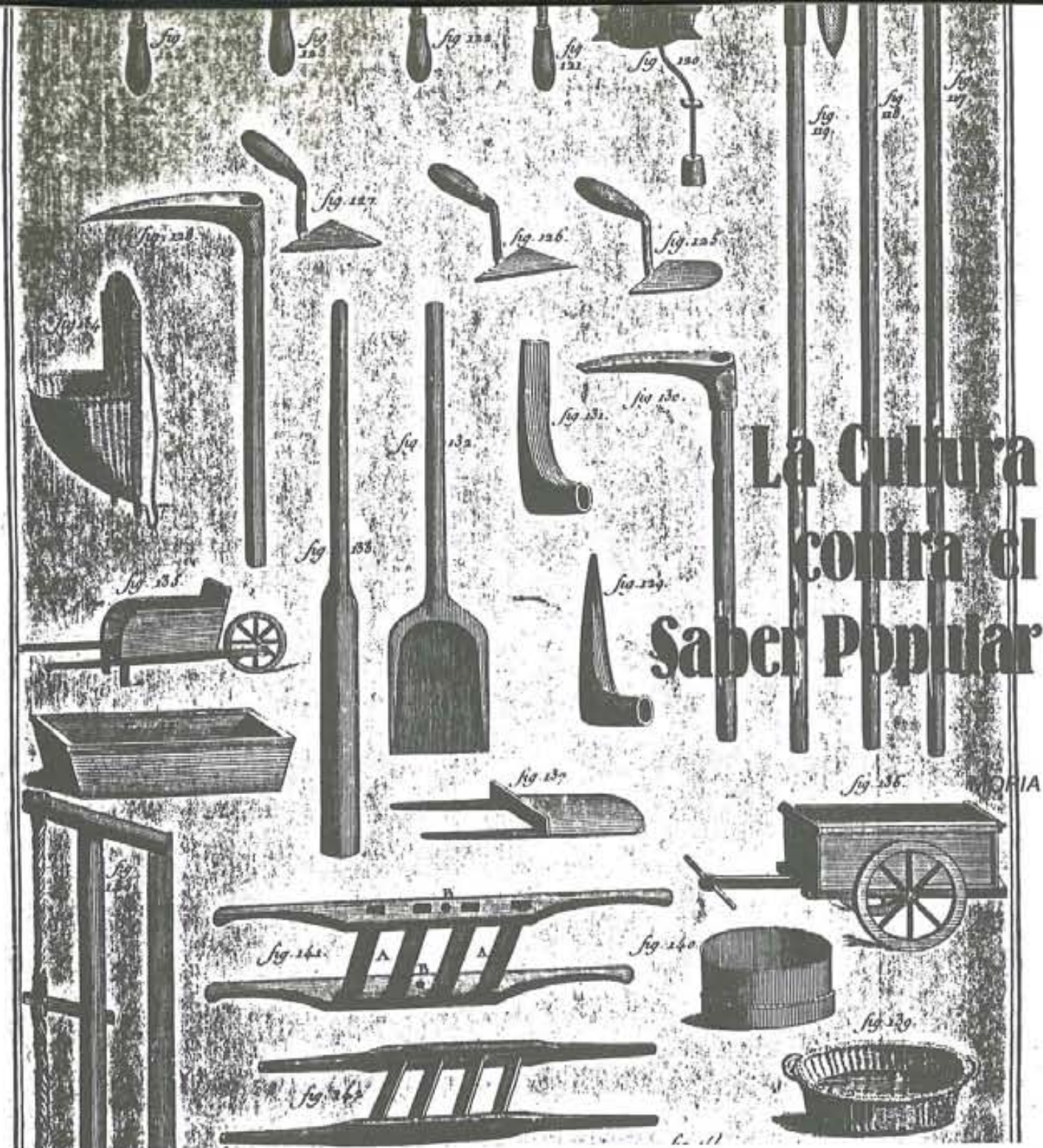
sonas de los años 1917-1921, sus interrogadores deciden que su conocimiento lo ha logrado estudiando en los archivos, y le liberan de su reclusión (junto con todos los demás presos temporalmente recluidos, incluso, aparentemente, los verdaderos espías que pudiera haber), y le dejan en una calle de Moscú, meditando qué hacer. La Utopía deja adivinar una conclusión feliz: una de las dos jóvenes de la familia Minin está muy enamorada de él, y ahí está el núcleo de una nueva familia campesina. (Chayanov parece que creía en la familia habitual: las mujeres cocinan y los hombres son quienes en esa Rusia de 1984 hablan de política).

Esta Utopía (escrita entre la época del «comunismo de guerra», años igualitaristas pero caracterizados también por las requisas forzosas de alimentos del campo por parte de los funcionarios del partido comunista), y la época de la NEP, la nueva política económica de apoyo a la economía privada y a los estímulos del mercado, que precedió a los debates sobre la industrialización a costa del campesinado y a la cruel colectivización estaliniana de 1929-1931 es una de las muy escasas Utopías campesinas escritas en el siglo XX. Recuerda más a Winstanley (pues a todos se garantiza la posesión de un trozo de tierra) que al «socialismo científico», o al comunismo libertario (sin dinero ni mercados, igualitario, sin rastro de Estado) de Kropotkin. Tiene ciertas resonancias reaccionarias, sin duda. Algunas provienen del análisis chayanoviano de la particular estructuración del campesinado ruso. Sin entrar en el debate sobre su diferenciación social (los marxistas, con Lenin como autor más destacado, creían que la penetración del mercado llevaría al enriquecimiento de algunos y a la proletarianización de otros, con la consiguiente lucha de clases y apoyo a la colectivización de los más pobres; Chayanov creía que la diferenciación era cíclica, y que las familias campesinas se enriquecían cuando contaban con más mano de obra para empobrecerse después, al constituirse nuevos núcleos familiares y haber hijos pequeños de nuevo), no cabe comparar la situación del campo en Rusia, donde predominaba un campesinado auténtico, con la situación en áreas de latifundio, donde predomina un proletariado agrícola.

Posiblemente, tampoco pueda compararse la situación social de este campesinado con la del campesinado en países donde la proletarianización ha estado más desarrollada y donde, por tanto, pudieron desarrollarse ideas sociales mucho más igualitaristas (pensamos en las colectividades campesinas en España en 1936, no sólo en las zonas latifundistas sino en zonas campesinas de Aragón y Valencia).

Otras resonancias «reaccionarias» (la creencia en la viabilidad económica de la agricultura en pequeña escala, la desconfianza ante la posibilidad de que las técnicas «modernas» puedan romper la «ley» de los rendimientos decrecientes), suenan desde luego mucho menos «anti-progresistas» hoy que hace solamente cinco o diez años. En todo caso, esperamos que al lector le haya interesado, tal vez complacido, tal vez irritado, este corto prospecto de un «viaje a la tierra de la Utopía campesina». Y, en todo caso, es preferible el 1984 de Chayanov que el 1984 que iba a predecir Orwell.

BICICLETA CATALANA



La Cultura contra el Saber Popular

(Para un urbanita, como quien suscribe, un año vivido en un pueblo ha sido toda una vida, otra. Aunque haya sido como profesor, personaje doblemente extraño: para los paisanos, por capitalino; para los críos, por adulto. Habrá quienes siempre hayan sabido lo que yo ahora he visto; a ellos, perdón. Pero tal vez, como quería Machado, para poder «ver del derecho, haya que haber visto antes del revés». De ese otro lado del espejo brotan estas líneas.)

El último que apague la luz

DESDE que pergeñaron eso que pomposamente llaman Ministerios de Educación, los Estados modernos han congelado la producción de napalm, DDT y otros medios físicos de desertización del campo. A golpes de educación están acabando con él. Las escuelas e institutos esparcidos por nuestros pueblos son los más poderosos gérmenes de devastación agrícola, las más eficaces oficinas de reclutamiento para el ejército urba-

nita, los más activos agentes de exterminio de eso que podríamos llamar saber popular, de esa particular (por global) forma de vivir y entender el mundo que es la campesina. Como una bomba retardada, su consigna actúa ya hasta en la más tierna cabecita pueblerina: «El campo es muerte, atraso y ancestral incultura. Sólo las aulas podrán redimirlos. ¡Matriculaos!»

Y es que el actual modelo educativo (porque no hay más que uno: eso de escuela pública o privada sólo es alternativa en cuanto son dos modos diferentes de financiar lo mismo) es ciudadano y ciudadanizante hasta la médula. Diseñado desde despachos por unos señores para quienes el campo es ese lugar «donde los pollos andan vivos», su in-

nos volvemos al campo

Somos cuatro chicos de esta Casa-Escuela que salimos del pueblo hace cinco años para aprender un oficio o hacer una carrera. Cualquier cosa menos seguir en el campo.

El destino hizo que nos encontrásemos, y después de haber convivido aquí tres años, un día empezamos a hablar de nuestros ideales o, quizá mejor, de nuestra manera de ver la vida, ya que proyectos concretos no teníamos ninguno. Queríamos saber claramente el papel que hasta entonces habíamos desempeñado y buscábamos el que a partir de entonces íbamos a desempeñar.

Llegamos a la conclusión de que nuestro verdadero sitio está en el campo, y no por considerarnos derrotados en el ambiente estudiantil (qué mejor, de nuestra manera de ver la vida, ya que proyectos concretos no teníamos ninguno), ni tampoco en el industrial. Ni porque queramos ir allí como líderes o correr una aventura, como dicen muchos.

Entonces, ¿por qué regresamos?

Está claro que el hombre por amor al dinero se ha transformado y lo ha cambiado todo. Ahora la gran mayoría de la gente se limita a vegetar: comer, dormir y trabajar. Para nosotros esto no tiene ningún valor. Creemos que el hombre tiene que moverse por unos intereses mucho más profundos, como la lucha por una sociedad más justa, por la verdad, por el amor y, en definitiva, por los últimos.

Y de ahí nuestra decisión:

Porque nos da rabia que hoy nadie se acuerde del campo, a no ser las mujeres cuando van a la compra o los señoritos cuando van de vacaciones.

Porque el campesinado, está agonizando: la población de nuestros pueblos ha envejecido notablemente, y si muchos no abandonan sus tierras es por el amor que las tienen, aunque ya no les queden esperanzas.

Porque en el futuro no queremos ver nuestras tierras en manos de terratenientes.

Porque el pueblo ha sido nuestra cuna y la de todos nuestros antepasados y no queremos traicionarle, como de

hecho hacen la mayor parte de los que se van. El pueblo somos nosotros y queremos defender sus derechos y participar en sus problemas porque, en definitiva, todo lo que al pueblo le ocurra nos está ocurriendo a nosotros.

Porque queremos reconstruir la cultura y la personalidad que le están robando y que sólo los más pobres conservan. Muchos de los que «progresan» (como se suele decir) se desclasaban y pierden su identidad.

Porque en el pueblo la vida es más humana; la ciudad está mecanizada.

Con esto no queremos decir que el campo sea perfecto. Somos conscientes de la cantidad de fallos que hay en él: envidia, desunión, desgana, desinterés... que hasta cierto punto están justificados, porque ya está bien de que las leyes que afectan al campo se hagan siempre sin contar con los campesinos y a su costa.

Ya es hora de que los campesinos participen en la dirección de su destino y tengan responsabilidad en la decisión de su futuro. Gracias a la opresión del campo (aprovechando su mano de obra barata, con salarios bajos, produciendo emigración, etc.) España ha conseguido su desarrollo industrial y el puesto décimo entre las potencias más industriales del mundo.

Ahora nuestro ideal en el mundo campesino es:

- trabajar en común la tierra con unos buenos planteamientos económicos;
- crear una escuela de cultura popular, rechazo de la burguesía (si no se consigue en la pública, creando una privada);
- y tomar y hacer tomar conciencia de la realidad.

Aquí ven el salto los alumnos de la Casa-Escuela «Santiago 1» de Salamanca. Hay una recopilación de cartas, escritos y trabajos suyos publicada por la Editorial Popular.

fluencia sobre el campesinado es primordialmente una: matarlo como tal, urbanizarlo. Y el proceso es irreversible. Ahí se ha venido sedimentando un saber (saber de las cosas, saber vivir, saber morir...) durante siglos... que está yéndose a espaldas todos los días sin posibilidad de volver a fabricarlo. Tal vez el petróleo, producto del milenario esfuerzo de la naturaleza, pueda reemplazarse por el uranio o las fotopilas; pero esa vivencia recurrente del tiempo —el tiempo de las estaciones que se suceden como reclamándose—, ese saber-sentir que la piedra o la madera está más o menos viva, ese ir conociendo porque alguien —y no algo— me lo ha dicho, esa experiencia del espacio como resultado de la fuerza, ritmo y amplitud del propio paso, ese modo de ser que goza en el estar sin reclamar de continuo por-qué ni para-qué, ese palpar que todo está en cada cosa y cada cosa en todo, ese haber viajado tanto sin haber dejado el valle, ese «ser vecino de» y mentarse por el nombre, ese saber de abuelos a nietos transmitido cuando la televisión no interfiere y

las miradas aún convergen en el fuego, tanto... ¿qué artefacto podrá reemplazarlo?

No se trata de entonar ahora una bucólica. ¡Qué duda cabe de que la «naturaleza» es, desde que el hombre es hombre y hoy especialmente, un artefacto más! Irremediablemente separados de ella, no podemos sino inventarla sin cesar. Pensarla, hablar de ella, es hacerla: su espontaneidad y «naturalidad» son hijas de la convencionalidad desde la que se las atribuimos; su objetividad, su estar-ahí-fuera es más bien necesidad de físicos e industriales para mejor poder cuantificarla y manipularla; las leyes de la Naturaleza, es nuestro afán legislador quien las produce y su no menos proverbial imprevisibilidad es la espita que abrimos a nuestro hartazgo de previsiones. No, no es mejor la vida en la Naturaleza porque fuera más natural (que no lo es); quizás no sea ni mejor ni peor. Pero —¡Señor!— al menos es otra. Y dada la imparable voracidad de la que se quiere Única, cualquier otra forma cultural me-

rece no sólo el mayor respeto sino el más exquisito mimo. Cuanto más si está tan cargada de vida como la rural... Pero vayamos a lo que íbamos: la Educación como ingenio desolador.

Escolarizar es asolar

El tinglado educativo es, para el campo, doblemente desolador. Arrasa, tira por los suelos cuanto saber nace del lugar, extendiendo la especie de que no es sino superstición e ignorancia. Y es aún más desolador, por cuanto arruina el suelo mismo, sobre el que difícilmente podrá volver a sustentarse nada. Mete obligatoriamente a todo hijo de vecino del pueblo en grandes y estereotipados inmuebles, le rodea de alambradas (en la ciudad, dicen, para guardarle del tráfico: ¿De qué pueden protegerle en una escuela rural sino del campo mismo, que

es lo único que se extiende más allá de los barrotes?), le sustituye el conocimiento de lo en torno por el libresco, y le crea unas expectativas de promoción que sólo le permiten cumplir en la medida en que se vaya alejando de su lugar (de la escuela del pueblo al instituto del mayor núcleo urbano de la comarca, y de éste —si «vale»— a la universidad o escuelas de la capital): cuanto más lejos se va del pueblo y más ciudad es el nuevo destino, más progresa y adquiere más cultura; atrás queda la barbarie de quienes no pudieron o no «merecieron» salir. ¡Tonto el último! Lo que sus padres aprendieron de sus padres, que lo supieron de los suyos, verá truncado su discorrir de siglos; poco importa que enmudezca una voz enriquecida por milenios: en adelante será Nadie ya quien hable, y lo hará desde la máquina de Julia, que pudo llegar a ser mecanógrafa, o desde la voz de Cipriano, que consiguió ser maestro y podrá repetir lo que a él le repitieron y que Nadie escribió desde algún oscuro despacho de Madrid.

Pero tampoco el que no puede irse a estudiar a la capital recogerá la palabra que en el pueblo quedó en el aire. El no valía y tuvo que volver, aunque ahora ya al menos «sabe» que en lo que su casa encuentre no es más que pura ignorancia: los que sabían son los que se han ido. De ellos, si algún día tienen la audacia de volver, habrá que esperar la salvación. El sólo ha aprendido una cosa: lo que vale está fuera, y de allí habrá que esperar que venga: de los profesores, la cultura; de los políticos, las decisiones; de los técnicos, las soluciones; de los bancos, las inversiones. En el pueblo sólo han quedado sensación de ignorancia, frustración, desvalimiento e impotencia.

Escolarizar el campo es arruinarlo. Y no se nos objete que quisiéramos dejar al campesino en la ignorancia y la miseria. No se es más supersticioso por sustentar otras interpretaciones distintas de las que suministra la superstición científica, ni más ignorante por no poder exhibir una ignorancia titulada como hacen nuestros escolares. ¡De cuántas cosas sabe hablar el campesino que son incapaces de entender sus hijos bachilleres! Sustituir un saber global (donde la luna tiene que ver con el ganado y la siembra, y éstos con la organización social y los ritos locales, y todo ello con las formas de conocimiento...) por saberes partidos, empobrecidos y desgajados de lo sabido. (Física, Biología, Religión, Sociología...) y llamar a eso promoción cultural, eso sí que es miseria e ignorancia. Como lo es creer que se progresa por olvidar las jotas del lugar y aprender en su lugar la fecha de nacimiento de Beethoven; o por sustituir el saber hacer un cacharro por el estudio de cómo los hacían en Centroeuropa en el siglo XVI; o por reprobar el habla local («paleta») en nombre de los

«a nivel de» y demás barbarismos académicos; o por memorizar arbitrarias clasificaciones de animales en vez de dar dos pasos y salir a ver cómo son (es curioso como en nombre de la primacía del conocimiento científico sobre el vulgar, la observación y experimentación —que es característica de ambos— han dejado su lugar a una mágica creencia en los libros de texto como fuente incontestable de sabiduría) y ser capaces de describir minuciosamente un *perlophthalmus* pero no saber ya ni por donde meterle mano a la vaca que proporciona el desayuno de cada mañana; o por conocer la historia del Imperio austrohúngaro a costa de haber olvidado la propia del lugar; o por haber cambiado la creencia en el espíritu de los muertos (cuando no es sino de muertos el espíritu que se respira en las clases, desde Mendel hasta Kant, pasando por Alejandro Magno) por una inquebrantable fe en la existencia material de los átomos; o por...

Sí, desde sus despachos están asolando el campo; y tan despachos son unos como otros. Tampoco vale echar mano de la socorrida crisis: el despojamiento que ha supuesto la Industria no puede ocultar el no menor en que se empuja la Cultura, por más que les pese a los creyentes en la primacía de lo infraestructural. A los pueblos ricos y autosuficientes (que los hay, y muchos) no les despuella el paro ni la falta de inversiones, sino la mentira, estimulada por tirios y troyanos, de una promoción cultural ante la que ya nadie puede dudar sin ser tachado de impiedad.

«Es muy posible, observa Machado, que entre nosotros el saber universitario no pueda competir con el folklore, con el saber popular. El pueblo sabe más, y sobre todo, mejor que nosotros». Quizá sea a eso a lo que se tiene miedo, quizá sea por ello por lo que hay que devastarlo definitivamente.



LIBROS

«El libro de la bicicleta», H. Blume Ediciones. Madrid.

Aparece ahora, con motivo de las distintas Ferias del libro que se plantan en cantidad de ciudades, la traducción de la obra que Martin Gray/Roderick Watson publicaron hace dos años en Inglaterra, ambos profesores de universidad y propietarios de bicicletas.

El libro, que incluye una amplísima bibliografía ciclista, es, fundamentalmente práctico. Aparte una introducción sobre la historia de la bicicleta y algunas conjeturas acerca del por qué de la moda, va dirigido sobre todo, a quienes ya poseen un vehículo de dos ruedas, o a los que se han planteado adquirirlo y lo quieren para algo más que comentar su adquisición con los amigos. Pieza a pieza, toda la técnica —y su evolución en el tiempo— y todas las posibilidades, van siendo repasadas en las casi cuatrocientas páginas de la obra.

Para los autores, la bicicleta es un deporte, más que un medio de transporte. Y desde esta perspectiva han escrito su libro. Por eso, no es nada sorprendente, que el final sean un montón de páginas dedicadas a competiciones, carreras, tours, etc., y a la personalidad de los «reyes» de las montañas, las pistas, y los circuitos.

Una frase del último capítulo podría servir de lema:

«No espere a que el litro de gasolina cueste 1.000 pesetas, hágala un corte de mangas a la crisis energética»

Y un titular de slogan:

«¿Bicicleta? Sí, gracias».



NERVA: una lucha de 1980



Nerva, S.A., empresa del sector textil, dedicada inicialmente a la confección de géneros de punto, abarca en la actualidad, tanto bajo nombre propio como a través de otras empresas subsidiarias o filiales, en Cataluña, Aragón e incluso Venezuela, legales o clandestinas, una extensa gama productiva que va desde la ropa interior hasta el césped artificial.

La fase inicial del presente conflicto comienza cuando el grueso de las trabajadoras empleadas en la producción directa deciden, a comienzos del presente año, una actitud de «bajo rendimiento» en protesta contra el régimen de «destajo puro» que aplica sistemáticamente la empresa, al mismo tiempo tramitan una demanda de conflicto colectivo.

La empresa ofrece abrir negociaciones a cambio de la retirada de dicha demanda, cosa a la que acceden las trabajadoras y recomienzan el trabajo normal. Como primera respuesta, la empresa dicta **19 despidos y 17 sanciones** (dos meses de empleo y sueldo).

A partir de esta brutal actitud, los acontecimientos se desarrollan de la siguiente manera:

31 marzo. Encierro de treinta y tantas trabajadoras en los comedores de Nerva. Este encierro es custodiado inicialmente por miembros de la Policía Nacional, pero ante la actitud contemporizadora, y en ocasiones de comprensión y aceptación del problema, que adoptan los «marrones», concluidas las vacaciones de Semana Santa, la empresa los sustituye por guardias jurados de Esabe-Cataluña, que practican una constante agresión verbal y física.

10 abril. Diversas coacciones que la dirección de Nerva ejerce sobre los esquirols que siguen trabajando, y fundamentalmente la amenaza de un lock-out de dos meses si la situación del encierro continúa, provocan enfrentamientos, físicos y verbales, entre los esquirols (de producción y de oficinas) y las trabajadoras encerradas, que se prolongan a lo largo de toda la mañana, hasta que la Policía Nacional, sección Antidisturbios, consuma el desalojo.

11 abril. Ante las puertas de Nerva fuertemente custodiadas por los mercenarios de Esabe-Cataluña, la empresa comunica 31 nuevos despidos.

A partir de este momento, la lucha por la readmisión tiene que desarrollarse en la calle, utilizando otras formas y procedimientos.

Tanto por su origen como por su desarrollo, visto desde la perspectiva de la estrategia del capital o de los nuevos comportamientos de clase que se van configurando, el **conflicto Nerva** presenta unas características de «modernidad» que pueden significar interesantes motivos de reflexión para todos los trabajadores.

1. La empresa Nerva contaba hace cuatro años, en su centro productivo de la calle Valencia 488, Barcelona, con 600 trabajadores/as, los cuales habían quedado reducidos al comenzar el año a 358, y, después, de los recientes despidos, a unos 300.

Sin embargo, los negocios del Sr. Amor Ruiz y su camada (miembros todos ellos del Opus Dei) van mejor y más boyantes que nunca. Ha inaugurado recientemente una fábrica en Venezuela, y su producción se ha multiplicado, durante el mismo período de tiempo, por cuatro o por cinco.

¿Supone esto un aumento brutal de la productividad por cápita? Si, claro está, y en dicha exigencia de aumento ha residido una de las razones que originaron el presente conflicto, al responder las trabajadoras con dos meses de trabajo a bajo rendimiento. Pero no exclusivamente, o, incluso, no fundamentalmente.

Los hechos reales son que mientras la plantilla social, la asegurada, aunque en la medida que todos sabemos, por la

legislación laboral, se reducía en un 50% (o en un 85-90% si tenemos en cuenta exclusivamente al personal directamente productivo y descartamos al dedicado a oficinas y servicios), la plantilla real, de samparada de todo derecho laboral e incapacitada para las formas clásicas de reivindicación colectiva, aumentaba en un 200-250%, a través de la creación de talleres fantasma (5 ó 6 sólo en Barcelona) y de la proliferación del trabajo a domicilio.

De ahí nace realmente el aumento de la producción, una producción que, obviamente, es pagada a destajo y está totalmente liberada de cargas y contra-prestaciones sociales.

2. Este trasvase de la fuerza de trabajo, de la visibilidad corpórea y legal de la fábrica a la invisibilidad e indefensión del taller «clandestino» o de la salita del piso del suburbio, afecta fundamentalmente a la **fuerza de trabajo llamada mujer**.

En los años 60 su bajo coste y escasa conflictividad la convirtieron en uno de los motores, tal vez el más sufrido, del «desarrollo». Ahora, a partir de los últimos años 70, la expansión de su «conciencia de mujer», autoprovocada por el feminismo y la «casirevolución» que significa (me atrevería a decir que, al menos en nuestro país, el feminismo ha hundido mayores raíces y dado más ricos frutos entre el proletariado que entre la burguesía), la transforman en un material difícilmente manejable, casi siempre peligroso, y que puede resultar explosivo, y al que conviene, por todos los medios devolver al lugar donde aprendió y cultivó las tranquilizadoras virtudes de la resignación, nunca debió salir: el hogar.

Un hogar, claro está, en el que junto al tresillo, la televisión y los pucheros, ocupe un lugar destacado la máquina de coser, de tejer o de tricotar. ¡A tanto la pieza, que el día, bien empleado, puede llegar a tener 36 horas!

3. Esta nueva situación ha modificado de manera sustancial los comportamientos de la clase obrera, probablemente, pero sería excesivamente prolijo argumentario, porque ha alterado de manera esencial su composición. Por un lado están los que tienen, o creen tener, asegurado su puesto de trabajo, a cambio de que sus reivindicaciones no resulten excesivas o se conformen con un «ir tirando». Por otro, la mayoría, los que viven la inestabilidad como hecho cotidiano, los que malviven el paro, y los que saben que no quieren comprometer su tiempo, que es su vida, en una ocupación incierta que roba cualquier posibilidad de creatividad.

El espectro de la crisis, hábilmente manejado por la patronal, incansablemente zarandeado por todos los mass-media, ha conseguido que el clásico eslogan coreado unánimemente por las luchas obreras de los años 60, «¡o tu o yo!», Es decir, la división objetiva se subjetiviza en el proletariado.

División que, en el caso Nerva, ha originado enfrentamientos verbales y físicos entre los propios trabajadores.

4. Son hechos nuevos y que no aparecen como hipótesis, como vaticinio, o como fenómeno tendencial, sino como descripción de una situación de hecho que lleva camino de ser mayoritaria. La proliferación del trabajo parcial, la extensión del trabajo «negro», es decir, a domicilio, la aparición de la mujer como sector diferenciado, y con problemas propios y hasta cierto punto antagonicos, del mundo del trabajo; la conversión de la fábrica-núcleo en la fábrica-territorio; la consiguiente división de la clase obrera y del proletariado. Hechos nuevos, a los que no puede enfrentarse ninguna estrategia sindical, y da igual que sus dirigentes sean unos «vendidos» o unos «santos», es la misma noción sindical la que se manifiesta impotente para combatirlos y enfrentarlos.

Las trabajadoras de Nerva han descubierto, en respuesta a ellos, algunas formas de lucha bastante originales y que, a primera vista, pueden resultar eficaces. Es un proceso en marcha, todavía balbuceante en muchos aspectos, que una próxima entrega intentará analizar.

Y, mientras tanto, dos ruegos. Primero que formuléis vuestras observaciones, críticas, motivos de acuerdo y desacuerdo, sugerencias, etcétera, a estas notas de trabajo. Segundo, las trabajadoras de Nerva, que siguen luchando en la calle, han abierto una cuenta corriente en la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros de Catalunya y Baleares; su número es el 94510-99. Esperan vuestras aportaciones.



Después de dos años y medio de luchas continuadas, en huelgas de solidaridad, contra el despido libre, por un Convenio justo negociado y no impuesto y, fundamentalmente, contra los aumentos de productividad, los trabajadores de la factoría Michelin de Vitoria, mantienen su actitud, unidos como una pña.

Michelin es una punta de lanza que está utilizando la patronal, con el beneplacito del gobierno para ensayar los programas de aumento de productividad, con el sistema de «cuatro equipos», y seguir incrementando beneficios. Hoy es Michelin... y mañana puede ser cualquier otra gran fábrica. La patronal en pleno, tiene sus ojos puestos en lo que ocurre en Vitoria ya que, del resultado que obtenga aquí dependerán las perspectivas de ampliación de la productividad en otros campos.

Las pretensiones de la multinacional son establecer un sistema de horario semi-continuo que tiene como objetivo incrementar la producción de las máquinas. Así, se pararía el domingo a las seis de la mañana, y las horas que se han recuperado habría que cogerlas entre semana, cuando tocara, y lo mismo un día que otro; y en cuanto a las vacaciones, se tomarían en turno rotatorio, cada año un mes distinto, durante los cuatro del verano. La empresa argumenta la necesidad de aumentar la producción, diciendo que se está en un período de crisis. Los trabajadores responden que ese horario anula la vida familiar y el tiempo libre, y que si la empresa necesita producir más, lo que tiene que hacer es invertir los beneficios (5.758 declarados en el ejercicio de 1978) ampliando instalaciones, y contratando más trabajadores.

La CNT, con una fuerte sección sindical en la factoría, se encuentran a la cabeza de la lucha. Las centrales reformistas -CC.OO. y UGT-, que no sienten rubor en sentarse a pactar con la empresa al margen (y en contra) de la asamblea (van buscando el laudo y cuanto antes), se han permitido hasta acusar a la CNT de «terrorismo», haciendo -como tantas otras veces- el juego a la policía y la extrema derecha, que ya han «molesto» a alguno de los compañeros.

Michelin es una multinacional y tiene sus tentáculos bien cogidos en todos los países. Hay muchas maneras de demostrar solidaridad con los compañeros de Vitoria, haciéndola llegar a la asamblea, promoviendo boicots y acciones de protesta enviando ayu la económica a la calle Basoa, 9-1°C. Sindicato Único de CNT, Vitoria.

SOLIDARIDAD

El reportaje corresponde al encartelamiento y detención de veinte jóvenes antimilitaristas, frente a la Capitanía General de Valencia. Protestaban (y protestan) por la detención de 18 objetores vascos, que a su vez se manifestaron en defensa de Santiago Sande y Daniel González, encarcelados desde el 18 de marzo por repartir el manifiesto «no a la mili».

Y, hablando de procesos, varios militantes del Sindicato Libre de la Marina Mercante, esperan la aplicación del Código de Justicia Militar por luchar por los derechos sindicales de los trabajadores del mar y denunciar su situación. Estamos hablando de marinos civiles de buques mercantes, sobre los que aún pesa la vieja legislación y la autoridad de las Comandancias Militares de Marina. Durante los próximos días van a producirse nuevas acciones, para las que los antimilitaristas piden apoyo y solidaridad. Se trata de oponernos a la militarización progresiva de nuestras vidas «civiles» y, en definitiva, de luchar por la libertad de expresión.



Agenda

ENTRE EL 12 de julio y el 17 de agosto, CAMPING LIBERTARIO en Bretaña (Francia). Quiere ser un lugar de debates y confrontación, a través de discusiones, formalizadas o no. Cerca del mar... están también previstos los juegos para niños. Precio por día, comida incluida, a partir de los 20 francos (en función del salario). Los niños no pagan. Para más información escribir a: Dieudonne Moisan, BP 82, 22200 Guingamp (Francia).

«TIERRA Y LIBERTAD», colectivo de «Anargronomía», organiza un coloquio internacional en Cadillac (Gironde, Francia), del 28 al 31 de agosto. Los temas: comunidades, cooperativas, colectivismo, gestión directa, éxodo, la mujer en el medio rural, campesinado e ideología... etc. Para contactar, apuntarse o pedir información, escribir a: Olivier Frantz, Hourloye, 33410, Loupiao, (Francia).

PARA NOVIEMBRE, días 21, 22 y 23, JORNADAS LIBERTARIAS DE MONTPELLIER, organizadas como encuentro entre editores, libreros, autores, impresores, cineastas, artistas... Los temas para los tres días son: «Ecología y economía», «Europa» y «La fiesta». Este último día, habrá participación de mimos, músicos, marionetistas... Escribir a: Ronald Creagh, La Roseraie A1, 208 Av. de Pont - Trinquet, 34000 Montpellier (Francia).

MARXA ANTINUCLEAR de Catalunya, que comenzará el 25 de julio, en diferentes lugares, y acabará el 10 de agosto en Ascó, donde confluirán todas las columnas, unas a pie y otras en bicicleta. Una marcha pacífica. Puede participar todo el que lo desee. Para consultar dudas, información, formas de colaboración, etc., Comité Antinuclear de Catalunya, Bruc, 26-2, Barcelona.

Grup Ecologista el Patinet, Terçio Montejurra, 5, Manresa.

Collectiu Ecologista de Girona. Angel Guimera, 67, 4 art. 1º, Salt, Girona.
Collectiu «deixeu que el sol riui». Apartado 207, Tarragona.

Contactos

EL ATENEO LIBERTARIO DE ALCIRA, está en proyecto de organización. Demomento, y como carecen de local, se reúnen todos los sábados, a las 7, en el local de la Federación Local de CNT. ¡Animo, y a echarles una mano!

UN GRUPO DE compañeros estamos intentando levantar un Ateneo Libertario en la zona de Las Traviesas de Vigo. «Necesitamos gente con ganas de trabajar. También necesitamos información de otros ateneos: como se sostienen económicamente, como actúan en el barrio, qué tipo de actos realizan». Podéis escribirnos al Apartado 1102, Berbes, Vigo, o pasar por los locales de CNT, en la calle Urzaiz, 91 (Galerías Plata), entresuelo, local 6, y preguntar por Roberto.

EL COLECTIVO poético-musical «El Silbo Vulnerado» escribe para decir que se cuenta con ellos para actos culturales, fiestas y demás tinglados. Ramón Bielsa. Cpso. de Caspe, 63-1º, Zaragoza-2.

SOY UN CANTAOR de flamenco con muchos tacsos sobre los hombros. Me dirijo a todos esos que en cualquier rincón de esta tierra estáis laborando por la cultura del pueblo. Quisiera colaborar con vosotros en ateneos, recitales, coloquios, u otras cosas que organicéis. Sé que hay jóvenes que no están dentro del rebaño y otros hartos de que les manejen con las diversiones programadas. También quisiera contactar con algún guitarrista que anteponga la libertad al dinero. José Luis Dieste. Boggiero, 37, Zaragoza-3.

CAMBIO pegatinas ecologistas y políticas. También me interesa información sobre terrorismo. Mandadme títulos de libros o revistas. Manolo Ramírez Morales.



CNT

CONGRESO EXTRAORDINARIO

lugar: Valencia

fecha: 25, 26, 27 Julio

Información y solidaridad:
Apartado Correos 2.234 (Valencia)
Teléfono 96 - 321 67 35.

Plaza del Molino, 14, Sedavi (Valencia).

QUIERO FORMAR un grupo de titiriteros, gente con ganas de hacer teatro, mimo, música, poesía, y de ir de rapsoda por la vida. No importa edad pero se requiere ilusión y fantasía. Maite Yáñez. Barrié de la Maza, 17-3º B, La Coruña.

DESEO RELACIONARME con algún círculo de personas que vivan en Barcelona, tengan inquietudes y deseo de estar en contacto con la naturaleza lo más posible (vacaciones, fines de semana, etc.). Mª R. Hurtado. Paseo Valladaura, 179 - 1º, Barcelona-31.

SI SENTS TALLADA la teva sexualitat. Si vols una sexualitat nova, sense cap etiqueta («hetero», «homo», «gai»...), si no vols que te classifiquen dins de les normes del sistema, acudeix a les nostres reunions. Estem intentant formar **collectius autònoms per l'alliberament sexual**, per a parlar, practicar, lluitar... per unes formes noves de relacions sexuals. **Collectius autònoms per l'alliberament sexual** al País Valencià (Front d'Esquerra Nacionalista). C. La Nau, 7-11ª (dijuns, dimecres, divendres de 8 a 10).